



# SANGRE DE CUERVO

Eliú Solís

# Sangre de Cuervo

por

Eliu Solís

D.R. © 2016 Iván Eliu Solís Ortiz

A mis hermanos, mi padre y mi familia.

## ÍNDICE

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

# Capítulo I

## Una oportunidad perdida

Cuando abrió los ojos, el tren continuaba traqueteando rítmicamente en las vías. Sabedora del destino que la aguardaba en la próxima estación, no pudo evitar soltar un suspiro de terrible aburrimiento y desesperanza. Por la ventana se podía ver el majestuoso y oscuro crepúsculo otoñal de intensos azules y violetas que ya bañaban las laderas de las escarpadas colinas y los accidentados valles boscosos. Hacía tiempo que habían quedado atrás las praderas suaves, las campiñas encantadoras y los bosquecillos simpáticos. Mientras más cercano se hallaba el tren a las Tierras Altas, más agreste se volvía el paisaje, con peñascos y hondonadas rocosas emergiendo por entre el oscuro bosque de gigantescos abetos y tupidos pinos. El viento frío que venía del norte agitaba las ramas de los árboles con manos invisibles y silbaba en las aristas de las puntiagudas y cenicientas rocas que emergían como dientes de monstruosas criaturas de tiempos olvidados. El paisaje era triste, lánguido y oscuro, aunque no por ello carente de cierto encanto.

En el interior del vagón, a la luz de las lámparas, Lynveil observaba desganada a sus compañeros de viaje: un señor gordo que había dormido desde que ascendiera al tren cuatro estaciones atrás, una señora sumamente acicalada que parecía haberse echado encima toda la botella de perfume y un muchacho con el pelo rojo bien peinado, con semblante nerviosillo y una gorra aferrada en su regazo.

Lynveil deseó en ese momento estar de regreso en su casa, en el sur, en Norwich. Pero como le había dicho su madre, o más bien *ordenado*, tenía que ir al norte a pedir dinero prestado a una rica y casi olvidada familiar por parte de su línea materna para poder salvar el negocio de la familia; y eso era una tragedia, porque para poder salvar a su familia tuvo que perder la ansiada oportunidad de ingresar al Colegio de Estudios Superiores Winterbottom.

—Es por el bien de la familia, Lyn —le había dicho su madre en la cocina, el día que le destrozó cruelmente todos sus sueños.

—¿Por qué no puede ir Olly?! —replicó Lyn, sentada en la mesa, observando con furia la taza de porcelana con té, como si el pobre recipiente tuviera la culpa del horrendo destino al que la había sujetado su madre.

—Porque tu hermano es muy joven; además, tiene que quedarse aquí para aprender el

negocio.

—A ver si lo entendí, ¿Olly se quedará con Telas Olander cuando papá se retire, pero soy yo la que tiene que ir hasta el norte y poner mi cara para salvar el negocio?

—No lo veas así... Sólo será una semana; poco más de una semana.

—Y además perderé mi oportunidad para entrar a Winterbottom. —exclamó Lyn indignada —. ¡¿Sabes lo mucho que me costó lograr que me permitieran hacer el examen?! ¡¿Sabes lo mucho que me tuve que esforzar?!

—Lo sé, hija, lo sé; te vi estudiar en las noches, yendo y viniendo a la biblioteca cientos de veces... Yo estuve allí, te ayudé, ¿no lo recuerdas? Pero la familia te necesita. Eres la única.

—¡¿Y por qué no vas tú?! —bramó Lyn, irritada

—Lyn, sabes que no puedo.

—Lo que pasa es que estás celosa de mí, estás celosa porque yo voy a hacer algo de mi vida y no me quedaré encerrada en casa a criar niños y a soportar un marido que derrocha el dinero en empresas estúpidas.

—¡Lynveil!

—¡Sabes que es cierto!

La madre de Lynveil apretó los puños y frunció los labios. Miró a su hija como si hubiera soltado la peor de las blasfemias y, con tono suave y controlado, el peor de los tonos, exclamó:

—Vas a ir a Wolgarn, vas a pedir dinero a la tía abuela Blaer y ayudarás a esta familia, te guste o no.

—Pero...

Su madre perdió los estribos y rugió:

—¡Te guste o no, jovencita! Tu tren sale mañana a las ocho. Prepara tus cosas. ¡Y no pienso decir ni una palabra más al respecto!

Lyn gruñó impotente, cruzó los brazos en el pecho y desvió la mirada. Su rostro se contrajo en una fea mueca de dolor e irritación. Una lágrima trató de asomarse por el borde de su párpado, pero se contuvo. No quería llorar, no en frente de su madre, no le daría ese placer.

Lyn y su madre se quedaron unos instantes en silencio. La cocina estaba bien iluminada, sus

paredes pintadas de un alegre amarillo y sus muebles de un sereno color crema; sin embargo, en esos momentos, parecía llena de una pesada y densa atmósfera que de alguna forma la enturbiaba y la volvía ominosa y sombría. Afuera, el cielo del atardecer del otoño se mostraba algo grisáceo por entre los tejados de las demás casas, tranquilo, indiferente a la tormenta que destrozaba a las dos mujeres en la cocina. La madre de Lyn abrió los labios, intentó decir algo ante el semblante destrozado de su hija, pero fue incapaz. Desvió la mirada y se marchó hacia la sala. Fue entonces cuando Lyn dejó que una lágrima cayera por su mejilla, después de que su madre subiera por las escaleras.

Una lágrima, hermana de la que había caído por su mejilla en la cocina en aquella ocasión, brotó de su ojo. El tren continuaba traqueteando, avanzando inexorablemente hacia la siguiente estación. Lyn limpió la gota de dolor antes de que a esa la siguieran más y miró por la ventana al paisaje que ya se ocultaba entre las sombras crecientes de la noche entrante. Las colinas y las crestas de montaña habían aumentado en número y en tamaño, el bosque se había vuelto más espeso y oscuro, parecía que el tren viajaba en unos rieles hechos de luz que atravesaban mágicamente el vacío tenebroso en el que se había transformado el mundo. La luna y las estrellas habían sido devoradas en su totalidad por la oscuridad reinante.

Lyn no pudo evitar que un suspiro desangelado emergiera de su pecho. Su destino estaba sellado y era terrible, pasaría los siguientes días en una vetusta y aburrida villa, alejada del mundo, alejada de todos, alejada de la única oportunidad que tenía para estudiar y convertirse en alguien de importancia. Pensó en su madre y frunció el rostro, llena de ira e indignación. Aquel viaje era una tremenda injusticia, una terrible equivocación. Aquel viaje era el final de su vida y de sus sueños.

El tren llegó a la estación poco después. Se detuvo lentamente, haciendo sonar su estridente silbato un par de veces.

Lyn descendió al andén, cargando su maleta. Era de noche y hacía frío. Podía ver su respiración en volutas blancas disipándose en el aire helado. Junto con ella, un nutrido grupo de personas bajó del vagón, dándole a la estación un inesperado baño de alegría y efusión. Había nativos que eran recibidos con los brazos abiertos por sus familiares, granjeros que después de haber viajado fructuosamente a Carlisle retornaban para darse un merecido descanso, y mercaderes que buscaban encontrar su fortuna en la escondida Wolgarn. A Lynveil le sorprendió ver que también había, aunque pocos, algunos turistas: un rubicundo cuarteto de jóvenes franceses que parecían encontrar todo sumamente gracioso y una pareja de estadounidenses que no dejaban



de salir de su asombro ante cada objeto y costumbre pertenecientes al Viejo Mundo.

Lyn se quedó de pie en el andén de la estación, entre la algarabía y el desconcierto que produjo la andanada de personas que provino de los vagones. Aunque, oculto entre las montañas, las colinas y los escabrosos valles, Wolgarn parecía tener más vida de la que Lyn había imaginado en un inicio.

Poco a poco la estación fue abandonada, las personas se marcharon, y las pláticas y las bienvenidas cesaron casi de súbito. Algunos automóviles, pocos realmente, arrancaron y se perdieron en la oscuridad del camino, tras una curva pronunciada que doblaba la falda de una encumbrada colina boscosa, el resto de la gente se marchó a pie o en carros tirados por alegres y robustos caballos. Lyn se quedó sola, esperando a la persona que la tía abuela Blaer había dicho que mandaría en la escueta nota que escribiera como respuesta a las incontables cartas que su madre había mandado con desesperación.

Pasaron los minutos de la noche y nadie llegó. El reloj de la estación marcaba las nueve con treinta y siete, y el andén estaba completamente vacío. Según los horarios, que estaban cuidadosamente anotados con tiza en una pizarra en el interior de la estación, el tren de Lyn era el último del día, por lo que la persona que mandara la tía abuela no debía de suponer que llegaría en uno más tarde, pensó Lyn. Aunque, quizá como todos los pueblerinos, estaba hasta las cejas de whisky y se le habría olvidado pasar por ella.

Lyn suspiró cansada y se sentó en los escalones de la estación, que daban al patio de grava, y continuó aguardando, resignada a la tragedia que era su vida. Cuando dieron las diez de la noche y el frío arreció, consideró que era tonto seguir esperando. Se puso de pie, tomó su maleta, se cerró el largo y ancho abrigo marrón hasta el cuello y empezó a andar por el camino en dirección de la villa.

—Señorita, quizá no sea tan buena idea caminar sola en la noche hasta Wolgarn —dijo una voz a sus espaldas que la hizo sobresaltar.

Lyn se dio la media vuelta y miró a la persona que le había hablado. Se trataba del vigilante de la estación, ataviado con un uniforme azul bastante desgastado y un manto a los hombros. El hombre, con una linterna en la mano, estaba parado en las escaleras de la estación.

—Estaré bien, no se preocupe —dijo Lyn, cuando se hubo recuperado del sobresalto.

—Pero, señorita...

—Estaré bien —se limitó a decir Lyn con un ademán de la mano. Se dio la vuelta, dejó la luz de la estación y se internó en la oscuridad de la noche, siguiendo el ancho camino bordeado

por piedras y profunda floresta negra.

El frío continuaba aumentando y el viento parecía hacerse más fuerte, meciendo las copas de los árboles con insistencia y dándoles la apariencia de ominosas criaturas gigantescas que se bamboleaban en las tinieblas. Las ramas crujían y los animales se movían nerviosos entre las piedras y las raíces retorcidas. En los cielos no había nada más que negras y gélidas nubes que impedían el brillo de la luna y de las estrellas. De no ser por el camino, que estaba bastante marcado, Lyn pensó que cualquiera podría perderse con facilidad en medio de aquella laberíntica jungla nocturna de oscuridad, piedras, musgo y árboles.

Las laderas montañosas dieron paso a un valle. El bosque se volvió más grande y espeso y las montañas se esparcieron a lo lejos, como espantadas por el tremendo ímpetu con el que la vegetación se había apoderado del lugar. Los árboles crecían altos y robustos, las ramas se alzaban como manos descarnadas hacia los ennegrecidos cielos, y las raíces emergían retorcidas de la oscura y fresca tierra, como si los arbustos y los helechos quisieran dejar sus puestos terrestres para arrastrarse en desenfundada carrera hasta el fin del mundo. Aquel bosque era extraño, bastante singular, consideró Lyn; había algo en él, entre las hojas y los troncos, como una presencia, una presencia que parecía observarla, que parecía mirarla insistentemente.

Lyn se detuvo. Le pareció escuchar algo, un cuerpo que provenía de la densa y profunda negrura, un ser que se acarreama afanosamente con unos enclenques miembros llenos de tierra y barro, de hojas y gusanos muertos.

Entre las ramas y los arbustos cargados algo se movió, Lyn estuvo casi segura de ello. Dio un paso hacia adelante asustada, pero llena de curiosidad. Algo volvió a moverse entre los matorrales, algo que la acechaba agazapado. De pronto le pareció que la idea de dejar la seguridad de las luces de la estación y ponerse a caminar en soledad para llegar a Wolgarn no había sido tan buena. Tragó saliva y sintió que su respiración se aceleraba.

La cosa en el bosque se estremeció, como preparando un salto directo hacia ella. Con un sudor frío cubriendo su frente y su espalda, Lyn podía sentir el nerviosismo y la excitación que embargaban a la criatura. Casi podía oler su cuerpo, rozando las ramitas secas del suelo, las patas hendiendo la tierra y los intensos ojos, en la oscuridad, clavados en los de ella. La criatura se removió, más allá de la línea de visión de Lyn; entre las tinieblas, lista para pegar un salto y arrojarse sobre su presa, cuando de pronto...

La luz cegó a Lyn completamente durante unos instantes. Sólo pudo escuchar el relincho

de los caballos y el crujido de la carreta al detenerse súbitamente.

—¡Alto! ¡Alto! —Se escuchó una voz, grave y potente.

Los dos caballos que tiraban de la carreta piafaron y soltaron espumarajos, completamente desconcertados y asustados por la repentina pausa en su trote.

El hombre de la carreta levantó el farol que portaba y miró la figura que estaba parada en medio del camino y a la que había estado a punto de atropellar. Se trataba de una muchacha con una maleta colgando del brazo. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha roja que enmarcaban un rostro de piel clara, casi pálida, de nariz recta y pecosa, y un par de ojos negros como dos cuentas de obsidiana. Vestía un abrigo demasiado grande para ella, que le llegaba poco más abajo de las rodillas. Los puños estaban remangados y parecían exageradamente voluminosos, y el cuello estaba subido, dándole una impresión de salteadora de caminos. Parecía que el abrigo portaba a la chica, y no al revés.

La joven se había llevado la mano a los ojos para protegerse de la luz del farol y parecía sumamente asustada, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Lynveil? —preguntó el hombre de la carreta, aunque el tono había sido más de afirmación que de pregunta.

—S-sí... Soy yo... ¿Quién es usted? —preguntó Lyn, ciertamente preocupada de encontrar un extraño que conociera su nombre en aquellos insólitos parajes. El miedo que en ese momento recorría sus venas la llevó a pensar que quizá se trataba de un ladrón o de un asesino.

—Mi nombre es Harlow, Blaer me mandó por ti, muchacha —dijo el hombre, iluminando su rostro, provisto de una canosa barba marrón y uno pequeños ojos castaños. Su piel era morena y sus manos fuertes y callosas.

Lyn tuvo en esos momentos un torrente de emociones que no pudo describir. Al mismo tiempo se sintió tonta por pensar en aquel hombre como un asesino, aliviada por su presencia en aquellas espesuras, pero enfurecida con él por su tardanza; alegre porque no tendría que caminar hasta la villa, y desconcertada, porque no había olvidado a la cosa que se encontraba en el bosque, acechándola.

—¡Hay algo allí! —exclamó Lyn de pronto, señalando hacia los arbustos del camino—. Creo que me estuvo siguiendo. No sé si sea un lobo o algo así.

El señor Harlow asintió con su adusto semblante. Se puso de pie y desparramó el chorro de luz del farol en la dirección que señalaba Lyn. Tras una leve ojeada, el hombre de la carreta

sonrió.

—¿Qué..., qué es? —preguntó Lyn, llena de confusión, y trató de penetrar con la mirada en las hojas de los arbustos del camino.

Los arbustos se movieron ante el chorro de luz, y saltó, con un movimiento elegante, un encantador zorro de esponjosa piel y rojiza cola. Como si alguien lo hubiera soltado en el momento indicado, el animalillo atravesó el camino a toda velocidad, terriblemente asustado, y terminó por perderse al otro lado, internándose una vez más en el bosque.

—Era un zorro —dijo el señor Harlow, sereno, pero todavía sonriente.

—Ya lo vi —dijo Lyn, sintiéndose en esos instantes sumamente tonta. Y agradeció que fuera de noche, porque de lo contrario el señor Harlow habría visto sus mejillas ponerse rojas como tomates—. Estaba segura de que era otra cosa...

—Ven, sube —dijo el señor Harlow, sonriente, sin darle mucha importancia a las palabras de la chica—, de lo contrario ese horrible lobo va a saltarte encima y a lamerte el rostro.

Lyn desvió la mirada, irritada. El señor Harlow dejó el farol en el asiento de la carreta y ayudó a la joven a trepar. A Lyn no le pasó por alto que el hombre tenía aferrada en la otra mano una escopeta de doble cañón, lista para disparar.

El señor Harlow dejó su arma en la parte de atrás de la carreta, bajo una manta, junto a lo que Lyn creyó era una pesada y reluciente espada. Después la carreta dio la media vuelta y regresó por donde había venido, directo hacia Wolgarn.

Lyn se sintió aliviada al sentir el bamboleo que producía el andar de los caballos. Sin embargo, y sobre todo después del vergonzoso episodio con el zorro, deseó más que nunca estar en casa, en Norwich, preparándose para el examen de Winterbottom...

Se reclinó en el asiento de la carreta y estuvo a punto de relajarse, cuando sintió una especie de agitación. En un inicio pensó que era la carreta, que era vieja y estaba mal cuidada, pero después notó que aquella vibración provenía de su interior, del centro de su cuerpo, más bien, de su pecho. Se irguió un poco y volvió el rostro. Miró hacia la espesura umbría que dejaban detrás, al agujero negro que el farol de la carreta no llegaba a iluminar, y le pareció ver, entre las sombras y las ramas torcidas, a tres figuras voluminosas paradas en medio del camino, observándola con atención. Lyn se talló los ojos, incrédula de lo que veía. Cuando volvió a fijar la vista en el camino que dejaban, las figuras se habían marchado, al igual que la sensación que había despertado en su interior.

## Capítulo II

### No se puede abandonar a la familia

Continuaron atravesando el tupido bosque. Dieron una vuelta y la densa arboleda que bordeaba el camino dio paso a un río, que era salvado por un robusto puente de piedra, tras el cual, después de algunos metros, se encontraban las primeras casas de la villa de Wolgarn. Aunque decir villa era poco, porque realmente se trataba de un pueblo que estaba a unos cuantos pasos de convertirse en una pequeña ciudad. El valle en el que estaba asentado Wolgarn estaba rodeado por montañas al norte y al oeste, en el este el bosque se extendía hasta toparse con una cordillera de colinas a varios kilómetros de distancia, y en el sur no había otra cosa que bosque, excepto por el camino por el que Lyn había arribado y la estación de tren. La villa había sido una aldea medieval, por eso en la parte norte, sobre uno de los montes que daba paso a las montañas, señoreando el lugar, se encontraba el Castillo Wolgarn, una hermosa y robusta fortificación que en antaño había gobernado estas tierras, pero que ahora no era nada más que un atractivo turístico. La densa floresta, en esos momentos negra y ventosa, rodeaba la villa como un cinturón difuminado que al mismo tiempo la constreñía y la protegía, de igual forma que lo hacían las montañas y las colinas escarpadas con el bosque. En invierno sería un encantador espectáculo, pensó Lyn, tras atravesar las viejas y gruesas murallas medievales que emergían por entre las casas más recientes y ver la pintoresca estampa de Wolgarn, con sus encantadoras y abigarradas casas de techos de dos aguas, sus *pubs* tradicionales y sus hostales antiguos, esparciendo sus ambarinas luces a través de los cristales de las ventanas; sus calles ordenadas y limpias, sus jardines y parques perfectamente cuidados, y la larga avenida que era, sin duda alguna, la principal vía y el corazón de la urbe.

—Tiene suerte de que haya llegado cuando lo hice, señorita —dijo de ponto el señor Harlow, mientras tomaban la avenida principal y se internaban en la pequeña ciudad. El hombre se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta de lana y extrajo una petaca, de la cual bebió un par de sorbos largos.

—Sí..., bueno, pudo haber llegado un poco más temprano, ¿sabe? —dijo Lyn, un poco irritada. Tenía los brazos pegados al pecho, tiritaba, y de su nariz y boca emergían espirales de vapor blanquecino.

—Oh..., sí, sobre eso, lo lamento; es que me cuesta trabajo mantener a los chiquillos alejados de mi lugar.

—¿Su lugar?

—Sí, mi lugar, el Nuevo Cementerio..., aunque, bueno, de nuevo hace mucho que ya no tiene nada. Yo soy el cuidador. A los chiquillos les gusta meterse allí, sobre todo en estas fechas.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de especiales estas fechas?

El señor Harlow le dedicó a Lyn una mirada escrutadora, como para verificar que no le estaba tomando el pelo. Después, al ver en la chica una honesta cara de desconcierto, sonrió y señaló con su rechoncho dedo un letrero colocado con gran cuidado en una de las fachadas de las tabernas de la avenida.

*Sean todos bienvenidos a La Noche de las Almas. Una pinta gratis si trae a un amigo con usted.*

Después de leer, Lyn miró al señor Harlow con curiosidad y agregó—: ¿Noche de las Almas? ¿Es algo así como el Halloween?

—Más o menos, pero mejor; es una fiesta local. Trae a gente de otras partes a esta aldea encallada en las montañas. La tradición se remonta a la Edad Media, cuando los valientes pobladores de Wolgarn se unieron a dos valerosos caballeros para expulsar a las Nigromantes.

—¿Las Nigromantes? —exclamó Lyn, sorprendida.

—Sí, las Nigromantes... Tres brujas que utilizaron oscuros poderes concedidos por el Enemigo para conquistar la aldea. Por eso le dije que tuvo suerte, de que la encontrara cuando lo hice. Porque, verá, no es aconsejable andar en los boques tan tarde, sobre todo cuando estamos tan cerca de la Noche de las Almas.

—¿En verdad? ¿Por qué?

—La Noche de las Almas es el festejo de cuando nuestros ancestros lograron expulsar a las Nigromantes, sí, es cierto, pero sólo las expulsaron de la aldea, condenando a sus espíritus a errar por siempre en los bosques que rodean Wolgarn. En estas fechas, sus malignos espectros pugnan más que nunca por volver a entrar a la aldea y reclamar la sangre de todos sus habitantes. La gente cuenta todo tipo de cosas raras: apariciones misteriosas en las partes más profundas del bosque, presencias fantasmales que emergen de las laderas de las montañas por la noche, espíritus penantes que aparecen en el Eppie...

—¿El Eppie?

—El río, el que pasamos para entrar —dijo el señor Harlow, señalando con el pulgar hacia

atrás.

—Ah...

—Como sea, dicen que suceden cosas, muchas cosas, especialmente en estas fechas. Por eso a los chiquillos les gusta meterse al Nuevo Cementerio, para ver si pueden presenciar un alma en pena o a un duendecillo entre las lápidas.

—¿Hay un Viejo Cementerio?

—Sí, el cementerio medieval, hacia el noroeste, fuera de las murallas. Pero no le conviene ir allí. Hay magia flotando en estos fríos aires, y no necesariamente de la buena. Magia poderosa y en todas partes: en los cementerios, en las casas, en el castillo, en los bosques...

—¿Y por eso fue bueno que me encontrara? —preguntó Lyn, un tanto incrédula.

—Así es, como ya se lo dije, no es bueno andar deambulando por el bosque en estas fechas; uno no sabe lo que se puede encontrar entre los árboles.

—¿Y usted cree todo eso?

—Bueno, soy el cuidador del Nuevo Cementerio —exclamó el señor Harlow con tono que revelaba cierto orgullo—, y puedo decirle, con razones, que he visto un par de cosas extrañas en mi vida.

Lyn estuvo a punto de decirle que todo eso no era más que tonterías, bobadas para niños que pertenecían al siglo pasado y que con inventos tan maravillosos como el automóvil, el aeroplano, el cine o la radio, quedaban relegadas a nada más que a eso, a bobadas para niños. Sin embargo, el tono del señor Harlow era tan vehemente, que prefirió quedarse callada, sonreír y desviar la mirada.

Atravesaron la villa, que a Lyn le pareció bastante bonita, a pesar de encontrarse en esos momentos solitaria. Le llamaron la atención sobre todo las partes más viejas, que ofrecían una sensación como de ensueño, de cuento de hadas. La gente de Wolgarn, al parecer, estaba bastante preocupada porque su villa luciera encantadora y fascinante.

Tomaron un camino que dejaba el centro del pueblo y se dirigía hacia el noroeste. Se perdieron entre las casas y continuaron hasta atravesar las murallas e internarse entre espesas arboledas. Ascendieron por una leve pendiente hasta una elevación cercana, casi consumida en su totalidad por el bosque. Al llegar a la cima, Lyn pudo ver que se hallaban ante una casona, una amplia y majestuosa mansión del siglo XVIII, con acabados italianos, franceses y algunos claramente escoceses. Desde allí, por entre las copas de los árboles que enmarcaban el panorama,

la casa tenía una espectacular vista de la aldea de Wolgarn, solamente superada por el castillo ubicado hacia el norte, en una elevación mayor.

—Aquí está, señorita —dijo el señor Harlow, apeándose de la carreta. Bajó la maleta de Lyn y después la ayudó a descender—. Blaer es una buena mujer, buena amiga mía. Ha ayudado mucho a Wolgarn, ¿sabe? Le dará gusto verla.

Lyn le dio las gracias al señor Harlow. El hombre trepó de nuevo en su carreta y pronto se alejó, dejando a Lyn completamente en soledad delante de la enorme casa.

Con razón su madre le pidió desesperadamente dinero a esta tía abuela, pensó Lyn, porque a juzgar por la mansión debía tener una gigantesca fortuna.

Tomó su maleta del suelo y cruzó el bien recortado y cuidado jardín. Subió los escalones del porche de la casa y llegó frente a la puerta. En las altas ventanas había luz, al menos en un par de la parte superior, lo que quería decir que la tía abuela tenía que estar despierta.

Lyn levantó la mano y tragó saliva. En el interior de esa mansión se encontraba la única persona que podía salvar Telas Olander, el negocio de la familia. Si lo estropeaba, entonces estaría condenando a su familia a la miseria. No quería estar allí, eso le quedaba claro, pero tampoco quería dejar a su padre y a su madre sin un modo de sobrevivir, o al pobre de Olly sin el negocio que heredaría, porque, después de todo, era su hermano, y lo quería. Respiró profundamente y golpeó la puerta dos veces con el puño. Nada pareció moverse en el interior. Esperó. Volvió a golpear un par de veces y espero. Nada. Miró las ventanas. No había luz en su interior, alguien las había pagado, como si intentara esconder su presencia. Lyn no supo cómo sentirse al respecto. Estaba indignada, furiosa... y un poco aliviada.

Volvió a mirar hacia la puerta y dio un respingo. Estaba abierta. Y allí se encontraba, de pie, erguida como una alta y delgada estatua, una mujer. Estaba ataviada con un vestido negro sumamente pasado de moda, cuya superficie era lustrosa como las alas de un cuervo. Un largo chal, casi una capa, cubría sus delgados hombros. Sus manos, al igual que la piel de su rostro, era clara, demasiado, como un pedazo de hielo del ártico. Sus cabellos, negros como una caverna en las profundidades de la tierra, estaban arreglados en un alto y complicado peinado que la hacía parecer todavía más alta de lo que ya era. Su rostro era serio, arrogante, casi aristocrático, pero hasta cierto punto prístino, porque tenía una especie de aura rústica en él, un aura que sólo resaltaba su misteriosa belleza. Sus labios eran delgados, apenas una fina línea azulada, su nariz recta y puntiaguda, y sus pómulos, suaves y encantadores, estaban cuidadosamente esculpidos y empolvados. Su frente era amplia y blanca, y sus cejas finas y bien delimitadas. Sus ojos, sin embargo, fueron lo que más llamó la atención de Lyn, porque parecían estar imbuidos de una



negrura mística, clarísimos en la parte blanca del ojo y extremadamente negros en la pupila y el iris. Eran tan oscuros, que parecían dos cuentas de obsidiana pulida.

—Lo lamento, pero no hay exhibiciones de la casa —dijo la mujer, con un tono bajo, sereno, tranquilizador, aunque distante—. Es tarde, y te agradecería que te marcharas. Te aseguro que encontrarás muchos lugares con interesantes historias en la villa. Gracias por venir.

—No he venido a ver la casa —dijo Lyn de pronto, justo cuando la mujer ya se volvía para ingresar de nuevo al interior de la mansión.

Fue entonces que la mujer miró a Lyn a los ojos, a su interior, a sus negros y enigmáticos iris, justo como los de ella.

—¿Lynveil?

—¿Tía abuela Blaer?

Las dos se quedaron mirando unos instantes, sin estar muy seguras de cómo habían reconocido una a la otra. Lyn, especialmente desconcertada, no llegaba a atinar cómo era que sus labios habían dejado emerger esas palabras. La mujer era muy joven para ser su tía abuela. Era, sin duda, mucho más joven de lo que una tía abuela debía ser. Aquella mujer ataviada en negro tendría más o menos la edad de su madre, aunque, ciertamente, lucía un poco más joven, debido al porte y a la elegancia que parecían rodearla constantemente. Quizá Lyn se había equivocado y en realidad era la cuidadora de la tía abuela...

—Sí..., soy yo... —dijo la tía abuela Blaer, estudiando con cuidado el interior de los ojos de Lyn—. No te esperaba hasta el viernes.

—Hoy..., hoy es viernes...

—¿En verdad? Caray, cómo vuela el tiempo —dijo la tía abuela Blaer, con una sonrisa trémula en sus delgados labios azules.

De pronto la tía abuela Blaer parecía completamente confundida, como si toda la seguridad y el porte que había mostrado al inicio se hubieran esfumado ante la presencia de Lyn. Levantó la mano lentamente, insegura, y la estiró, vacilante, hasta llegar al rostro de Lyn. La chica se quedó quieta, sin saber cómo reaccionar ante lo que estaba sucediendo. La mano de la tía abuela Blaer tocó un mechón de cabello que escapaba de la capucha roja de Lyn y lo acomodó con parsimonioso cuidado con sus delgados y blancos dedos hasta dejar completamente limpio el rostro de la joven.

La tía abuela Blaer bajó la mano con rapidez, casi como si se hubiera arrepentido de lo que

había hecho. Miró a Lyn con recelo y el aura de gravedad y orgullo volvieron a arroparla.

—Pasa, por favor —dijo la tía abuela Blaer después de unos instantes, ofreciendo la entrada al interior de la casa con un ademán de la mano.

Lyn, desconcertada, tomó su maleta del suelo y accedió.

El interior de la mansión era elegante, justo como se espera que sea el interior de una casona del siglo XVIII, con paredes de madera pulida, retratos de personajes distinguidamente ataviados encuadrados en marcos de oro, techos elevados, lámparas de gran exquisitez y candelabros de fabuloso detalle, con unas ostentosas escaleras que permitían el acceso al segundo piso y suelos perfectamente pulimentados o alfombrados. El ambiente, si bien cálido, no llegaba a ser sofocante; perfecto después de haber experimentado el lacerante frío de fuera.

La tía abuela Blaer cerró la puerta, sin despegar el ojo de Lyn. Después le dijo a la joven que la siguiera, y con paso ligero, casi inexistente, la llevó hasta al salón de descanso, en donde se encontraba en el fondo, con maderos ardiendo tranquilamente, el hogar, soltando suaves y tranquilizantes crujidos. El suelo del salón estaba alfombrado, había varios sofás y sillones cómodos, una mesita con varios licores y algunas pinturas antiguas de paisajes de la campiña francesa y holandesa. Algunas de las paredes estaban forradas con libreros, atiborrados sus entrepaños con cientos de libros viejos, gruesos y encuadernados en cuero.

La tía abuela Blaer la llevó hasta el centro de la habitación y le indicó con un gesto de su mano que tomara asiento. Lyn dejó su maleta y se sentó. Los sofás eran realmente agradables, sobre todo después de haber viajado tanto tiempo en los incómodos asientos del tren y en la dura carreta del señor Harlow.

La tía abuela Blaer fue a la mesita que sostenía los licores y sirvió dos vasos con whisky. Llegó hasta donde se encontraba Lyn y le tendió uno. La chica rechazó la bebida, pero Blaer insistió con amabilidad.

—Te hará entrar en calor —dijo la tía abuela Blaer, con su característico tono sereno. Después se sentó en el sofá delante del de Lyn, muy recta, con su cuello largo y delgado sosteniendo perfectamente su cabeza de alargado rostro.

Lyn le dio un trago al whisky. Era viejo y muy fuerte, y quemaba como si fuera fuego líquido. Lyn tosió y carraspeó, y devolvió gran parte del alcohol al vaso.

—Sorbos, muchacha, no tragos; no eres un escocés —dijo la tía abuela Blaer con una tenue

sonrisa, llevándose su vaso a los labios. Tras unos instantes de silencio, en los que sólo el sonido de las maderas crepitando y el tic-tac del reloj fueron audibles, la tía abuela Blaer agregó—: Así que, ¿eres la bisnieta de Maura?

—No, creo que ella era mi tatarabuela.

—Hum... —exclamó la tía abuela Blaer meditabunda, haciendo girar el contenido del interior del vaso de whisky.

—Mi abuela era Harriet; le decían Hattie. La..., la quería mucho...

—¿Y tu bisabuela?

—Mi bisabuela era Sandra. Pero no la conocí.

—Y tu madre es...

—Eleanor.

—Ah, sí, la de las cartas.

—Sí.

—Maura, de ella me acuerdo, fue la última con la que me carteé, antes de que la familia se olvidara de mí.

—No..., no nos hemos olvidado, tía abuela Blaer —dijo Lyn con una sonrisa llena de vergüenza, porque prácticamente era cierto. Además, el término “tía abuela” le resultó por demás extraño, siendo que la mujer que tenía delante era relativamente joven. También, ¿cómo era posible que la tatarabuela Maura le hubiera escrito? Aquello debió de haber sido hace unos cien años, por lo menos.

—Dime Blaer, por favor.

—De acuerdo..., Blaer. —Para Lyn, decir su nombre fue incluso todavía más extraño.

—¿Y cuál es tu nombre completo?

—Lynveil —dijo Lyn, clavando sus ojos en el interior de los de Blaer—. Lynveil Olander.

—¿Y qué edad tienes?

—Diecisiete...

—Ajá... —dijo Blaer, como sopesando la información. Su mirada de obsidiana estaba firmemente fija en la de Lyn, y la de Lyn en la de ella. Parecía que entre las dos había una especie

de competencia, en la que ambas luchaban por ver el interior de la otra y a su vez defenderse de las indagaciones. A Lyn le parecía ciertamente estúpido, sin embargo no podía evitar ver a los ojos de la tía abuela Blaer con insistencia, como si esa fuera la única forma de protegerse de la perspicacia de la extraña mujer que tenía delante.

—Mi madre me ha mandado... —empezó Lyn.

—Por dinero, sí, es cierto..., ahora lo recuerdo. —Blaer pareció comprender qué hacía la joven allí, como si de pronto una puerta se hubiera abierto en el interior de su mente, como si recordara en dónde estaba y ante quién, y, de súbito, agregó—: ¿El señor Harlow llegó a tiempo?

—Tardó bastante. Nos encontramos en el camino.

—Es peligroso caminar en el bosque de noche —dijo Blaer. En sus ojos Lyn pudo ver una sensación extraña, acaso preocupación ¿o miedo?

—Eso fue lo que dijo el señor Harlow, y que hay cosas raras deambulando en los bosques de noche. —Lyn desvió la mirada, recordando las figuras sombrías que creía haber visto en el camino—. Y tenía preparada su escopeta, para disparar. —Estuvo a punto de mencionar lo de la espada, pero decidió callarlo, porque creía que era algo tonto que quizá se había imaginado.

—Y tú viste algo.

—¿Que si vi algo? —preguntó Lyn, volviendo a clavar su mirada en los ojos de Blaer. Ésta entrecerró los suyos y sonrió casi socarronamente con sus delgadísimos labios azules. Lyn, como si de pronto cediera, agregó—: Sí..., sí vi..., algo... ¿Cómo..., cómo es que sabes...?

Blaer miró de soslayo a Lyn, sin tratar de ocultar su recelo. De alguna forma, Lyn sentía que Blaer había logrado ver algo en su interior.

—¿Qué fue lo que viste, jovencita? Dime; es importante.

Lyn sacudió la cabeza, desembarazándose de aquel poder que Blaer, en algún momento, había comenzado a ejercer sobre ella.

—Un zorro, vi un zorro —soltó Lyn—. En el camino, me asustó un zorro.

—Ah... —dijo Blaer. Su expresión era extraña, como si supiera más de lo que revelaba. Volvió a dar un trago a su whisky y, con el tono más normal que pudo conjurar, agregó—: Tu madre te ha mandado a pedirme dinero, ¿sí?

—Así es, para salvar Telas Olander, el negocio de la familia. Mi papá perdió una buena cantidad de dinero con una nueva máquina norteamericana que no funcionó, y ahora estamos a

punto de quebrar. Sólo necesitamos un poco de dinero, para mantener la fábrica en marcha. En la carta, mamá especificaba la cantidad que...

—Bien, te daré la cantidad, todas y cada una de las libras que tu madre pide.

—¿En verdad? —exclamó Lyn, confundida. Después miró a Blaer con recelo y agregó—: Pero...

—¿Pero qué?

—¿Por qué le dijiste a mi madre que sería necesario que me quedara una semana?

—Porque tu madre fue la que insistió en la urgencia del dinero, fue ella la que me presionó para que te presentarás aquí cuanto antes. Y una vez aquí, no podía dejarte marchar hasta después de la Noche de las Almas, desde luego. —Blaer sonrió y volvió a beber de su trago. Y enseguida, todavía sonriente, agregó—: Y..., bueno, hay una cosa que necesito que me prometas.

—¿Qué cosa?

—Que no saldrás de casa llegada la noche —dijo Blaer, sonriendo—, ni al bosque ni a la aldea, en especial durante la Noche de las Almas. ¿De acuerdo? ¿Tenemos un trato, Lynveil?

Blaer dejó su vaso vacío sobre una mesita y se inclinó para estirar su larga y delgada mano hasta la chica.

—¿Tenemos un trato?

Lyn suspiró.

—Ni siquiera sabía que se festejaba eso aquí, así que no me estaré perdiendo de nada. No me importa. Acepto.

Lyn estiró la mano hacia la de Blaer. Ésta la miró desconfiada.

—Disiento, pero espero que tengas la fortaleza moral para cumplir con tu promesa. Las palabras, en especial en nuestra familia, son muy importantes, espero que lo sepas.

Lyn levantó los hombros y aferró la mano de Blaer. Y así cerraron el trato.

—¿Y ya? —preguntó Lyn, cuando se soltaron.

—¿Ya qué?

—¿Así, sin más, aceptas darnos el dinero?

—Claro, ahora que sé que eres de la familia. Y como siempre he dicho, no se puede

abandonar a la familia, Lyn.

Lyn miró a Blaer con desconfianza.

—Ven, te mostraré tu habitación —dijo Blaer, poniéndose de pie—. Espero que te resulte cómoda. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve vistas.

Lyn tomó su maleta y siguió a su tía abuela escaleras arriba.

## Capítulo III

### La solitaria casa de la tía abuela Blaer

El fin de semana se sucedió con rapidez. La tía abuela Blaer se la pasaba la mayor parte del tiempo en el ático, encerrada, y sólo bajaba para preparar el desayuno, el almuerzo y la cena, que tenían lugar en el amplio y largo comedor. Y a pesar de que ambas consumían los alimentos juntas, la charla no era de lo más interesante y todo se resumía a esporádicos comentarios triviales seguidos por profundos e incómodos silencios.

Durante dos días, Lyn no hizo otra cosa que deambular por la casa, observando las pinturas de paisajes y retratos, y disfrutando del hermoso jardín trasero, el cual poseía un huerto de mediano tamaño y algunas estatuas de mármol de dioses griegos esparcidas a propósito a modo de ruinas. Dentro de la casa, la mayoría de las habitaciones estaban abiertas y se encontraban, si bien bellamente amuebladas, completamente solitarias. La tía abuela Blaer no parecía tener ningún tipo de servidumbre, sin embargo todas las habitaciones lucían recientemente desempolvadas, limpias y ordenadas. Y parecía tener de todo, pues además de los dormitorios en los que se quedaban Lyn y Blaer, había habitaciones para huéspedes, sala de juegos, varios baños de elegante hechura, el gran comedor, escaleras, cuartos y zonas de trabajo para la servidumbre, anchos corredores, un salón de descanso, un cuarto de servicio y una gigantesca cocina.

Pocas personas se presentaron en la casa, y las que lo hicieron sólo fueron a pedir dinero a la tía abuela Blaer, la cual parecía repartir su fortuna sin preocupación alguna, según las necesidades de las personas que acudían a ella. A veces eran granjeros, que buscaban ayuda para llegar al final del mes, a veces eran mercaderes del pueblo que requerían un préstamo para surtirse para la Noche de las Almas, o vecinos que se veían en apuros económicos. Pero además de eso, la casa se encontraba la mayor parte del tiempo en soledad, casi olvidada.

El lugar en el que Lyn encontró más placer fue la biblioteca, ubicada en el ala oeste de la mansión. Se trataba de una amplia sala, con las paredes repletas de libreros, cuatro escritorios colocados frente a los cuatro ventanales que daban al bosque, algunos sillones esponjosos forrados con terciopelo rojo y en su centro una mesa para colocar tomos seleccionados. Desde la tarde del lunes en que halló la biblioteca se la pasó escrutando los curiosos títulos que contenían los libreros. Al parecer, los gustos de la tía abuela Blaer eran muy variados, pues si bien cada uno de los libros estaba ordenado bajo una clasificación específica, se podían encontrar en la misma habitación títulos tan diversos como *Philosophiæ naturalis principia mathematica* de Isaac

Newton, *De civitate Dei contra paganos* de Agustín de Hipona, *La República* de Platón, pasando por *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen, *Ulises* de James Joyce o *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra, hasta el *Diccionario del Diablo* de Ambrose Bierce, *Hamlet* de William Shakespeare, o *El Príncipe y el Mendigo* de Mark Twain, entre muchas otras y diferentes publicaciones, recientes y antiguas.

—Lynveil, la cena estará lista a las ocho —dijo la tía abuela Blaer, presentándose en la biblioteca.

Lyn había apilado una gran cantidad de libros en la mesa del centro y justo en ese momento se encontraba examinando uno con particular interés, una antigua versión de la *Iliada*, forrada con cuero negro y aderezada con un par de broches de oro. Al llegar la tía abuela a la biblioteca, notó que la tarde ya comenzaba a descender en un crepúsculo ceniciento.

—Así que, ¿te gustan los libros? —dijo la tía abuela Blaer un poco titubeante. En sus finos labios se había marcado una casi imperceptible sonrisa.

—Sí..., algo..., más o menos... Sí —dijo Lyn, colocando el tomo en el escritorio. Observó la gran pila que tenía en la mesa y, con las mejillas encendidas, agregó rápidamente—: Voy a poner todo en orden, tía abuela Blaer, lo prometo.

—Sólo Blaer, Lyn, dime Blaer. Y no te preocupes, lo hará la servidumbre.

—¿Qué servidumbre? No he visto sirvientes en todo el tiempo que llevo aquí —objetó Lyn.

—Es que vienen durante la noche —dijo Blaer con naturalidad.

—Ah... —exclamó Lyn, no muy convencida, porque no conocía servidumbre que trabajara exclusivamente durante la noche, sin hacer ningún tipo de ruido y que se retirará antes de salir el sol, sin dejar el menor rastro de su presencia.

—¿Cuáles son tus favoritos, Lynveil? —preguntó Blaer, señalando con el mentón la pila de libros.

—¡Las novelas de aventuras! —dijo Lyn sin meditar, emocionada. Enseguida bajó la mirada, avergonzada por dejarse llevar tan súbitamente por la excitación—. Aunque también de otras cosas...

—A mí también me gustan las novelas de aventuras —dijo la tía Blaer, acercándose a la mesa y pasando sus dedos por la tapa de *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson—. Aunque prefiero el corte dramático de Dickens, como en *Historia de dos ciudades...*, o *Los Miserables...* Me gusta conocer el mundo a través de las descripciones de los autores, en especial de la



sociedad francesa. —Miró a Lyn con un dejo de cariño y, casi en un susurro, agregó—: Siempre he querido ir a Francia, ¿sabes?

—¿Y por qué no has ido..., Blaer?

—Tengo deberes aquí —contestó Blaer secamente, mirando hacia la ventana que daba al bosque.

—Pensé que con todo el dinero que tienes, quizá te sería fácil, ya sabes, darte una escapadita.

—Bueno, hay deberes, responsabilidades realmente, que no pueden eludirse, que no nos permiten darnos “escapaditas”, aunque lo deseemos con todo el corazón. No puedo dejar Wolgarn.

Lyn bajó la mirada, pues de súbito recordó amargamente que esa misma mañana se había realizado el examen para ingresar a Winterbottom, la prueba que había perdido por el deber que tenía con su familia de estar allí, en Wolgarn. Y la negrura de sus pensamientos debió de haberse marcado en su rostro, porque Blaer exclamó:

—¿Hay algo que te perturba?

—Yo... No, nada. Olvídalo, tía abue..., Blaer; no, no es nada.

—Quizá pueda ayudarte de alguna manera.

—No, a menos que puedas mandarme volando en el tiempo hasta Norwich en este instante.

—¿Por qué, qué hubo en Norwich? —preguntó Blaer, examinando el rostro de Lyn.

—Se supone que debería de tomar un examen hoy.

—¿Para qué?

—Quiero ingresar al Colegio de Estudios Superiores de Winterbottom.

—¡Válgame! ¡¿En verdad?! —exclamó Blaer, sonriente y sorprendida. Había en su tono de voz un acento de satisfacción y, hasta cierto punto, de admiración—. ¿A estudiar qué?

—¡Filología clásica! —exclamó Lyn, emocionada.

—Es una materia interesante; una elección valiente para una chica en estos tiempos.

—Aunque..., me temo que no podré ingresar —dijo Lyn, acongojada de pronto—, no al menos hasta el siguiente año.

—¿Por la prueba?

—Fue esta mañana, temprano, y ya la perdí. —Lyn desvió la mirada, suspiró pesarosa y agregó—: Me esforcé tanto en prepararme para ella. Me costó mucho convencer a mi padre y al decano. —Lyn miró esperanzada a Blaer y agregó—: Tal vez..., tal vez, si pudiera tomar un tren, quizá podría... ¿regresar y convencerlos de que me dejen tomarla?

—No, no puedes —cejó Blaer lacónicamente. Y sin más se dio la media vuelta para marcharse.

—¿Por qué no? ¿Para qué me necesitas aquí durante toda una semana?

—Ya te lo dije —exclamó Blaer tajantemente, sin darse la vuelta—. No vas a dejar Wolgarn hasta después de la Noche de las Almas.

—Sí, pero...

—Me diste tu palabra —exclamó Blaer, mirando a Lyn sobre el hombro.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Lyn, sintiéndose cada vez más irritada—. Dijiste que no puedes abandonar a la familia, entonces por qué sí puedes abandonarme a mí.

Blaer se detuvo y se volvió, con su talante grave, parecía mucho más alta y esbelta. Clavó los ojos en Lyn, unos ojos llenos de intensidad y poder.

—No te estoy abandonando. Pero me diste tu palabra, y las palabras son importantes, no pueden darse a la ligera.

—¡Pues entonces déjame ir! —gritó Lyn desesperada.

—No. No puedes marcharte. Te quedarás hasta después de la Noche de las Almas, y no pienso decir nada más al respecto.

Lyn estalló en un torbellino de furia.

—Lo que pasa es que me quieres mantener aquí porque eres una mujer olvidada y amargada, a la que nadie le importa si vive o muere; la gente sólo te quiere por tu dinero. Por eso me quieres tener aquí, porque sabes que yo me puedo labrar mi futuro en el mundo y tú estás atrapada y sin forma de huir.

Las dos se quedaron mirando durante unos instantes. El rostro de Blaer no denotaba ninguna emoción y miraba a la chica con firmeza. Quién sabe qué tipo de pensamientos se formaban debajo de la sombría y pálida máscara que tenía por rostro.

—Así es... —dijo Blaer finalmente—. Y si quieres el dinero para salvar la empresa de tu

familia, harás lo que te digo y te marcharás hasta después de la Noche de las Almas. —Blaer suspiró, y con un tono suave pero carente de emoción, añadió—: La cena es a las ocho.

—Pues no tengo hambre.

Blaer se marchó de la biblioteca sin decir nada más. Lyn se sentó en uno de los mullidos sillones y cruzó los brazos sobre el pecho, terriblemente enfurecida consigo misma, porque quizá había echado a perder la tarea para la que la había mandado hasta allí su familia; y también con la tía abuela, porque era un mujer arrogante y egoísta.

A la mañana siguiente la despertó un golpe en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Lyn con voz soñolienta, mientras se restregaba los ojos. Después pensó que la pregunta era tonta, porque la única habitante de la casa, además de la misteriosa servidumbre invisible, era Blaer.

—Soy yo..., Blaer. —Se escuchó del otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres? —Lyn frunció el rostro y se reprochó a sí misma, porque creyó haber sonado un tanto antipática.

—Yo..., te traje el desayuno.

—Hum... Un..., un momento.

Lyn se levantó, ordenó lo mejor posible el tiradero que ya era la habitación en la que se quedaba, se arregló un poco el cabello y el camisón de dormir y abrió la puerta. Detrás estaba Blaer, con una bandeja que contenía un succulento desayuno consistente en un poco de huevo, un par de salchichas y tocino fritos, además de una tostada con jalea y una taza de té. El rostro de Blaer lucía extraño, un poco apagado, como si estuviera compungida por la pelea de ayer en la biblioteca y el desayuno fuera su forma de ofertar la paz.

Lyn tenía hambre, dado que la noche anterior se había marchado a su habitación sin cenar. Tomó la bandeja que Blaer le ofrecía y se dirigió al escritorio con el que contaba su habitación. Blaer le ayudó a quitar algunos libros y después se sentó a engullir el desayuno. Sentía culpa por las duras palabras que le había dirigido anoche a Blaer, la cual, si bien era un poco solitaria, no era realmente una mala persona. Lo único que quería era un poquito de compañía de su familia, cosa que era comprensible, dado que vivía por su cuenta, alejada de todo el mundo. Además de que contaba con ella para llevar el dinero a su madre, y por eso tenía que hacer lo posible para mantener los buenos términos con su tía abuela.

Lyn le ofreció un sorbo de la taza de té a Blaer, pero ella declinó la oferta con un ademán de su larga mano. La chica continuó comiendo con agrado.

Durante todo el tiempo que duró el desayuno, Blaer se quedó en la habitación, observando a Lyn con curiosidad. Cuando finalmente terminó de comer, la chica exclamó:

—Quería pedirte perdón..., por lo de anoche.

—Creo que ambas expresamos de manera poco correcta nuestros pensamientos. A veces el corazón habla sin razón..., muchas veces, en realidad —dijo Blaer en un suspiro, desviando la mirada—. Y entiendo, estabas enojada, porque no pudiste hacer el examen para Winterbottom. Pero de eso es de lo que quería hablar...

—Tía abuela... Blaer, no me importa, en verdad. Perdí el examen, está bien, no es la gran cosa. —A Lyn casi se le salió una lágrima al decir estas palabras. Tragó saliva y continuó—: Mi familia cuenta conmigo, y si lo que quieres para ayudarnos es que me quede aquí, entonces lo haré.

—¿En verdad? Porque no es lo que... ¿En verdad?

—Sí.

Blaer asintió, con una encantadora sonrisa de blancos dientes.

—Bueno, entonces —dijo Blaer, recogiendo la bandeja—, supongo que estamos bien. Y..., además, quería pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Necesito que vayas a la villa y consigas unas cosas; unos encargos, realmente. Es importante.

—¿Por qué?

—Mañana daré... o mejor dicho, daremos una pequeña cena para las cabezas de la Comisión Directiva de Wolgarn, es decir, para las personas más importantes de la aldea, para ponernos al tanto del estado de los planes del festejo de la Noche de las Almas.

—Imaginé que un festejo así ya habría sido planeado con meses de anticipación.

—Oh, y así fue, pero ya sabes cómo son estas cosas, cualquier motivo es bueno para cenar y charlar. Y aunque son frivolidades, terminan por ser necesarias. Así que, ¿irás?

—¿A la aldea? S-sí, desde luego.

—Excelente, querida, excelente.

Blaer se llevó a la boca un pedacito de salchicha que Lyn había dejado y sonrió. Después se marchó, de muy buen humor.

Lyn cerró tras de sí la puerta de la mansión. Hacía frío y el sol apenas lograba colarse por los espesos nubarrones del cielo. Observó la lista de ingredientes que había pedido Blaer y después sopesó las monedas que tenía en el pequeño saquito de fieltro rojo, también concedidas por la tía abuela. Sin duda eran más que suficientes.

Dio unos pasos por el camino de piedrecillas, se volvió y miró las altas paredes de la casa, sus grandes ventanales y sus techos antiguos. Aquella era una casa enorme, demasiado grande para una sola persona que viviera por su cuenta. Lyn no podía dejar de sentirse culpable por las palabras que le había dicho ayer a Blaer, la pobre mujer sólo quería un poco de compañía, eso era todo. Vivía sola y alejada por completo del mundo, prácticamente olvidada. Sin embargo, en el interior de Lyn, esa compasión y cariño que comenzaba a sentir por Blaer, no terminaban por cristalizarse, ya que la frustración que sentía por haberse perdido el examen para Winterbottom seguía pujando en su interior todavía con fuerza. Sentía en su pecho que se entremezclaban de forma dolorosa y confusa el arrepentimiento y la ira, la culpa y el rencor. Tan fácil que habría sido mandar el dinero al sur, pensaba Lyn, enfureciéndose de pronto, y así no habría tenido que perder su prueba. Y después la asaltaba el remordimiento, porque Blaer, si bien era altiva, no parecía querer hacerle ningún daño a su sobrina, porque la tía abuela ni siquiera sabía que tenía que presentar un examen.

—Soy su sobrina —dijo de pronto Lyn para sí en un susurro, reconociendo de repente, tomando conciencia, de que Blaer era, en efecto, familiar suya.

Agitó la cabeza, aferró con fuerza el papel en donde estaban anotados los ingredientes y tomó el sendero que descendía hasta la villa. ¡Ya! No pensaría en nada de eso por el resto del día.

Por una de las ventanas de la parte alta de la casa, Blaer observaba a su sobrina alejarse pendiente abajo. La miró cuidadosamente y enseguida sonrió de forma casi misteriosa, mientras Lyn se perdía entre los árboles que bordeaban el camino.

## Capítulo IV

### Un extraño suceso

Era una mañana sumamente nublada y fría. Lyn descendió por el camino, exhalando espesas nubecillas blancas que pronto se disipaban en el gélido aire matutino.

Las primeras casas que encontró se hallaban a los lados del camino, emergiendo del bosque como si hubieran sido construidas como una valla que indicaba que la villa empezaba justo en ese punto formalmente. La acumulación de casitas aumentaba hasta que se atiborraban a los pies de las grandes y anchas murallas medievales, algunas de cuyas partes habían sido destruidas hacía tiempo y dejadas en un estado entre la ruina y monumento histórico; los habitantes de Wolgarn las habían terminado por convertir en una parte más de su ciudad, en edificios prominentes que mostraban con orgullo el pasado de la antigua población encallada entre las montañas y las colinas. La antigua villa medieval había crecido con el tiempo y las murallas habían terminado por dejar de ser estructuras defensivas para convertirse en vigías mudos que emergían como estatuas centenarias entre las casas más recientes y las más antiguas.

Al ingresar por las murallas, Lyn pudo ver que Wolgarn no era para nada un pueblo muerto, por el contrario, parecía tener una vida bastante animada y, hasta cierto punto, eufórica. Había gente en las calles de todas las edades. Las personas charlaban animadamente, preparándolo todo para el festejo de la Noche de las Almas. Afuera de las tabernas, los hostales y los *pubs*, los dueños colocaban carteles para dar la bienvenida a la villa a los turistas, tanto nacionales como extranjeros. Se colocaban focos que cruzaban las calles y se adornaban las farolas con listones y arreglos florales, se limpiaban las ventanas y se colocaban en los escaparates las mercancías para los visitantes a precios exorbitantes.

En un gran cartelón se mostraba la imagen de las tres Nigromantes, representadas como las clásicas brujas de cuentos para niños, derrotadas por el pueblo y por dos caballeros en brillante armadura. A Lyn todo aquello le parecía sumamente interesante y mágico, jamás habría imaginado que una celebración así tuviera lugar en un sitio tan alejado y recóndito. Le llamó bastante la atención que se vendían en algunos almacenes máscaras que representaban buitres, búhos y halcones, así como espadas de madera y yelmos de cartón con cimbras de papel de bonitos y brillantes colores.

Los niños corrían de un lado para otro, observando con ojos maravillados y rostros

sonrientes los pastelillos y las confituras que las panaderías ofrecían en sus vitrinas, las salchichas y los jamones con los que los carniceros seducían a los viandantes, y los juguetes de madera y los recuerdos de latón con las efigies de las Nigromantes que algunos mercaderes ofrecían en mesitas que colocaban en la calle.

Definitivamente Wolgarn tenía muchas más vida de la que Lyn había esperado.

Miró la lista que le había dado Blaer, en donde se especificaba el ingrediente y el lugar en donde debía conseguirlo. Así que se puso a caminar por la villa, observando los nombres en las enseñas y los emblemas de las diferentes tiendas del lugar. Y así comenzó su jornada, yendo de un lugar a otro, buscando los pedidos de Blaer.

—Así que tú eres su... ¿sirvienta? —le preguntó un tendero, al cual Blaer había encargado paté de hígado.

—Soy su sobrina —respondió Lyn, un poco irritada.

—Ah, sobrina, sí, ya, claro, ya puedo ver el parecido —dijo el tendero, mientras alistaba el paquete, sin prestarle realmente atención al parecido de Lyn con Blaer—. No sabía que la señora Blaer tuviera sobrinas, o familiares, para acabar pronto. Vive muy sola la pobre.

—Pues los tiene —replicó Lyn.

—Menos mal, es una buena mujer, ayuda en lo que puede a la villa. Sí, es muy buena, y honesta, respetable, sí. Toma, muchacha, aquí tienes tu pedido.

El hombre le entregó el paquete perfectamente envuelto a Lyn. Ésta alargó la mano para pagarle, pero el tendero se negó.

—No. Es cortesía de la casa, por así decirlo. La señora Blaer se lo merece, es muy buena, sí, muy buena. La señora Blaer nos ayudó a mí y a mi familia cuando pasamos por malos tiempos el año pasado.

Lyn enarcó la cejas, sorprendida, y asintió. Poco después se retiró, no sin antes agradecer al tendero por su inesperada amabilidad.

Lyn cargaba con una voluminosa bolsa que había adquirido para llevar los productos que los tenderos le habían dado, algunos a precios bastante bajos o prácticamente gratis, debido al agradecimiento que sentían por la respetable señora Blaer, la benefactora del pueblo, tal como lo descubrió Lyn.

Ya era poco más del medio día y se había comprado un sándwich de atún para almorzar, y ahora caminaba en busca del último y el más importante de los requerimientos de la lista de la tía abuela: una rueda de queso añejo de la Tienda de Quesos de los Coburn. Sin embargo, por más que buscaba entre las calles y las diferentes tiendas de la villa, no lograba dar con el lugar. Preguntó a un par de personas, y recibió algunas indicaciones vagas que la llevaron hacia el oeste del pueblo, entre las casas más descuidadas, alejadas en su mayoría de la vista de los visitantes.

Las casas en esta zona de Wolgarn estaban un poco más deterioradas, no completamente abandonadas, pero sí menos cuidadas que las que se encontraban en el centro, en la avenida principal. Los tejados eran viejos y las paredes parecían haber recibido su última mano de pintura hace mucho tiempo. Las calles eran mucho más sombrías, y los edificios lucían mucho más apretujados y abigarrados.

—Definitivamente aquí no voy a encontrar una rueda de queso —dijo Lyn para sí, estudiando los avejentados muros de los edificios y las oscuras callejuelas que la rodeaban.

Fue entonces, mientras estaba a punto de darse la vuelta para volver a la avenida principal, que escuchó el ruido de alguien corriendo por una de las estrechas calles cercanas. Entrecerró los ojos y pudo ver que se trataba de una persona de voluminoso cuerpo, que dando tumbos y traspies, y respirando con agitación, llegaba hasta donde se encontraba ella. Tras él venía un grupo de diez muchachos, ninguno de ellos de más de dieciocho años, persiguiéndolo y acosándolo con varas. El hombre pasó delante de Lyn sin reparar en ella, al igual que la barahúnda de jóvenes con palos y varas. Fue entonces que Lyn reconoció tardíamente que se trataba del viejo señor Harlow, pero en un estado deplorable, nada parecido al recio, amable y fornido hombre que había ido a buscarla a la estación, o mejor dicho, que había encontrado en el camino.

Lyn comprendió en ese instante que no podía abandonar al viejo, pues si bien había llegado tarde a la estación de Wolgarn, no había dejado de cumplir con su promesa y se había mostrado, ciertamente, muy simpático. Aferró con fuerza las asas de la bolsa y echó a correr trabajosamente por la calleja por la que se habían ido el señor Harlow y sus perseguidores. Recorrió las apretadas calles, siguiendo el sonido de las risas y los reclamos que parecían rebotar en todos los techos y las paredes de aquella zona tan ruinoso de la villa. Sus pasos la llevaban a lugares cada vez más ocultos y decadentes, en donde, resultaba evidente, vivía la gente menos afortunada de Wolgarn. Finalmente, tras una larga caminata cargando el incómodo y pesado bolso, encontró al señor Harlow. El hombre había llegado hasta un callejón, cuyas paredes eran las fachadas de altos muros de viviendas constreñidas, con ventanas pequeñas y puertas desvencijadas. Los diez muchachos le cortaban la escapatoria al cuidador del cementerio. El señor Harlow, tumbado al pie de una pared, parecía estar en un estado de demencia, como si hubiera bebido demasiado



whisky. Sus ojos estaba rojos, desorbitados, sus manos temblaban con furia y su cuerpo parecía no poder sostener su propio peso; una pátina de pegajosos sudor cubría su frente y espumarajos blancuzcos emergían de su boca para caer en la desaliñada barba.

Uno de los muchachos que acosaban al señor Harlow, levantó su bastón, listo para descargarlo directamente sobre la cabeza del cuidador.

—¡Alto! —gritó Lyn furiosa, al ver la crueldad con la que aquel joven trataba al anciano.

Todos los muchachos se detuvieron en seco y enmudecieron, y se volvieron a mirar a Lyn, nerviosos.

—No te metas en lo que no te importa —dijo el muchacho que había querido golpear al señor Harlow, un joven al que la pubertad había golpeado bastante fuerte y que mostraba un cuerpo corpulento, con varios granos en la cara, bigote ralo y un rechoncho par de piernas y brazos.

—¡Déjalo en paz! —gritó Lyn, dejando la bolsa en el suelo—. El señor Harlow no te ha hecho nada malo.

—Es un borracho miserable —espetó el muchacho granoso con desdén—. Merece que le den una buena zurra, sobre todo por amenazarnos con esa estúpida espada. Nadie me corre de ningún estúpido cementerio.

—Es el cuidador, tarado, ¿qué esperabas que hiciera, que te dejara pasar para que embarraras tus horrendos granos en las lápidas?

Algunos de los jóvenes rieron por lo bajo, pero la risitas fueron cortadas de golpe con una furiosa mirada del muchacho granoso.

—¡Cuida tu boca, urbanita! ¡No tengo miedo de golpear a una mujer!

—Puedes intentarlo —exclamó Lyn, desafiante.

Los diez muchachos se acercaron a Lyn. Ésta se levantó las mangas de su largo abrigo marrón y alistó los puños. No era buena peleando, ni siquiera una vez se había agarrado a golpes con alguien de verdad, pero su padre les había enseñado a ella y a su hermano Olly un par de movimientos de lucha que aprendió cuando estuvo en el ejército. Desde luego, Lyn manejaba la teoría y los ejercicios que había practicado con Olly, más en juego que de veras, pero de eso a usarlos en la vida real, era una cosa muy distinta. Como fuera, no estaba dispuesta a mostrarse como una cobarde y abandonar al señor Harlow, así que se aprestó a llevar aquella situación hasta el final.

El muchacho robusto se acercó a Lyn, con su palo fuertemente aferrado en la mano y el rostro en actitud amenazante.

—¡Rómpele las piernas, Cornell! —dijo uno de los matones del muchacho mientras se acercaba.

—¡Muéstrale quién manda! —gritó otro, agitando su bastón en lo alto.

Lyn tragó saliva.

—¡Un momento, Cornelius! —Se escuchó un grito en el callejón.

Todas las miradas, desde la de Lyn hasta la del muchacho granoso, se posaron en una ventana del segundo piso de una de las paredes del callejón. Sentada en el marco en la pared se encontraba una muchacha, no mayor que Lyn. Poseía un overol de trabajo azul, con una camisa negra debajo. Tenía los puños remangados y una encrespada y ensortijada cabellera rubia, la cual, bien peinada, habría sido seguramente la envidia de muchas muchachitas, pero que así como estaba parecía un árbol atacado por un fuerte ventarrón. Su rostro era redondo, con una nariz un poco aplanada, un par de ojos verdes y una boca que parecía tener una eterna mueca de disgusto. La chica, en un movimiento repentino, se dejó caer del marco de la ventana hasta la calle. Cayó pesada, con un resoplido, y se levantó desafiante, mirando a los muchachos con las varas.

—Mi nombre es Cornell, Ronna —dijo Cornelius, el muchacho granoso, realizando un mohín de desdén con el rostro—. Y no te metas en lo que no te importa, pobretona.

—No seas payaso, Cornelius, te conozco desde la escuela —dijo la muchacha, que al parecer, respondía al nombre de Ronna. Era alta, mucho más que Lyn y que algunos de los jóvenes. Su cuerpo era robusto y resultaba evidente que con los años terminaría por convertirse en una mujer oronda, pero en esos momentos, en la flor de su juventud, era una jovencita bastante fornida y, hasta cierto punto, musculosa. De pie frente a Cornelius, estaban más o menos a la misma altura.

—Métete en tus asuntos —exclamó Cornelius de nuevo, con actitud altanera.

—¿O qué? —lo desafió Ronna—. ¿Qué me va a hacer el bruto y feo de Cornelius?

—Ya te dije que mi nombre es Cornell —dijo Cornelius, más cerca de Ronna, mirándola con desprecio, cuando se encontraba ya a escasos centímetros de ella.

Cornelius levantó subitáneamente su palo y lo blandió para golpearla en la cabeza. La muchacha se echó para atrás, se apuntaló rápidamente con su pie y retornó con un tremendo puñetazo directo al rostro de Cornelius. El golpe fue tan potente, que el joven se echó para atrás,

dando traspies y llevándose las manos a la nariz.

—¡Ah! ¡Me rompiste la nariz! —bramó Cornelius. De su nariz manaba un río de sangre, que escurría por entre los dedos de sus manos y que caía en gotitas sobre los adoquines rotos y la tierra del piso.

Uno de los secuaces de Cornelius se abalanzó con la vara en alto, lista para estampársela a Ronna en el cuello, pero Lyn reaccionó con rapidez y se lanzó con toda la fuerza posible. Arrojó un puñetazo dirigido al rostro, pero falló y terminó por pegarle al muchacho justo en la oreja. Lyn no estaba acostumbrada a lanzar golpes, por eso sintió que una estrella de dolor le estallaba en la muñeca, al mismo tiempo que el atacante soltaba el palo y se llevaba las manos a la oreja.

Cornelius se adelantó y aferró a Lyn por los cabellos. La chica soltó un grito. Ronna no perdió el tiempo y le propinó otro certero golpe, esta vez en la quijada. Cornelius cayó al suelo y escupió una muela rota. Todos los demás muchachos se quedaron asombrados.

—¿Estás bien? —le preguntó Ronna a Lyn. Ésta, con la mano adolorida, asintió. Ronna se volvió hacia los demás buscapleitos y, con una mirada desafiante y llena de furia, los afrontó—. ¿Algún otro que quiera vérselas con estos? —Levantó sus voluminosos puños. Ninguno de los muchachos quiso probar suerte, pues a juzgar por el estado de sus compañeros, aquellas manos pegaban como patadas de mula.

Sin embargo Cornelius no estaba dispuesto a darse por vencido, o al menos a irse sin reclamar una presa. Se levantó de un salto, con los ojos inyectados en sangre y la nariz escurriendo mocos sanguinolentos. Se abalanzó en contra de Lyn y le tendió un puñetazo potente. Lyn logró pegar un salto y esquivar el ataque, recibiendo el puñetazo en el hombro y cayendo de espaldas al suelo, mientras Ronna intentaba atraparla, infructuosamente.

Cornelius, viendo su oportunidad, aferró la bolsa que contenía las cosas de la tía abuela Blaer y, dándoles una señal a sus esbirros, echó a correr buscando la salida del callejón. Los demás muchachos no tardaron en arrojar los palos y salir corriendo detrás de Cornelius. Lyn, al ver que escapaban con su bolso, ni siquiera tuvo tiempo para dolerse. Se puso de pie de un salto y echó a correr tras ellos.

—¡Espera! —gritó Ronna, pero Lyn ya daba la vuelta por la calle por la que se habían ido los bandidos.

Lyn seguía al último de los lacayos de Cornelius con toda la rapidez que le permitían sus piernas. Los zapatos y las botas resonaban en las piedras y en los adoquines del suelo. Las risas y los

resoplidos llenaban el aire, mientras la demente carrera se prolongaba indefinidamente. Cornelius corría trabajosamente, bamboleando la bolsa de un lado para otro y tirando de vez en cuando uno que otro paquete, que salía volando y se estampaba en una pared o en el piso.

Sus pasos los llevaron cada vez más hasta la avenida principal, en donde se escuchaba el trajinar de los viandantes. La salida ya estaba cercana, las casas que los circundaban estaban mejor pintadas y adornadas. Dentro de poco se encontrarían en la avenida principal y Cornelius y los suyos escaparían con las cosas de la tía abuela Blaer. Pasaron volando junto a un parque. La avenida estaba a pocos pasos, cuando, de pronto, Cornelius se encontró cuerpo a cuerpo con un desprevenido chico delante de él. Chocaron con gran estrépito y ambos rodaron por el suelo. La bolsa de las cosas de la tía Blaer saltó por los aires y se estampó en contra de un árbol, desparramando los paquetes estropeados por todas partes.

—¡Te voy a sacar los dientes! —exclamó Cornelius sumamente enfurecido, poniéndose de pie de un salto y aferrando al muchacho que había obstaculizado su escape. Éste joven era delgaducho y con el pelo castaño y algo largo, casi hasta los hombros, tenía un traje de grueso paño color gris y un par de zapatos limpios y brillantes. En el suelo estaba desparramada la bolsa de pasas que había estado comiendo con fruición, razón por la cual no se había fijado en la presencia de Cornelius.

Cornelius levantó el grueso puño y a punto estuvo de estamparlo en el rostro del muchacho del traje gris, pero Lyn se le estampó primero con todo el cuerpo, soltando un rugido y tirándolo de nuevo al suelo. Ambos cayeron con estrépito. Se levantaron al instante y ya se preparaban para seguir la lucha, cuando el silbato de uno de los policías locales resonó con fuerza en el aire. Cornelius y los suyos no esperaron a más y echaron a correr, acobardados, por entre las personas que miraban la disparatada y singular escena.

Lyn ayudó al muchacho del traje a ponerse de pie y después miró acongojada la bolsa con los paquetes arruinados. El policía llegó hasta donde estaban y aferró a Lyn por el hombro.

—¡Ya te tengo, mocosa malcriada! ¡¿Pero qué clase de comportamiento es este?! —bramó el policía, empuñando con ira su bastón—. ¡Estás en serios problemas! ¡Tus acciones tendrán consecuencias, graves consecuencias! ¡Muchas consecuencias!

Lyn quedó pasmada, entre el miedo que le provocaba el oficial, que la zarandeaba violentamente, y la tristeza que le causaba la visión de los paquetes desparramados.

Y fue entonces, como si se materializara en el aire, que uno de los palos de los buscapleitos de Cornelius cayó sobre la mano del policía que aferraba a Lyn. Era Ronna, que se había acercado

con sigilo para salvarla. El hombre de la ley soltó un chillido y dejó libre a su presa.

—¡Corre! —gritó Ronna al instante.

Lyn salió despedida, seguida de Ronna y del muchacho del traje gris, que parecía sumamente confundido. Se metieron entre las calles del oeste y pronto se perdieron, con el silbato del policía resonando con fuerza tras ellos.

Llegaron jadeando hasta el callejón en donde habían dejado al pobre señor Harlow. Éste todavía se encontraba allí, resoplando como si hubiera sido él el que hubiera hecho una desaforada carrera. Su transformación había sido asombrosa, sólo pedazos de la persona que había conocido Lyn la noche en que llegó parecían permanecer en aquel hombre. Lucía terriblemente cansado, como si no hubiera dormido en días, y parecía estar sumamente preocupado por algo. Cuando llegaron Lyn, Ronna y el muchacho del traje gris, intentó levantarse, pero le resultó infructuoso y decidió continuar tirado al pie de la pared del callejón. Lyn y Ronna le dijeron que se tranquilizara, que recuperar al aliento.

Ronna se volvió hacia Lyn y le extendió tres de los paquetes que había comprado.

—Toma, son tuyos, ¿no? —dijo la chica. Lyn miró los paquetes y los tomó, agradeciendo con la mirada. Ronna agregó—: Cuando se echaron a correr los seguí, y los encontré tirados por allí; son los únicos que no estaban tan mal. Lamento que el imbécil de Cornelius haya echado a perder todo lo demás.

—No importa... —dijo Lyn, con un suspiro—. Veré qué más puedo comprar. —Y sopesó cuánto le quedaba en la bolsita de dinero. Era algo, pero no lo suficiente como para completar la lista de Blaer.

—El nombre es Ronna, Ronna Outerridge, vagabunda y metomentodo profesional —dijo Ronna con un tono formal y una sonrisa, estirando la mano.

—Lynveil Olander, chica de los mandados y estudiante frustrada —dijo Lyn, con una sonrisa, al ver la alegre formalidad con la que Ronna se presentaba—. Pero puedes llamarme Lyn, mis amigos me llaman Lyn.

—Diederik Coburn —dijo el muchacho del traje de paño, estirando a su vez la mano en un educado ademán—. Pero pueden llamarme Dirk, nadie me llama así, pero así me gusta que me llamen.

—¿Y tú quién eres? —espetó Ronna con cierto desdén, mirando de la cabeza a los pies al

muchacho que le gustaba que le llamaran Dirk.

—Se los acabo de decir —exclamó Dirk con mucha propiedad—. Mi nombre es...

—¡Ya sé cuál es tu nombre! —bramó Ronna—. A lo que me refiero, cabeza de...

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lyn con amabilidad, notando que Ronna perdía los estribos con facilidad, incluso con más facilidad que ella misma.

—Ella me indicó que corriera —contestó Dirk, señalando a Ronna con el mentón.

—Le dije a ella —exclamó Ronna, señalando a Lyn con un vistoso ademán de la mano.

—Pues no dijiste su nombre, ¿cómo podía saberlo? —contestó Dirk, a medio camino entre la sorpresa y la indignación. Pero entonces sonrió con picardía y añadió—: Pero en nuestra familia, hay un dicho: “Nunca abandones a la chica guapa”. Así que fui tras de ti.

Ronna se sonrojó terriblemente, su rostro se contrajo en una mueca de indignación y a punto estuvo de soltarle a Dirk una retahíla de insultos y blasfemias, cuando Lyn se interpuso.

—¿Dijiste Coburn?

—Así es, de la Familia Coburn —exclamó Dirk, altivo.

—Eres de los vendedores de quesos —espetó Ronna con un bufido.

—Empresarios en la industria de lácteos cuajados, gracias —dijo Dirk con presteza y aire de suficiencia—. Nuestra familia ha estado en el ramo desde incontables generaciones; los mejores productos de este lado de las Tierras Altas.

—¿Qué? —exclamó Ronna, que no entendió nada.

—Como sea, venden quesos, ¿no? —preguntó Lyn.

—Productos en la industria de láct...

—Sí, sí, como sea, ¿tú eres el dueño de la Tienda de Quesos Coburn?

—No, yo no, mi padre.

—¿Eres el hijo del viejo Hamish Coburn?! —exclamó Ronna.

—Del señor Coburn —corrigió Dirk con propiedad.

—¿Puedes venderme un queso? —exclamó Lyn, sonriente. La mayoría de los ingredientes de la lista se habían perdido, pero al menos llevaría el queso que había dicho Blaer, era el más

importante de todos.

—Lamento decirle, señorita, que no porto ningún queso conmigo en estos momentos.

—¿Por qué traerías un queso contigo? —preguntó Ronna—. ¿De qué estás hablando?

—Vamos a tu tienda y allí me puedes vender el queso —dijo Lyn razonablemente.

—Sí, eso se podría —dijo Dirk, pensativo—. Sí, no veo por qué no.

Fue en ese momento que el señor Harlow logró ponerse de pie. Continuaba perturbado, con la mirada perdida y los ojos rojos y vidriosos. Estaba completamente demacrado, y temblaba violentamente.

—¿L-Lyn? ¿Eres tú? —preguntó el señor Harlow, entrecerrando los ojos.

—Señor Harlow... ¿Cómo se encuentra? —preguntó Lyn preocupada, observando el lamentable estado del viejo.

—Necesito que le des esto a tu tía —dijo el señor Harlow, sin reparar en la pregunta de Lyn. Sacó un papel sucio y gastado—. Es la única a la que puedo recurrir. Dile que..., dile que..., que el Buitre, el Halcón y el Búho cantaron anoche, cerca del Eppie. —Y estiró la mano callosa para ponerle entre las manos a Lyn el pedazo de papel sucio, con manchas de grasa seca y tierra.

El señor Harlow se llevó la mano al saco, extrajo su petaca y le dio un sorbo prolongado.

—No creo que sea buena idea... —dijo Lyn, al ver que el sorbo se extendía más de la cuenta.

Pero el señor Harlow no dijo nada más y se marchó tambaleante, hasta perderse en las oscuras callejuelas.

—Al menos nos hubiera dado las gracias —dijo Ronna a modo de reproche—. O un sorbito de whisky.

Lyn le dedicó a Ronna una mirada de reproche. Ésta levantó los hombros, mientras que Dirk miraba a Ronna como maravillado por su subversiva actitud.

## **Capítulo V**

### **Casas de muñecas y motocicletas**

Dirk llevó a las dos chicas por las calles hasta la zona suroeste de Wolgarn, en donde, al pasar la avenida principal, las casas y los edificios se mostraban hermosamente acabados y lujosamente adornados. Era la parte más vieja de la ciudad, en donde habitaban las familias de mayor y añejo linaje; algunas de ellas remontándose a la Edad Media. Las calles eran angostas, pero la belleza con la que las construcciones habían sido aderezadas era impresionante. Los techos de dos aguas, perfectamente embreados, caían graciosamente a los lados; las ventanas se mostraban divinamente cuadradas, con cristales entintados y los remates limados; las paredes estaban pintadas con colores oscuros y formales; y los pequeños jardines de detrás de las verjas mostraban arbolillos recortados con cuidado y arriates de flores de diversos colores y formas. Aquella parte, sin lugar a dudas, era una de las más hermosas y exquisitas de la villa. A Lyn le dio la impresión que se trataba de una zona construida con encantadoras casitas de muñecas a gran escala.

La calle que tomaron los llevó hasta una plazoleta de adoquines perfectamente acomodados. A diferencia de la avenida principal, no había mucha gente, y la poca que había estaba metida en sus propios asuntos. Alrededor de la plazoleta había un anillo de abedules blancos que confería al lugar una atmósfera sutil y serena. Los edificios alrededor de la plazoleta, detrás del anillo de abedules, pertenecían a tiendas, las más lujosas que había en Wolgarn, con los mejores y más amplios escaparates, los letreros y enseñas mejor realizadas y los acabados más hermosos, en maderas pulimentadas y barnizadas. Había tiendas y establecimientos de vinos caros importados de Burdeos y de Borgoña; delicadas y finas telas provenientes de los Países Bajos y de España; chocolates y confituras de países como Suiza, Italia o México; y hasta una dedicada a la venta de baratijas y reliquias traídas de Egipto, Próximo Oriente, China y Japón. Aquellos comercios, desde luego, eran exclusivos para la gente pudiente de la villa, puestos allí, en medio de la zona más exquisita de Wolgarn, para que sólo las familias más ricas pudieran acceder a ellos. Y fue entonces que Lyn entendió por qué le había costado tanto trabajo dar con la Tienda de Quesos de los Coburn. Y allí estaba, al centro a la derecha. Un establecimiento pequeño, comparado con las hermosas construcciones que lo flanqueaban. Tenía dos vitrinas encuadradas en marcos de madera a los lados de la puerta, que mostraban algunos de sus magníficos y succulentos productos. En la parte de arriba tenía una insignia medieval que mostraba a un caballero montado sobre una rueda de queso y las letras negras:



### *Tienda de Quesos Coburn.*

Dirk llevó a las dos chicas hasta la tienda, abrió la puerta e ingresó. Lyn y Ronna también entraron. En el interior el intenso olor de la leche cuajada, de la cera y de la madera las golpeó con fuerza. Pudieron ver que dentro todo estaba completamente abarrotado por ruedas y cortes de queso de todas las formas y colores. Había cajones de madera, repisas y estantes con quesos apilados en diferentes tipos, tamaños y olores. Había algunos vinos colocados primorosamente en los estantes del fondo del lugar y un par de jamones ahumados, así como tarros con jaleas y conservas, pero principalmente había quesos: quesos colgados de las oscuras vigas, quesos en el mostrador, quesos pendiendo de los postes, quesos en los escaparates y las vitrinas, quesos en mesitas y en cajas, quesos por todas partes.

Un empleado recibió a Dirk con un saludo de la cabeza. El muchacho respondió con elegancia al saludo y le indicó al empleado que él atendería a las chicas.

—Bueno, ¿y qué es exactamente lo que busca, señorita Olander? —preguntó Dirk, realizando un amplio ademán de sus manos, como mostrándoles a las dos jóvenes su oloroso reino de leche cuajada—. Tenemos roquefort, parmesano, stilton, cheddar, emmental, bonchester, cheddar escocés, caboc, buxton blue...

Lyn sonrió, dejó los pocos paquetes de Blaer que habían sobrevivido sobre una mesa y le entregó a Dirk el papel de los encargos.

—Ah, cheddar especial de Caddoc, desde luego; tu tía...

—Tía abuela —aclaró Lyn.

—Sí, tú tía abuela tiene buen gusto —dijo Dirk, sacando de un aparador con llave una rueda de queso—. Es especial, con una textura firme y un sabor que se aproxima al de la avellana, pero que tiene su propio tono. ¡Exquisito!

Dirk lo envolvió con maestría. Tras hacerlo un paquete compacto y atarlo con un par de cordones, lo entregó a Lyn.

—¿Y cuánto cuesta? —preguntó Lyn, ya extrayendo de su abrigo la bolsita con el dinero.

—No te pienso cobrar ni un chelín —dijo Dirk, ufanándose de sus palabras.

—Pero... Mira, yo sé que Blaer ayuda a la ciudad y todo eso, pero no puedo aceptarlo

gratis.

—No lo hago por tu tía..., bueno, por tu tía abuela, sino por ti, por agradecimiento. Si no hubieras saltado sobre Cornelius cuando lo hiciste, ahora mismo tendría mi cara estampada en el suelo.

—¿Conoces a Cornelius? —preguntó Ronna en esos momentos, mientras miraba con interés una botella de vino aderezada con una especie de armadura de acero y estaño.

—Me gustaría decir que no, pero sí, lo conozco; nuestros padres pertenecen a la Comisión Directiva de Wolgarn, y he tenido el horrendo placer de conocerlo en una o dos de las reuniones de la Comisión cuando llegué aquí.

—¿No eres de aquí, de Wolgarn? —preguntó Lyn.

—Sí, bueno, mi familia es de aquí..., todos somos de aquí, pero me mandaron a educar un tiempo a Francia y un tiempo a Boston, con mi tío. Ya saben, para cuando encontremos oportunidades de expandir el negocio. Estoy aquí por las fiestas. Mi madre no quería que me perdiera la Noche de las Almas y la Navidad.

—Por eso no te reconocí —exclamó Ronna, mirando las facciones delgaduchas y escuetas de Dirk.

—*Así es mi belleza de cabellos de sol* —dijo Dirk en francés, mirando directamente a Ronna con una sonrisa pícaro.

Las dos chicas se miraron y sonrieron incómodas, sin la menor idea de qué es lo que el muchacho flacucho había dicho.

—Pues muchas gracias por el regalo, Dirk —exclamó Lyn, sonriente.

—Ha sido un placer conocerlas —dijo Dirk, mirando con especial atención a Ronna. Ésta, incómoda, se retiró hasta la puerta sin decir otra palabra. Entonces Dirk añadió de pronto—: ¿Quizá podríamos salir otro día, antes de que me marche..., los tres?

Lyn miró a Ronna con una sonrisa sutil, pues resultaba evidente que el delgaducho muchacho quería pasar tiempo con la chica rubia, pero no se atrevía, ya fuera por exceso de prudencia o por miedo, a pedirlo únicamente a Ronna.

—Sí, como sea —dijo Ronna como si nada. Tomó los paquetes de Blaer y salió de la tienda.

—Será un placer, Dirk —dijo Lyn, divertida.

—Lyn, ¿tú crees que...? —preguntó Dirk, con las mejillas poniéndose coloradas.

—¿Que qué? —preguntó Lyn, sin poder reprimir una sonrisa.

—No; nada..., nada... —dijo Dirk, mirando a Ronna a través del cristal del escaparate. La chica, con los cabellos rubios y despeinados por el viento, se entretenía afuera descascarando la corteza blanca de uno de los árboles.

Lyn sonrió y se marchó fuera de la tienda, con el queso empaquetado bajo el brazo.

—Ese sujeto me crispera los nervios —dijo Ronna mientras ella y Lyn caminaban por la cuesta que ascendía hasta la casa de Blaer.

—Creo que es agradable, un poco fantoche, pero agradable —respondió Lyn.

Ambas se quedaron calladas por un tiempo. El viento mecía las copas de los pinos y de los abetos que flanqueaban el camino. Las pequeñas piedrecillas crujían bajo sus botas. La tarde había comenzado a decaer y pronto se haría de noche. En el cielo, las nubes rosadas se elevaban en montones por el oeste, mientras que el este parecía el ala extendida de un ominoso cuervo.

—No me has dicho por qué me ayudaste, allá atrás, en el callejón —dijo Lyn, mirando a Ronna.

—Estabas delante de mi casa..., no podía dejar que golpearan a una muchacha delante de mi casa y dejaran tu sangre embarrada en mi puerta; arruinaría el paisaje de Wolgarn para los visitantes.

—Claro, te enfrentaste a diez chicos con palos para salvar el porche de tu casa; lo entiendo.

Lyn y Ronna rieron.

—Y..., querías ayudar al viejo Harlow —agregó de pronto Ronna—; nadie quiere ayudar al viejo Harlow. No muchos, al menos. Me pareció que merecías ser salvada, así de simple.

—Gracias.

Ronna sonrió, en un gesto que le pareció a Lyn casi tierno.

—¿Y tu tía qué? ¿Por qué te mandó por tantas porquerías a la villa? —preguntó Ronna.

—Vamos a dar una cena mañana, para la Comisión Directiva de Wolgarn; es una cosa importante, por lo de la Noche de las Almas y esas cosas.

—Ya me imaginaba yo que eras una de esas personas estiradas.

—No soy una persona estirada..., pero mi tía me pidió ayuda y no podía negarme. —dijo Lyn. Después dejó emerger un profundo suspiro y añadió—: Mi familia necesita dinero, y mi tía sólo me lo dará si me quedó hasta después de la Noche de las Almas; no sé por qué, pero así lo quiere. Y pienso estar en su mejor lado, ya sabes, caerle bien y todo eso, para que no se arrepienta. Ayer casi lo echo todo a perder.

—¿Para qué necesita dinero tu familia?

—Problemas con el negocio de mi papá.

—¿Y tú tienes que venir a hacer las faenas para sacarle el dinero a tu tía? —exclamó Ronna, negando con la cabeza y resoplando.

—Mi mamá me mandó..., y, pues, aquí estoy.

—Qué molestia.

—Y que lo digas.

Las dos chicas sonrieron y continuaron avanzando por el camino. Ya, entre el marco oscuro de los árboles, era posible ver la mansión de Blaer, majestuosa e imponente. Lyn miró los pocos paquetes que ella y Ronna cargaban, y no pudo evitar sentirse acongojada. Esperaba que aquella tarea fallida no fuera la razón de que la tía abuela Blaer se negara a darle el dinero a su familia. No quería darle más razones para que la odiara.

Cuando llegaron a la puerta, Lyn pudo notar que la mayoría de las ventanas estaban iluminadas, desparramando sus luces ambarinas por el césped del jardín frontal. En el interior parecía haber movimiento. Algo estaba sucediendo dentro de la mansión.

Lyn llamó a la puerta. Abrió una mujer joven, de cabellos rubios y ensortijados, ataviada con un curioso atuendo negro de servidumbre, con delantal blanco y una cofia de servicio. Lyn la miró con recelo y después miró al interior. En el vestíbulo había varias mujeres, igualmente vestidas, ordenando y limpiándolo todo; aunque, ciertamente, no se requería realmente de mucha limpieza.

—La señorita Lynveil, supongo —dijo la mujer, en tono formal.

Lyn la miró de nuevo, sin dejar de lado la expresión de recelo, y asintió.

—Mi nombre es Briar, del servicio. Tu tía me dijo que esta noche no estará en casa, que le entregues los ingredientes de la lista a la señora Turnbull y que cenes lo que quieras... —Los ojos

de la sirvienta se clavaron en Ronna y su rostro se llenó de asombro—. ¿Ronna? ¿Qué..., qué haces aquí?!

—Hola..., hermana.

—¿Hermana? —exclamó Lyn, mirando a Ronna. Era verdad, entre las dos había un cierto parecido razonable, a pesar de que Ronna tenía un cuerpo robusto y Briar era delgada como una ramita tierna.

La sirvienta, patidifusa, se apartó y permitió la entrada a Lyn y a Ronna.

—Tu tía sí que se preocupa por las presentaciones —exclamó Ronna, con las manos metidas en el overol, mientras observaba con curiosidad las escaleras y los retratos en las paredes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Briar, tratando de ocultar su irritación—. Deberías de regresar a la casa. ¿Qué va a pasar si el tío Fulton no te encuentra?

—Se las apañará sin mí, créeme. Además, Lyn me invitó a cenar.

—Pero ¿y si...? —Entonces Briar miró a Lyn, que observaba la escena, y sonrió fingiendo amabilidad.

En el interior de la casa, el ajeteo lo armaban las sirvientas, que iban de aquí para allá, arreglando lo poco que se necesitaba arreglar y colocando adornos de flores y guirnaldas con cintas de colores en la balaustrada de la escalera y las columnas de los muros.

—¿Briar? —dijo Lyn. La hermana de Ronna parecía sumamente atareada y disgustada, pero se contuvo mansamente para atender a Lyn—. ¿Quién eres tú? ¿Quién es la señora Turnbull? ¿En dónde está Blaer?

Briar suspiró con impaciencia, pero respondió con bastante amabilidad.

—La señora Blaer tuvo que salir esta noche. Nosotras, bueno... En la víspera de la Noche de la Almas, la señora Blaer da una cena para la Comisión Directiva de Wolgarn; algunas de las chicas de la villa le ayudamos a cambio de una generosa paga. —Miró a su hermana y agregó—: Ronna, no deberías estar aquí.

—¿Por qué no?

—Sabes que al tío Fulton no le gusta que la casa se quede sola.

—Bien sabes que podría no regresar esta noche, o la que viene o la que viene. ¿Para qué esperar al viejo borracho?

Briar respiró para tranquilizar sus nervios y después negó con la cabeza.

—No puedes hablar así del tío Fulton, después de todo lo que ha hecho por nosotras.

—Emborracharse y llegar golpeado a la casa, ¿a eso es a lo que te refieres con lo que ha hecho por nosotras?

—¡Nos dio un techo!

—Y muchas preocupaciones —sentenció Ronna, enfurecida.

—¡Ronna! —bramó Briar.

—Mejor nos vamos a la cocina —intervino Lyn, tomando a Ronna del brazo, antes de que las dos hermanas se tiraran de los cabellos.

Briar siguió con los ojos a las dos jóvenes, mientras desaparecían por la puerta del salón.

La señora Turnbull era bajita y con cabellos pelirrojos. Tenía un par de brazos poderosos y un vientre voluminoso. Su actitud, si bien era amable, no permitía traspiés y vacilaciones en la cocina, la cual dirigía con actitud casi militar. A las dos atormentadas chicas que trabajaban bajos sus órdenes, las tenía fregando y limpiando como si fueran dos soldados novatos, regañándolas y amonestándolas con dureza cuando no hacían algo como a ella le gustaba.

Lyn y Ronna le entregaron los pocos paquetes que les quedaban. La señora Turnbull fue a un gabinete, en donde estaba pegada una lista. La observó y después repasó los pocos paquetes.

—Aquí falta mucho, muchachita —le dijo la señora Turnbull, con sus rechonchas manos colocadas en la carnosas caderas.

—Es que tuvimos un incidente con... —trató de disculparse Lyn. Pero la señora Turnbull ya levantaba la mano y le indicaba que se callara.

—No digas más, ahora tendremos que apañárnosla para mañana con esto y con lo que encontremos en la despensa. Suerte que la señora Blaer tiene gustos buenos y siempre está bien provisionada.

—Pero puedo ir mañana de nuevo a la villa y...

—No —dijo la señora Turnbull tajantemente—; la caballería ha salido, ya no podemos reordenar a la infantería.

—¿Qué? —preguntó Ronna, confundida.

—Pero... —intentó decir Lyn.

—Muchas de las cosas que encargó la señora Blaer fueron encargadas con meses de anticipación —exclamó la señora Turnbull sin ambages—. No se pueden conseguir para mañana, menos en estas fechas. —Y después, con aire meditabundo, agregó—: Sí, tendremos que improvisar; menos mal que trajeron el queso que más le gusta a lord Crawford. ¡Habría sido un desastre! Ya veré cómo nos las apañaremos, sí, ya lo veremos... —Entonces miró la mano hinchada de Lyn. Negó con la cabeza, al mismo tiempo que gruñía, y, sin esperar a que la chica se explicara, sacó unas vendas y una pomada de un cajón y comenzó a tratarla con manos expertas.

Después, cuando la venda estuvo bien puesta, se dio la vuelta y, sin esperar agradecimientos, continuó con sus labores, fregando los instrumentos que utilizaría para cocinar la cena de mañana.

Ronna notó que sobre la mesa había una bandeja con sándwiches y una tetera con té. Golpeó el hombro de Lyn y señaló la bandeja con una sonrisa pícaro. La señora Turnbull estaba de espaldas, regañando a una de sus subordinadas. Lyn se adelantó y tomó la tetera, Ronna tomó la bandeja y salieron corriendo por las escaleras.

—Así que, ¿vives con tu tío? —preguntó Lyn, mientras las dos cenaban en la biblioteca. Habían colocado los sándwiches en la mesa del centro y juntado algunos de los sillones para improvisar un salón, mientras que en el resto de la casa la servidumbre se volvía loca preparándolo todo para mañana.

—Así es... —dijo Ronna, como no dándole mucha importancia, mientras tomaba otro de los sándwiches de la bandeja, el cuarto.

—¿Y tus padres?

—Muertos.

—¿Y sólo son tu hermana y tú?

—Sí —espetó Ronna, dándole una gran mordida a su emparedado.

—Y ¿cómo te sientes?

Ronna bufó con desagrado.

—Me siento bien, ¿sí? Mis padres murieron cuando yo era pequeña, el tío Fulton nos adoptó a mi hermana y a mí y desde entonces vivimos con él... Aunque él no vive mucho con nosotras, la mayoría del tiempo se la pasa en los *pubs*... Pero ya, no es la gran cosa. No hay que ponerse emocional y todo eso. Además, pronto voy a salir de este lugar; me voy a largar.

—¿A dónde? —preguntó Lyn, tomando un sorbo de la taza de té.

—No lo sé, ya veré, a América tal vez —dijo Ronna con aire de suficiencia.

—¿En verdad? —exclamó Lyn, sorprendida por la frialdad con la que Ronna pensaba dejar atrás su hogar.

—Bueno sí, no lo sé; aún no lo he decidido. Lo que es seguro es que no me voy a quedar con el tío Fulton y con Briar por el resto de mis días. Son una molestia.

—Tu hermana parece una persona agradable.

—Sí..., bueno, no es mala, es..., pues es Briar, sí.

—Parece que se preocupa por ti.

—Trabaja para poner algo de pan en la mesa, es decir..., bueno, el tío Fulton no es el mejor proveedor del mundo, ¿sabes? Aunque no es malo..., sólo está..., roto. Briar hace lo que puede.

Con un ademán de la mano, Ronna indicó que ya no quería seguir hablando del tema, que no era de gran importancia.

—Ah... —dijo Lyn. Al parecer, Briar hacía lo que podía por Ronna, y aunque a la chica le costaba trabajo aceptarlo, era consciente de ello.

—El tío Fulton era mecánico de la RAF. Era bueno. Me ha enseñado un par de cosas.

—¿En verdad? ¿Como qué?

—Me enseñó a reparar su motocicleta. Es una Chell, y me permite sacarla a veces.

—¿Tú? ¿Sola?

—Ajá —exclamó Ronna, orgullosa, mascando un voluminoso trozo de sándwich—. Un día, si te portas bien, te llevaré a dar una vuelta.



## Capítulo VI

### Plumas negras

La servidumbre comenzó a marcharse cuando el reloj ya marcaba las diez de la noche.

—¿Ronna, vienes? —preguntó Briar a su hermana, de pie en la entrada de la biblioteca. Aunque la pregunta en realidad había sonado más como una orden que como una pregunta.

Ronna y Lyn habían pasado charlando amablemente bastante tiempo, y no se dieron cuenta de que la noche ya había avanzado tanto.

—Lyn me invitó a quedarme —dijo Ronna de pronto, y le dedicó a Lyn una mirada de auxilio.

Lyn miró a Briar y asintió. La hermana de Ronna suspiró.

—De acuerdo, pero cuídense mucho, ¿sí? Y no hagan estupideces —dijo Briar, lo último dirigido a su hermana—. Lyn, puedes decirle a tu tía que mañana nos presentaremos a las ocho, y que la cristalería que encargó del almacén del señor Layton no llegó, pero que Flynn va a ir mañana temprano hasta Hornfall por ella.

—Sí, yo le digo.

—Muchas gracias, Lyn —dijo Briar. Después le dedicó a Ronna una mirada, entre la amenaza y el cariño, y se marchó con el resto de las jóvenes que servirían en la casa mañana.

—Es extraño, ¿sabes?

—¿Qué cosa? ¿Que tengas esta casota para ti solita?

Lyn río y negó con la cabeza.

—Blaer dice que la casa la limpia la servidumbre por la noche, pero de pronto aparece la servidumbre, en donde, por cierto, está tu hermana. ¡Servidumbre de a de veras! Es muy extraño.

—¿En verdad dice eso? Porque en el pueblo no se conoce a nadie que trabaje aquí. Siempre me he preguntado cómo le hace tu tía para mantener su casa —dijo Ronna, entrecerrando los ojos para examinar los libreros de la biblioteca.

—¿Y qué se dice en la villa?

—Nada. Tu tía es tan buena con todos, que prefieren volver el rostro y hacer de la vista gorda. Nadie dice nada de la soltera rica que vive en la mansión en la meseta.

—Algo raro pasa aquí —dijo Lyn, mirando el techo del lugar y las ventanas altas que daban al bosque. Y con un susurro, agregó—: ¿A dónde habrá ido Blaer?

—Tal vez fue a Hornfall o a Carlisle a buscar algo; más esclavos que la sirvan para su cena de mañana.

—No creo, ella me dijo que no puede dejar Wolgarn, porque tiene deberes.

—¿Deberes? ¿Qué deberes puede tener la ricachona del pueblo? ¡Perdón! Quiero decir, tú tía.

Lyn expulsó una risita. Pero un bostezo enorme en Ronna se le contagió al instante.

—Será mejor irnos a dormir —dijo Lyn.

—Será lo mejor —dijo Ronna, tallándose uno de los ojos—. ¿Crees que haya fantasmas en una casa como esta?

—Sí, los hay —dijo Lyn con seriedad. Ronna la miró con expectativa. Lyn sonrió y añadió —: Por eso te traje hasta aquí, para alimentarlos; me dijeron que se les antojaba una cabeza hueca y metomentodo profesional.

Ronna sonrió y se levantó.

Lyn tomó su abrigo del respaldo del sillón y entonces cayó sobre la alfombra un trozo de papel doblado y sumamente sucio. Era la carta que le había dado el señor Harlow. Lyn se inclinó y lo tomó lentamente, casi con miedo. Ronna se había quedado estática, mirando el pedazo de papel.

—¿Qué dice? —preguntó Ronna.

—Es para mi tía, no creo que debamos leerlo.

—¿Por qué no? Salvamos al viejo Harlow de una buena golpiza; creo que nos lo debe. Además, no es que estuviera sellado o algo así.

Lyn miró el papel y torció el gesto, indecisa. Ronna se adelantó y se lo quitó de las manos. Lo abrió y leyó con fruición el contenido, pero en seguida su rostro se modificó para mostrar la más grande de las decepciones.

—¿Y..., entonces? ¿Qué dice? —preguntó Lyn.

—Pues... —Ronna le mostró el papel. Se trataba de cuatro líneas escritas con una preciosa y perfecta caligrafía:

*“En las zarzas y la noche vagarán  
El fuego primordial en lo alto llama  
Al corazón y la carne regresarán  
Hasta que llame quien te ama.”*

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lyn.

—No tengo idea —dijo Ronna, devolviéndole el papel a Lyn—. Tal vez el whisky finalmente se llevó lo mejor del viejo Harlow y se le botaron las cabras.

—Hasta abajo dice algo más —dijo Lyn, entrecerrando los ojos para ver las pequeñas letras, escritas con mano temblorosa y fea—:

*A mi más grande amiga y benefactora. Te dejo lo que me es más querido y odiado en la vida. Todo lo demás lo otorgo a Cailyn.*

—Lyn frunció el ceño—. ¿Cailyn? ¿Quién es Cailyn?

—La nieta de Harlow —dijo Ronna, extrañada—. Todo el mundo sabe que él y su hija no se llevan exactamente bien.

—¿Por qué?

—La bebida. Su hija terminó por marcharse, lejos, a Bristol creo; y se llevó a la nieta.

—Extraño. Parece una especie de testamento.

—Lo repito, a lo mejor el whisky le pegó al señor Harlow realmente duro esta vez.

—Tal vez... —dijo Lyn, sin poder dejar de mirar la hoja mugrosa que tenía entre las manos. Suspiró, la volvió a doblar y la colocó cuidadosamente dentro de su abrigo—. Se la daré a Blaer mañana.

Poco después las dos apagaron las luces de la biblioteca y se marcharon hacia la segunda planta, a la habitación de Lyn.

Tras discutir sobre quién debía quedarse en la cama, terminaron por aceptar que las dos dormirían en el suelo. Tiraron el colchón al piso y trajeron otro de una habitación cercana, que también tumbaron. Y así las dos, envueltas en los cobertores, se quedaron dormidas dentro de poco.

Fue más allá de la media noche, mientras un fuerte viento golpeaba las ventanas y las copas de los árboles, y la luz de la luna llena se colaba por entre los espesos nubarrones oscuros, que Lyn abrió los ojos. Algo, no estaba segura de qué, la había llamado con insistencia, tanto así que la había despertado.

Se sentó en el colchón y miró a la ventana. Afuera era evidente el fuerte viento que silbaba en los techos y en el bosque; pero no había sido eso lo que la había despertado. Miró a Ronna. La chica, desparramada en el colchón cercano, dormía a pierna suelta, soltando un ligero ronquido. No pareciera que fuera de las personas que se despiertan con facilidad.

Lyn se recostó de nuevo en el colchón, pensando que no había sido nada, cuando escuchó un ruido más allá de la puerta, una especie de golpe, seguido de un rumor. Volvió a sentarse rápidamente y miró hacia la puerta. Algo o alguien, parecía arrastrarse por el pasillo. Lo primero que pensó es que era Blaer, que había vuelto de su misteriosa expedición nocturna.

Lyn se levantó y se acercó a la puerta, lo más sigilosa que pudo. Escuchó, afuera en el pasillo, algo se movía lentamente, algo que se tambaleaba y tropezaba con las mesitas y las paredes. Quizá Blaer finalmente había decidido salir, visitado el *pub* con algunos amigos y ahora retornaba ebria como una cuba.

Tomó de la silla su abrigo marrón y se lo colocó encima del camión. Revisó que la carta del señor Harlow estuviera en su lugar y abrió lentamente la puerta. Las bisagras chillaron un poco, delatándola. Lyn frunció el rostro, porque sin duda alguna Blaer sabía que estaba allí.

—Tía abuela..., Blaer, ¿eres tú?

No hubo ninguna respuesta desde el pasillo. Sin embargo, Lyn pudo reconocer que el rumor era realmente una respiración pesada. Salió al pasillo y buscó en las tinieblas algún rastro de Blaer. Todo era una profunda oscuridad. Dio un par de pasos y escuchó un crujido bajo su pie. Lo levantó y pudo notar que se trataba de una ramita de árbol. Observó la alfombra del pasillo y vio que sobre ella se encontraban esparcidas más ramitas, hojas y lo que parecían puñados de tierra. Se inclinó para tomar la ramita, pero entonces se escuchó el golpe de algo en el fondo del

pasillo, en donde torcía hacia la derecha, hacia el ático. No estuvo segura de lo que vio en esos instantes, pero le pareció reconocer que se perdía en el pasillo una figura voluminosa, muy parecida a la que había visto en el camino cuando llegara a Wolgarn.

Lyn dio un par de pasos hacia atrás, asustada. Primero pensó en encerrarse en su habitación, pero después pensó en Blaer, ¿qué tal si ya había regresado y se encontraba en ático? ¿Qué tal si aquella presencia era un ladrón? No podía dejar que rondara libre por la casa. Se acercó a una mesita, con la que el intruso se había tropezado, y tomó un florero largo para usarlo a modo de garrote. Fue hacia el fondo del pasillo. No lo había notado antes, pero por las noches la mansión de Blaer era sumamente tétrica, con los ojos de los retratos mirando acusatoriamente y los largos pasillos llenos de sombras y desconcierto. Lyn, de pronto, se sintió en una de esas viejas novelas de fantasmas, en donde los espectros emergen de las paredes arrastrando cadenas y profiriendo desgarradores alaridos. Su corazón bombeaba con fuerza y a gran velocidad. Podía sentir la sangre en sus sienes y en su cuello. Un sudor pegajoso y frío cubrió su frente y sintió que su respiración era densa como la melaza. Se adelantó, lentamente, tratando de no hacer el menor de los ruidos. Finalmente, cuando llegó hasta en donde el pasillo se quebraba hacia la derecha, se encaramó a la pared y espió cuidadosamente. Allí estaba el corredor que llevaba hasta la puerta del ático, estaba abierta. En el suelo, junto con más ramitas y hojas, estaban esparcidas plumas negras, como si alguien hubiera desplumado a un ganso o a un águila. Pero lo que más le pareció extraño fue que, casi a punto de llegar a la puerta del ático, se encontraba tirada una lanza. Parecía tribal y muy antigua. Era gruesa, larga y pesada, con una protuberante punta de hierro negro, adornada con plumas y retazos de telas. Del intruso no había el menor rastro.

Lyn dio un par de pasos hacia la lanza. Se inclinó sobre ella y a punto estuvo de tocarla, cuando la sobresaltó un graznido. El corazón de Lyn dio un salto y el estómago casi se le sale por la boca. Volvió sus ojos con rapidez hacia el sonido. Y entonces lo vio, parado sobre el busto de Atenea que descansaba sobre una mesilla, un enorme cuervo de negras y lustrosas plumas.

—Así que eras tú —dijo Lyn, aliviada, mirando al cuervo, cuando pudo tranquilizarse. La presencia del animal explicaba las plumas, las ramas y las hojas... Sin embargo no explicaba la aparición de la lanza.

El cuervo la miró y ladeó la cabeza, como si fuera un perro. Volvió a graznar y agitó sus alas, pero sin dejar su posición.

Lyn se levantó lentamente. Observó en el interior de los ojos del cuervo, estudiándolos con cuidado. Estiró la mano lentamente en dirección del ave, de sus ojos. Había algo en ellos que...

—¿Lyn? —Se escuchó una voz a sus espaldas, al mismo tiempo que el pasillo se iluminaba por completo gracias a las lámparas del techo.

Lyn dio un respingo y soltó un gritito, asustada.

—¿Qué, qué pasa?! —exclamó alarmada Ronna, la dueña de la voz que se había escuchado. Lucía los cabellos despeinados, más de lo común, y sólo portaba una camisa y sus calzones.

—¡Tú! —La recriminó Lyn.

—¿Yo qué?

—Me asustaste, y también a él...—dijo Lyn, llevándose la mano al pecho. Después buscó al cuervo, pero ya se había marchado.

—¿A quién? ¿A tu príncipe azul? ¡Oh, de quién es esa lanza! ¡Genial!

—No lo sé, allí estaba cuando llegué.

—¿Es de tu tía?

—Jamás la había visto —respondió Lyn, extrañada.

Lyn se inclinó para tomarla. Entonces la puerta del ático se cerró de golpe, sobresaltando a las dos muchachas. Detrás de ella se escuchó la voz de Blaer, amortiguada por las piezas de madera.

—¡Es mía, Lyn! La he..., tirado..., por error. No la toques..., y déjala en donde está... Mañana la recogeré. Buenas noches.

—¿Blaer? ¿Estás..., está bien?

—Sí..., sí..., he llegado un poco tarde. Yo..., sí..., bien. Buenas noches.

—Puedo entrar a ayudarte. —Lyn dio un par de pasos hacia la puerta.

—¡No! Vete a dormir. Mañana todo estará bien... Buenas noches.

Lyn se detuvo, miró la puerta con preocupación y finalmente terminó por decir:

—Una amiga, Ronna, está aquí, se quedó a dormir. ¿Está bien?

Lyn y Ronna contuvieron el aliento, esperando la respuesta, pero ninguna llegó.

—A lo mejor le causó tanto enojo mi presencia que se desmayó —dijo Ronna,

levantando los hombros.

Lyn no respondió. Se quedó mirando la puerta, preguntándose cómo se encontraría Blaer. Finalmente, después de unos instantes, suspiró con pesar y le indicó a Ronna que regresaran a dormir.

—Entonces, ¿somos amigas? —preguntó Ronna, mientras caminaban por el pasillo de regreso a su habitación.

—¿Qué?

—Allá atrás, dijiste que una amiga se quedó a dormir. Así que ¿somos amigas?

—No, siempre dejo que mis enemigas duerman en la misma habitación que yo —exclamó Lyn con ironía—. Claro que sí, tonta.

Ronna sonrió orgullosa, como si hubiera obtenido un gran logro.

Poco después ya se encontraban las dos descansando en los colchones del suelo. Ronna se durmió en instantes. Lyn tardó bastante, pensando en las cosas que había visto. Y cuando finalmente logró dormir, fue atacada por extraños sueños que le impidieron descansar tranquilamente. Cuando despertó a la mañana siguiente, no tenía claro qué de todo lo que había pasado en la noche había sido un sueño y qué realidad. Sin embargo de una cosa estaba segura, Blaer estaba ocultando algo.

## Capítulo VII

### La cena en la mansión

Un fuerte golpe en la puerta la despertó. Lyn abrió los ojos y se levantó al instante. Ronna seguía durmiendo a pierna suelta. Afuera, la cenicienta y ventosa mañana despertaba con sus apagados y gélidos tonos.

Otro golpe nervioso en la puerta interrumpió el estiramiento de Lyn, obligándola a ponerse de pie y abrir. Detrás se encontraba Briar, ansiosa como de costumbre pero sin su vestido de servidumbre; vestía una falda hasta las rodillas, un abrigo largo y un encantador sombrero marrón. Resultaba evidente que acaba de llegar, porque sus mejillas estaban rojas por la caminata y aún irradiaba el frío aire matutino.

—Lyn, ¿qué fue lo que hicieron ayer? —preguntó Briar. Su semblante reflejaba preocupación.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Lyn, tallándose el ojo y desperezándose.

Briar se apartó y reveló el pasillo con cientos de ramitas, hojas y puñados de tierra.

—Salieron a caminar al bosque, ¿cierto? Cuántas veces le he dicho a Ronna que no puede salir a caminar al bosque por la noche. ¡Es peligroso!

—¿Por lo de las Nigromantes? —preguntó Lyn en un susurro, tragando algo de saliva. Pensaba que quizá aquello que se metió en la noche podría haber sido una de esas criaturas fantasmales de las que le había advertido el señor Harlow.

—¿Las Nigromantes? ¡Claro que no! Porque se pueden perder en la oscuridad y caer en una hondonada y romperse el cuello.

—Es verdad... —dijo Lyn con alivio. Después pensó que se estaba dejando influenciar por el festejo del pueblo y que creer que un espectro del bosque se había metido por la ventana era una estupidez. Ella misma lo había creído así cuando el señor Harlow le habló sobre las apariciones sobrenaturales.

—Además, no salimos al bosque, Briar —dijo Ronna detrás de Lyn, bostezando y estirando los brazos.

—Hazme el favor de ponerte presentable, Ronna —exclamó Briar al ver a su hermana en



calzones—. Estás en casa ajena; ten algo de decencia. Y, mira, sea lo que sea que hicieron... — Pero Briar no terminó su regaño, porque se escuchó la voz de Flynn en el piso de abajo, solicitándola. Briar suspiró y miró a las dos muchachas—: Como sea, lo limpiaré después. Ahora, ustedes dos, pónganse presentables y después vayan a la cocina, les prepararé el desayuno. Y, Ronna, al terminar, te vas derecho a casa. El tío Fulton llegó anoche y se preocupó por ti. No quería creer que estabas en la Casa del Cuervo.

—¿Casa del Cuervo? —preguntó Lyn, intrigada.

—No tengo tiempo para esto —dijo Briar, atareada. Y se marchó enseguida.

—¿Casa del Cuervo? —preguntó Lyn a Ronna.

—Así se llama la mansión..., o al menos así le decimos en la villa. ¿Por qué?

—No, por nada... —dijo Lyn, meditabunda, pensando en el cuervo que había visto la noche pasada.

Desayunaron abundantemente, platicando con alegría de cosas banales, hasta que hubieron terminado de comer y Ronna se vio en la necesidad de marcharse, porque Briar, entre sus miles de ocupaciones, siempre encontraba el tiempo para apresurar a su hermana y mandarla de regreso a casa.

Lyn acompañó a Ronna hasta el jardín frontal y allí la despidió. La chica rubia se marchó silbando, con sus cabellos movidos por el frío viento de finales del otoño y las manos metidas en el overol. Tras perderse en una curva del camino, Lyn se dio la media vuelta para regresar a la casa. El aire estaba sumamente helado y lo único que quería era sentarse en el salón y leer un buen libro, acompañada de una humeante taza de té negro. Y fue entonces que lo vio, por primera vez, el escudo grabado en piedra que se encontraba en el porche de la entrada. Mostraba a un cuervo, con las alas extendidas, sosteniendo una ramita de avellano. Lo estudió unos instantes con los ojos entrecerrados. Después miró una de las ventanas del ala de la derecha, en la parte alta, la que pertenecía al ático. La cortina estaba abierta un poco. Alguien la estaba viendo.

—Blaer... —susurró Lyn. Y como si hubiera sido un encantamiento, la cortina se cerró.

Lyn preguntó a Briar y a los demás sirvientes que pululaban en la casa por Blaer. Pero ninguno pudo darle una respuesta certera. Briar le dijo que la señora Turnbull le había enviado el desayuno, pero que la señora Blaer se negó a comerlo, que estaba encerrada en el ático y que no había contestado más que algunas vagas palabras. Eso era todo.

Por el resto del día nadie supo nada más de la señora Blaer. Aunque eso sí, de alguna forma encontró la manera de decirle a la señora Turnbull que mantuviera a Lyn ocupada por el resto del día, hasta la hora de la cena. Así que Lyn vio frustrados sus planes de quedarse tendida en el salón y estuvo la mayor parte del tiempo pelando patatas, cargando bultos y ayudando a las dos subordinadas de la cocina. El tiempo pasó sumamente rápido, y cuando el crepúsculo ya se cernía sobre la mansión, Briar fue por Lyn a la cocina.

—Lyn, ¿puedes venir conmigo? —preguntó Briar, ataviada con su traje de sirvienta. Así, con las mejillas coloreadas, sus cabellos bien peinados y su atuendo perfectamente colocado, parecía una figurita de porcelana, completamente opuesta a la estampa de su hermana.

Lyn, que estaba en ese momento batiendo una mezcla rosa que la disciplinada señora Turnbull le había dado, asintió en el acto y se puso de pie. Le dio la mezcla a Rossie, una de las ayudantes de cocina, y se marchó tras Briar.

Llegaron a la habitación de Lyn. Las ramitas, hojas y tierra del pasillo habían desaparecido, y en el interior de su habitación los dos colchones del suelo también. La cama estaba perfectamente tendida y todas las demás cosas ordenadas en su sitio. Sobre el cobertor de la cama se encontraba un hermoso vestido, de un azul muy oscuro con brillante pedrería negra. También había unos guantes y un par de collares de piedrecillas negras y platinadas.

—Tu tía creyó que esta combinación podría gustarte —dijo Briar, señalando las hermosas ropas.

—¿Para mí? —dijo Lyn, sorprendida.

—Sí, ¿no creerás que planeaba dejarte fuera de la cena de hoy?

—Oh... —exclamó Lyn, nerviosa—. Bueno..., haré el intento.

Briar la ayudó quitarse el abrigo marrón, a vestirse y a arreglar sus largos cabellos negros, que quedaron acomodados primorosamente en preciosas ondas sobre su hombro derecho. Finalmente se miró en el espejo de la habitación y casi no pudo creer la imagen que le devolvía. Era preciosa. El vestido se ajustaba a su figura perfectamente con un cinturón delgado y negro de diminuta hebilla. Sus manos, enfundadas en pequeños guantes, lucían graciosas y elegantes, y el color de su piel desnuda en hombros y brazos contrastaba hermosamente con la oscuridad del vestido. El collar que Briar le colocó al final fue el toque ideal y definitivo.

—Wow... —dijo Lyn, asombrada.

—Tu tía me dijo que está algo indispuesta, pero que bajará en cuanto la cena haya

comenzado.

—Bueno... —musitó Lyn, algo nerviosa.

—Y que tú tendrás que recibir a las visitas en cuanto lleguen.

—¿Qué?! ¿Y cómo hago eso?! —exclamó Lyn, con los ojos enormes como platos. Y no era que le asustara la gente, pero de eso a ser la anfitriona de la cena era dar un giro demasiado vertiginoso.

—Pues sólo párate en la entrada y las recibes. Ya sabes... Lo normal.

—¿No, no lo sé! ¿Y si lo echó a perder? Nadie me dijo que tendría que hacer eso.

—No puede ser tan complicado.

—¿Lo has hecho tú?

—No.

—Entonces no sabes.

—Bueno no, pero...

Lyn no le dio tiempo a Briar de contestar. Salió de la habitación y recorrió todo el camino hasta llegar a la puerta del ático, la cual aporreó con su furioso puño.

—¡Blaer! ¡Blaer! ¡Blaaaaaeeer!

—¿No molestes a la señora! —dijo Briar detrás de ella—. Está indispuesta. Bajaré cuando pueda.

—Nada de eso. Yo la vi cómo me observaba por la ventana. ¡Blaer! ¿Qué estás ocultando? Nunca me dijiste nada de atender a tus invitados de la cena. ¿Qué pasó ayer? ¡Blaer!

—Lyn, por favor... —la regañó Briar.

—Este trato cada vez se está volviendo más y más complicado. ¡No me puedo ir hasta pasada la Noche de las Almas! Bien, pero al menos explícame qué está pasando.

De la puerta no provino ningún ruido.

—Dime por qué, Blaer. ¿Por qué me quieres aquí?!

—Lyn... —se escuchó la voz detrás de la puerta, como un hilillo, un riachuelo perdido en el bosque—. Te lo pido, por favor.

—¿Qué fue lo que pasó ayer? ¡Explícame!

—Ahora no... —dijo Blaer con voz débil del otro lado de la puerta.

—¡Dime, Blaer! ¡Explícame!

—Lyn, por favor... —intentó decir Briar.

—Haz tu parte, Lyn, por favor —dijo Blaer, tras la puerta—. Sólo escúchame y haz tu parte...

La voz de Blaer se cortó. Lyn golpeó la puerta de nuevo, pero no se escuchó respuesta. Se volvió para mirar a Briar. La hermana de Roma tenía fruncido su rostro en una mueca de preocupación. Y con un ademán de la mano, invitó a Lyn a que se marcharan.

Lyn se plantó en la entrada cuando dieron las ocho. Pronto comenzaron a llegar los invitados. Primero fue el vicario Dwerryhouse, seguido del doctor Clifton y su esposa, y después varios de los miembros destacados de Wolgarn, alrededor de unos diez, entre comerciantes y representantes de la comunidad, todos ellos componentes de la Comisión Directiva de Wolgarn. Entre ellos, Lyn encontró con desagrado que el señor Sutton era acompañado por su joven hijo, Cornelius Sutton, el cual, sin que nadie lo viera, le dedicó a la chica una mueca del más profundo desprecio, cosa que originó en Lyn un bolo de odio en la garganta que tuvo que tragarse. Sin embargo se llevó la sorpresa de que los Coburn llevaban consigo a su retoño recién llegado de Francia, Diederik, con lo que se sintió más contenta, porque así, al menos, tendría a un aliado en la cena.

Finalmente llegó lord Crawford, con cuya presencia pudo comenzar propiamente el convite.

Lord Crawford, a cuyas tierras pertenecía Wolgarn, era un hombre alto y fornido, ya con algunos años encima. Los pocos cabellos que le quedaban estaban cuidadosamente peinados y la prominente barba perfectamente bien recortada y cuidada. Enseguida, al llegar al salón, sacó su tabaquera y encendió su pipa, que degustó con fruición para abrir el apetito. Lord Crawford era, sin lugar a dudas, un hombre intrépido, orgulloso y que gustaba de hacer las cosas por cuenta propia. Sin embargo, a pesar de poseer el Castillo Wolgarn, que reposaba en la ladera del norte, no habitaba en él, sino en Londres, y prefería mantenerlo como una reliquia familiar encargada a la Comisión. Sólo visitaba Wolgarn cuando era estrictamente necesario, como en la semana previa a la Noche de las Almas.

Lyn no tenía ni la menor idea de cómo ser anfitriona, por lo que Briar tuvo que auxiliarla en todo, indicándole más o menos de qué platicar y con quién. Poco después, tras unos minutos en el

salón que a Lyn le parecieron horas, la mesa para la cena estuvo lista, y los comensales tomaron sus asientos.

La cena se desarrolló tranquilamente, no sin que Cornelius Sutton pusiera cara de asco ante cada platillo que se servía, como despreciando de manera evidente a la anfitriona y a su ausente tía. Sin embargo Lyn se sentía, hasta cierto punto, confiada, porque Dirk no paraba de hablar con elegancia y educación de lo buena y satisfactoria que era la cena, y como provenía del extranjero, su palabra resultaba de bastante peso. El resto de los comensales discutían los asuntos del día y charlaban animadamente sobre los planes para la Noche de las Almas, además de las cosechas para el siguiente año y los demás proyectos para la villa, especialmente el de ampliar la red de caminos, para que los automóviles pudieran llegar con más facilidad.

—Así es —dijo lord Crowford, tras llevarse a la boca un trozo de la tarta de chocolate que se sirvió de postre—, como le iba diciendo, vicario Dwerryhouse, nuestro gobierno hace lo que puede para reducir el golpe de los mercados extranjeros, sobre todo el del americano, el cual, como todos sabemos, no ha sido tan bien llevado en los últimos años.

La mayoría concordó con lord Corwford.

—Es verdad, muy cierta su apreciación, milord —dijo el vicario Dwerryhouse, un tipo calvo y huesudo de dientes prominentes y labio levantado.

—Sin embargo —terció el doctor Clifton—, no podemos evitar observar que muchas de esas medidas tienen ciertos cortes populares, hasta socialistas diría yo.

Algunos de los presentes negaron tajantemente y otros simplemente desviaron la mirada. Uno que otro pareció interesado en el tema.

—Puede parecer, pero le aseguro... —comenzó lord Corwford.

Sin embargo no pudo terminar, porque el doctor Clifton agregó:

—Las nuevas formas de pensar han abierto muchos caminos, hay que tener eso en cuenta. Y todos ellos han traído diferentes compromisos, y con ellos, a su vez, suculentos beneficios.

El vicario Dwerryhouse le lanzó una mirada de reproche al doctor Clifton por interrumpir a lord Crowford de manera tan brusca.

—¿Cómo la Noche de las Almas? —preguntó la esposa de uno de los comerciantes, la señora Gardener—. Se ha transformado totalmente, ¿cierto? Ya no es para nada como yo la recordaba de niña.

—¿En verdad? ¿Por qué? —preguntó Lyn llena de curiosidad.

—Antes era una fecha que marcábamos en el calendario y en la que encendíamos hogueras —contestó el vicario Dwerryhouse—. Una fecha para recordar el buen cristianismo. Ahora, con la ayuda del doctor, aquí presente, y con el auspicio de su tía, señorita Lynveil...

—Sin olvidar la nueva vida del hombre trabajador y la ideología de la sociedad moderna —indicó el doctor Clifton.

—Sí..., sí..., desde luego —continuó el vicario Dwerryhouse—. Con todo ello, la Noche de las Almas se ha vuelto más un espectáculo que una tradición; no del todo cristiano, si me lo preguntan.

—¿Cómo era? —preguntó Lyn.

—Esta no sabe nada —exclamó Cornelius, apachurrando con su tenedor el segundo pedazo de tarta que le habían servido. El señor Sutton le indicó infructuosamente a su hijo que se comportara.

—Simplemente encendíamos hogueras —dijo el doctor Dwerryhouse—, en honor a la victoria de los buenos cristianos de estas tierras y de los dos caballeros sobre las Nigromantes. Ahora todo es diferente. Ya están los juegos y las máscaras y el desfile y todo lo demás. Desde luego que las hogueras en la madrugada, pero nada parecido a la modestia y recato de antes.

—Bueno, siempre estuvo el Reto del Arco de la Colina Negra... —musitó la señora Gardener con una sonrisilla.

—Los chiquillos y sus tontos retos —bufó el vicario Dwerryhouse.

—¿Cuáles eran sus nombres? —preguntó lord Crowford con una sonrisa, casi oculta por su espesa barba—. Los de las Nigromantes, quiero decir.

—Dell era el Búho —indicó la señora Gardener, puntual—, Seanna el Halcón y...

—¿Niara?, si mal no recuerdo, sí, ella era... ¿el Buitre? —completó lord Crowford

—En efecto, muy acertado, milord —concordó orgulloso el lambiscón vicario Dwerryhouse—. Algunos dicen que había una Nigromante extra, la cuarta hermana, que escapó a la justicia divina y que prometió devolver a sus hermanas a la vida. Pero eso sólo son leyendas y deformaciones de la historia. Nada bueno puede salir de leyendas e historias tontas como esas.

—Pero es que ese tipo de folklora es el que ha hecho tan popular la Noche de las Almas —exclamó el doctor Clifton—, por eso esta comisión se encarga de estos asuntos; porque reporta

buenos beneficios, ¿no es cierto?

—Logró su cometido, mi buen doctor —exclamó lord Crowford con una sonrisa—. Americanizó la Noche de las Almas.

—Y nos ha servido a todos bastante bien —dijo de pronto Blaer, ingresando por las puertas. Todos los hombres se pararon en el acto.

Lyn notó que Blaer se mostraba más tiesa de lo normal, como si le costara trabajo moverse. Estaba más pálida que de costumbre, si es que eso era posible, y sus movimientos eran menos fluidos. Con todo, era capaz de mantener la compostura y conseguir su característico semblante altivo. Portaba un largo y ajustado vestido negro con pedrería al cuello, un par de largos guantes y un peinado alto adornado con una pequeña tiara negra.

—Si las damas y los caballeros quieren continuar con esta excitante charla en el salón, estaría encantada de unirlos —dijo Blaer con elegancia.

—Pero no se ve muy bien, mi señora —dijo el doctor Clifton, mirando con preocupación a Blaer—. Quizá un poco de sopa o algo de carne para mantener la robustez; el cordero estaba exquisito.

—Tuve un almuerzo abundante, muchas gracias, doctor —dijo Blaer con una sonrisa. Después, con un ademán, señaló la puerta—. Ahora, si ustedes gustan. El café y los biscochos ya los están esperando.

Lyn sabía que Blaer mentía, que no había probado alimento en todo el día. Algo andaba mal, podía sentirlo.

—Pues ya terminamos el postre, y no me caería mal una copita de brandy —dijo lord Crowford.

—A mí tampoco —exclamó el vicario Dwerryhouse.

Los comensales pasaron al salón y pronto estuvieron charlando animadamente de los planes para la Noche de las Almas. Lyn, que se había reunido con Dirk, no paraba de mirar a Blaer. Ésta se encontraba cerca del hogar, mirando las llamas, pensativa, como si algo más importante que la cena tuviera lugar en su cabeza. No paraba de mirar hacia la ventana, hacia el bosque y después, de vez en cuando, a los invitados. Cuando alguien se acercaba a platicar con ella, fingía una muy creíble sonrisa y compartía una charla amena, aunque sucinta.

—Como le iba diciendo, doctor —dijo lord Crowford avanzada la velada, tenía su pipa en la mano y una vaso con brandy en la otra—, los americanos tienen inventiva, eso no se niega, pero

les falta..., no sé, disciplina.

—Quizá les falte un poco de orden, mi lord, pero son disciplinados, se lo aseguro, capaces de hacer grandes cosas. He visto a otros países de reciente hechura..., nuevos, como México u otras naciones de américa del sur; pobres desgraciados, están al borde, a punto de convertirse en un auténtico desastre, le digo, un desastre. Estuve allí el verano pasado y...

Pero la cháchara del doctor se detuvo cuando, proveniente del jardín trasero, se escuchó el estruendoso sonido de una rama al romperse. Todos los asistentes en el salón miraron hacia la ventana.

—Creo que he visto a alguien —dijo la señora Gardener, mirando con preocupación por la ventana.

Lyn miró a Blaer. Ésta la estaba mirando fijamente.

—Será mejor que vaya a revisar —dijo el doctor Clifton, poniéndose de pie.

—Para nada, iré yo —exclamó lord Crowford. Muchos de los presentes intentaron detenerlo, en especial del vicario Dwerryhouse, pero el noble se limitó a decir con una sonrisa—: Si no los defiende yo, ¿quién? —Y salió por las puertas en dirección al jardín trasero de la casa.

Todos los reunidos en el salón se miraron, preocupados algunos y curiosos otros.

—Tengo que ir al tocador, enseguida vuelvo —dijo Blaer con una sonrisa. Después clavó una grave mirada en su sobrina y agregó—: Lyn, quédate aquí y no salgas. —Y se marchó sin decir nada más.

Lyn esperó unos instantes, los suficientes para que los invitados regresaran a sus charlas y a sus tragos.

—Dirk, vamos —dijo Lyn por lo bajo.

—Pero tu tía dijo que...

—Mira, no tengo tiempo para explicártelo, pero hay algo raro en este lugar. ¡Ven conmigo!

—No, tajantemente, no —dijo Dirk, altivo.

—Si me ayudas, entonces yo te ayudaré.

—¿A qué?

—Ronna.



—Vamos —exclamó Dirk sin pensárselo dos veces—. Hay un dicho en mi familia que dice: “El impertinente ve oportunidades en todas partes, pero el tonto no ve ninguna”.

—¿Qué? —exclamó Lyn apurada, negando con la cabeza—. Vamos.

Y los dos dejaron el salón lo más sigilosos que pudieron.

Caminaron por los corredores, evitando a los sirvientes. Se deslizaron con mucha precaución hasta que llegaron a la habitación de la parte trasera de la casa. Ésta contaba con una gran pared de cristal, y una mesita y silloncitos para disfrutar, en verano y de día, la espléndida vista del jardín.

Se resguardaron tras uno de los sillones y espionaron con cuidado. Allí afuera, en el jardín, se encontraba lord Crowford, una figura solitaria recortada contra la oscuridad de los arbustos, los arriates y las ruinas griegas de mármol. Estaba de pie mirando hacia el boque del oeste. Su buen humor y jovialidad se habían marchado de su rostro y parecía estar repleto de una preocupación creciente, como si de pronto se hubiera arrepentido de estar allí afuera.

Las copas de los árboles eran movidas violentamente por el viento que descendía de las montañas. Las ramas y los troncos crujían como si tuvieran vida propia y estuvieran a punto de estirar sus cadavéricas manos para atrapar a su desprotegida presa. Lord Crowford tenía en la mano una pistola, pero ante el caos vibrante del bosque, aquella arma parecía realmente insignificante.

De pronto apareció Blaer a la derecha del jardín. Se había soltado la tiara y sus largos cabellos negros, que fácilmente le habrían llegado hasta la espalda baja, se movían al ritmo del desaforado viento. Lucía más bella y peligrosa que nunca. Se acercó a lord Crowford y habló con él, como insistiéndole que regresara a la casa.

—Ven —dijo Lyn a Dirk—, tenemos que acercarnos.

Dirk tragó saliva. Era solo viento, pero realmente había algo extraño allí afuera, algo que resultaba aterrador y desconcertante. Podía sentirse. La atmósfera ventosa del jardín parecía desgarrar la existencia misma. Pero Lyn ya había salido por la puerta y se ocultaba tras los setos recortados. Dirk no pudo dejarla sola y fue tras ella.

Los dos jóvenes casi se arrastraron por el suelo, escondiéndose de la mirada de Blaer y de lord Crowford, cosa que no requería mucho esfuerzo, pues resultaba obvio que estaban más preocupados por la creciente amenaza del viento y las sombras de los bosques.

—Me dijiste que lo tenías controlado, Blaer... —Pudo escuchar Lyn, cuando se ocultaron tras unos helechos bastante crecidos—. No puedo creer que esto estallara de esta forma delante de tus narices. ¡Creí que sabías lo que estaba pasando!

—Milord, será mejor que regrese a la casa —dijo Blaer, con voz serena pero firme—. Yo me encargaré de todo. Lo prometo.

—No. Me prometiste que esto no pasaría; mi familia confió en ti... ¡Yo confié en ti!

—Todo estará en orden, milord. Ahora necesita regresar y calmar a todos en el salón.

—¿Por qué está pasando esto, Blaer?

—La muchacha... —musitó Blaer, con el rostro oscurecido.

—Será mejor que yo me encargue de esto —dijo lord Crowford, levantando su pistola.

—Ese tipo de armas no sirven, Hugh, lo sabes. Sólo esta... —Blaer colocó la mano a la altura de la cadera y la levantó lentamente. De su palma cayó un pesado velo de negrura, como vapor extremadamente oscuro y denso que descendió hasta la hierba del jardín. La mano de Blaer se levantó hasta más allá de su cabeza. La neblina negra se difuminó con el viento y entonces apareció la lanza, la misma que Lyn había visto tirada en el pasillo la noche pasada.

—¿Una lanza? —preguntó Dirk por lo bajo.

Blaer aferró el arma y miró con decisión hacia el bosque del oeste, que colindaba con el jardín.

—No te dejaré hacerlo sola, Blaer —dijo lord Crowford. Y colocó su mano sobre el hombro de Blaer. Ésta le dedicó una mirada que Lyn jamás había visto en su tía abuela, una mirada de ternura. Pero entonces el rostro de Blaer volvió a transformarse en una máscara de severidad.

—No, Hugh, sabes que no puede ser así. Una vez ya lo viví, y fue demasiado... No pienso volver a experimentarlo. Por favor. Entiende.

Lord Crowford retiró la mano del hombro de Blaer como si se la hubiera quemado el contacto. El rostro del hombre se ensombreció y asintió.

—Aun así, no pienso dejar que vayas sola.

Y se adelantó, con la pistola lista. Blaer suspiró y negó con la cabeza, y aferrando la lanza con las dos manos caminó hacia el bosque del oeste, en compañía de lord Crowford.

—Tenemos que seguirlos —dijo Lyn, cuando Blaer y lord Crowford se perdieron entre los

truncos y los arbustos del bosque rugiente.

—¿Estás loca?! —exclamó Dirk, señalando con su dedo hacia la negrura de los árboles—. ¿No viste que traían armas? Nosotros, ¿qué traemos? Nada. Sea lo que sea que vayan a enfrentar requiere un arma.

—Te ayudaré con Ronna.

—Para que funcione con Ronna requiere que yo esté vivo, Lyn, ¿me escuchaste? ¡Vivo!

—Bien, quédate aquí, pero procura que...

—¡Ajá! ¡Aquí están! —exclamó Cornelius a sus espaldas.

—¿Cornelius? —preguntó Lyn, mirando al muchacho fornido que aparecía por el sendero de piedrecillas del jardín.

—Es Cornell, y sí, soy yo. Vamos a arreglar cuentas de una vez por todas.

—Cornell..., Cornelius, no tengo tiempo para esto. Entiende.

—Ahora que tu amiga la machorra no está, no tienes tiempo para arreglar esto ¿verdad? ¡Qué conveniente!

—¡No pienso dejar que hables así de Ronna! —espetó Dirk, desafiante.

Se adelantó hasta donde estaba Cornelius y le dio un empujón poco efectivo en el horondo pecho. Cornelius miró con desdén a Dirk y, sin aviso previo, le propinó un tremendo golpe directo a la mandíbula. Dirk se desconectó, como si fuera un muñeco al que le hubieran cortado los hilos, y cayó al suelo desmadejado.

—¿Estás loco?! —chilló Lyn.

—Estoy súper enojado —bramó Cornelius—. Me las vas a pagar. Nadie me deja en ridículo.

Cornelius se adelantó y fue directo en contra de Lyn. Dirk despertó de pronto y aferró a Cornelius por el pie, lo que impidió a éste llegar hasta Lyn. La chica dio un par de pasos hacia atrás y tropezó con una piedra, cayó y se golpeó con una estatua de Ares que sostenía una lanza. El porrazo le abrió a Lyn una diminuta fisura en la ceja, que comenzó a sangrar abundantemente.

Lyn trató de contener la sangre para evitar manchar su vestido, pero el torrente era incontrollable y unas gotas cayeron por entre sus dedos. Fue entonces, cuando impactó una miserable gota de sangre sobre la hierba del jardín, que todo el bosque y el ventarrón se calmaron,

como si alguien los hubiera desconectado. Repentinamente todo era calma, pero no una calma cómoda y tranquilizadora, sino una atmósfera helada y tensa, como si el aire se hubiera vuelto espeso y opresivo.

Lyn se levantó adolorida, sobándose la frente sangrante. Miró a Cornelius y a Dirk. Los dos muchachos, petrificados, miraban algo a sus espaldas. Lyn se dio la media vuelta y observó hacia el lindero del bosque. Allí estaban las tres figuras, negras y voluminosas, observando desde las tinieblas. Lyn experimentó la misma sensación de cuando llegó, una sensación vieja y muy olvidada, de lombrices, tierra olorosa y ramas putrefactas. Aquellas cosas la estaban viendo insistentemente, llamándola. De alguna forma, sabía que no podían ir más allá del límite del bosque, pero la llamaban, con insistencia, con una fuerza que Lyn apenas podía resistir. Estaban hurgando en su interior, con unos dedos largos y fríos, llenos de podredumbre y sangre reseca.

Lyn dio un paso sin querer, y después otro.

—¡Lyn! ¿Qué diantres haces? ¡Ven acá! —gritó Dirk en el suelo. Se levantó de golpe y corrió tras Lyn.

De pronto estalló el vendaval. El bosque rugió como una bestia brutal y enfurecida. El viento explotó con un alarido desgarrador y torturante que hizo que Cornelius y Dirk cayeran al suelo horrorizados y trastornados. El viento soltó tremendos latigazos que aferraron a Lyn por las piernas y las manos y comenzaron a llevarla hacia el oscuro bosque de ramas y brezos espinosos, que ya se alargaba en dedos enroscados y mortíferos, revelando el deseo malsano de llevarla hasta la oscuridad de sus venenosas entrañas.

Lyn soltó un grito lleno de desesperación. Las tres figuras, cubiertas por mantos raídos y viejos, estiraron las descarnadas y pútridas manos. Mostraron sus garras de hueso y exhalaban sus anhelantes vahos apuestos, festejando su esperada victoria. Por debajo de las ajadas capuchas negras, viejos cráneos de aves se asomaron aterradoramente en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces apareció Blaer. Clavó la contera de la lanza entre las tres figuras y Lyn; parecía una estatua de las que había en el jardín, imponente y poderosa. El viento se cortó repentinamente. Lyn cayó de bruces al suelo. Lord Crowford emergió de entre unos arbustos y soltó un par de disparos hacia las tres figuras en el lindero de la espesa floresta. Las balas hicieron saltar la madera detrás, pero los tres entes no sufrieron el menor de los daños.

—¡Fuera! —gritó Blaer con fuerza—. ¡No son bienvenidas aquí! ¡Este techo está protegido! ¡Márchense, el Fuego Primordial las llama! ¡Largo de esta tierra! ¡No han sido llamadas...! ¡Todavía no!

Las figuras, inalterables, comenzaron a mezclarse con las sombras de los árboles hasta que desaparecieron por completo. Después, el bosque volvió a ser normal, inofensivo.

Blaer dejó clavada la lanza en el suelo y se volvió. Con movimientos enérgicos llegó hasta donde estaba Lyn y la levantó del suelo.

—¡Blaer! ¡¿Qué... qué fue eso?! —exclamó Lyn, aterrada.

Pero Blaer no contestó, a empujones la llevó en dirección de la casa. Pasaron junto a Dirk y Cornelius. Dirk estaba más pálido que la luna y Cornelius se había meado en los pantalones.

Blaer se volvió y miró a lord Crowford, que ya había guardado su arma bajo el abrigo y llegaba enjugándose la frente con un pañuelo.

—Hugh, ¿podrías...? —preguntó Blaer. Lord Crowford, no dijo nada y se limitó a levantar la mano y asentir. Aferró a Dirk por el brazo y a Cornelius por el hombro y los llevó al interior de la casa.

Blaer y Lyn ingresaron poco después. Tomaron un pasillo y Blaer abrió una puerta que daba hacia unas pequeñas escaleras que ascendían a la planta alta. Allí, Lyn se sorprendió de ver a Briar y a Flynn enzarzados en un tremendo y tórrido beso. En cuanto los dos jóvenes sirvientes se percataron de la presencia de la señora de la casa, se separaron, como si les hubieran dado un choque eléctrico, y miraron al suelo avergonzados. Sin embargo parecía que Blaer estaba demasiado ocupada para disciplinar a su servidumbre, porque sólo soltó un gruñido y, con Lyn aferrada por el brazo, ascendió por las escaleras.

Recorrieron el pasillo que daba hasta la habitación de Lyn sin decir palabra. Llegaron hasta la puerta de la habitación y Blaer la abrió de un empujón. Metió a su sobrina y regresó sobre sus pasos. Lyn intentó detenerla, pero Blaer dejó la habitación sin decir nada más. Poco después regresó con una caja de primeros auxilios y comenzó a tratar la herida que Lyn tenía en la ceja. Durante todo el incómodo proceso, Blaer no realizó ningún comentario. Tras sanar con manos expertas la lesión, se dispuso a marcharse.

—¡Blaer! ¡Espera! —bramó Lyn antes de que Blaer se fuera— ¡¿Qué fue eso?! ¡Fue lo mismo que había visto en el bosque, cuando llegué! ¡¿Qué está pasando?!

—Te dije que te quedarás en el salón —dijo Blaer, seria pero con las mandíbulas tensas.

—¡¿Quiénes eran esas..., esas cosas?! ¡¿Qué está pasando?! ¡Dime! ¡Blaer!

—¡Basta! —explotó Blaer. Después respiró para tranquilizarse y, aun sumamente enfurecida, agregó—: Te dije que te quedarás en el salón, te dije que el bosque era peligroso. ¿Y

me escuchaste? ¡No, no lo hiciste! ¡No escuchas! ¡No sabes escuchar!

—¡Cómo quieres que escuche si no me dices nada!

—Te dije que aguardaras en el salón.

—Eso no es suficiente. No puedes tratarme así.

Blaer soltó un bramido de desesperación.

—No tengo por qué darte explicaciones, pequeña entrometida; tú llegaste a mi puerta rogando por dinero, y no al revés. ¿Quieres que salve a tu familia? Bien. Deja de entrometerte en asuntos que no te competen.

—¡Escúchame! —gritó Lyn.

—¡No! Escúchame tú a mí —bramó Blaer, iracunda.

—¡Vieja horrenda! —exclamó Lyn, con una terrible acidez en sus palabras.

—¡Mocosa testaruda! —rugió Blaer, con los ojos inyectados en sangre y las venas palpitantes en su cuello.

Las dos tremendamente encolerizadas se quedaron viendo a la otra con desprecio cortante. Blaer se marchó de la habitación y cerró la puerta con fuerza. Lyn se echó sobre la cama y soltó un grito lleno de rabia y desesperación, con la cabeza clavada en una almohada. Y comenzó a llorar, amargamente, pensando en las miles de cosas que le gustaría hacerle a Blaer, hasta que el llanto se le secó en los ojos y no le quedó de otra más que reposar cansadamente. Poco después un sueño pesado como una placa de plomo se apoderó de ella, y se durmió llena de desconsuelo y acongojada desesperación.

## Capítulo VIII

### La cuarta hermana

Al despertar Lyn a la mañana siguiente, la servidumbre ya se había marchado. En la casa no quedaba nadie excepto ella y Blaer. La tía abuela se la pasó en su habitación casi todo el día, y sólo salía cuando preparaba las comidas. Blaer y Lyn casi no hablaban, y cuando estaban las dos juntas en una habitación resultaba sumamente incómodo para ambas. Lyn daba gracias de que la Noche de las Almas estaba cerca. Después tendría la libertad de largarse, para jamás volver a ver en su vida a la odiosa de Blaer.

La casa era solitaria, y Lyn ya extrañaba a la servidumbre, a la de verdad, no al inexplicable servicio que limpiaba todo por la noche. Echaba de menos a las sirvientas yendo de un lugar para otro, la voz de la señora Turnbull dando órdenes como si fuera un general y el nerviosismo práctico de Briar, la cual, por cierto, se había marchado con las mejillas rojas como tomates y los ojos clavados en el suelo, llena de profunda vergüenza.

Como no había más gente y Lyn no quería quedarse a solas con Blaer durante todo el día; salió a la villa, en donde buscó a Ronna para pasar el rato. Las dos amigas, después de que Lyn le explicara los singulares sucesos a Ronna, visitaron varios de los lugares históricos de Wolgarn, como el museo de la villa y las fascinantes murallas. La compañía de Ronna le resultó tan agradable a Lyn, que lamentó tener que volver cuando el crepúsculo ya se extendía en el cielo. Al estar de regreso en la mansión, la cena ya estaba servida, y una silenciosa y distante Blaer comía sin prestarle atención. La tensión entre la sobrina y la tía era brutal, asfixiante. Lyn se sentó a comer. Ninguna quiso dirigirle la palabra a la otra, y ambas, que lucían evidentemente disgustadas por lo que estaba sucediendo, se negaban a hablar.

Lyn se fue a dormir poco después de la cena. Blaer, que lucía más cansada que nunca, se quedó en el salón, pensativa. Las llamas del hogar iluminaban su pálido semblante y la profunda tristeza de su rostro. Se sirvió un trago de whisky y comenzó a beber. El fuego crepitaba y las lenguas anaranjadas se movían como finos velos incandescentes.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, después otra y otra más, y rompió a llorar, en completa y amarga soledad.

Era un día particularmente frío. Lyn había encendido la chimenea del salón y leía arrellanada en un cómodo sillón, envuelta por un esponjoso manto. Afuera comenzaban a caer los primeros copos de nieve. Lyn no dejaba de pensar en lo tonta que había sido al enojarse con Blaer, pero tampoco podía negar que su tía la estaba tratando como una niña, sin explicarle los extraños sucesos del jardín. Y fue entonces que Lyn se preguntó, ¿por qué su tía vivirá tan sola, siendo tan apreciada por la comunidad? ¿Por qué no se había largado ya? ¿Qué compromisos la ataban? Al parecer había algún tipo de historia con lord Crowford, ¿por qué no se marchaba con él? ¿Qué responsabilidad tenía en Wolgarn? ¿Realmente tendría una responsabilidad en Wolgarn o con alguien más...?

Y estaba pensando en todo ello, cuando un golpe la sacó de sus cavilaciones. Se desperezó lentamente y dejó el salón. Otro golpe en la puerta la llevó a caminar más deprisa. Al abrir la puerta principal, el aire frío se coló al interior y la hizo estremecer. Allí afuera se encontraba el doctor Clifton. Su rostro parecía apesadumbrado. Resultaba obvio que era portador de una mala noticia.

—Hola, señorita Lynveil, ¿se encontrará su tía?

Lyn asintió. Hizo pasar al doctor y lo llevó hasta el salón. Después fue a buscar a Blaer, que la recibió con frialdad. Juntas bajaron para encontrarse con el doctor.

El médico se puso de pie al instante, ante la presencia de Blaer.

—Mi señora, no quiero hablar con rodeos —dijo el doctor Clifton, con el sombrero entre las manos.

—Hable, doctor, ¿qué sucede? —preguntó Blaer, estudiando en el interior de los ojos del médico.

—Es James Harlow, mi señora... Esta mañana, apareció muerto.

—¿Qué?! —exclamó Lyn sorprendida. Sintió que sus entrañas se caían al suelo y que el mundo daba vueltas a su alrededor.

—No creo que sea prudente que una señorita escuche esta información —dijo el doctor Clifton, refiriéndose a Lyn—. Apenas puedo concebir que se la tenga que decir a usted, mi señora.

—Hable, delante de Lynveil, que escuche —dijo Blaer con frialdad.

El doctor titubeó, pero terminó por hablar.

—Fue hallado en circunstancias..., singulares. Verá, como usted sabe, es el guardián del...



Era el guardián del Nuevo Cementerio. Los chiquillos se metían a veces al cementerio para jugarle bromas o simplemente a experimentar fuertes emociones entre las lápidas; el viejo Harlow, bueno, pues él, siempre inspirado por el alcohol, los espantaba con esa vieja espada que portaba, una reliquia de tiempos muy antiguos, realmente... —El doctor pareció realmente afectado y calló.

—Continúe, doctor, por favor —dijo Blaer, instando al médico.

—La cosa es que fue hallado esta mañana. Tenía huellas en el cuerpo, golpes, para ser más exacto, como si hubiera peleado. Además, fue encontrado dentro de una fosa recién excavada. Al parecer, cayó en el interior y se aplastó la cabeza de forma..., horrible.

—¿Y su espada? —preguntó Blaer, realmente intrigada.

El doctor Clifton pareció desconcertado, balbuceó un poco y después, un poco confuso, agregó:

—Esa es la parte curiosa, murió con ella en brazos, como si la hubiera estado protegiendo. —El doctor Clifton negó con la cabeza y agregó—: Realmente no entiendo nada, cómo pudo... Todos creímos que el alcohol se lo llevaría, pero no así. Esto ensombrece de forma terrible la Noche de las Almas, y a tan pocos días. No sé si debemos cancelar todo el evento.

—Es muy tarde para eso doctor —dijo Blaer, meditabunda—. Demasiada gente para cancelar la festividad. Los habitantes de Wolgarn dependen de la Noche de las Almas.

—Quizá tenga razón... —dijo el doctor Clifton, apesadumbrado—. Como sea, él la consideraba su benefactora, y una amiga, y me pareció sensato comunicárselo.

—Gracias, doctor —dijo Blaer, con miles de cosas en la mente—. Todos los gastos, por favor, hágamelos llegar. Y avise a Claire; su hija, debe saberlo.

En cuanto Lyn escuchó la noticia, se llevó la mano a la bolsa de su abrigo. Y extrajo la hoja mugrosa y doblada que el señor Harlow le había dado. La miró entre sus temblorosos dedos y después miró a Blaer. Ésta parpadeó, sorprendida, después, un poco descompuesta, miró al doctor Clifton y le agradeció la cortesía de haber venido hasta la mansión.

Cuando el médico se hubo retirado, Lyn le dio el trozo de papel a Blaer. Ésta lo tomó lentamente y lo desdobló. Leyó el contenido y, tras meditarlo, miró a su sobrina.

—¿Por qué no me habías dado esto? —quiso saber Blaer. Su voz sonaba triste, como decepcionada.

—Yo..., lo..., olvidé... N-no..., no te había visto, hasta que... —dijo Lyn entre balbuceos.

—Es demasiado tarde... —dijo Blaer con un hilo de voz, desviando la mirada. Resaltaba en su rostro que miles de pensamientos atacaban su cabeza.

—¿E-es..., es importante?

—Lo era... —dijo Blaer, meditabunda. Después miró a Lyn. El rostro de Blaer cambió de súbito, transformándose en una máscara de contrariedad. Y enseguida agregó—: Tengo que irme.

Y sin decir nada más, salió del salón y subió con paso rápido por las escaleras. Lyn se quedó, como siempre, completamente confundida.

Poco después, al llegar el mediodía, Ronna tocó a la puerta de la mansión. Lyn abrió y, sin siquiera decir hola, salió del interior, enfundada en su abrigo marrón. Lyn agradecía a Ronna por su existencia, pues habían quedado de verse para salir de nuevo a la villa y vagabundear por allí. Blaer se había metido en el ático y después no había dado la menor señal de vida. Lyn no quiso quedarse en la solitaria casa ni un momento más.

—Entonces, ¿fue real? —preguntó Ronna a Lyn, mientras descendían por la pendiente hacia Wolgarn.

—Sí..., Dirk estuvo allí, él lo vio. Y también Cornelius.

—¿Y dices que se meó en los pantalones? —preguntó Ronna con una sonrisa en los labios.

—¡Ronna, por favor! —exclamó Lyn, amonestando a su amiga. Pero también sus labios se torcieron en una sonrisa y agregó—: Y además de estar todo mojado, el pobre no dejaba de balbucear, como un idiota.

Las dos chicas rieron.

—Pero, con todo —dijo Ronna, torciendo el gesto—, y no quiero decir que no te crea... ¿En verdad fue real? Quiero decir... Es que suena muy loco, Lyn. No habrá sido alguien con un disfraz, ya sabes, con uno de esos que se usan para el desfile de la Noche de las Almas; tal vez alguien vio a todo los ricachones de la villa reunidos y quiso jugarles una broma.

—Eso fue lo que pensé en un inicio, pero..., no fue así. Eran tres personas, tres figuras; yo las vi... Incluso las vi antes, cuando llegué por primera vez a Wolgarn. —Lyn miró a su amiga. Ésta tenía en el rostro una duda profundamente marcada. Era evidente que quería creerle, pero que no llegaba a convencerse—. No estuviste allí, Ronna, no viste lo que yo... Fue..., muy extraño, en

verdad. Y Blaer no me quiere decir nada.

—Es que sí suena extraño.

Lyn se quedó meditabunda. Se detuvo y miró hacia atrás, hacia la casa. Todavía era visible el escudo de piedra en el porche de la mansión. El cuervo, con las alas extendidas, sosteniendo una ramita de avellano. Los ojos de Lyn se iluminaron y comenzó a caminar de nuevo hacia la villa.

—¿Qué..., a dónde vas? —preguntó Ronna, que se había detenido.

—Ven, vamos; busquemos a Dirk. Necesitamos encontrar respuestas, y él nos ayudará, estoy segura.

Y juntas descendieron a la villa. Allí se sorprendieron de la cantidad de gente que pululaba en las calles, entre turistas, nativos y vendedores. Los escaparates de las tiendas mostraban sus mejores mercancías, y las casas y los parques estaban mejor adornados que nunca. Todo lucía maravilloso y despampanante. La siguiente noche era la Noche de las Almas, y resultaba más que evidente que sería todo un acontecimiento.

Buscaron a Dirk en la Tienda de Quesos Coburn, pero no estaba allí. El señor Coburn les dijo que se encontraba con su madre visitando la iglesia. Así que pronto dejaron la zona oeste de Wolgarn y fueron en busca de la iglesia. Encontraron el edificio rodeado de turistas. Se trataba de una construcción en el centro de la villa, antigua y grande, levantada con robusta piedra, con altos ventanales y puntiagudos techos ojivales. Según un cartel afuera, la iglesia fue construida en la Edad Media, cuando los aldeanos habían dejado de utilizar la que se encontraba en el Viejo Cementerio, más allá de las murallas, y que había sido edificada sobre un antiguo templo celta de la Edad de Bronce. Además de ser todo un patrimonio histórico, albergaba en su interior a Santa Dellia, cuyo cuerpo había llegado allí en el siglo XV. Se trataba de una reliquia que había logrado sobrevivir a la Reforma gracias a la gente que atraía a las puertas de la iglesia; se decía que había curado a los enfermos con el toque de su mano y ayudado a mantener la iglesia con sus generosas donaciones, razones por las cuales su cuerpo permanecía incorruptible.

El interior estaba atestado de gente. En el alto techo se podían oír los murmullos de los visitantes, maravillados por los ventanales de cristales entintados y por el hermoso altar de arquitectura gótica. En el ala este de la iglesia se encontraban las tumbas y las criptas familiares, con estatuas que mostraban a un par de caballeros con las piernas cruzadas y una espada al pecho, reposando plácidamente junto a sus esposas, ataviadas con largos y recatados vestidos de seda. En el ala oeste se encontraba, en un largo pasillo adornado con cirios y cordones de fieltro, el

ataúd de cristal de Santa Dellia. Al observarla, Lyn pensó que el cuerpo tenía que ser, por fuerza, una especie de muñeco, porque resultaba hermoso y sumamente bien conservado, con una despampanante cabellera rojiza adornando su encantadora cabeza de finos y niveos rasgos. Y no creía que su hipótesis estuviera muy alejada de la realidad; ya había leído sobre las triquiñuelas de algunas iglesias para presentar milagros y reliquias y así obtener más seguidores y ganancias. No creía que el correcto vicario Dwerryhouse fuera capaz de hacer algo así, pero, viéndolo de pie en la nave central, hablando a los turistas como si fuera un guía y realizando vistoso ademanes con las huesudas manos, cualquier cosa podría ser cierta.

—¿Lyn? Ronna... —exclamó Dirk, mirando a las dos muchachas. El joven estaba vestido con uno de sus trajes de paño gris y un corbatín rojo—. ¿Qué hacen aquí?

—Vinimos a buscarte —exclamó Ronna, sin mucho interés.

—¿En verdad? —preguntó Dirk con una gran sonrisa en los labios.

—No te emociones —espetó al instante Ronna—. Lyn es la que quería hablar contigo, no yo.

El chico pareció decepcionarse un poco. Después, con un dejo de tristeza en sus ojos, miró a Lyn.

—Dirk..., quiero hablar sobre... —dijo Lyn, sin saber por dónde comenzar—Lo que pasó la noche de la cena.

—Ah..., la noche de los bromistas —dijo Dirk, recomponiendo su postura.

Lyn miró a Ronna. Ésta le dedicó una mirada que decía: “Te lo dije”.

—Dirk, tu sabes bien que no fueron bromistas. Algo..., o alguien se apareció en los bosques. Y esas cosas..., esas tres figuras, intentaron llevarme con ellas. Viste lo que hizo Blaer..., tú viste cómo trató con ellas.

Dirk parecía como ofuscado, como si de pronto estuviera reviviendo una terrible pesadilla. Al parecer, había hecho las paces consigo mismo y con su salud mental al decirse que las tres figuras que habían aparecido en los lineros del bosque eran bromistas y nada más. Pero ahora que Lyn ponía en duda lo que vieron, a Dirk le costaba trabajo mantener la mentira que se había forzado a creer.

—Lyn..., no sabemos qué vimos, pero...

—¡Ajá! ¡Sí vimos algo! —exclamó Lyn. Su voz resonó con fuerza en el alto techo. Todos los presentes la miraron, con rostros llenos de duda y de disgusto. Lyn se percató de que había

hablado demasiado alto y hundió su cabeza entre los hombros.

—Lo mejor será olvidarlo, Lyn... —dijo Dirk entre susurros—. Yo..., no creo que sea prudente...

—No podemos olvidarlo. Si Blaer no me quiere dar las respuestas, entonces las buscaré yo... Y necesito de su ayuda. —Lyn miró a Ronna y a Dirk. Los dos se miraron entre sí. La chica rubia no parecía muy convencida y Dirk lucía asustado.

—Mira, Lyn —dijo Dirk—, en mi familia hay un dicho que dice: “No busques plata entre los huevos”.

Lyn miró a Ronna confundida. Ronna levantó los hombros, sin saber qué decir.

—Vamos, Dirk, tu sabes lo que viste... —dijo Lyn, tratando de convencer al muchacho.

—No, Lyn; y es que ese es el problema, no sé lo que vi.

—Ronna —dijo Lyn, mirando a su amiga—, nos das un momento. —La chica rubia levantó los hombros y se marchó a ver a Santa Dellia en su ataúd de cristal. Lyn se volvió hacia Dirk—. Ayúdame a aclarar todo esto, Dirk, por favor, y yo te ayudé con Ronna...

—Eso me lo dijiste en la cena, y no he visto nada claro hasta el momento —exclamó Dirk, indagando.

—Pero te prometo que ahora sí te ayudo, en serio —dijo Lyn, suplicante.

Dirk cruzó los brazos y torció la boca. Miró a Ronna detenidamente y después, tras meditarlo amargamente y muy a su pesar, asintió.

—¡En verdad, Dirk! ¡Eres el mejor! —exclamó Lyn casi en un grito, que le volvió a granjear las miradas de los concurridos alrededor del ataúd de cristal de Santa Dellia.

Ronna se aproximó, con las manos metidas en los bolsillos de su overol.

—Me imagino que Dirk acaba de aceptar ayudar —dijo Ronna, indiferente—. ¿Y qué será lo primero que haremos? ¿Abrir tumbas, asaltar el museo, robar un cáliz sagrado del castillo o meternos en el ático de tu tía?

—No —dijo Lyn, que ya había barajado las opciones—, lo primero será ir a la biblioteca del museo.

Dirk dio un respingo y Ronna torció el gesto, decepcionada.

Y así, después de que Dirk le hubo dicho a su madre que saldría con un par de amigas, se marchó con ellas.

La biblioteca pública de la villa dependía del Museo de Historia de Wolgarn, y el pequeño y nuevo edificio estaba pegado al antiguo y enorme que era el museo. En el interior había varios anaqueles, altos y de madera, que contenían cientos de volúmenes, algunos de los cuales, siendo los más valiosos y costosos, estaban atados con pequeñas cadenas a escritorios y repisas.

—Ya llevamos demasiado tiempo aquí —exclamó Ronna, observando con fastidio los libros que Lyn había apilado en uno de los escritorios de la sala de lectura—. ¿Qué es lo que estás buscando?

—Cualquier cosa que tenga que ver con las Nigromantes y con sus muertes... —contestó Lyn sin prestar mucha atención, mientras leía uno más de los viejos y polvosos libros.

—¿Quieres saber sobre las Nigromantes? —dijo Ronna, mirando con aburrición los gruesos tomos—. Yo te puedo decir todo sobre las Nigromantes; cualquier niño que haya nacido en Wolgarn te puede decir todo sobre las Nigromantes.

—Yo nací aquí y no sé mucho sobre las Nigromantes —exclamó Dirk, llegando con una pila de libros viejos encuadernados en cuero.

—Tú no —dijo Ronna, resoplando—, porque no creciste aquí, bobo. —Después miró a Lyn suplicante y agregó—: Pero todos, hasta el estúpido de Cornelius te puede decir lo que quieras sobre las Nigromantes. Yo te digo todo lo que quieras, pero por favor no perdamos más tiempo en la biblioteca; ya me aburrí. Vamos afuera, vamos a comer, me muero de hambre, ¿sí?

—Comerás lo que quieras, yo invito —dijo Lyn, sin despegar los ojos de las páginas.

—¿En verdad? —exclamó Ronna, alegre.

—Sí..., después de que encuentre lo que busco.

Ronna dejó caer su cabeza en la tapa de cuero de un libro, a la par que soltaba un gruñido lleno de desesperación.

—¿Y qué es lo que buscas, Lyn, exactamente? —preguntó Dirk, ojeando las páginas de uno de los libros que había traído.

Lyn dejó el libro y miró a Dirk.

—La historia de las Nigromantes, cómo murieron, y si hay alguna forma de que regresen a la vida.

—Eso es una tontería —dijo Dirk, sonriendo y negando con la cabeza afablemente.

—Tal vez no lo sea... —dijo Lyn entre susurros, volviendo a su lectura.

—¿Cre-crees que lo que vimos fueron...? —Dirk no terminó la pregunta, como si el sólo concluiría fuera suficiente para invocar a las tres presencias que habían visto en el jardín de la mansión.

—¡Eso es todo?! ¡La historia de las Nigromantes?! —exclamó Ronna, con la cabeza en el libro, pero mirando a Lyn—. Las Nigromantes eran tres brujas hermanas que se alimentaban de la sangre de las jóvenes y que hacían tratos con el diablo. Fueron tantos sus crímenes que la corona mandó a dos caballeros a eliminarlas. Los pobladores se unieron a ellos y juntos las asesinaron en el Arco de la Colina Negra, y después encendieron hogueras para quemar sus cuerpos, y fin. Ya, ¿contenta?

—No —exclamó Lyn, mirando con impaciencia a Ronna—. El vicario Dwerryhouse dijo en la cena que existían versiones diferentes de la historia. Dijo que algunos decían que había una cuarta Nigromante, que prometió devolver a sus hermanas a la vida.

—Sí, yo me acuerdo, lo dijo —dijo Dirk—, pero también dijo que eran tonterías.

—Ahí lo tienes —exclamó Ronna, levantando la cabeza.

—Pero... ¿y si no es así? —dijo Lyn. Dirk y Ronna la miraron, curiosos—. Hay algo raro en este lugar, algo que no puede explicar la racionalidad. Cuando llegué aquí, vi algo en el bosque... Al principio creí que era un zorro, y así era, el señor Harlow me lo mostró... Pero había algo más, algo que podía sentir, algo que podía sentirme a mí, como aquella vez en la noche de la cena. Cuando llegué a Wolgarn, de camino a aquí, el señor Harlow estaba realmente preocupado, hasta tenía una escopeta lista para disparar..., y su espada. Yo la vi.

—¿Y qué tiene que ver con las Nigromantes? —preguntó Ronna.

—Si hubo una cuarta Nigromante —dijo Lyn—, si no murió como las otras tres, eso quiere decir que sigue aquí..., en la villa, esperando el momento oportuno para hacer que sus hermanas regresen.

Dirk se acomodó en su asiento y miró a Lyn con los ojos entrecerrados.

—¿En verdad me estás diciendo que lo que vimos fue a...?

—A las Nigromantes, sí —dijo Lyn, decidida—. Y también creo que su hermana está esperando el momento oportuno para hacerlas volver.

—De acuerdo, suponiendo que no estás loca. ¿Quién es la cuarta hermana? —preguntó Ronna, de pronto intrigada.

—Bueno, pues cada una de ellas era representada por un ave, ¿cierto? ¿El Buitre, el Halcón y el Búho? —dijo Lyn. Levantó los hombros y agregó—: Y sólo hay alguien que tiene comportamientos muy extraños, además de un ave en la insignia de su porche y en cuya casa apareció un pajarraco extraño...

—¡Oh, por dios, es mi madre! —exclamó Dirk.

—¿Qué? —preguntó Ronna, frunciendo el entrecejo.

—Mi madre tiene codornices —dijo Dirk, preocupado—; las cría para hacer sopa.

—¡No, tonto! ¡No estas escuchando! —dijo Ronna, meditabunda. Después miró a Lyn, como si hubiera comprendido en dónde estaba la pieza faltante del rompecabezas. Lyn asintió. Ronna negó con la cabeza y añadió—: Tu tía Blaer no puede ser la cuarta Nigromante.

—¡¿Qué?! ¿Cómo puedes creer algo así? —exclamó Dirk, alarmado.

—Tú la viste, Dirk, la noche de la cena —dijo Lyn—. Hizo magia, hizo aparecer la lanza —Lyn le dedicó una mirada a Ronna—, de la nada. Además les dijo a las Nigromantes que no habían sido llamadas. Lo que quiere decir que está esperando.

—¿Qué cosa? —preguntó Ronna.

—A que sea el momento ideal —dijo Lyn—. No lo sé, quizá el momento en el que haya mucha gente en la aldea para alimentarlas..., y traerlas de regreso.

—La Noche de las Almas... —musitó Dirk, llevándose las manos a la boca.

—Es una locura... —dijo Ronna.

—Aquí no hay nada que pueda servirnos —dijo Lyn, mirando desilusionada el libro que hasta entonces había estado leyendo—. Sólo hay una forma de comprobarlo todo.

—El ático... —musitó Ronna.

—El ático —concordó Lyn.



## Capítulo IX

### El ático

Los tres llegaron a la mansión cuando la fría tarde ya comenzaba a declinar. El cielo se mostraba color pizarra, los vientos revolvían los pocos copos de nieve y levantaba las hojas del suelo.

En el porche se podía ver, a Lyn le pareció que con mucho mayor claridad que antes, el escudo que mostraba al cuervo con las alas extendidas.

Ingresaron a la mansión. Todo estaba oscurecido y en soledad. Ni una sola luz iluminaba los corredores y las habitaciones. Al parecer, Blaer había salido.

—No puedo creer que esta sea la misma casa de la cena —dijo Dirk, mirando los oscuros pasillos y salones.

—Yo tampoco —exclamó Lyn.

Subieron las escaleras hasta el segundo piso y se dirigieron hasta el pasillo en el que se encontraba la puerta de entrada al ático.

—¿Tu tía no está en casa? —preguntó Dirk preocupado, cuando miraron la puerta de roble.

—No —dijo Lyn. Ninguno de los tres se atrevía a dar un paso hacia adelante.

—¿Y si llega? ¿Qué le vamos a decir?

—La verdad.

—Sí, claro —exclamó Ronna con ironía—. Hola, señora, acabamos de descubrir que usted es una bruja y pues como que queremos que no despierte a sus hermanas, las Nigromantes.

—No, que queremos saber la verdad —dijo Lyn, decidida.

—¿Y después? —preguntó Ronna.

Lyn no contestó. Se limitó a levantar los hombros y a dar el primer paso hacia la puerta de roble del ático. Se acercó y tomó la manija. La accionó y encontró la puerta cerrada. Dirk soltó un suspiro de alivio.

—Yo me encargo —dijo Ronna. Le quitó bruscamente a Lyn una horquilla del cabello, lo rompió y comenzó a trabajar en la cerradura.

Dirk tenía la frente perlada por sudor y no dejaba de mirar hacia el pasillo con nerviosismo. Lyn, sobándose la cabeza por el jalón que le dio su amiga, observaba con interés el proceso en el que Ronna introducía los dos pedazos de la horquilla y trataba de accionar los pequeños dienteillos de la cerradura. Después de algunos infructuosos intentos, el mecanismo de la puerta chasqueó y se abrió lentamente. Dirk soltó un jadeo entrecortado.

—¿En dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó Lyn, mirando a su amiga con una sonrisa.

—Mi tío no me enseñó sólo sobre motocicletas —respondió Ronna con una sonrisa pícaro.

Los tres ingresaron y ascendieron la escalinata que daba hasta el ático. Todo era oscuridad allí arriba. La única luz que ingresaba era la del tenue y helado haz de una pequeña ventana en la parte más alta del techo. Lyn buscó a tientas el interruptor y trabajosamente dio con él. La estancia se iluminó al instante. La atmósfera del ático resultaba embriagadoramente misteriosa y desconcertante.

Era un ático bastante grande, pero ocupado por cachivaches y muebles de todos los tipos. Había algunos sillones y una mesita, a modo de pequeña sala. También había una alfombra y varios libreros achaparrados en las paredes. En el fondo había una gran mesa de trabajo, con varios alambiques, cuencos y piedras de moler. También había una ancha estantería con cientos de viales y frascos con diversas sustancias y líquidos. Entre las vigas del techo se encontraban ramos de hojas y helechos puestos a secar. En algunas mesas y aparadores había cráneos y huesos de animales. También había colecciones de insectos en algunas de las paredes, de mapas de las constelaciones y esquemas del cuerpo humano. Sobre una repisa se encontraba una vieja y gastada pistola de chispa del siglo XVIII, resguardada en una hermosa caja de cristal.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Ronna.

—Deberíamos irnos de aquí —musitó Dirk—. En mi familia hay un dicho que dice...

—Deja de ser una niña —le reclamó Ronna, con el ceño fruncido.

Dirk tragó saliva y después miró a Lyn. Ésta levantó los hombros y le dedicó a su amigo una mirada compasiva.

En uno de los libreros encontraron tomos de extraños contenidos, escritos en latín y en griego antiguo, así como en gaélico, galés e irlandés, y algunas lenguas completamente desconocidas y que parecían imposibles de ser descifradas. Había textos escritos con runas y en trazos cuneiformes, que mostraban imágenes de monstruos antiguos y diagramas complejos de la bóveda celeste en el día y en la noche. Todos los libros parecían muy antiguos, de la Edad Media o más viejos. Lyn encontró un par que, a juzgar por sus ilustraciones y encuadernado, había sido

escrito en los siglos pasados. En la portada de uno de ellos se leía: *Historias del folklore de Wolgarn*, escrito por un tal Kellken Sutton.

—Sutton, como Cornelius —dijo Dirk, señalando el nombre del autor.

Lyn abrió el libro. Había muchas historias hermosamente ilustradas por imágenes de gran detalle. Entre ellas se podían observar historias de duendes que raptaban princesas, espíritus que emergían del Eppie, vampiros que erraban por las noches en los bosques buscando a víctimas desprotegidas, y fantasmas malditos que aparecían en el Viejo Cementerio clamando venganza contra sus asesinos. Sin embargo, entre todas las páginas estaba marcada una, en cuyo título se podía leer: *Las cuatro hermanas del bosque o la historia de las Nigromantes*. Se trataba de una leyenda corta, que hablaba sobre cuatro hermanas que vivían en los bosques y que después habían llegado a habitar en Wolgarn, atraídas por la riqueza de los hombres. Las hermanas, convertidas en aves, llegaron volando al castillo, a la iglesia, a la casa de moneda y al cementerio, y se apoderaron de ellos. Después las hermanas empezaron a robar niños y a alimentarse con su sangre. Dos caballeros, a los que sólo se les identificaba como el Unicornio y el Dragón, se unieron a la gente de la villa para derrotar a las hermanas y quemar sus cuerpos sobre una colina. Sin embargo una de las hermanas pudo escapar y se marchó al bosque, en donde se ocultó, transfigurada en un cuervo —Lyn miró a sus dos amigos al leer en alto esta parte de la historia—, esperando el momento para regresar y con sangre fresca traer de la muerte a sus hermanas.

—Eso no prueba nada..., sólo que sí existe otra versión de la historia —dijo Dirk, temeroso—, y que a tu tía le gusta coleccionar libros raros.

—Viejo Cementerio... —susurró Lyn, pensativa.

—Hay dos cementerios en Wolgarn, el Viejo y el Nuevo —respondió Ronna, mirando con curiosidad las cientos de cosas que adornaban el ático de Blaer—. El Nuevo Cementerio era el que cuidaba el señor Harlow, el Viejo Cementerio está abandonado, cerca de las ruinas del noroeste, más allá de las murallas. Es muy, muy antiguo.

—¿Por qué lo abandonaron?

Ronna se limitó a levantar los hombros, mientras examinaba un frasco que había tomado y que parecía contener una serpiente con brazos atrofiados.

—Allí es a donde vamos a hacer el Reto del Arco de la Colina Negra —dijo Ronna, dejando el frasco con el rostro lleno de asco y limpiándose las manos en el overol.

—¿Qué es eso del reto? —preguntó Dirk.

—Pues..., se supone que todos los “jóvenes” —Ronna colocó comillas a esta última palabra —hacen el reto, que consta en dejar caer un poco de sangre en el Arco de Colina Negra.

—¿Para qué?

—Para llamar a las Nigromantes —dijo Ronna, levantando los hombros, como si fuera poca cosa—. Yo lo hice hace un año y no pasó nada; una niñería, la verdad.

—¿Por qué en el Arco de la Colina Negra? —preguntó Lyn, dejando el libro en el estante.

—Se supone que allí fue en donde fueron quemados los cuerpos de las Nigromantes. Y como se dice que bebían sangre, pues los chicos dejan caer una gotitas, para ver si es cierto y aparecen. Puras tonterías la verdad, a nadie se le han aparecido, y el reto ya lleva muchas generaciones. Puros cuentos, es lo que yo digo.

—Excepto que ahora puede ser real —dijo Lyn, meditabunda.

Dirk y Ronna se miraron el uno al otro, inquietos.

—Por aquí debe haber algo que revele que Blaer tiene relación con las Nigromantes —dijo Lyn, mirando los diagramas en las paredes, los estantes repletos de libros y las mesillas con frascos y redomas.

Ronna se aproximó a una de las paredes, en donde se abría un espacio entre libreros. Allí se encontraban una especie de sujetadores. A juzgar por la separación habrían podido sostener una escoba o una barra de algún tipo, o...

—La lanza... —dijo Ronna, señalando los sujetadores—. Allí es donde debe de colgarla. ¿Recuerdas que la vimos tirada afuera, en el pasillo, Lyn?

—Y después la materializó en el jardín —dijo Lyn, observando con curiosidad los sujetadores.

—Chicas, creo que encontré algo... —dijo Dirk, con voz temblorosa.

El muchacho estaba parado delante de un escritorio atestado en sus bordes con libros y pergaminos. En el centro, entre un par de tinteros y cajitas de arenisca, se encontraba un mapa de Wolgarn, hermosamente detallado y entintado. Resultaba obvio que había sido creado mucho antes de la modernidad, porque la villa no se extendía más allá de las murallas. En él se podían observar treinta marcas, como círculos, entre los que se señalaban lugares en lo profundo del bosque y en la frontera de Wolgarn. Había uno incluso, cerca de la elevación en la que estaba construida la casa de Blaer.

—¿Qué es esto? —preguntó Lyn.

—Un mapa... —musitó Dirk.

—Eso es obvio —dijo Ronna, fastidiada.

—¿Qué creen que indique? —preguntó Lyn, señalando las marcas.

—No lo sé, pero esta está en Colina Negra —dijo Ronna, señalando la marca más grande y dibujada con tinta roja.

Los tres se quedaron mirando el mapa, pensando en qué podía significar cada una de las marcas.

—Tal vez... —dijo Ronna, meditabunda—, son lugares en donde escondió algún tesoro.

—¿Para qué escondería Blaer un tesoro en Wolgarn? —preguntó Lyn, incrédula.

—No me lo preguntes, ella es la mujer rica. Tal vez allí es en donde guarda su fortuna.

—Seguro que tiene que ver con las Nigromantes —sentenció Lyn, mirando con intensidad a su amiga.

—¿Por qué tendría que ver con las Nigromantes? —Se escuchó de pronto una voz a sus espaldas.

Lyn, Ronna y Dirk se sobresaltaron y se volvieron al instante. Allí estaba Blaer, de pie, con la lanza en la mano. Los miraba con seriedad, con ese porte altivo que sólo ella era capaz de poseer. Con su arma apoyada con firmeza, daba la impresión de ser una oscura y peligrosa amazona de tiempos inmemoriales.

Sin decir nada más, camino con paso ligero pero firme hasta donde estaban los sujetadores y colocó la lanza en ellos. Después miró a los tres por encima del hombro y con un movimiento elegante se volvió para afrontarlos.

—¿Qué haces aquí, Lyn? —preguntó Blaer, serena.

—¿Qué haces tú aquí? —Fue lo único que Lyn atendió a preguntar.

Blaer la miró de soslayo y contestó:

—Yo vivo aquí, y éste es mi ático. —Blaer levantó un poco las manos, en un gesto casi incorpóreo.

—Sé..., sé que eres la cuarta hermana..., la cuarta de las Nigromantes.

—Estamos perdidas... —musitó Ronna. Dirk se limitó a mostrarse pálido y a temblar.

Blaer se quedó seria unos instantes, mirándolos con gravedad. Después estalló en una sonora carcajada, como la que Lyn nunca habría creído que pudiera realizar.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Lyn, desafiante.

—¿Todo esto es por la tonta leyenda de las Nigromantes? —preguntó Blaer cuando pudo dejar de reír. Se limpió con el dorso de sus blancas manos la lágrima que había emergido del rabillo de su ojo y agregó—: ¿Qué te hace pensar que soy la cuarta Nigromante?

—La noche de la cena, en el jardín... —comenzó Lyn.

—¿Qué? ¿Las tres figuras que viste? Eran los hermanos Lithgow, famosos por hacer ese tipo de estupideces. —Blaer miró a Ronna como para que confirmara sus palabras. Ronna, las sopesó uno instantes y enseguida miró a Lyn entre avergonzada y suplicante, dándole la razón a Blaer.

—Pero, la lanza y el cuervo... —intentó decir Lyn.

—La lanza la he estado llevando al museo, como parte de la exposición de armas pictas; a los visitantes les gusta saber todo acerca de la fundación de Wolgarn como posible asentamiento picto. La traigo y la llevo porque no confío en la señora McLean para que cuide de mi reliquia.

—¡Te vi aparecerla! ¡La noche de la cena te vi aparecerla!

—¡Aparecerla! Claro que no, la traía conmigo; era una noche ventosa, tal vez por eso no te diste cuenta.

—Pero... ¿y el cuervo?

—A veces vienen por aquí y se meten por alguna de las ventanas abiertas. Ese día, el día que encontraron tú y tu amiga la lanza, llegué bastante tarde y debí dejar abierta la puerta o algo así. No es extraño que pase en las casas del campo, sobre todo en una como esta, tan escondida entre los árboles. Los animales tampoco quieren pasar frío, ¿sabes?

—Pero lord Crowford estaba preocupado y dijo que...

—Que no me dejaría ir sola. Sí, eso dijo —exclamó Blaer, altiva—. Lord Crowford es todo un caballero y, como bien viste en el salón, se ofreció a lidiar con los estúpidos de los Lithgow. Pero esta es mi casa y yo quise hacerles frente.

—Tú le dijiste que todo esto pasaba debido a una muchacha, que tú lo tenías todo bajo control.

—No escuchaste, como no lo haces comúnmente; estábamos hablando de Briar Outerridge y de Flynn Waldroup. Le dije que no dejaría que los dos se siguieran besuqueando mientras estaban de servicio. No es un comportamiento propio. Él, para vergüenza mía, los descubrió antes que yo...

—¿Briar y Flynn Waldroup?! —exclamó Ronna, entre asqueada y sorprendida.

—No quería que te enterarás de esta forma, Ronna —dijo Blaer, beatífica—, pero sí, al parecer hay algo entre ellos dos. Será mejor que tu tío no se entere de esta delicada información, al menos hasta que sea un momento menos caótico.

—¿Y el señor Harlow, su extraña muerte? ¿El mensaje en el papel? —preguntó Lyn, intentando jugarse la última carta que tenía.

—Lynveil, por favor, no metas a un difunto en esto. El señor Harlow fue presa del demonio del alcohol. Antes de su muerte él..., él me contó lo asustada que estabas cuando te encontró en el camino. Me dijo que ese mismo día había bebido bastante y que estaba algo paranoico, que por eso llevaba consigo su escopeta y esa horrenda espada de la que nunca se separaba. Fue espantosa la forma como murió, pero tenemos que mantener el espíritu alto y pensar en el señor Harlow como un buen y dedicado hombre.

Lyn bajó el rostro y desvió la mirada, derrotada.

—Lo vez, Lyn, todo tenía una explicación —dijo Dirk, mucho más calmado.

—Siempre ha sido así —dijo Blaer—. Ahora, se está haciendo tarde, ¿irán a casa o se quedarán a cenar?

—No, señora Blaer, mi madre me está esperando en el Guiverno Escarlata —dijo Dirk.

—Y mi tío no creo que esté dispuesto a verme llegar tan tarde de nuevo..., si es que está en casa —dijo Ronna, torciendo el gesto.

Todos dejaron el ático y bajaron las escaleras hasta la primera planta. Blaer y Lyn se quedaron en la puerta principal y Ronna y Dirk salieron al porche.

—Entonces, ¿nos vemos mañana para la Noche de las Almas? Será divertido —preguntó Ronna a Lyn. Ésta, cabizbaja, estaba a punto de contestar, pero Blaer le ganó la palabra.

—No podrá asistir, Ronna —dijo Blaer, tajantemente.

Ronna y Dirk se miraron, como avergonzados, y tras unas cuantas palabras de despedida, se marcharon en dirección de la villa.

—Quería ir, mañana, a la Noche de las Almas —dijo Lyn, mientras Blaer subía las escaleras.

—Me prometiste que no saldrías esa noche, lo dijiste cuando llegaste aquí —dijo Blaer, deteniéndose en uno de los escalones y dedicándole a Lyn una mirada fría.

—Pero, si no te molesta..., me gustaría...

—Las palabras son importantes, Lynveil, y tú me diste la tuya.

Lyn no tenía ánimos para discutir. Tensó el cuello y asintió, tragándose la rabia que la invadía. Blaer esbozó una apenas visible sonrisa de triunfo, cosa que hizo que Lyn se sintiera todavía más furiosa.

—¿Vamos a cenar? —preguntó Lyn, tratando de tranquilizarse.

—Tu cena está en el comedor; yo tendré que ausentarme unas horas durante la noche. No me esperes..., y no salgas.

Lyn estuvo a punto de preguntar a qué saldría en medio de la noche, pero se contuvo con todas sus fuerzas. Blaer se perdió en el pasillo de arriba y Lyn se quedó sola, tratando de no ahogarse con la furia contenida.



## Capítulo X

### La Noche de las Almas

El sábado, Lyn se levantó tarde. Ya eran cerca de las once de la mañana cuando estuvo lista y descendió al comedor. No le sorprendió ver su desayuno frío en la mesa y la casa en soledad.

Después de comer, fue al jardín. Se sentó en una de las banquetas y observó los copos de nieve caer sobre los arbustos perfectamente cortados, las estatuas de dioses griegos y los cipreses que adornaban los flancos del pequeño sendero que se internaba en el fondo. Sin embargo, y a pesar de la lánguida belleza que la rodeaba, no dejaba de observar con interés el lindero del bosque, en donde estaba segura que había visto a las tres figuras de Las Nigromantes. A la luz sutil de aquel ceniciento día de finales de otoño, en medio de ese jardín de hermosas proporciones, Lyn comenzó a preguntarse qué era lo que había visto realmente aquella noche. Quizá Dirk, Ronna y Blaer tenían razón. Quizá todo lo había imaginado.

Se levantó de la banqueta y fue hasta los árboles del bosque; los abetos y los robles se mostraban simples y hermosos, con sus copas de gélidas ramas bañadas por la lluvia de suaves y danzarines copos blancos.

Suspiró con pesar y se cerró el cuello de su abrigo, porque empezaba a hacer cada vez más frío. No pudo evitar sentirse tonta y, sobre todo, pensar que Blaer se había burlado de ella durante todo ese tiempo. Si la cosa era tan sencilla, ¿por qué no se lo había explicado antes? ¿Por qué había aguardado para decírselo todo enfrente de Ronna y de Dirk y hacerla parecer como una tonta? Bufó llena de frustración y después pensó en que esa noche era la Noche de las Almas y que, a juzgar por lo que había visto en la villa y lo que le había contado Ronna, sería inolvidable. Y fue entonces que lo decidió. Blaer no le impondría un toque de queda. Iría a la Noche de las Almas, aunque tuviera que romper su palabra. Asintió allí, en el lindero del bosque, para darse valor a sí misma. Y regresó a la casa, más decidida que nunca.

Blaer llegó a tiempo para la cena. Para sorpresa de la tía abuela, Lyn ya la había preparado, y si bien no le quedó tan suculenta como a Blaer, sí estaba lo suficientemente buena. La sopa de champiñones era sabrosa y las salchichas cubiertas con budín y acompañadas con salsa y puré de patatas resultaron bastante apetitosas.

Blaer, complacida y sorprendida a partes iguales, engulló su cena como si no hubiera comido en días.

—¿Puedo preguntar a qué se debe este excelente servicio? —preguntó Blaer, limpiándose los labios con la servilleta en un modosito ademán.

Lyn, que se había sentado cercana a ella, se levantó y le rellenó su copa de vino.

—Quería pedirte perdón y darte las gracias —dijo Lyn, tras dejar la botella en la mesa y sentarse de nuevo ante su plato, también terminado.

—No tienes por qué hacerlo, en verdad —dijo Blaer, tomando la copa de vino y revolviendo su interior.

—Me porté como una malcriada, y eres buena conmigo, y quiero recompensarlo de alguna forma.

—Vas a tener el dinero para tu familia, si eso es lo que te preocupa.

Lyn sintió un pinchazo de odio, porque no quería que la creyeran una interesada. Aun así, ingirió el trago amargo y asintió. Las dos se quedaron en silencio.

—Yo te agradezco —dijo Blaer, de pronto—, por estar conmigo, por ayudarme y por compartir conmigo tu tiempo. Sé que casi no he estado presente, pero...

—Está bien —dijo Lyn, sintiéndose un poquito conmovida.

—No..., no está bien, Lyn. Yo... —Blaer se interrumpió y miró a Lyn directo a los ojos. Lyn pudo sentir que había algo en el interior de Blaer que quería emerger, que estaba a punto de hacerlo, en una frontera escondida en los recónditos pensamientos de aquella extraña mujer. Pero en vez de ello, la tía abuela exclamó—: Mañana deberíamos ir a Wolgarn, a pasar el rato. No tengo nada qué hacer, así que... Todavía podemos disfrutar de lo que quede de la comida y del desfile, aunque no sea mucho.

—Está bien... —musitó Lyn. Desvió la mirada y agregó—: ¿Quieres que te prepare un vasito de whisky?

—No, no está noche.

—¿Saldrás?

Blaer se limitó limpiarse los labios con la servilleta, a asentir y a ponerse de pie. Dejó el comedor y se marchó escaleras arriba. Lyn se quedó algún tiempo sentada a la mesa. Sabía que

Blaer se metía en el ático y después, de alguna forma, salía sin hacer el menor de los ruidos. Esperó unos instantes, hasta que estuvo segura de que no se escuchaba ningún otro movimiento en la casa que no fuera el crepitar de las llamas en el salón y el reloj marcando la hora.

Sin perder más tiempo trepó por los escalones hasta llegar a su habitación. Se colocó el abrigo encima y se puso sus botas. Se metió algunos billetes y algo de cambio en los bolsillos y descendió a paso rápido por las escaleras. Llegó al salón y abrió una de las ventanas. Podría haber salido por la puerta principal, pero si iba a infringir el toque de queda de Blaer, lo mejor sería hacerlo lo más sutil posible. Se dejó caer al exterior y se levantó. Se limpió las hojas secas y la tierra que manchaban su abrigo y después cerró la ventana con sumo cuidado.

Era de noche, completamente. En los cielos las nubes apenas se apartaban para dejar entrever una luna redonda y azulada. Había dado su palabra de que no saldría durante la Noche de las Almas y no la rompería, si Blaer no se enteraba de que lo había hecho.

Echó a correr hacia el sendero que bajaba por entre los árboles hacia Wolgarn. En la villa, los focos y los letreros coloridos iluminaban la noche como miles de luciérnagas vivas. Incluso desde aquella distancia, en el altiplano en el que estaba levantada la mansión de Blaer, la Noche de las Almas ya lucía despampanante.

Las primeras casas portaban hermosos foquitos de colores, adornadas sus puertas y ventanas con guirnaldas y cadenas de vistosos listones. Las murallas de la ciudad también habían sido adornadas con antorchas que relucían como ámbares flamígeros en lo alto de las almenas.

En las calles de Wolgarn las personas cantaban, reían y charlaban; la mayoría se encontraba disfrazada con máscaras que representaban a las tres Nigromantes, y algunos más, sobre todo los niños, con yelmos de colores hechos con cartón.

En las casas abundaban los focos de colores y los adornos florales, los carteles vistosos y las enseñas radiantes. En los *pubs* y en las tabernas se anunciaban ofertas nocturnas y precios especiales. En los jardines había antorchas que soltaban danzarinas ascuas a los cielos, y en las estatuas cientos de velas que conferían a la villa la más mágica de las apariencias. Sin duda alguna la Comisión Directiva de Wolgarn se había lucido de forma espectacular. Todos parecían divertirse de lo lindo, todos parecían alegres y felices por la gran noche que culminaría, como todos los años, con las llamas de las hogueras que iluminarían con sus anaranjadas y amarillas lenguas la llegada del alba.

El desfile de la Noche de las Almas ya había comenzado. Un montón de gente disfrazada

con elaborados atuendos de búhos, buitres y halcones humanos, caminaba de un lado para otro de la avenida principal, agitando sus brazos repletos de plumas, brincando y dando volteretas, mientras insultaban a la muchedumbre y les jaloneaban las ropas, todo a modo de juego y broma. Los espíritus de las Nigromantes, encarnadas por esos saltimbanquis enjoyados en plumas, llevaban un divertido horror y un fascinante terror a la azolada población de Wolgarn. Y detrás de ellos, a no mucha distancia, haciéndolos huir, venía la gran comitiva de guerreros medievales. Lyn había escuchado que sólo habían sido dos caballeros, el Unicornio y el Dragón, pero en el desfile venían varios hombres de armas, más de cien, ataviados con hermosas cotas de malla y relucientes yelmos encerrados. Portaban estandartes en lo alto con el símbolo de la casa de lord Crowford: un águila negra con armas en las patas, las alas abiertas y una rama de olivo en el pico. Aquella ave le resulto extrañamente familiar a Lyn, muy similar a la que estaba en el porche de la casa de Blaer. En esos momentos, Lyn se preguntó si en verdad no se habría equivocado, y lo que creyó que era un cuervo en el escudo de la mansión, en realidad era el escudo de armas de lord Crowford, y que éste le había dado, por alguna razón, la casa a Blaer.

Y en estas cavilaciones se encontraba Lyn, cuando fue arrancada con fuerza por la presencia de los dos caballeros de la historia, montados en poderosos caballos de guerra aderezados con coloridas gualdrapas. Allí estaban, rodeados de una escolta de hombres con picas. Uno de los caballeros portaba un yelmo que tenía la forma de la cabeza de un dragón, con una pesada espada en lo alto y revestido por una roja armadura de placas. El otro llevaba una armadura completamente blanca y en el símbolo de su pecho podía verse la insignia que mostraba al unicornio. Los dos caballeros precedían un gran carro, en donde iban sentadas varias hermosas muchachas de cabellos peinados con flores y ataviadas con vestidos azules, que soltaban puñados de pétalos, frutas rojas y listones a los concurridos al desfile.

El caballero del dragón, erguido y de anchos hombros, saludaba desde su caballo con orgullo y altiva estampa al alegre tumulto de gente que se apiñaba a los lados de la gran avenida. Se llevó la mano enguantada por el guantelete hasta la visera del yelmo y la levantó, revelando en el interior el rostro sonriente de lord Crowford.

Lyn, al reconocerlo, se perdió entre la multitud de personas. No creía que pudiera reparar en ella entre el montón de gente allí reunida, pero no pensaba correr el riesgo de que lord Crowford le dijera a Blaer que la había visto en el desfile. Así que se arrojó en su abrigo y marchó a uno de los parques que abundaban en la villa. Lo cruzó y dio con un salón de donde emergían flotando en el aire las notas de una banda de jazz. En el interior se estaba llevando a cabo un baile, y era en donde se encontraban la mayoría de los muchachos que se creían demasiado mayores para estar en el encantador desfile. En el centro de la pista, las chicas y los chicos bailaban al ritmo de una

grabación de *Somebody Stole My Gal* de Billy Cotton & His Orchestra.

—¿Lyn? —Se escuchó la voz de alguien en la calle, mientras Lyn miraba por la ventana del salón.

Lyn se dio la vuelta, esperando ver a Blaer allí, fulminándola con una mirada; pero en su lugar encontró la sorprendida mirada de Ronna. A su lado se encontraba Dirk, recargado en una pared; parecía que el muchacho estaba enfermo. Lyn dio un respingo al encontrarlos juntos.

—¿Ustedes dos? ¿Qué hacen aquí? —preguntó Lyn, ofuscada.

—El muy idiota se metió a un *pub* a beber y casi se vomita. Tuve que sacarlo de allí antes de que echara todo el almuerzo —dijo Ronna, señalando al pobre de Dirk, que tenía el rostro verde y la frente perlada en sudor.

—¿Y cuánto bebió?

—Sólo una copita de oporto, y ya se está muriendo —Ronna miró a Dirk como si fuera una causa perdida.

—¿Y tú qué hacías en un *pub*? —preguntó Lyn, mirando con recelo a su amiga.

—El tío Fulton me envió por su cena —dijo Ronna, que se llevó la mano al morral que cargaba y extrajo una botella de whisky—. Cuando me di la vuelta allí estaba éste, tratando de parecer un hombre. —Ronna miró a Lyn, la estudió de pies a cabeza y, con un gesto de la barbilla, agregó—: ¿Tú qué haces aquí? Pensé que tu tía te había prohibido venir a Wolgarn en la Noche de las Almas.

—Me escapé —dijo Lyn en un tono entre desafiante y jactancioso.

—¡Esa es mi amiga! —exclamó Ronna, orgullosa.

—Lyn, deberías de regresar a casa... —dijo Dirk, tratando de componerse—. En mi familia hay un dicho que dice: “Nunca es tarde para arrepentirse y enmendar las malas obras”.

—Nada de eso para mí esta noche, muchacho —dijo Lyn, negando con la cabeza. Miró a Ronna y agregó—: Ya estoy aquí, así que ¿qué se hace en la Noche de las Almas?

Ronna ensanchó su ya de por sí amplia sonrisa.

—La noche es joven y muy, muy larga... Primero dejemos la cena en casa de mi tío y después... pues después ya veremos qué hacemos. Hay muchas cosas por hacer ¡muchas!

—¿No se opondrá tu tío a que salgas tan tarde? —preguntó Lyn.

—Ya llevaba un par de cenas encima —dijo Ronna, levantando los hombros y agitando la botella de whisky—. Hasta dejó que Flynn invitara a Briar a bailar. Debe de estar haciéndose viejo.

Lyn levantó los hombros y sonrió.

—Ven, Dirk —dijo Lyn, tomando a su amigo por el brazo para que pudiera caminar—, será mejor que te consigamos algo de comida.

Al escuchar la palabra comida, Dirk terminó por echar el almuerzo al suelo, ante los asqueados y burlones ojos de Ronna y Lyn.

Primer dejaron su “cena” al tío Fulton, después fueron a una de las tabernas a comer un poco de pastel de carne y patatas, y enseguida anduvieron deambulando entre las calles hermosamente adornadas. A Lyn todo le pareció maravilloso. Había alegría en todas partes, con la gente divirtiéndose a lo grande, vendedores ofreciendo sus curiosas mercancías a los viandantes, y las chicas de los vestidos azules regalando confituras y banderines. Las antorchas y los focos brillaban magníficamente, otorgándole a Wolgarn un aura espectacular, radiante en medio de la oscuridad reinante de los bosques circundantes.

Poco después, tras haber participado en algunos de los juegos de la feria en la ribera sur del Eppie, se encontraron con un grupo de diez muchachos, entre hombres y mujeres, que marchaba hacia el norte. Algunos de ellos tenían la cara pálida, revelando un poco de miedo, pero la mayoría iba emocionada, cargando lámparas y velas.

—Van a hacer el Reto del Arco de Colina Negra —dijo Ronna—. ¿Vamos con ellos?

—Creí que dijiste que era para niños —exclamó Lyn, mordiendo un pedazo de galleta que había comprado en un puesto cercano—. “Tonterías”, si mal no recuerdo; sí, eso dijiste.

—Además, tendríamos que ingresar en el Viejo Cementerio, y eso no estaría bien —puntualizó Dirk.

Lyn miró a Ronna, y en las dos se dibujó una sonrisa de complicidad. Aferraron a Dirk por los brazos y lo llevaron junto al resto de los chicos.

Atravesaron las festivas calles y poco a poco se fueron internando en las callejuelas del noroeste de Wolgarn. Pronto las risas, los gritos de emoción y las charlas animadas se transformaron en nada más que en murmullos distantes. Las luces disminuyeron y las callejuelas estrechas de altas y amontonadas casas se sumieron en la oscuridad; sólo una o dos ventanas aún

expulsaban los lánguidos destellos de alguna lámpara o de alguna chimenea. Todo lo demás era tinieblas.

Los muchachos encendieron sus lámparas y sus velas, y continuaron por el oscurecido sendero de callejones y paredes descascaradas. Pronto las casas comenzaron a menguar y pedazos de césped y árboles encontraron su camino. En aquella parte la muralla se levantaba alta y ominosa. En su cima, justo sobre la entrada, un par de antorchas habían sido colocadas, para no dejar aquella parte escondida en el olvido total. Sin embargo aquellas dos antorchas hacían que el lugar adquiriera un tono aún más lúgubre y helado, como si el brillo ambarino de las luces fuera lo último que aquellos chicos valientes fuera a presenciar en la vida.

Traspasaron las altas puertas y dieron al bosque. Continuaron con el descuidado sendero, en donde crecían helechos y zarzas y se internaron en la espesura de los altos árboles de ramas peladas e inhóspitas. El bosque menguó y le siguió una pradera en cuyo centro se encontraban las cercas de viejo y olvidado hierro del Viejo Cementerio. Las antiguas rejas que lo protegían se encontraban en un estado deplorable. Era fácil ver el abandono al que había estado sujeto el Viejo Cementerio con el pasar de los años. Como si hubiera sido castigado, sentenciado a desvanecerse poco a poco en el tiempo, expulsado de la villa como un proscrito.

Ingresaron por una abertura entre los barrotes retorcidos. En el interior estaban las lápidas, enormes y llenas de mugo, como estatuas pétreas de errantes espectros. El terreno se había deformado hasta tal punto que algunas de las losas sepulcrales se mostraban disparejas, como si los muertos hubieran intentado, infructuosamente, escapar de sus subterráneas prisiones.

El cielo estaba abarrotado de nubes, pero la luna, enorme y clara, de un pálido y demacrado azul, lograba lanzar sus delicados y enfermizos rayos para mostrar el sendero que atravesaba el camposanto, las colinas repletas de lápidas fantasmagóricas y la antigua y decadente iglesia, en un estado de ruina total. Más allá, en el fondo, en donde el bosque había devorado gran parte del cementerio, se alzaba el temible Arco de la Colina Negra. Se trataba de una elevación imponente, adornadas sus laderas con miles de lápidas cuyos nombres el tiempo había borrado. En la cima, desafiando a los vientos y a la intemperie, se hallaba el milenarío arco de piedra; tres menhires, realmente, acomodados para formar una especie de puerta hacia el oscurecido bosque.

Al pie de la colina, otro grupo de muchachos, alrededor de diez, ya los estaba esperando con lámparas diminutas. El frío se había vuelto intenso, los copos de nieve había empezado a caer y el ulular del viento en las lápidas y en las ruinas hacía que los muchachos se arracimaran bien apretaditos los unos con los otros.

En cuanto Lyn vio el arco sobre la Colina Negra, detuvo sus pasos. Había algo en ese arco

que le daba una extraña sensación en las entrañas, algo que no sabía explicar, pero que resultaba terriblemente desconcertante y hasta cierto punto amenazador.

—Hey, ¿qué te pasa? —preguntó Ronna, mirando a Lyn de soslayo. Uno de los chicos le había prestado una lámpara y con ella examinaba las facciones de su amiga.

—Es una cobarde... —dijo Cornelius, saliendo de entre el grupo que esperaba a los pies de la colina.

—¿Cornelius? —exclamó Lyn, extrañada. Y después, tranquilizándose un poco, agregó—: No fui yo la que se meó los pantalones en la mansión de mi tía.

Se escucharon unas risitas entre el grupo de muchachos alrededor de Cornelius. Éste frunció su rostro en un mohín de desagrado y las risitas callaron.

—Mi nombre es Cornell... Y no me oriné... Me-me caí en un charco, eso fue todo...

—¿Entonces, me imagino que no tendrás miedo de ser el primero en derramar sangre para las brujas? —preguntó Ronna, con la lámpara iluminando su rostro; su cara estaba descompuesta en una sonrisa espectral.

—Para nada —cejó Cornelius envalentonado—. Si tu amiga también lo hace... —Y miró a Lyn con malicia—. A menos que sea una cobarde.

—No soy una cobarde —apuntó Lyn.

—Entonces está decidido. —Cornelius dio la media vuelta y comenzó a ascender por el serpenteante sendero que daba hasta la cima.

—Lyn, escucha, creo que no es prudente —dijo Dirk, tomando a su amiga por el brazo.

—No pasa nada... —dijo Lyn.

—Tú dijiste que sí podía pasar.

—Blaer nos explicó todo, ¿no? —Lyn se soltó de su amigo y comenzó a ascender por la colina.

—Pero, ¿y si no lo hizo? Si no nos explicó todo... Yo estuve allí, Lyn. Escúchame. —Dirk se volvió hacia Ronna al ver que su amiga estaba más decidida que nunca—. Ronna, haz algo, golpéala o algo así.

Ronna levantó los hombros y siguió a Lyn. A Dirk, ansioso, no le quedó más que acompañar a sus amigas hasta la cima.



El arco era imponente. Según las leyendas, gigantes lo habían construido para honrar a sus dioses paganos, antes de la llegada de los cristianos, en una época ya olvidada por el tiempo.

Lyn, de pie delante del arco, observaba el bosque detrás, oscuro y lleno de misterios. En su interior se debatían dos voces, una que le decía que retornara no ya bien a la mansión de Blaer sino a la villa; sin embargo había otra, mucho más acuciante y poderosa, que le indicaba que realizara el Ritual del Arco de la Colina Negra, que allí encontraría todas las respuestas.

Cornelius sacó una navaja antigua y la levantó ante los ojos de los presentes. Un rayo de luna la hizo brillar como si su hoja estuviera hecha de hielo. Todos los reunidos la miraron ansiosos, a la expectativa. Cornelius la bajó y extendió su mano izquierda.

—Nigromantes, yo las invito, ante el arco que las vio morir, a retornar al mundo de los vivos —exclamó Cornelius, y colocó la punta afilada en su pulgar, miró a Lyn fugazmente, y la hundió un tantito, deslizándola después, poco menos que un centímetro. La sangre manó, negra y espesa. Ronna pudo notar que Dirk se revolvía, presa de la repulsión de la sangre caliente ante sus ojos. Una gota cayó sobre la tierra de negra que yacía bajo el arco y pronto se perdió para siempre. Todos esperaron, atentos. El viento ululó en las ruinas de la iglesia, las nubes pasaban en el anchuroso cielo y las ramas crujieron en las tinieblas.

Nada pasó.

—Tu turno, cobarde —dijo Cornelius, ofreciéndole la navaja a Lyn.

Lyn dudó unos instantes. Había algo en el lugar, algo que parecía denso y oscuro en el aire.

—Yo lo haré primero —dijo Ronna, al ver que su amiga dudaba. Le arrebató la navaja a Cornelius y la levantó a la vista de todos. Estiró su mano y levantó su pulgar. Hundió la hoja en la carne y dejó que la sangre manara abundante. En el rostro de Ronna no se reveló la más leve muestra de dolor. Un par de gotas cayeron a la negra tierra y todos esperaron.

Nada sucedió.

Cornelius estaba a punto de señalar a Lyn, cuando Ronna señaló a Dirk.

—Él también lo va a hacer.

Dirk palideció, como si estuviera hecho de cera. Sin embargo Ronna no le dio tiempo de reaccionar, le tomó la mano y la levantó. Mostró la navaja a los ojos de todos y la clavó, con excesiva fuerza, según creyó Dirk, en la carne del pulgar. Y después, con un movimiento rápido, le

abrió a Dirk un tajo de unos dos centímetros. La sangre manó por todas partes y unas cuantas gotas cayeron salpicadas en el suelo. Dirk estuvo a punto de desmayarse, pero, tras aferrar su dedo con fuerza, logró contenerse.

—Listo. Lyn, ahora te toca —dijo Ronna, entregándole la navaja y dedicando a su amiga una mirada que decía: “No te queda de otra”.

Lyn miró la hoja, después a Cornelius y enseguida a Ronna. Asintió y tomó el mango de la navaja. La levantó para que todos la vieran y estiró su mano. Abrió los dedos y apuntó la cuchilla hacia su pulgar. Fue entonces que el viento comenzó a soplar con más fuerza, que las nubes parecieron arremolinarse en torno a la Colina Negra y que el sonido del mundo se amortiguó súbitamente, como envuelto en una capa de plomo. Algo, definitivamente, estaba alterando el orden de las cosas. Lyn podía sentir una sensación rara en el aire, como si de pronto la atmósfera se hubiera llenado de una tensión eléctrica.

—No lo va a hacer, es una cobarde —dijo Cornelius, con una sonrisa socarrona.

Lyn miró con el ceño fruncido a Cornelius y exclamó:

—Nigromantes, yo las invito, ante el arco que las vio morir, a retornar al mundo de los vivos...

Lyn hundió la punta en su pulgar. La sangre manó, libre y poderosa, y se precipitó al suelo. La gota tardó en caer lo que una eternidad. Se estampó en la tierra negra y se perdió en la noche eterna, en el interior de los restos sin descanso.

El viento se calmó de repente. Todos se mantuvieron silenciosos, a la expectativa. Nada... De pronto, como si la realidad estallara en miles de pedazos, una tormenta azotó con fuerza la colina del cementerio. El viento parecía surgir de todas partes, arrastrando una humareda de oscuro vapor. Todos los muchachos soltaron aterradores alaridos de pánico y echaron a correr en desbandada por entre las lápidas de la pendiente, apenas visible debido a las espirales de oscuro vaho que emergían de las tumbas.

Los cabellos de Lyn fueron revueltos por la inclemencia de aquel viento negro y granuloso. Las ráfagas violentas rugían como el estallar de un volcán. La tierra se levantaba y retumbaba. El mundo había sido rajado, una puerta se había abierto en las tinieblas. Y fue entonces, en medio del caos de la tormenta de sombras, que vio a las Nigromantes. Eran las tres mismas figuras que había visto la noche de su llegada a Wolgarn y en la cena de la tía Blaer, ahora lo sabía. Tres figuras envueltas en negros y viejos mantos raídos. De la oscura capucha de una emergía la descarnada cabeza de un búho, en la otra la de un halcón, y de la de en medio, la más grande e imponente de

las tres, la de un horrendo y deforme buitre. La estampa de las tres resultaba amenazadora y espeluznante; espíritus torturados por la falta de carne y huesos en donde descansar, atormentados por haber vendido su alma a la oscuridad más profunda y perversa. Tres espectros voluminosos cubiertos con varios mantos repugnantes; tres monstruos llenos de tierra y gusanos que se retorcían en formas desagradables mientras retornaban a caminar entre los vivos.

El buitre se adelantó, con los brazos excesivamente largos al pecho, mostrando un par de manos sucias y lodosas terminadas en torcidas garras de hueso. Estiró uno de sus desagradables y corruptos miembros hacia Lyn. Ésta, aterrada, quiso echarse hacia atrás, pero fue incapaz.

Fue entonces que Cornelius pasó corriendo a un lado, desgañitado y confundido como un demente. El búho se movió con una rapidez impresionante y aprisionó a Cornelius con sus garras, hundiéndolo en la tierra con todo su peso.

El buitre y el halcón comenzaron a caminar, bamboleándose lentamente en dirección de Lyn. Estiraban sus asquerosas manos de viejos huesos. Lyn estaba como hipnotizada, llena de un miedo y una sorpresa que le impedían mover el cuerpo. Y a punto estuvo el buitre de tomarla por el hombro, cuando Dirk, con una piedra en la mano, le asestó un terrible golpe justo en el rostro a la espectral figura. La piedra se partió en dos limpiamente y la Nigromante ni siquiera pareció sentir dolor.

Ronna tomó a Lyn por el brazo y la obligó a correr colina abajo, seguidas por Dirk. Las Nigromantes soltaron un chillido áspero y ensordecedor, como una aguja helada atravesando un cristal destemplado, que llenó el aire del cementerio por completo y que obligó a los tres amigos a taparse los oídos. Y continuaron corriendo y corriendo, desaforados y sumamente asustados, alejándose de la tormenta de tinieblas y muerte que se había desatado y rodeaba a la Colina Negra.

Cuando pararon, se encontraba atravesando las puertas de la muralla. No había recuerdo en sus mentes de cómo habían corrido tanto, pero allí se encontraban, respirando con dificultad, con una densa capa de sudor en sus frentes y espaldas. Lyn y Ronna se volvieron para ver si alguien las seguía. Dirk, a punto de vomitar por segunda vez, se dejó caer al pie de la entrada.

Sin perder tiempo, ayudaron al muchacho a ponerse de pie y se internaron en las calles de Wolgarn, incapaces de creer lo que habían presenciado.

Las Nigromantes habían regresado.

## Capítulo XI

### Sangre de cuervo

Lyn sentía que sus pulmones estaban a punto de reventar, que sus piernas pronto se transformarían en gelatina y que su cuerpo se desparramaría por entero en el suelo antes de poder llegar a la mansión. Tenía miedo, mucho miedo. Sabía lo que había visto, pero quería negarlo. Las Nigromantes, de nuevo en vida, era una locura; sin embargo, y a pesar de todo el desconcierto que en esos momentos empapaba su mente, no podía pensar en otro lugar al cual llegar que no fuera la casa de Blaer. Quería estar en el interior de sus paredes, sentada en uno de los mullidos sillones frente a la chimenea, leyendo uno de los tantos libros de la biblioteca.

El viento cortaba como una helada cuchilla afilada. Los copos de nieve parecían manos que aferraban sus piernas. Las pisadas de las botas de Ronna y de los zapatos de Dirk eran lo único que la mantenían corriendo.

El tejado de la mansión emergió entre los árboles. Las ventanas de la primera planta estaban iluminadas, lo que quería decir que Blaer estaba en casa.

Los tres muchachos corrieron sin detenerse, al llegar hasta la casa ni siquiera llamaron a la puerta. Lyn introdujo la llave en la cerradura con su temblorosa mano y abrió la puerta casi de un puñetazo, sin importarle ser delatada y descubierta en su palabra rota. Lyn, Dirk y Ronna cayeron en el vestíbulo, como si fueran una pila de cajas viejas.

Cuando Lyn logró levantarse, se encontró a Blaer de pie en la entrada del salón. El rostro de la tía abuela lucía más pálido de lo normal, pero, sobre todo, triste... Blaer estaba sumamente decepcionada.

—¡Blaer! ¡Las Nigromantes! —bramó Lyn, fuera de sí.

—Lo sé... —musitó Blaer, con un dejo de voz.

—¡Son reales! ¡Blaer, las Nigromantes son reales!

—Lo sé...

—¡Te dije que eran reales! ¡¿Por qué no quisiste escucharme?!

—¿Yo no te quise escuchar a ti? —preguntó Blaer. Su tono se había vuelto pétreo, distante. De pronto estalló, como una tormenta de cristales punzantes—: ¡Tú fuiste la que no quiso

escucharme a mí! ¡Me diste tu palabra de que no saldrías esta noche! ¡¿Y qué es lo primero que haces?! ¡Salir esta noche!

—¡Blaer!

—No —cejó Blaer con violencia—. Yo no pedí que estuvieras aquí, yo no pedí que vinieras a Wolgarn... ¡Sólo te pedí que no salieras esta noche! ¡Eso fue lo único que te pedí, por tu seguridad! ¡Y a ti te importó poco! Eres testaruda y egoísta. No entiendo cómo fue posible que una chiquilla como tú resultara hija mía.

—¿Qué...? —preguntó Lyn, con una voz apenas audible.

Ronna y Dirk se miraron, confundidos y sorprendidos.

—Nada..., olvídalo —exclamó Blaer, llevándose la mano a la frente, exhausta—. Ahora lo único que importa es detener todo esto...

—No puedes decir algo así y después decirme que lo olvide —bramó Lyn.

Blaer la miró con actitud cansina. Suspiró con una terrible congoja y, como si se quitara un enorme peso de encima, dijo:

—Lyn..., tú..., tú tienes mi sangre... No eres mi sobrina, ni siquiera una sobrina lejana... Eres el último retoño de la línea directa de mi linaje. Eres la descendiente del cuervo... Tienes sangre de cuervo corriendo por tus venas. Mi sangre.

—Señora, creo que usted ya está muy cansada —dijo Ronna, mirando a Blaer con recelo.

Del interior de Blaer brotó una risa triste y agotada.

—Sí..., lo estoy...

Los tres jóvenes se miraron, sin saber cómo reaccionar.

—No..., no entiendo... —dijo Lyn después de un rato de silencio.

—Me imagino —respondió Blaer con calma. Su rostro parecía una máscara de preocupación y cansancio—. No pretendo que lo entiendas..., es sólo que... Estoy muy cansada, Lyn.

—Blaer, ¿qué está sucediendo? —Lyn les dedicó unas miradas fugaces a sus amigos, quienes igual de desconcertados que ella, miraban intensamente a Blaer.

—Vengan conmigo..., hay una historia que necesitan conocer —dijo Blaer—. La verdadera

leyenda de las Nigromantes.

Blaer se dio la vuelta y ascendió por las escaleras hacia el segundo piso. Lyn, Ronna y Dirk fueron tras ella.

Blaer abrió la puerta del ático. El interior estaba oscuro y gélido. Con un pase de su mano, la chimenea se encendió al instante, iluminando la habitación con un suave fulgor ambarino. Lyn se sintió confundida, porque no recordaba que el ático tuviera una chimenea.

Con un ademán, Blaer invitó a los tres chicos a que se sentaran en la pequeña salita. Después fue a un aparador y extrajo una botella y cuatro vasos. Regresó y se sentó en un mullido sillón. Sirvió los cuatro vasos con una sustancia marrón y se los tendió a sus invitados. Dirk, al reconocer el aroma del whisky añejo, torció el gesto, y a punto estuvo de dejar el vasito en la mesita, pero Blaer lo detuvo con un gesto de la mano.

—Después de lo que viste, te hará bien —dijo Blaer—. Es una mezcla muy, muy antigua... Te levantará el ánimo.

Dirk asintió de forma casi invisible y le dio un sorbo al licor. Su cara se torció en un mohín arrugado de desagrado, pero no pudo menos que reconocer, poco después, que el licor le reconfortó el espíritu.

Ronna se bebió el vasito de un trago, frunciendo el rostro. Lyn se limitó a darle un sorbito y a toser copiosamente. Blaer lo ingirió de golpe, sin la menor muestra de desagrado.

—Tenías razón, Lyn..., yo..., yo soy la cuarta hermana, la cuarta Nigromante —dijo Blaer, sirviéndose otro trago y mirando a las llamas en la chimenea.

Lyn miró a Ronna y después a Dirk, preocupada.

—Pero no soy como mis hermanas... Ya no..., no ahora, al menos... —dijo Blaer, notando los rostros inquietos de los jóvenes—. Todo comenzó hace tiempo, en épocas más simples, cuando era mucho más joven que ahora...

Blaer levantó la mano hacia la fogata. Pequeños y titilantes puntos de luz azul manaron de su palma y se mezclaron con las lenguas ambarinas del fuego. Los maderos crepitaron y el fuego se tornó azul, de un azul cerúleo y etéreo que desprendió diminutas y suaves ascuas.

Lyn, Ronna y Dirk observaron en el interior de las llamas, reconociendo las figuras y las formas que se formaban en su interior...

—Cuando yo era mucho más joven que ahora... —repitió Blaer. Y entonces, el fuego cobró vida...

## Capítulo XII

### Las Nigromantes

Las hojas caían de los aires con la gracia de las ninfas, revueltas por las suaves corrientes que agitaban las copas de los árboles con las ligeras manos del viento. El suelo era de negra tierra, y los helechos y el musgo desprendían un intenso olor a vegetación y a sana humedad. El fresco aire de las montañas repartía la vitalidad de la floresta radiante, mientras los pequeños y grandes animales retozaban alegres entre las rocas, los árboles y los esteros. El Eppie se mostraba majestuoso y límpido, depositado allí mismo por las gentiles manos de los dioses primigenios.

En un claro, en medio del frondoso bosque, se escuchaban las risas cristalinas de las cuatro hermanas. Blaer, la de negros cabellos como la noche, miraba la nítida y refulgente superficie del Eppie, conociendo en ella lo que fue, lo que era y lo que podría ser; Dell, de rostro esculpido por manos expertas en la nieve y cabellos castaños como las bayas en otoño, estaba recostada en una cama de fragante musgo, reposando a gusto después del abundante almuerzo; Seanna, de cabellera rubia como el oro resplandeciente y ojos claros como diáfanos estanques de montaña, descansaba trepada en una rama de roble, tarareando una cálida tonada en honor al sol, a las estrellas y a la luna; y Niara, la de largos y ensortijados cabellos hasta las corvas, caminaba de un lado a otro del claro, recibiendo en su nariz el herboso olor de las profundidades del espeso y añejo bosque.

Las cuatro hermanas reían y cantaban, saboreando la plenitud de su magia y de su belleza. Su desnudez les permitía deleitarse con el viento, con las tenues corrientes del río y con las suaves hojas que caían desde las inconmensurables alturas y acariciaban sus blancas pieles. Para las hermanas todo era hermosura y encanto, y nunca, por nada en el mundo, habrían deseado nada más; eran felices en comunión con los antiguos dioses de la tierra, del cielo y del ancho océano. Tenían todo lo que querían y satisfacían sus simples apetitos; y así habrían permanecido, hasta la llegada del crepúsculo de los dioses, si jamás se hubieran encontrado, de nuevo, con los hombres...

El viento soplaba gélido aquella mañana. El alba ya se aproximaba y en el cielo se mostraba un intenso azul tachonado de estrellas, seguido de cerca por un delicado rosado y un creciente y suave anaranjado. El sol pronto emergería una vez más, majestuoso, de su viaje por el inframundo.

Seanna, la de ojos claros, miraba el precioso amanecer sentada en una de sus peñas



favoritas. Sonreía al ver los colores vívidos del próximo amanecer que contrastaban con la oscuridad reinante en el bosque. Y fue justamente entre la espesa negrura de las copas y la cargada fronda, que vio las luces, las lenguas de fuego que se bamboleaban de un lado para otro, avanzando en línea recta.

Seanna saltó de la roca que hasta el momento había sido su atalaya y se escondió aterrada detrás de un rocoso promontorio. Espió sobre una de las esquinas de la piedra y observó de nuevo la fila de fuego que se abría paso por el bosque, cada vez más cerca. Y entonces, a través de la creciente luminosidad del amanecer, vio a los hombres. Eran cazadores, con arcos y venablos en las manos, hurgando en las malezas en pos de la presa a la que habían disparado hacía un par de minutos. Seanna se horrorizó al ver las armas puntiagudas y antinaturales que portaban los hombres, terribles herramientas con las que alteraban la confección de la naturaleza creada por las gentiles manos y las sabias mentes de los viejos dioses.

Hacía mucho tiempo que Seanna no había visto a los hombres. La última vez que estuvo ante su presencia, no eran sino una pequeña y triste raza que luchaba con sus atrofiados cuerpos y cobardes corazones por sobrevivir en un mundo que no dudaría ni un instante en devorarlos. Apenas se acordaba de ellos. Sabía que tenían un asentamiento en uno de los caudales del Eppie, pero jamás creyó que algún día serían capaces de llegar tan adentro del bosque. Sin embargo, allí estaban, con sus pieles a los hombros, sus botas velludas, sus abrigos curtidos, sus mantos ajados y con sus despreciables arcos y venablos.

Seanna consideró que no sería bueno descender hasta ellos, porque a leguas se notaba que tenían un hueco en el corazón, cosa que seguramente los hacía codiciosos y cobardes. Así que descendió, con pies de viento, por la otra cara de la montaña, y fue en busca de sus hermanas.

—¡Hombres! —dijo Seanna, cuando encontró a sus tres hermanas bañándose en el estanque.

—¿Hombres? ¿Aquí? —preguntó Dell, sacando sólo la cabeza de la superficie del agua.

—Sí, sí, hombres —respondió Seanna, de pie en la orilla del cristalino estanque.

—¿Y qué hacen aquí?

—Cazaban.

—¡Cazaban!

—¿Qué cazaban? —preguntó Blaer, sacando sus dedos blancos del agua de manera algo distraída y juguetona.

—Animales —respondió Seanna—. Un amigo jabalí, me parece.

Dell abrió enormes los ojos y enseguida volvió a sumergirse en las aguas, espantada.

—Así son los hombres... —musitó Niara, sentada en la roca a la mitad del estanque. Su desnudez era hermosa, blanca como la nieve fresca, de piernas largas y torneadas, su vientre suave y delicado, y senos turgentes y robustos. De las cuatro, era la más parecida a los hombres, debido a su padre.

—¿Sabías de los hombres? —preguntó Blaer, mirando con recelo a su hermana.

—Claro que sabía.

—¿Y por qué no dijiste nada? —reprochó Blaer irritada.

—No tengo que decirles todo lo que mis ojos ven y mi piel siente. —Niara levantó los hombros, cínica.

—¿Y qué haremos, hermanas? —preguntó Dell entre borbotones.

—Nada... —musitó Seanna, negando con la cabeza.

—Conozcámoslos —expresó Blaer, llena de curiosidad.

—Conozcámoslos —concordó Niara.

Y Dell y Seanna se miraron, seriamente preocupadas.

Un joven se perdió en el bosque y llegó hasta el fondo de una hondonada en lo más recóndito del bosque. Allí, se quitó el carcaj de las flechas y el arco, y se sentó a descansar después de su fatigoso deambular por la laberíntica floresta.

El cielo estaba nublado, del color de la pizarra. Pronto caería la lluvia y el pobre muchacho no tendría en dónde resguardarse. Lo único que pudo hacer fue colocarse la capucha en la cabeza y refugiarse bajo una voluminosa roca, sobre las hojas caídas y la tierra humedecida.

Afuera la lluvia cayó ligera y helada, levantando nubes de etéreo vapor. El muchacho se frotó los ojos y se irguió. Fue entonces que notó su presencia. Apareció de la nada, sin ningún ruido que predijera su llegada. La hermosa joven estaba de pie en medio de la hondonada, mirándolo directamente. Sus cabellos eran negros, ensortijados y le caían hasta los tobillos. Estaba totalmente desnuda y empapada, con pequeñas gotas cayendo de su barbilla, con los rosados pezones erectos y el cuerpo tiritando de frío. Su piel era blanca como la leche fresca y sus labios rojos como las ciruelas.

Como si hubiera sido atravesado por un relámpago, el muchacho se quedó mirando a la preciosa chica. Los ojos de la joven tenían la negrura de la obsidiana. Sugerentes y amplias eran sus caderas y fuertes como las de una amazona sus piernas. La joven dio un paso hacia él, que se quedó petrificado ante la belleza sin igual de la chica, con el aliento caliente emergiendo en blancas volutas.

Ella se sentó debajo de la roca, junto a él. Acarició sus mejillas lentamente y examinó con sumo cuidado sus labios y sus cabellos. Observó con curiosidad sus ojos verdes y el calor que irradiaba su pecho. Saboreó sus labios y su lengua, y pudo sentir la suavidad de su piel, la fuerza de sus caderas y el ímpetu de su sexo. Pronto los dos, como la lluvia, se habían desencadenado en el otro. Y Niara conoció de nuevo a los hombres, y supo, a través de la mente de aquel joven cazador, lo que eran.

—¿Qué es una villa? —preguntó Dell.

—Es en donde viven los hombres —respondió Niara con aire de suficiencia—. Tienen casas, hechas de árboles.

Las cuatro hermanas platicaban antes de dormir, cada una recostada en la robusta rama del Árbol Apartado.

—¿Viven dentro de los árboles..., como las ninfas? —preguntó Blaer intrigada, mirando a Niara que descansaba en una rama más abajo.

—No, no como las ninfas.

—Como los duendes, entonces.

—No; como los osos en las cavernas. Pero en lugar de piedra es madera y brea, y colocan barreras que se abren y se cierran.

—¿Para qué?

—Para que otros hombres no entren en ellas y se roben sus cosas y sus mujeres.

—Los dioses tienen cosas, porque ellos lo crearon todo; pero los hombres no tienen nada, porque no crearon nada. ¿Cómo pueden tener miedo de que les roben sus cosas cuando no tienen nada?

—Así se sienten a gusto, reclamando una piedra como propia y después matando a otros hombres que quieren acercarse a ella.

—Es estúpido —dijo Blaer, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Los hombres son estúpidos —exclamó Dell.

—Lo son..., pero tienen algo especial —apuntó Niara.

Las tres hermanas miraron a Niara con expectativa, esperando saber qué era eso que los hombres tenían de especial.

—Nada, olvídenlo —dijo Niara con una sonrisa, y cerró los ojos para dormir.

—No puedes decir algo así y después decir que lo olvidemos —rezongó Blaer.

—No puedes, no puedes... —gimoteó Seanna.

—Sí que puedo —dijo Niara, con una mueca de satisfacción.

—Basta de tonterías, Niara, y dinos —exclamó Blaer, crispada.

Niara se irguió y se llevó la mano a la larga y espesa cabellera. Y extrajo, poco a poco, una pesada y bruñida moneda de oro. Y la mostró a sus hermanas.

—¿Pero qué es eso? —preguntó Dell, ocultando su rostro bajo las mantas de hojas.

—Oro —dijo Niara orgullosa—. Es lo que más aprecian los hombres, por encima de todo, incluso de sus vidas.

—¿Por qué? —preguntó Blaer.

—Porque viene de las entrañas de la tierra y de las montañas, porque otros hombres sufren mucho para conseguirlo..., y porque está maldito por toda la sangre que se ha derramado por él.

Las tres hermanas ahogaron un gemido.

—¿Por qué adorarían una cosa tan espantosa? —preguntó Blaer, horrorizada.

—Porque con ella puedes comprar el alma de otros hombres..., y si uno es suficientemente inteligente, puede conseguir mucho y comprar muchos hombres.

—¿Cuántos hombres podemos comprar con ese oro? —preguntó Seanna curiosa, en la rama más alta.

—No muchos, necesitaríamos más. —Niara sonrió pícaro y añadió—: Podríamos conseguir más, si así lo quisiéramos, y comprar muchos hombres.

—¿Para qué? —preguntó Dell, mirando desde el interior de su manta de hojas.

—¡Por diversión! —exclamó Niara, arrojando la moneda a la oscuridad de la noche.

—¡Por diversión! —repitieron alegres Blaer, Seanna y Dell al mismo tiempo.

La casa se encontraba apenas en los linderos de la aldea. Sin embargo ya podía llamarse parte de ella, porque si bien era cierto que estaba sumergida en el bosque, los pobladores de Wolgarn recurrían con tanta regularidad a su puerta, que el sendero era bien conocido por todos, y alguna que otra cabañita ya había brotado entre el centro de la aldea y la casa de las afamadas curanderas.

—Recuerda, Gormlaith —le dijo Seanna a la joven campesina—: Limpias la piel, después, ya seca, lo untas en un paño nuevo y lo dejas descansar toda la noche.

—Pero no tengo un paño nuevo. ¿De dónde voy a sacar uno? —exclamó Gormlaith preocupada, porque la curación de su marido estaba a un paño nuevo de distancia.

Seanna torció el gesto y se volvió para entrar a la casa. Rebuscó con rapidez en el interior y poco después se presentó con un trapo sumamente blanco y reluciente. Y lo ofreció a la joven campesina.

—Toma, es gratis —dijo Seanna, con una sonrisa.

—Muchas gracias, señorita Seanna, que Cristo se lo pague; la tendré siempre en mis oraciones. —Y Gormlaith se marchó sonriente, sabedora de que su marido no perdería un trozo de mano debido a la gangrena.

—¿Esa fue la última del día? —preguntó Niara, cuando Seanna regresó al interior de la amplia casa.

De las vigas de madera del techo colgaban fajos de plantas y vegetales puestos a secar, en las mesitas había frascos con polvos extraños y ungüentos olorosos. Sobre el fuego del centro de la sala se encontraba una marmita en donde hervía el succulento estofado de nabos y setas.

—Sí, la última —dijo Seanna, sentándose delante de las llamas para descansar y tomar su labor.

—Ese Amos es un idiota, ¿cómo se le ocurrió meter la mano en la madriguera de un tejón? —exclamó Niara, revolviendo el estofado en la marmita y agregando un par de especias trituradas.

—Si no hubiera sido por nosotras, habría perdido la mano —dijo Dell, que molía un par de

hongos secos en una mesa cercana.

—O peor... —bufó Niara.

—O peor —concordó Seanna, levantando las cejas.

—Hermanas —exclamó Blaer, llegando desde la habitación contigua. Su rostro era alegre y sus ojos igual de negros que los de Niara. Sus dos hermanas la miraron, llenas de curiosidad. En las manos, Blaer portaba un pequeño cofrecito de madera tachonado con clavos de plata. Lo levantó y añadió—: ¡Ya tenemos suficiente!

—¿En verdad? —preguntó Niara, sonriente.

—¿En verdad? —preguntó Dell, cautelosa.

—En verdad —contestó Blaer.

—¡Podremos vivir en la aldea! —dijo Seanna con una gran sonrisa.

—¡Podremos, podremos! —exclamó Blaer, feliz.

Entonces el rostro de Niara se ensombreció. Dejó de revolver el estofado y desvió la mirada.

—¿Qué sucede, hermana? —preguntó Blaer, observando el rostro acongojado de Niara.

—Esto no fue lo que les prometí, hermanas, no fue lo que el oro nos prometió —exclamó Niara, con los ojos humedecidos.

—Sólo los dioses pueden prometer, hermana, el oro no —dijo Blaer.

—Pero necesitamos más, mucho más...

—¿Por qué? —preguntaron Seanna y Dell al mismo tiempo, llenas de curiosidad.

—Porque nos lo merecemos. Los hombres y sus mujeres son estúpidos, y son ellos los que viven en la aldea, rodeados de plata y seda y grandes riquezas, mientras que nosotras vivimos aquí, en el bosque...

—Junto a los viejos dioses —musitó Blaer.

—Y los hombres viven con su nuevo dios, allá, en el castillo, con muchas cosas hermosas y brillantes, sin hacer nada.

—El señor, ¿te refieres al Señor de Wolgarn? —preguntó Seanna.

—Al señor de Wolgarn —concordó Niara con el ceño fruncido.

—Es muy apuesto y agradable —señaló Seanna, sonrojándose.

—¿Y cuál fue el agradecimiento que nos dio cuando ayudamos a su esposa a recibir a su primogénito? —espetó Niara, torciendo el gesto de sus hermosos labios.

—Nos arrojó una bolsa de oro y nos gritó que nos largáramos... —susurró Seanna, como avergonzada.

—Sí..., eso hizo —exclamó Niara, llena de una furia creciente. Se volvió y miró a sus hermanas a los ojos—: Nosotras deberíamos de vivir rodeadas de oro y plata, de seda y armiño; nosotras deberíamos de gobernar los destinos de los hombres.

—Pero los viejos dioses... —apuntó Blaer, contrariada.

—Uno de ellos nos ayudará, hermana. —Niara se aproximó a Blaer, colocó el cofrecito en una mesa cercana y la aferró de las manos—. Los hombres volverán a creer en los viejos dioses, cuando nosotras los controlemos... Los salvaremos.

—Pero el sacerdote predica sobre el nuevo dios y... —intentó decir Dell, pero Niara, casi de un salto la tomó por los hombros con suavidad.

—El sacerdote es sólo un hombre, con los apetitos de un hombre, las debilidades de un hombre y el corazón vacío de un hombre... Y como todos los hombres, su alma puede ser comprada.

—¿Y cómo lo conseguiremos? —preguntó Blaer.

—Recurriremos a..., a él —sentenció Niara con algo de esfuerzo, mirando las anaranjadas llamas del hogar.

Blaer, Seanna y Dell se miraron, asustadas. Niara desvió los ojos de las llamas y lentamente los colocó en cada una de sus hermanas.

—Hermanas, estamos destinadas a la grandeza, y sólo él puede dárnosla.

—El Lobo Rojo... —musitó Blaer, llena de miedo.

—El Lobo Rojo... —musitó Niara, satisfecha.

La noche era sumamente gélida. En el cielo la oscuridad era total. La única luz que se vislumbraba

en el tenebroso bosque era la de la gran fogata en el claro, resplandeciente y roja.

Los cuerpos de las cuatro hermanas eran iluminados por las lenguas carmesí que se elevaban rugientes a los cielos. Sus brazos, piernas y torsos se contorsionaban al ritmo frenético del tambor de sus deseos, agitándose sus salvajes melenas y sus crispadas manos, sudando sus cálidas pieles y gimiendo sus succulentas bocas. Llamada por el frenético baile, emergió una espesa neblina de entre los árboles, gris y densa como humareda de volcán. Los largos dedos de aquel indigno vapor se escurrieron por sobre la hierba y las piedras musgosas, mientras las cuatro hermanas se crispaban en la oscuridad de la noche espectral. De pronto un aullido reverberó con la fuerza de una tormenta. Las hermanas se detuvieron, expectantes.

Todo fue silencio.

En el aire había una especie de murmullo, de pesadez que obnubilaba los sentidos. La hoguera se iluminó poderosa y se transformó en una alta y majestuosa columna de fuego que se perdió tras las bajas nubes del firmamento. Después, como si el sol hubiera descendido a las profundidades de la tierra, las llamas se esfumaron, perdiéndose en las tinieblas y en el frío de la noche. Y repentinamente allí estaba, sentado sobre sus cuartos traseros, mirando la desnudez de las cuatro mujeres con deseo.

—Mi señor... —exclamó Niara, la primera, postrándose delante del enorme lobo que había emergido de la espesa neblina.

Los ojos del lobo, brillantes como carbones ardientes, se posaron en las otras mujeres. Éstas se echaron al suelo, aterradas por el poder y la fastuosidad con la que el lobo llenaba el lugar.

La bestia era enorme, casi del tamaño de un caballo. Sus dientes eran largos y negros, y su pelaje resultaba lo más aterrador de todo, porque estaba embadurnado en su totalidad de sangre fresca que escurría en un aparatoso reguero sobre la hierba y las hojas.

—Soy yo —dijo el Lobo Rojo, con una voz cavernosa y antigua.

—Y aquí estamos, mi señor —exclamó Niara al instante, con los ojos clavados en el suelo.

—¿Poder?

—¡Sí, sí, sí, mi señor!

—¿Para qué? —preguntó el Lobo Rojo en un tono inalterable.

—De-desatar nuestro poder, mi señor.



—¿Para qué?

—Dominar a los hombres...

—¿Para qué? —volvió a preguntar el Lobo Rojo, insistente.

—Para...

—¿Para qué?

—Para tener más... —Niara levantó los ojos, temerosa, y agregó—: Deseamos más, mucho más.

El Lobo Rojo sonrió. Niara bajó la vista, asustada. Se escucharon pasos sobre la hierba. Una mano descendió y tomó la barbilla de Niara. Se trataba de un muchacho joven, fuerte y viril. En su rostro de perfectas proporciones podía verse un dulce gesto. El lobo había desaparecido.

El muchacho se inclinó hacia Niara y acercó sus labios a los de ella. Y la besó. Y de la unión de sus bocas manó un chorro de sangre que salpicó el suelo como un río desbordado.

La boda de Seanna con el Señor de Wolgarn fue espectacular, como ninguna que se hubiera visto en aquellas tierras. El castillo se llenó de antorchas y miles de velas, y los bailes fueron tantos y tan divertidos, que todos los asistentes cayeron rendidos, aunque pletóricos, de alegría.

La antigua esposa del Señor de Wolgarn, lamentablemente, había sucumbido a la locura y se había arrojado de la torre más alta del castillo hacia el bosque debajo. Según las malas lenguas, su cabeza se había llenado de demonios alados que la acosaban durante las noches. La locura la llevó a arrancarse los cabellos, a rasgarse la piel y a extirparse las uñas. Cuando la encontraron estampada en una roca en el fondo, era prácticamente irreconocible.

Poco después, como si todos hubieran querido olvidar lo más pronto posible el aterrador y desagradable suceso, la señorita Seanna, una de las dulces jóvenes que vivían en los linderos de la aldea, se casó con el buen Señor de Wolgarn, y en su inagotable compasión, crío al hijo de la difunta esposa como suyo. Todos fueron felices; una gran y feliz familia.

Seguido del matrimonio de Seanna, la prudente señorita Dell se incorporó a la vida de la aldea, en la que, tras conseguirse una bonita cabaña, se volvió una de las más fieles creyentes y servidoras de la iglesia y de la comunidad. La buena moza servía al padre como si fuera su propia familia, lo invitaba a cenar a su casa y era la primera en desprenderse de sus bienes para costear las festividades en la aldea y para ayudar a sus vecinos necesitados. Y se volvió tan ferviente

servidora de la causa cristiana, que a muchos les extrañó que no se uniera a un convento para convertirse en monja. Sin embargo, siempre estuvo lista para servir al sacerdote y a Jesucristo; siempre era la primera en llegar a la iglesia y la última en salir del templo..., si es que llegaba a salir.

La inteligente señorita Blaer, por su parte, se unió a la Casa de Gremios, gracias a las recomendaciones del Señor de Wolgarn y al sacerdote de la iglesia. Y no tardó mucho en convertirse, gracias a su encanto y buen olfato para los negocios, en la Maestra de Gremios de Wolgarn, algo sin precedentes en la aldea. Ninguno de los viejos dirigentes de los gremios se quejó cuando la agradable señorita Blaer llegó a tan importante puesto. Por el contrario, todos parecieron muy complacidos, y los pocos que llegaron a estar en desacuerdo pronto se marcharon de la aldea y jamás se volvió a saber de ellos. El resto se conformó con ver cómo sus cofres se llenaban con monedas de oro, de plata y de estaño. Para Blaer todo resultó maravilloso, casi como si hubiera sido magia.

Niara fue la única que, con toda su humildad, siguió viviendo en la casa del bosque. Y la gente siguió requiriendo sus incomparables habilidades para la curación y para hacer el bien. Y Wolgarn parecía hacerse cada día más rica, saludable y virtuosa. Y todos eran felices...

La figura emergió sigilosa del castillo a través de los pasadizos escondidos en los muros y en las rocas. En el cielo no había ninguna luz. La noche parecía mucho más oscura que de costumbre, e incluso los animales parecían haberse marchado hacia lo más profundo del bosque, asustados por las criaturas que habitaban ahora entre los árboles.

Seanna, jalando la cuerda que apresaba a su víctima, franqueó las tumbas del cementerio con cuidado. Se detuvo para mirar en derredor. Nadie la seguía. Sólo estaban ella y la joven vestida con andrajos. Se arrebujó en sus negros mantos y continuó su camino hacia la colina en donde se erguía el antiguo menhir que fue la baliza de los gigantes.

Y allí las encontró, al pie del arco, sus tres hermanas, ataviadas, igual que ella, de gruesos mantos negros.

Con un movimiento de sus brazos tensó la cuerda, y su víctima cayó de bruces al suelo delante de las hermanas. Se trataba de una muchacha, de no más de quince años, con el pelo mugroso y enmarañado, la piel llena de llagas y suciedad, y los ojos nublados, como si una capa de dulce confusión los cubriera.

Niara se quitó la pesada capucha y dio un paso hacia la chica. Extrajo de entre sus mantos

una afilada daga de pedernal y aferró con la mano libre el rostro de la chica. Con un pase de sus dedos sobre los ojos de la joven, la consciencia pareció retornar a la mente y al rostro de la chica. Entonces su cara se transformó en un monín de horror y desesperación. Porque delante de ella no vio a las cuatro hermanas, sino a gigantescos pájaros cubiertos por gruesos y pesados mantos. Sus picos y rostros emplumados emergían de las capuchas y la miraban con insistencia y deseo de sangre.

Un lobo aulló más allá del arco de piedra, en el bosque. El cuchillo se elevó y refulgió con un azul espectral. Los ojos de la chica se llenaron de pavor y su rostro palideció.

—No..., por favor... —susurró la chica con el alma encogida, mientras escurrían de sus ojos espesos lagrimones. La joven clavó sus lacrimosos ojos en los del Cuervo—. No he hecho nada, no le he hecho mal a nadie... Por favor...

El Cuervo miró el suplicante rostro de la chica, la imperante necesidad que tenía por vivir, por continuar respirando, por ver el siguiente amanecer. Vio el miedo más profundo y la desesperación más triste que jamás había presenciado. Y a punto estuvo de intervenir y detener todo, pero la cuchilla descendió y se clavó en el cuello de la joven. La sangre manó a borbotones y chorreó como un río negro y caliente. Los ojos de la chica se llenaron de miedo, mientras descendía a la negra y helada muerte. El Cuervo vio en ellos a la anterior esposa del Señor de Wolgarn, a los opositores de los gremios, a las anteriores víctimas; vio el dolor y el miedo que esparcían en el mundo... Y se sintió asqueado consigo mismo.

El Buitre, el Halcón y el Búho se abalanzaron sobre la sangre preciosa que ya se derramaba en la tierra. El Cuervo fue el único que se quedó paralizado, observando el asqueroso espectáculo en el que se habían convertido. Miró sus manos, emplumadas, y los picos y las caras de las otras aves, empapadas de sangre, y sintió tal repugnancia, que estuvo a punto de vomitar. ¡Se habían convertido en aquello que odiaban de los hombres! ¡Se habían vuelto viles y codiciosas!

—Sangre, Blaer —dijo el Buitre, extendiendo su mano ensangrentada al Cuervo—. Ven, está calentita y sabrosa... Es tuya también...

El Cuervo se echó para atrás, primero un temeroso paso y después un par más, decididos. El Buitre la miró, al inicio con extrañeza, enseguida con furia.

—¡No puedes abandonarnos! —exclamó el Buitre, soltando espumarajos sanguinolentos por el pico—. ¡Se lo prometimos!

—No, Niara, esto..., esto está mal... —respondió el Cuervo.

—Necesitamos sangre para conseguir nuestro poder. ¡Él la necesita!

—No..., está mal. Escúchame, Niara, por favor, esto no está bien.

—Te hará pagar las consecuencias, hermana.

El Halcón y el Búho se volvieron y miraron al Cuervo.

—Es un dios viejo —dijo el Cuervo—. No tiene poder alguno si nosotros no se lo damos. Escúchame..., escúchenme, por favor.

—La sangre es poder..., la sangre es vida..., la sangre es muerte... —bramó el Halcón, como invadida por una furia desmedida.

—¡Sangre, sangre, sangre! —tronó el Búho en un tono malsano y repugnante.

—No este poder, no. Así no —exclamó Blaer. Dio un salto hacia atrás y se transformaron su cuerpo y mantos en un cuervo de verdad. Y salió volando para perderse en la noche, y escapar de las tinieblas que invadían al mundo.

En Wolgarn todo parecía mejor que nunca, a pesar de la enorme cantidad de muchachitas que habían comenzado a desaparecer. En los ojos de los aldeanos podía verse la desesperación, la ira y el miedo, pero ninguno, como si una especie de hechizo hubiera descendido sobre ellos, decía o hacía nada al respecto. A pesar de los cielos cada vez más oscurecidos y los vientos cada vez más violentos, en Wolgarn todos parecían estar satisfechos..., aunque la maldad y la perversidad de las hermanas era más evidente que nunca. Había susurros escondidos, tristes lamentos que se perdían en el silencio, en lo más recóndito de los corazones de los pobladores. Ni el señor del Castillo, ni el sacerdote o los comerciantes podían oponerse al terrible poder de las tres hermanas, pero entre las rumorosas voces, la gente comenzaba temer más y más al poder de las que bebían sangre, de las que practicaban oscuras magias, de las que se comunicaban con los huesos de los muertos en horas no sacras: Las Nigromantes.

—¿Podrías indicarnos, buen mozo, el camino a Wolgarn? —preguntó sir Maynard el Fuerte, desde su caballo. A su lado se encontraba sir Alden Piesligeros, observando el bosque que se extendía hacia el oeste y las montañas más allá.

—Sólo tiene que seguir el camino, mis señores, hasta llegar al Eppie, el río. No es fácil perderse. Después síganlo hacia el norte, atraviesen el paso de las montañas y llegarán a Wolgarn —respondió diligente el pastor, ocultando su rostro con el amplio sombrero de paja con el que protegía su semblante de los pobres rayos del sol de finales del otoño. Miró a las ovejas, que pastaban tranquilas en la pradera cercana, y agregó—: Aunque hay un camino más corto.

—¿Y cuál sería ese, amable mancebo? —preguntó sir Maynard el Fuerte, con interés. A la espalda, el caballero portaba una pesada y larga espada de dos manos con el pomo en forma de cabeza dragón.

—A través del bosque, desde luego, mis señores —dijo el pastor, señalando sobre su hombro—. Yo puedo guiarlos, aunque, todos sus hombres no podrán pasar..., sólo ustedes dos. Es un poco complicado, pero tardarán menos.

—¿Sir Alden, qué opina? —preguntó sir Maynard, tomando su larga barba castaña.

Sir Alden, en cuyo pecho se encontraba cincelado con artesanal maestría el símbolo de un unicornio, estudió al muchacho de los pies a la cabeza. Miró sus manos blancas y sus ojos negros como la obsidiana.

—Creo que podríamos intentarlo —dijo sir Alden, sin mucho interés.

—Eso mismo pienso yo —dijo sir Maynard.

—Se encontrarán con sus hombres en Wolgarn, lo prometo —dijo el pastor.

Sir Maynard dio la orden a su escudero y a su capitán de que llevaran a los trecientos hombres por el camino hasta el Eppie y de allí a Wolgarn. Los hombres de armas, todos ellos formidablemente equipados, continuaron su marcha en una ordenada línea, bamboleando sus picas en el aire y sosteniendo sus pesados escudos de madera y cuero.

Cuando los guerreros se hubieron marchado, el pastor se introdujo en el boque. Los dos caballeros picaron los ijares de sus monturas y lo siguieron a la profunda floresta. El muchacho caminaba con paso liviano por entre los gruesos troncos y el accidentado terreno. Los dos caballeros pronto tuvieron que descender de sus monturas para poder seguir con el paso del muchacho.

—¿No te preocupa el rebaño, muchacho? Lo dejaste atrás, desprotegido —dijo sir Maynard, mientras apartaba las ramas bajas de un abeto.

El camino del pastor era cansado y largo. Ya llevaban buena parte del día avanzada y no parecían llegar a su destino en ningún momento. Dentro de poco la luz del sol llegaría a su fin y se encontrarían a la mitad del boque en completa oscuridad.

—No era mi rebaño, señor —contestó el muchacho, sin dignarse a volver el rostro.

—¿Es verdad lo que se dice de Wolgarn? —preguntó sir Alden, franqueando el trabajoso camino.

—¿Qué ha escuchado, mi señor?

—Qué hay un mal, enviado directamente por el mismísimo Lucifer, que ha esparcido la vileza y la perversión en estas tierras. Las Nigromantes.

—No sé si Lucifer sea la causa, mi señor..., pero sí hay un mal en estas tierras, uno muy poderoso. Aunque a nadie le gusta hablar de ello. Es poco prudente y menos aún sabio.

Sir Maynard le dedicó una mirada a sir Alden. Éste se la devolvió con un asentimiento de cabeza y aferró la empuñadura de su cuchilla.

—Te expresas muy bien para ser un pastor —dijo sir Maynard.

—No soy un pastor —respondió el muchacho, perdiéndose detrás de un árbol.

—¿No lo eres?

—Ustedes supusieron que era un pastor y que ése era mi rebaño —dijo el pastor, apareciendo detrás de una roca. Miró a los dos caballeros, y agregó—: Por aquí. —Y se ocultó tras una espesa cortina de espinosos matorrales.

Sir Maynard, ataviado con una pesada armadura de placas de acero, extrajo su enorme espadón de la vaina lentamente y lo empuñó a dos manos. Sir Alden, que portaba una ligera protección de cuero, extrajo la larga cuchilla de su tahalí y asió con mayor decisión la rodela que portaba en la otra mano.

Ambos atravesaron la cortina de matorrales y alistaron sus armas para enfrentar a la bruja que, bajo la apariencia de un pastor, había querido tenderles una trampa. Sin embargo, después de los matorrales y las zarzas, no encontraron nada, excepto un claro de pastos verdes y un gigantesco árbol de negra corteza y robustas ramas. Dicho árbol era majestuoso, más grande que ninguno que alguno de los dos caballeros hubiera visto en su vida. Habrían hecho falta cerca de cien hombres tomados de la mano para darle la vuelta.

En la corteza del árbol se encontraba un porche hermosamente labrado, que parecía haber sido hecho no por manos de hombre sino por obra de demonio, pues no había juntas o tallado en la madera. Era como si el árbol hubiera nacido con ese porche en su superficie.

Las ropas del pastor estaban tiradas en el claro, abandonadas. Y el único ser viviente que parecía encontrarse en el lugar era el cuervo de lustrosas plumas que los miraba desde lo alto de una rama.

—¡Monstruo! ¡Bestia ignominiosa! —bramó sir Maynard, señalando al cuervo con la

pesada espada de dos manos—. ¡Desciende para que podamos terminar contigo y con tu oscuro señor!

Sir Alden se persignó y comenzó a rezar por lo bajo, sin perder de vista al cuervo en la rama.

El ave aleteó y pegó un salto. Cayó en picada y se transformó en una espesa columna de vaho azul brillante que impactó con gran estruendo en el suelo y explotó en un humareda violenta de chispas incandescentes. Al disiparse el vapor, se encontraba delante de los dos caballeros la figura de una mujer, joven, de hermoso rostro y pálida piel. Sus cabellos eran negros y caían hasta su espalda, lacios como una cortina de agua. Su nariz era recta y delicada, y sus dos ojos de negra noche miraban con una intensidad espantosa. Su porte era altivo, como si se tratara de una reina, una emperatriz salvaje. En la mano portaba una rústica lanza, que cualquiera habría creído fácilmente habría pertenecido a bárbaros melenudos.

—No soy yo una de las que buscan... Ya no —dijo la mujer con sereno tono.

—¡Calla, bestia inmunda! —soltó sir Alden, empuñando sus armas con fuerza—. Confiesa tus pecados y te daremos una muerte limpia y rápida.

—Puedo ayudarles.

—¡Jamás aceptaremos la ayuda del Enemigo!

—Si no lo hacen, estarán perdidos.

—¡Amenazas vacías! La sangre de Cristo nos protege y nos ayudará a derrotarte, engendro de la noche.

—¡Escúchenme!

—¡Por san Jorge! —gritó sir Maynard, y se abalanzó sobre Blaer, empuñando su pesada espada.

Blaer plantó la lanza frente a sí. Una fuerte corriente de viento se elevó como una bestia desencadenada y golpeó a sir Maynard con una fuerza tremebunda, como si fuera una pared de cantera. El caballero cayó al suelo desmadejado, mientras su espada saltaba por los aires y caía con un ruido seco.

Sir Alden avanzó con paso ágil y seguro, con su cuchilla lista para cortar la carne de la bruja. La hoja hundió el viento y silbó con como un pedazo de cristal cortando el aire. Pero Blaer logró detener la mano que empuñaba la asesina arma, la dobló y, como si poseyera una fuerza

descomunal, arrojó al caballero al suelo.

Sir Maynard ya se había levantado, y tambaleante recogió y esgrimió su espada. Blaer se dio la vuelta y señaló el arma con la palma de su mano. La espada se volvió tan pesada que los musculosos brazos del caballero no pudieron sostenerla; intentó con todas sus fuerzas mantenerla entre sus dedos, pero era como tratar de levantar una montaña. Sir Maynard la dejó caer. La espada impactó con un sonido ahogado, como si fuera un costal repleto de piedras, y se hundió en la hierba ante los azorados ojos de su dueño.

Sir Alden se arrojó sobre Blaer. Ésta levantó los brazos y una enorme columna de fuego azul la rodeó. Las llamas eran enormes y majestuosas, y rugían como monstruos emergidos de las profundidades del averno. Iluminaban el bosque en su totalidad, brindándole a los árboles y a las ramas una gama de azules helados. Sir Alden se detuvo, sorprendido y asustado. Su cuchilla se precipitó al suelo, al igual que su rodela. Sir Maynard cayó de rodillas ante el despliegue de poder de la bruja. En todos sus años como cazadores de brujas en nombre de la Corona, jamás había presenciado una magia tan poderosa como esa. Los dos caballeros no pudieron hacer otra cosa que persignarse e invocar en leves susurros a los santos, a la Virgen y a Cristo.

La columna de fuego se apagó. Blaer seguía allí, como si nada hubiera sucedido. A su alrededor la hierba había sido quemada hasta dejar la tierra chamuscada.

—Ahora, ¿van a escucharme? —bramó Blaer, iracunda. Extendió su mano hacia sir Maynard y el caballero sintió el terrible poder de la bruja en su interior, oprimiéndole el corazón.

Los dos cazadores de brujas asintieron, terriblemente asustados.

Blaer liberó a sir Maynard de su terrible sujeción y se dio la media vuelta.

—Recojan sus armas y síganme, mis señores..., necesito mostrarles a los viejos dioses.

Y en donde estaba el porche en el árbol, ahora se encontraba una entrada. Blaer descendió por las escaleras que conducían a las raíces, y los dos caballeros, tras colocar de nuevo sus armas en sus fundas, no pudieron hacer otra cosa que seguirla.

Lo que vieron en las raíces del árbol, les mostró el rostro de los viejos dioses y el terrible poder de las Nigromantes...

Las tres figuras emergieron del lindero del bosque, ocultas todavía por la oscuridad reinante de la noche. Allí, adelante, a menos de treinta metros, se encontraban las nuevas y robustas murallas de Wolgarn. Algunas de sus partes aún estaban por ser finalizadas, pero ya podía verse que se



convertirían en un enorme monumento para la posteridad.

Blaer, sir Maynard y sir Alden, envueltos en oscuros mantos, caminaron hacia una de las entradas de las murallas.

Sus hombres se habían refugiado en varias tabernas y hostales en la avenida que cruzaba la aldea. Así que, sin demora alguna, los convocaron enseguida.

—Mi señor —dijo el capitán de los hombres cuando vio a sir Maynard—, pensamos que algo les había pasado. Estuvieron fuera cerca de un mes...

—Encontramos a una poderosa aliada en los bosques —dijo sir Maynard, dedicándole a Blaer una fugaz mirada y una sonrisa.

El capitán miró a Blaer con recelo, pero a una orden de sir Alden, se marchó a organizar a los guerreros y a preparar a los pocos aldeanos que habían tenido el coraje suficiente para enfrentarse a las Nigromantes.

—¿Funcionarán, Blaer? —preguntó sir Maynard.

—Lo harán —respondió Blaer, con el rostro oscurecido.

—Quizá si trajéramos a más hombres, si fuéramos a... —intentó decir sir Alden.

—Es la única forma... —cejó Blaer—. Ustedes vieron mi poder, vieron de lo que soy capaz, y estaba sola, únicamente con el auxilio de los viejos dioses. Las Nigromantes son tres, entregadas por completo al Lobo Rojo. Si nuestras armas son incapaces de penetrar las barreras que rodean a mis hermanas con los hechizos que he colocado en ellas, entonces ninguna lo será.

—¿Y si es así? —preguntó sir Maynard.

—Estaremos condenados, y pagaremos las consecuencias.

—Que así sea —exclamó sir Alden, decidido.

—Que así sea —dijo sir Maynard, convencido.

—Que así sea... —musitó Blaer, meditabunda.

La columna de hombres era liderada por sir Maynard, sir Alden y Blaer. Se dirigieron hacia el noroeste, a más allá de las murallas, en donde se encontraba el cementerio de Wolgarn. Había allí una capilla, pequeña, que señoreaba desde una colina las cruces que adornaban las tumbas de los difuntos. La oscuridad de la noche era casi total, tensa, llena de un frío viento que congelaba el aire y entumecía los miembros.

Blaer caminaba con pesadez, sintiendo el helado viento entrar a sus pulmones. Cada paso era más difícil para ella. Sus piernas se negaban a andar y la lanza que sostenía en sus brazos parecía cada vez más pesada. No quería seguir adelante, todo su cuerpo intentaba detenerla. Lo único que la hacía continuar y que la hacía poner un pie delante del otro, era la pura voluntad de su alma desgarrada, el horror al que se habían entregado sus hermanas... El dolor que sentía por ellas.

Finalmente la columna de soldados llegó hasta el pie de la colina coronada por el arco de los gigantes. Allí estaba, imponente y magnífico en su cima. En la base del arco se encontraban las tres Nigromantes, ataviadas con sus pesados mantos negros. Las tres mujeres miraban con desprecio y burla a la fila de poco más de trescientos hombres que, picas listas y espadas desenvainadas, rodeaba la colina para asesinarlas.

Blaer, flanqueada por los dos caballeros, miraba hacia la cima, con la lanza en la mano firmemente aferrada y el rostro lleno de sufrimiento.

—Así que eres tú la que trae a estos perros ante nosotras —dijo Niara con una mueca de repugnancia en sus bellos rasgos, en lo alto de la colina. Detrás de ella se encontraba atada una doncella dispuesta para el sacrificio al Lobo Rojo. Estaba amordazada, y sollozando con una venda en los ojos.

—Esto no tiene por qué terminar así, Niara, aún pueden salvarse —gritó Blaer desde la base de la colina.

—¿Y entregarnos a la misericordia de su falso dios? —preguntó Niara socarrona. Y cáustica agregó—: Ni siquiera lo pienses. Tú eres la miserable que les dio la espalda a los viejos dioses, tú eres la puta que nos ha abandonado a nosotras, a tus hermanas. ¿Y todo por qué? Porque tienes miedo de blandir el poder que nos corresponde, porque tienes miedo de desatar todo el potencial de nuestra sangre.

—Escúchenme, las tres, por favor, hermanas... El poder del Lobo Rojo viene con un gran costo, por eso los dioses lo expulsaron de su seno, por eso lo mandaron a morar en el lado oscuro de la tierra. Por favor. Su poder, el poder de la sangre, es maligno...

—Somos las dueñas de los hombres —dijo Seanna con un siseo y los ojos enormes y eufóricos.

—Somos las dueñas de sus almas... —soltó Dell, con el rostro lleno de demencia.

Tanta sangre ingerida en honor al maligno y antiguo Lobo Rojo les había arrebatado la cordura y ahora eran presa de una locura venenosa.

—Y tú aún puedes ser parte de nosotras, hermana —dijo Niara, con una maligna sonrisa en sus hermosos labios—. Te necesitamos, necesitamos la sangre del cuervo para estar completas. Sólo tienes que realizar un sacrificio..., uno pequeño, minúsculo... Sólo tienes que traernos las lenguas y los ojos de los dos valientes y virtuosos caballeros que te acompañan.

—¡Jamás! —bramó Blaer.

—Entonces todo está decidido —cejó Niara.

—No..., por favor... No quiero hacerles daño, hermanas, por favor —dijo Blaer, con una lágrima emergiendo del rabillo de su ojo y deslizándose por su mejilla.

—Nosotras te haremos daño a ti... —musitó Niara, rabiosa.

Las tres hermanas levantaron los brazos a los cielos. Las nubes del firmamento parecieron formar un cono furioso alrededor de la colina. El aullido de un lobo emergió de la parte más densa y retorcida del boque y atravesó el aire como una aguja de hielo.

Niara sacó su daga de entre su manto y la clavó en el pecho blanco de su víctima. La sangre manó como una cascada caliente y salpicó el rostro de las tres hermanas.

La tierra alrededor de la colina comenzó a temblar con furia desmedida. La hierba se levantó y el suelo se partió. De las tumbas antiguas comenzaron a emerger las manos descarnadas y huesudas de los cadáveres del cementerio. Los trescientos hombres de los cazadores de brujas miraron con horror los miembros putrefactos y las cabezas peladas que brotaban como raíces malditas. Los gritos desgarradores de los retornados a la vida llenaban de espanto los corazones de los guerreros.

—¡Su sangre alimentará al Lobo Rojo! —chilló Niara desde lo alto de colina. Y como si hubiera dado una orden, los cadáveres vivientes se abalanzaron sobre los caballeros y sus trescientos hombres de armas.

Blaer aferró su lanza y con ella repartió bastonazos a los cuerpos decadentes que se le acercaban. Sir Maynard desenvainó su mandoble, y refulgió poderosa su hoja con una pátina de azul intenso. Sir Alden hizo lo mismo con su cuchilla, también imbuida de un radiante poder antinatural.

—¡A ellas! —bramó Blaer, abriéndose paso entre los muertos a punta de lanza, ascendiendo por la pendiente hasta la cima.

La punta del arma de Blaer, al igual que las hojas de los dos caballeros, prendía en llamas cerúleas los cuerpos de los cadáveres que los atacaban, transformándolos en pocos segundos en

ascuas azules que se esparcían al viento.

Seanna se transformó en un halcón y Dell en un búho, y descendieron en picada, dispuestas a rasgar la piel y sacar los ojos de sus enemigos. Con sus garras agredieron a Blaer, quien trataba de alejarlas con la hoja afilada de su lanza. Las aguzadas uñas de Seanna se encontraron con el yelmo de sir Maynard, destrozándolo como si fuera de papel. El halcón hundió sus poderosas y punzantes garras y desgarró parte de la nariz y del ojo izquierdo del caballero. La sangre manó terrible. Y el furibundo halcón habría aniquilado por completo la visión de sir Maynard, si no es que Blaer, con un movimiento ágil, le hundió la punta de la lanza al halcón en la barriga. Seanna salió despedida y sangrante.

Dell, en forma de búho, luchaba con sir Alden. Éste logró darle un par de tajos con la cuchilla, pero el búho logró arreglárselas para tirarlo al suelo y atacar sus ojos. El caballero apenas pudo defenderse con sus antebrazos y manos, evitando así perder la visión. Sus guanteletes se rompieron y la carne de sus manos quedó expuesta al cortante pico de Dell. Blaer alargó la mano y una espiral de fuego azul manó de su palma, impactando en el búho y salvando a sir Alden por poco.

Alrededor de la colina todo era caos y horror. Los cientos de cadáveres que emergían de las antiguas tumbas, aferraban a los hombres de armas y le arrancaban la piel a tiras, les sacaban las tripas y les extirpaban los dientes con la fuerza de sus purulentas manos. Los gritos de ambos bandos resonaban aterradoramente en el cielo nocturno, como cientos de uñas rasgando una interminable pizarra. Los huesos se rompían, las picas atravesaban las vísceras pútridas y la sangre caía a raudales en el cementerio; los dientes hendían la piel, los dedos perforaban la carne y las entrañas se desparramaban por todas partes. La carnicería era brutal.

Blaer ayudó a sir Alden a ponerse de pie. El caballero, con las palmas de las manos en carne viva, aferró su cuchilla y continuó su camino hacia la cima. Sir Maynard, casi ciego, fue ayudado por Blaer y por sir Alden para poder continuar. Cuando llegaron a la cima, allí estaban las tres hermanas, al pie del arco, con el cadáver de su víctima en el suelo. Seanna tenía una herida en la barriga y el lado derecho de la cara de Dell se encontraba chamuscado; su belleza había desaparecido casi por completo. Niara, entre sus dos hermanas, se encontraba inerte, con una socarrona sonrisa en los labios.

—¿En verdad crees que puedes ganar, Blaer? —preguntó Niara, burlona.

—Estoy segura —exclamó Blaer, desafiante.

Niara frunció el rostro en un ademán furioso. Estiró sus garras punzantes como cuchillas

afiladas y se abalanzó sobre su hermana, profiriendo un gruñido bestial, a la par que de su manto se desprendían cientos de plumas negras. Blaer empuñó su lanza, cuya hoja se cubrió de una espectral pátina azul.

—¡*Aurandell!* —bramó Seanna, aterrada al ver el resplandor en el arma de Blaer.

—¡*Aurandell!* —chilló Dell, sobrecogida.

La punta de la lanza de Blaer se clavó en el vientre de Niara. Y como si estuviera hecha de gasolina, se prendió en un remolino de llamas azules y poderosas. Niara, profiriendo gritos desgarradores, se retorció llena de furia y horror.

Sir Maynard aferró su espadón con las dos manos y, también imbuido con el antinatural poder de la lanza de Blaer, se abalanzó contra Seanna. Levantó el arma sobre su cabeza y la dejó caer con furia. La bruja no tuvo tiempo de reaccionar; levantó las manos para protegerse, pero estaba tan sorprendida, que no pudo hacer más. La hoja del espadón cortó sus manos y se incrustó en su hombro, partiendo el manto y la carne casi hasta el pecho. Espectrales lenguas de fuego cerúleo comenzaron a devorarla de manera inclemente.

Dell estuvo a punto de huir, pero sir Alden la aferró por la cabellera con fuerza y le clavó la cuchilla en el pecho varias veces. Dell se encorvó cuando vio las llamas azules que comenzaban a brotar de sus ropas y empezaban a consumirla. Y lanzó un agudo chillido que reventó los oídos de sir Alden.

Las tres Nigromantes cayeron al suelo, desmadejadas. Las llamas que consumían a Niara se habían apagado, así como las de sus hermanas. De las tres Nigromantes no quedaba nada excepto unas deformes y gimientes plastas chamuscadas y apestosas.

Sir Alden, con los oídos sangrando y las manos casi inutilizadas, se adelantó, dispuesto a terminar con las brujas.

—Alden... —musitó sir Maynard, con un jadeo húmedo.

Sir Alden se volvió, miró a su compañero y no pudo dar crédito a sus ojos por lo que vio. La punta de la lanza de Blaer emergía por el torso de sir Maynard; tiernas llamas brotaban entre ascuas delicadas y suaves que flotaban en el viento.

—¡Maldita traidora! —bramó sir Alden, cuando Blaer desclavó su hoja y dejó que el cuerpo de sir Maynard cayera al suelo carente de vida.

—Lo siento... —musitó Blaer, con lágrimas en los ojos. Empuñaba la lanza en las manos y la apuntaba hacia sir Alden. Éste aferrando su cuchillo, se arrojó en contra de Blaer.

Blaer le tendió un potente bastonazo al rostro. Sir Alden cayó de bruces al suelo; su cuchilla voló por los aires y se perdió en la noche. Blaer se aproximó hasta el caballero caído, levantó la lanza, con la punta mirando hacia abajo, hacia la espalda de sir Alden, y la bajó con todas las fuerzas que fue capaz. La punta de hierro atravesó la coraza de cuero, los músculos, el hueso, los órganos y finalmente salió del otro lado, hasta incrustarse en la tierra.

Blaer se volvió hacia sus hermanas. Niara, tendida en el suelo, levantó su ennegrecida mano hacia Blaer.

—Hermana..., por favor... —suplicó Niara, cuya cara era una grotesca y asquerosa imitación de la belleza que antes había poseído.

—*En las zarzas y la noche vagarán...* —musitó Blaer, con copiosas lágrimas cayendo por sus mejillas.

—No, Blaer, por favor... —dijo Niara, sollozando. Seanna y Dell gemían y lloriqueaban arrepentidas.

—*El fuego primordial en lo alto llama... Al corazón y la carne regresarán...*

—¡Blaer, no sabes lo que haces! —chilló Niara, escupiendo sangre y con los ojos llenos de rabia desgarradora.

—*Hasta que llame quien te ama* —terminó Blaer, con el rostro lleno de un dolor lacerante. Miró a sus tres hermanas y el sufrimiento en lo profundo de su corazón se hizo más terrible—. Perdón, hermanas...

Una neblina oscura y helada envolvió la colina de los menhires de los gigantes. Se desató un terrible vendaval de furia y muerte. El viento y la niebla arremetieron furiosas contra el arco y contra las Nigromantes. Blaer se quedó de pie, llorando y esperando a que todo terminara. La niebla atravesó a las tres hermanas tiradas en el suelo, mientras éstas se retorcían y se ahogaban en su sangre. Niara se aferró con todas sus fuerzas al suelo, mientras el negro vapor le arrancaba el alma de las entrañas. Bramó y soltó destemplados alaridos, pero al final no pudo resistir el terrible poder que la atacaba. Los espíritus de las tres brujas fueron arrancados de sus cuerpos y fueron lanzados por los látigos ventosos de neblina oscura a más allá del arco de piedra, hasta el bosque, a lo más profundo, al lado oscuro de la tierra.

Después todo fue silencio. En el cielo había una enorme luna azulada y el cielo tachonado de estrellas. Alrededor de la colina sólo había cuerpos sin vida, en la cima Blaer lloraba desconsolada, de rodillas, ante los cadáveres de sus hermanas.

—Perdón... —gemía Blaer, con las manos en los ojos, recordando los hermosos tiempos antes de que la codicia de Niara lo arruinara todo—. Hermanas..., perdón...

Poco después, cuando pudo ponerse de pie, empezaron a caer pequeños copos de nieve, danzando en la suave corriente nocturna. Recuperó su lanza y quemó los cuerpos de los dos caballeros en una hoguera a los pies del arco. Tomó los restos de sus hermanas y se marchó tristemente hacia el bosque, dejando tras de sí las semillas de lo que con el tiempo se convertiría en la Leyenda de las Nigromantes.

## Capítulo XIII

### Las descendientes del cuervo

La figura emergió de entre los árboles lentamente, cargando la pesada lanza, prácticamente arrastrándola. El manto que portaba a los hombros estaba desgarrado y sus cabellos algo despeinados. Sin embargo, en su cansado andar, Blaer mantenía una leve sonrisa de satisfacción en los delicados labios. Lo había logrado una vez más, había reforzado el anillo alrededor de Wolgar para evitar que las Nigromantes se manifestaran en el mundo de los vivos desde el plano espectral en el que se encontraban exiliadas. Un año más, una victoria más..., como las cientos que había tenido desde la más amarga de todas, la que había comenzado todo. Sus hermanas habían presentado buena pelea, pero, como siempre, lo había logrado.

Se dirigió con paso vacilante por el jardín hacia la puerta de cristal de la parte trasera de la casa. Ingresó, cerró la puerta con cuidado para no despertar a Lyn y, después, saboreó la calidez de los muros de la mansión. Mañana llevaría a Lyn a la villa y le compraría algo bonito, un vestido quizá, por todo lo que había tenido que pasar. Después de todo, era una buena muchacha.

Cuando estuvo en el salón, con el hogar ardiendo suavemente, se peinó cuidadosamente en el espejo, se quitó los rastros de tierra y se deshizo del manto raído, que ardió y se disolvió en ascuas azules ante sí, sin dejar el menor de los rastros.

Se sentó en el sillón y tomó el vaso de whisky que se había servido y sonrió. Respiró profundamente y..., lo sintió, en su corazón, en lo más profundo, como una punzada primero, después como una gélida onda que la atravesó de pies a cabeza. Allí, en donde se había desgarrado su alma. ¡Habían regresado! Como un color claro en medio de la penumbra del mundo, fue evidente, así lo fue. Nadie más podría haberlo sabido mejor que ella, que estuvo allí, al inicio. Sintió las presencias de Dell, de Seanna y de Niara. Tan claras como un faro de luz refulgente en las tinieblas. Las Nigromantes habían regresado.

Blaer se paró de golpe y gritó el nombre de su sobrina varias veces. Pero Lyn no contestó, ni la primera ni la vigésima vez.

Lyn no estaba en la casa...

No sabían cuánto tiempo había transcurrido mientras miraron las flamas mágicas, podrían haber



sido segundos o meses. Pero cuando Blaer terminó de mostrarles el relato en las lenguas de fuego, Lyn se sintió como si emergiera de un sueño extremadamente largo.

—No tuve el corazón para terminar con sus vidas —dijo Blaer, retornando a su vaso de whisky—. Así, tras traicionar a los caballeros y desterrar los espíritus de mis hermanas de sus cuerpos, tomé sus restos y los escondí. Tiempo después, cuando regresé a Wolgarn y empecé a tener influencia en ella, utilicé mis recursos amasados para esconder en la villa los cadáveres de mis hermanas, y coloqué el círculo de hechizos alrededor para que jamás pudieran encontrarlos. Sus espíritus han querido retornar una y otra vez, desde entonces, para hallar sus cuerpos, pero hasta el momento las he mantenido alejadas.

—Por eso las historias de aparecidos en el bosque y en el Eppie... —musitó Ronna. Blaer asintió.

—Tuve que poner encantamientos alrededor de la aldea, un círculo de protección, de hechizos. —Con un gesto cansino, Blaer señaló el mapa que Lyn y sus amigos habían visto con anterioridad—. Así, al menos, pude evitar que se presentaran en Wolgarn y hurgaran aquí y allá. Es en la Noche de las Almas, cuando intentan con mayor ahínco retornar, pues esa fue la noche en que murieron...

—Eso explica tus extrañas salidas —exclamó Lyn.

—Así es..., en la víspera del festejo salgo a reforzar el círculo de hechizos, para evitar que aparezcan y busquen sus cuerpos, porque el velo entre este mundo y el “otro” es para ellas más delgado. —Blaer suspiró y clavó su vista en el suelo.

—Entonces no han regresado a la vida, no realmente.

—No..., no realmente... —musitó Blaer, meditabunda—. La única forma en la que lo pueden hacer, es si recuperan sus restos. Yo sólo desterré sus espíritus y las mantuve alejadas..., pero si logran encontrar sus cuerpos, no me quiero ni imaginar el terror que desatarán en la villa.

—Pues entonces pon el círculo de hechizos de nuevo, alrededor de Wolgarn —dijo Lyn, mirando a sus amigos—. Si las expulsas de nuevo, será como si no hubiera pasado nada.

—El círculo únicamente aplacaba sus errantes espectros, solamente mantenía sus espíritus alejados de la villa —exclamó Blaer con severidad—. No podían ingresar a Wolgarn, Lyn, no a menos que mi sangre las invitara. Y ahora ya están aquí, gracias a ti...

—Pero yo no hice nada..., sólo derramé un poquito de sangre en el Arco de Colina Negra, nada más.

—Lyn, ¿qué fue lo que viste en las llamas? —exclamó Blaer, mirando a Lyn con disgusto—. Sólo mi sangre podía traerlas de regreso, sangre que corre por tus venas y que ofreciste como invitación... Sangre que les abrió la puerta al interior del círculo de hechizos.

—¿Pero cómo es posible que ella tenga su sangre? —preguntó Dirk, confundido.

Blaer suspiró, se tomó un trago de whisky y miró cansinamente a Lyn, a Ronna y a Dirk, y enseguida, resignada, bajó los ojos.

—En..., en 1717... —Blaer suspiró, acongojada—. Hace..., hace mucho... Yo..., yo me enamoré de un marinero, que vino hasta Wolgarn por asuntos comerciales. Su nombre era Arthur Baines. —Blaer miró con nostalgia la pistola que yacía en la repisa, en el interior de una caja de cristal—. Nos conocimos y... surgió algo entre nosotros. Él comenzó a cortejarme..., a buscarme, en los salones de baile y en las cenas. Al inicio, cuando me lo presentaron, me pareció engreído y chocante..., pero con el tiempo..., bueno..., pues... —Blaer sonrió, melancólica, y desvió los ojos.

—Te gustaron sus huesitos, ¿no? —soltó Ronna con una sonrisilla. Blaer le dedicó una mirada de reproche.

—Con el tiempo congeniamos —sentenció Blaer—, y un día lo invité a tomar el té... Yo no vivía en la mansión, desde luego, sino en la villa, cerca de la zona suroeste.

—Es la zona en donde está la tienda de mis padres —apuntó Dirk.

—Sí; allí era en donde Dell había tenido su casa, y yo hice uso de ella durante mucho tiempo —musitó Blaer con tristeza—. Un día lo invité a tomar el té, y tuvimos una velada muy agradable. Él trajo a su amigo, Kellken Sutton, y yo invité a Emelia Brown, que con el tiempo se convertiría, gracias a esa velada, en Emelia Sutton. Pero bueno, al final Arthur y yo congeniamos y con el tiempo, nuestro amor creció y...

—Se casaron... —intervino Lyn, incrédula.

Blaer sonrió con ternura, negó con la cabeza y dijo:

—Nos entregamos el uno al otro... Y fue la noche más maravillosa de mi vida, porque finalmente pude revelarles a alguien quién era yo en verdad y qué hacía en Wolgarn; finalmente pude decirle a alguien que mis hermanas..., o al menos los espectros de mis hermanas, rondaban los bosques cercanos a la villa, buscando la forma de retornar a sus cuerpos.

—¿Y te creyó? —preguntó Lyn.

—Sí, lo hizo, porque él podía ver en el interior de mi alma y yo en la suya, y me creyó cada una las palabras que le dije, aunque sonaran, incluso para mí, descabelladas. —Blaer volvió a llenar su vaso de whisky—. Poco después quedé encinta. Arthur me pidió que nos fuéramos, lejos, a Brighton, y que olvidáramos todo. Y fue terrible..., porque tuve que negarme, porque yo tenía que cuidar de los espectros de mis hermanas en Wolgarn, tenía que cuidar que no despertaran, que no retornaran a la vida. No podía marcharme. —Blaer contuvo una lágrima, respiró profundamente y continuó—: Por eso, cuando nació la pequeña Alba, se la entregué a su padre y le pedí que se la llevara... Tenía que hacerlo, por el bien de mi pequeña niña y por el de mi amado Arthur. No quería que corrieran ningún peligro.

—¿Por qué habrían de correr peligro?

—Porque en cuanto Alba nació, los espectros de las Nigromantes se mostraron más ansiosos, desesperados para tomar su sangre y así poder retornar... La veían como una presa fácil, mucho más fácil que yo, ciertamente. Estaba claro que no cesarían hasta que pudieran poner sus manos en mi hija, en su sangre, que era la mía. Trataban de atravesar el círculo, y ni siquiera el daño y el dolor que les hacían los hechizos las detenían. Y por eso fue que Arthur y Alba tuvieron que marcharse, y le prohibí a Arthur que regresara, y le hice prometer que jamás traería a nuestra hija a Wolgarn, que la mantendría lo más alejada que pudiera. Y, por nuestro amor, así lo hizo. —Blaer suspiró pesadosa—. Con los años mi Arthur comenzó a envejecer y mi Alba a crecer, y, tiempo después, un día...

—Ella vino... —susurró Lyn.

—Sí. —La voz de Blaer se quebró durante unos instantes. Después respiró despacio y logró controlarse—. Yo la recibí como el más grande regalo que tuviera en la vida. Había crecido y se había transformado en una hermosa y elegante mujer. Y me dijo que estaba a punto de casarse con un buen hombre y que quería que la boda tuviera lugar aquí, en Wolgarn. Yo me alegré, porque no deseaba otra cosa que ver la felicidad en los ojos de mi hija. Pero mi alegría no duró mucho. Las Nigromantes..., mis hermanas, pudieron sentir su presencia, y la atacaron una noche después de cenar, cuando Alba fue a dar un paseo por el bosque, más allá del círculo... Y habría muerto y las Nigromantes ingresado a la villa, si no la hubiera salvado a tiempo. —Blaer le dedicó una fugaz mirada a la lanza en la pared—. Después mi hija se marchó, para siempre, y desde entonces comprendí del peligro en el que se encontrarían todas las que portaran mi sangre, todas las que descendieran de mí. —Blaer clavó sus ojos en Lyn y, acongojada, agregó—: Por eso no podía dejar que te marcharas antes de la Noche de las Almas, Lyn; ellas sabían que estabas aquí, te vieron al llegar, y no dudarían ni un instante en atacarte una vez que estuvieras fuera del círculo de hechizos.

—Un momento ¿Todas? —preguntó Ronna de pronto—. ¿Y qué hay de los chicos? ¿El hermano de Lyn no corre peligro?

—En nuestra línea, según me enteré después por las cartas de las descendientes de mi hija, siempre todos los primogénitos fueron mujeres, todas portadoras de mi sangre; los varones no.

—Por eso te escribías con la tatarabuela Maura... —susurró Lyn, pensando en la primera vez que había hablado con Blaer.

—Ella fue la última —dijo Blaer—, hace ya bastante tiempo.

—Y después la familia te olvidó. —Lyn clavó sus ojos, negros como la obsidiana, en los de Blaer, que eran exactamente iguales.

—Sí, lo hicieron, y creo que fue lo mejor. Así no había peligro de que una de ustedes..., de mis descendientes, llegara hasta aquí.

—Hasta que mi madre recordó que había a una lejana familiar con dinero en el norte y...

—Y te mandó a ti, sí.

Ronna frunció el ceño y exclamó:

—Así que la señora Blaer, la rica del pueblo, es en realidad tu ¿qué, Lyn? ¿Tu tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara...?

—Sí, Ronna, ya sabemos —exclamó Lyn, cansina.

—¿Tátara-tátara-tátara-tátara abuela?

—Más o menos —contestó Blaer.

—Pues si no hubiera visto a las Nigromantes despertar esta noche, jamás lo habría creído —dijo Ronna.

—Bueno, ¿y entonces? —preguntó Dirk.

—Entonces ¿qué? —exclamó Blaer.

—Las Nigromantes, ¿qué vamos a hacer con ellas? No podemos dejarlas rondar en la Noche de las Almas en Wolgarn. ¿O sí? En mi familia hay un dicho que dice: “Nunca es tarde para arreglar la valla rota”. No podemos dejar que encuentren sus cuerpos, o en verdad regresarán a la vida.

—Es cierto, Dirk, no podemos... —musitó Blaer, mirando con preocupación el contenido

del vaso de whisky.

Blaer se puso de pie y fue hasta la pared. Tomó la lanza y la observó durante unos instantes. Se dio la media vuelta y se la ofreció a Lyn.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Lyn, mirando a Blaer con extrañeza.

—Tú les hiciste el ofrecimiento, tú tienes que arreglarlo —contestó Blaer con severidad.

—Pero yo no... ¿Por qué yo?

—Porque no me escuchaste, Lyn, por eso. Y ahora tienes que hacerte responsable de lo que has hecho, te guste o no.

Lyn, malhumorada, tomó la lanza entre sus manos. Era pesada y aparatosa. No tenía ni la menor idea de cómo la utilizaría para derrotar a las Nigromantes.

—Te saldrá natural —dijo Blaer, como adivinando sus pensamientos—; cuando llegue el momento de blandirla, sabrás qué hacer; ella te ayudara. Lo prometo.

—¿Y..., qué hago? ¿Voy a Wolgarn y me pongo a gritar con la lanza en la mano o qué?

—No, ahora que sus espectros están en la villa, la Lanza del Cuervo no será suficiente; necesitamos las otras dos armas, necesitamos de todo su poder.

—El arma del Dragón y el arma del Unicornio... —musitó Dirk.

—¿Y en dónde están las otras dos armas? —preguntó Ronna.

—La espada del señor Harlow... —musitó Lyn, dándose cuenta de que el viejo cuidador del cementerio la tuvo en su poder todo el tiempo—. Una de las armas es la espada del señor Harlow.

—Sí, esa es una —dijo Blaer, asintiendo—. La otra se encuentra en el Museo de Historia de Wolgarn, en la Sala Medieval; la reconocerán enseguida.

—Entonces ¿tenemos que ir a la casa del señor Harlow en el Nuevo Cementerio y al museo? —dijo Dirk, tragando saliva.

—Sí, cuanto antes. Mis hermanas ya deben de estar buscando sus cuerpos al amparo de la noche. —Blaer, meditabunda, miró el cielo nocturno a través de la ventana de la parte alta del techo—. Yo iré a colocar un nuevo círculo de hechizos alrededor de Wolgarn.

—Pero dijo que el círculo ya no servía para nada —apuntó Ronna.

—Este no será para evitar que las Nigromantes puedan ingresar, sino para que no puedan salir..., para que nadie pueda salir. Mis hermanas son muy peligrosas. —Blaer se volvió para mirar a los tres jóvenes—. Será mejor que se apresuren, las armas del Dragón y del Unicornio son importantes; las necesitamos. Y, Lyn, pase lo que pase, no te enfrentes contra las Nigromantes..., y, sobre todo, no las escuches. Si te ves en peligro, si cualquiera de ustedes se ven en peligro, huyan. ¿Entendido?

Los tres jóvenes asintieron.

—Nos veremos en el parque frente a la Taberna de los Dunbar —dijo Blaer. Levantó sus manos y una llamarada de fuego azul y etéreo la envolvió. Del interior de las llamas emergió un cuervo de lustrosas plumas, que aleteó y graznó hasta posarse sobre una de las vigas del techo. La ventana de la parte alta se abrió por sí sola y, tras dedicarle una mirada a Lyn, salió volando hacia la negra noche.

Lyn, con la lanza en la mano, miró a Ronna y a Dirk.

—Tenemos que ir —dijo Lyn, un poco nerviosa.

—Yo sólo tengo una cosa que decir antes de todo —dijo Ronna con seriedad.

—¿Qué cosa?

—Pido la espada del Dragón —gritó Ronna, con una gran sonrisa.

—No se vale, yo quería la espada —reprochó Dirk.

—Ni modo, tonto, ya la aparté.

—Pero yo soy hombre...

—¿Y eso qué?

Lyn negó con la cabeza y golpeó con la contera de la lanza el suelo.

—Basta de juegos, esto es peligroso, ¿entendieron? Si vamos a hacer esto, es mejor tomarnos la cosa en serio.

—Pero... —intentó Dirk interponer.

—Dirk, la espada le toca a Ronna, es más fuerte.

—Oh... —musitó Dirk con los hombros caídos. Ronna cerró el puño en señal de victoria.

—Ahora, a moverse, tenemos unas brujas que derrotar.

## Capítulo XIV

### La espada del dragón

La noche era clara. En los cielos se podía ver una impresionante luna que proveía al mundo de una azulada pátina de tenue luz. Las estrellas titilaban hermosamente sobre el oscuro bosque, y el viento era frío, sin embargo amable y sereno. Lyn no podía creer que hacía apenas unos instantes las Nigromantes hubieran regresado a Wolgarn. No paraba de preguntarse en dónde estarían en esos momentos, qué estarían haciendo y en dónde se encontraría Cornelius Sutton. ¿Se habrían bebido su sangre? ¿Le habrían desprendido la piel a tiras? ¿Se habrían cebado con sus vísceras y grasa?

Lyn, Ronna y Dirk descendieron por la pendiente que serpenteaba en el bosque en dirección de la villa. Lyn portaba la Lanza el Cuervo. Le parecía pesada e incómoda de llevar, y no dejaba de pensar en lo extravagante que luciría cuando llegara a las calles de Wolgarn y la gente la viera con esa ridiculez en las manos. Desde luego, Blaer se la había dado para terminar a las Nigromantes, pero eso sería algo que la gente no comprendería, no al menos hasta que las brujas hubieran encontrado sus cuerpos y comenzado a sorberles la sangre a todos.

Atravesaron las murallas y se encontraron con el jolgorio de la Noche de las Almas en su punto culminante. De la enorme lanza que Lyn portaba en las manos nadie decía nada, al contrario, resultaba armoniosa con los adornos y la parafernalia medieval que aderezaban las casas, los *pubs* y los restaurantes. Las personas se divertían en las calles y en los parques, en los salones y en las tabernas. Todo era felicidad, música, juegos y alegría. De las Nigromantes ni el menor rastro.

—¿Hacia dónde queda el nuevo cementerio? —preguntó Lyn a sus amigos.

—Hacia el oeste, más allá de la zona en donde viven los ricachones —respondió Ronna.

Los tres jóvenes se hundieron en la muchedumbre y se dirigieron hacia el oeste. Se internaron en las calles, en donde se encontraban las casas más hermosas y mejor arregladas de todas. Dejaron atrás la calle en la que se encontraba la Tienda de Quesos Coburn y marcharon por una callejuela hermosamente adornada, con edificios bonitos y altos, provistos de techos de dos aguas. El grueso de las personas disminuyó considerablemente y pronto se encontraron marchando solos en aquellas bien construidas y elegantes calles. Al llegar a la muralla que protegía a la villa por el oeste, se hallaron finalmente con el Nuevo Cementerio. Estaba rodeado de un muro de



pedra hermosamente labrada, y su entrada era resguardada por una verja de acero trabajado. El interior podía verse a través de los barrotes. Lucía pacífico, casi sereno. Las tumbas, perfectamente ordenadas, parecían haber sido puestas con el mayor de los esmeros. El césped estaba perfectamente recortado y las lápidas y las cruces de piedra relucían hermosamente a la luz de la azulada luna.

—Bien, ¿cómo se meten los chicos? —preguntó Lyn, mirando lo altos barrotes de acero—. El vicario Dwerryhouse dijo que los chicos se metían y hacían pasar un mal rato al señor Harlow; así que debe de haber una forma de...

—Por aquí —dijo Ronna sin chistar. Y los condujo hasta una parte en donde el muro del cementerio chocaba con la reja de hierro de una casa cercana. Allí los barrotes se fundían de tal forma con la piedra, que creaban una improvisada escalerilla que permitía salvar la parte alta de la pared del cementerio.

Lyn le dedicó una mirada de reproche a su amiga.

—¿Qué? —preguntó Ronna con fingida inocencia.

—Tú eras de las que se metía a causar problemas al señor Harlow.

—Lyn, en este pueblo no hay muchas cosas que hacer... —dijo Ronna indignada. Luego sonrió y añadió—: Además le dábamos algo de alegría a la vida del viejo.

—¿Alegría? —soltó Dirk—. Más bien diría que le hacían la vida imposible.

—Como sea, el señor Harlow nos daba también unos buenos sustos, agitando esa tremenda espada como un loco, con los ojos como los de un perro rabioso.

—Ronna, un poco más de respeto —exclamó Dirk—. El hombre está muerto.

La chica rubia levantó los hombros y comenzó a trepar. Dirk le dedicó una mirada a Lyn, no muy convencido. Ésta le sonrió, le tendió la lanza y comenzó a trepar después de Ronna.

Lyn se aferró de los barrotes de hierro, fríos y duros. Se elevó trabajosamente siguiendo los movimientos de Ronna. La chica rubia llegó hasta la parte de arriba y se sentó a ahorcadas en el muro. Después se dejó caer hacia el interior. Lyn hizo lo mismo, se sentó en lo alto del muro y miró el lugar desde aquella altura. A lo lejos, por entre las calles del este, llegaba la algazara de la fiesta de la Noche de las Almas. En el oeste, a la sombra de la muralla medieval, se encontraba la tranquilidad mística de la que estaba impregnada la tierra del cementerio.

Le pidió a Dirk la lanza. La tomó por debajo del anillo que sujetaba la hoja y las plumas y,

cuando la tuvo bien asegurada, se dejó caer del otro lado sobre la congelada hierba. Todo era silencio y penumbra. La luz de la luna, de alguna manera, parecía haber menguado. Ronna se escondía detrás de una de las lápidas, mirando hacia el sendero de grava que atravesaba el camposanto.

—¿Qué haces? —preguntó Lyn, cuando llegó junto a su amiga—. ¿De quién te escondes?

—Ah, sí, es verdad, que ya se murió... Lo siento, la costumbre.

Dirk cayó del muro estrepitosamente y se agazapó enseguida contra de una de las cruces de piedra. Su frente estaba perlada con gotitas de sudor y sus ojos parecían estar a punto de salir volando de sus cuencas.

—Esto está mal... —musitó Dirk.

—Quieres dejar de ser un cobarde —le reprochó Ronna—. Además, tú fuiste el que dijo que no podíamos dejar a tres brujas andando por Wolgarn en libertad.

—Sí, pero lo dije cuando estábamos en el ático de la señora Blaer, allí no parecía todo como una locura.

—Eres imposible. —Ronna levantó los ojos al cielo en un gesto cansino.

—Suficiente, ustedes dos, concéntrense. ¿En dónde estará la espada del señor Harlow? —preguntó Lyn, mirando el lúgubre escenario que se mostraba ante ellos.

—Pues en su casa, ¿no? —respondió Dirk.

—Esa está allí, en la muralla —dijo Ronna, señalando hacia el otro lado del cementerio—. Su casa estaba construida en la muralla, en el interior. Por eso no estaba muy cuerdo, me imagino. ¿A quién le gustaría vivir dentro de una muralla?

—Además vivía en un cementerio —agregó Dirk—. Nadie puede vivir en un cementerio y no caer en la locura.

—¿Qué pasó con eso de respetar al hombre muerto? —preguntó Lyn a Dirk.

—Mira yo sólo me quiero largar de aquí, ¿sí? Vamos por esa espada y que todo esto se vaya al diablo.

—No hables del diablo, que se te puede aparecer, muchacho —dijo Ronna, sonriendo con malicia.

Dirk se encogió, atemorizado.

—Vengan —dijo Lyn, saliendo al camino de grava. El sonido de sus botas sobre las piedrecillas le pareció casi irreal. No podía creer que se encontraba en la Noche de las Almas, irrumpiendo en un cementerio para obtener una espada medieval que les serviría para derrotar a unas brujas bebedoras de sangre.

El silencio era casi total. Incluso los murmullos de la fiesta en el centro de la villa parecían haberse ahogado por completo. Era como si se encontraran en una realidad diferente, como si de pronto, de alguna manera inexplicable, se hallaran a cientos de kilómetros de distancia de Wolgarn, a pesar de que podía ver las murallas y los abigarrados edificios de techo de dos aguas más allá de los muros del cementerio.

Los tres comenzaron a andar lentamente, como temiendo perturbar la paz misteriosa que se alzaba en el lugar.

—No es correcto robar una espada —dijo Dirk de pronto.

—Creo que se la dejó a Blaer en su carta —dijo Lyn.

—¿En la nota? —preguntó Ronna.

—Sí, creo que cuando escribió a Blaer que le dejaba lo más querido y odiado para él, se refería a la espada —respondió Lyn.

—Ah, entonces no la estamos robando; más bien la estamos recuperando.

—Como sea, no es bueno meterse en un cementerio en la noche... —comenzó Dirk. Pero sus palabras se cortaron cuando vio la espesa neblina que, de un instante a otro se había levantado entre las tumbas del cementerio. Era una niebla cenicienta y densa, más parecida a un velo de nieve mugrosa que a un vapor incorpóreo. La luz de la luna había menguado, el viento era mucho más frío, y había en la atmósfera una especie de zumbido sobrenatural.

—No..., no puede ser... —dijo Lyn, asustada. Podía sentir sus presencias en el cementerio.

—¿Qué, qué pasa?! —preguntó Dirk, mirando con sumo espanto la neblina.

—¿Son ellas? —preguntó Ronna, levantando los puños en señal defensiva.

—¡Oh, dios! —bramó Dirk, tragando saliva.

—Pero Blaer dijo que... —empezó Lyn, pero sus palabras fueron cortadas cuando emergieron de detrás de ellos, entre la neblina, las tres figuras bamboleantes de las Nigromantes. Ya no se parecían en nada al recuerdo que Blaer les había mostrado en las llamas del ático. Sus cuerpos delgados de pálidos rostros y hermosas facciones se habían transformado en horrendos

espantajos, en criaturas monstruosas hechas de huesos, carne podrida y tierra mohosa. De sus negras capuchas emergían los cráneos sobrenaturales de las aves que las habían representado en vida: Un búho, un halcón y un buitre.

Niara se adelantó, con sus brazos largos y descarnados emergiendo de los dobleces de las mangas de la túnica. Lyn, Ronna y Dirk dieron un paso hacia atrás, asustados.

—No... —se escuchó una voz en el frío aire del cementerio—. No huyan..., no queremos hacerles daño...

La voz emergía de Niara, de su espantosa cabeza de buitre. Pero había algo en su tono, que parecía surgir de todos los rincones, de las lápidas y hasta del mismísimo aire helado que respiraban.

Lyn aferró con fuerza la lanza. Con la Nigromantes allí, ante ella, no sentía realmente que pudiera hacer uso del arma, como Blaer lo había prometido. Por el contrario, se sentía estúpida e indefensa.

—¿Lyn? ¿E-eres..., tú? —dijo Niara, sin mover el pútrido pico de ave—. Te vi, en el camino y después en el jardín... ¡Sí, sí, eres tú! Eres la que es como nosotras... Hija del bosque y servidora de los viejos dioses.

—¿Ni-Niara? —exclamó Lyn, recelosa.

—¡Sí, sí, soy yo! —respondió el buitre, con un ademán señalando su pecho.

—¿Qué..., qué es lo que quieren?

—¡Lyn, no! —exclamó Ronna—. Blaer dijo que no las escucharas.

Lyn levantó la mano para tranquilizar a su amiga.

—Queremos retornar, hija mía, queremos habitar de nuevo entre los vivos —dijo Niara con voz dulce—. Blaer, cegada por la envidia y la codicia, nos expulsó, a nosotras, sus hermanas, a los confines del bosque.

—Pero ella..., ella me mostró otra cosa...

—Te mostró lo que quería mostrarte... Te mostró una mentira para mantenerte sometida. Pero nosotras no queremos someterte, hija mía, no; nosotras queremos liberar todo tu potencial... Queremos que estés con nosotras, que nos completes, como antes nos completaba Blaer. Tú tienes su sangre, tú puedes ser la cuarta hermana. Te necesitamos para estar completas de nuevo.

—¡Lyn! —intervino Ronna. Pero parecía que Lyn no la escuchaba, que una especie de encantamiento había caído sobre ella, obnubilando sus ojos y oídos.

—Eres más grande de lo que piensas, más grande de lo que los demás reconocen —continuó Niara—. Eres poderosa y hábil. Eres inteligente y fuerte. Pero los demás buscan conquistarte, someterte, evitar que brilles y que obtengas todo lo que por derecho te corresponde.

—¿Y..., qué..., qué es lo que me corresponde? —preguntó Lyn, temerosa e intrigada.

—Todo lo que quieras, hija mía... No tendrás que volver a soportar a nadie, no tendrás que volver a obedecer a nadie, no tendrás que volver a escuchar a nadie... Se hará todo lo que tú quieras, cuando y como lo quieras. Lo único que tienes que hacer —Niara estiró la larga y huesuda garra—, es venir con nosotras..., y entregarnos los ojos y las lenguas de esos dos mortales que te acompañan.

Lyn se volvió para ver a Ronna y a Dirk. El muchacho estaba pálido y parecía estar a punto de desmayarse. Ronna miraba a Lyn con severidad, como amonestándola por si quiera tomarlo en consideración cuando la respuesta era un rotundo “no”.

Ronna se adelantó, tomó a Lyn del brazo y, como si la sacara de un hechizo, la jaló en dirección de la casa del señor Harlow. Niara comenzó a avanzar con las garras preparadas, listas para aferrar a Lyn. Fue entonces que Lyn se soltó del agarre de Ronna y se plantó en el suelo de grava. Ronna miró a su amiga, desconcertada. Lyn aferró con fuerza la lanza y apuntó con ella a Niara.

—¡Lárgate! —dijo Lyn, mirando desafiante a la Nigromante—. Un paso más y te ensartaré la barriga.

—¡Un error terrible, mi querida hija! —bramó Niara—. Blaer te ha corrompido, te ha alejado de tu verdadero propósito.

—Sólo sé, que si no te largas enseguida, te voy a convertir en un plumero. —Lyn agitó la lanza delante del pico de Niara. La punta del arma comenzó a brillar con un suave destello purpureo.

—No tiene por qué ser así... —susurró Niara con furia devastadora.

Las tres Nigromantes elevaron las manos a los cielos. La neblina, volviéndose más espesa y mucho más fría, se elevó hasta cubrir el cielo. La tierra comenzó a temblar de pronto, como si debajo de ella hubiera miles de serpientes a punto de emerger violentamente. Pero lo que salió del suelo, del césped perfectamente cortado, fue la mano podrida y descarnada de un cadáver.

Después emergió otra y otra más. Dirk ahogó un grito, mientras que Ronna no paraba de maldecir. Los cuerpos brotaron del suelo como retoños malditos y putrefactos.

Lyn se adelantó y arrojó un lanzazo contra el rostro de Niara. La Nigromante recibió la punta en el pico y gritó furiosa al sentir la cuchilla cortante y quemante en su deplorable cuerpo. Los muertos se abalanzaron sobre los tres jóvenes al escuchar el alarido sufriente de su ama.

Ronna tomó por el hombro a Lyn y la obligó a correr, escapando de las descarnadas manos que trataban de agarrarlos desesperadamente.

Se internaron en la espesa neblina. Lo único que Lyn veía era la mano de Ronna aferrando la suya y el camino de grava debajo de sus botas. Todo lo demás era la desconcertante y opresiva neblina de helados y etéreos dedos.

—¡Por aquí! —Se escuchó la voz de Dirk emergiendo del velo sin forma y espeso.

Ronna jaló a Lyn con todas sus fuerzas, hasta casi hacerla caer al suelo. Y emergieron de la niebla. Delante de ellos se encontraba la alta pared medieval, y en su cara la puerta y las estrechas ventanas de la casa del señor Harlow. La casa, literalmente, estaba construida en la muralla.

Dirk se encontraba en la robusta puerta, forcejeando con la perilla.

—¡Ronna! ¡Ábrela! —gritó Dirk, desesperado, al ver que la puerta no cedía.

—Ya voy, ya voy —exclamó Ronna, cuando ella y Lyn llegaron ante la puerta. De forma rápida y dolorosa, le quitó una horquilla a Lyn de la cabeza, la rompió y comenzó a trabajar en la cerradura.

En la neblina comenzaron a aparecer las figuras descompuestas de los cadáveres. Sus cuerpos, aún ataviados con los trajes de las épocas en las que murieron, se bamboleaban penosamente, acercándose con pasos trastabillantes y manos extendidas. Sus cuerpos eran bolsas de ámpulas y órganos pestilentes, huesos mugrientos y tierra antigua. Había muertos con uniformes militares y marinos, de gran pompa y solemne estampa; había atuendos de todas las formas y tamaños, desde los que venían del Renacimiento hasta los de la Época Vitoriana y de la modernidad.

Los muertos estaban a punto de echárseles encima. Ronna trabajaba apresuradamente por abrir la cerradura, pero resultaba evidente que los muertos se les arrojarían antes de tiempo. Y fue entonces, cuando Lyn ya podía ver los dientes amarillentos, las quijadas deformadas y los rostros descompuestos, que la hoja de la lanza volvió a brillar, primero en un suave tono purpúreo y

después de un intenso azul cerúleo. El brillo iluminó las nubes como una antorcha en medio de la penumbra. Las espirales de neblina se llenaron con los miles de ecos de los destellos de la punta de la lanza.

Lyn se adelantó, empuñando aquella tea singular y, como si el arma perdiera todo su peso y hubiera nacido con ella pegada a las manos, se arrojó directo en contra de uno de aquellos muertos vivientes. Fue como si el material del que estaba hecha la lanza conectara con algo en su interior, con su alma, con las palmas de sus manos y la sangre que residía debajo.

Le clavó la punta en el vientre a una señora de largo vestido y capa raída. De la herida manó una llamarada de azuladas lenguas. El cuerpo de la mujer estalló volutas radiantes y comenzó a consumirse entre espirales de ascuas cerúleas. Otro de los muertos, un caballero con una levita y calzas ajustadas, se arrojó en su contra. Lyn lanzó un golpe horizontal, que dejó una estela radiante y cortó el cuello del cadáver. La cabeza salió volando por los aires envuelta en llamas, mientras el cuerpo se desparramaba entre torbellinos de chispas.

Más cadáveres se abalanzaron sobre Lyn. Y ésta, haciendo uso de la lanza, los despachaba entre explosiones de centellas y lenguas de azulado, deslumbrante y hermoso fuego. Sin embargo, y a pesar de la habilidad que de pronto tenía con la lanza, los enemigos seguían llegando, provenientes de la neblina. Los despojos humanos de épocas pasadas arribaban, infinitos. Lyn clavaba la lanza en las carnes putrefactas y en los huesos astillados, y las ascuas manaban como cascadas de luz y estrellas, pero los cuerpos continuaban llegando, arrastrándose los que no tenían piernas y oscilando los demás, siempre amenazadores y perseverantes. Pronto la lanza sería insuficiente.

—¡A la mierda con esto! —gritó Ronna, arrojó la horquilla rota al suelo, tomó una piedra cercana y la estampó en contra de la estrecha ventana.

El cristal reventó con miles de astillas. Ronna aferró a Dirk por el brazo y lo llevó hasta la ventana. Con la fuerza de sus brazos casi lo arrojó al interior por la ventana rota.

—¿Qué haces? —preguntó Dirk, que se negaba a entrar por la ventana.

—¡Tú eres el único que cabe! —bramó Ronna, apresurada.

Dirk, sin decir nada más, cayó de cabeza al interior de la casa.

—¡Ronna! —gritó Lyn, cuando la mano de un caballero victoriano la tomó por el cuello del abrigo. Lyn se desprendió echándose para atrás con un movimiento violento. Los enemigos la superaban ya.

—¡Dirk! ¡Abre la puerta! —chilló Ronna.

Se escucharon varios chasquidos tras la puerta y el correr de cadenas, permitiendo que se abriera de golpe. Detrás estaba Dirk. Sus manos estaban ensangrentadas tras caer en los cristales rotos. Lyn y Ronna ingresaron rápidamente y cerraron la puerta. Le pusieron los seguros y se quedaron esperando.

De pronto las manos de los cadáveres se asomaron por las estrechas ventanas. Y del otro lado de la puerta se escucharon las uñas rasgando la madera y los golpes brutos que trataban de echarla abajo.

—¡La espada! —gritó Lyn—. ¡Tenemos que encontrar la espada!

—¿En dónde guardaría su espada el viejo Harlow? —preguntó Ronna, abriendo las puertas del pequeño mueble que se encontraba en la estrecha sala—. Cuando salía a perseguirnos ya la tenía en las manos. Era como si siempre la tuviera lista.

La casa estaba escarbada dentro de la muralla, y era pequeña, muy pequeña. Había una sala y dos habitaciones. La primera de las habitaciones era un diminuto dormitorio y la otra era una alacena estrecha en donde el señor Harlow guardaba la comida y una generosa cantidad de botellas whisky. No había realmente un lugar en donde se pudiera ocultar una espada de aquel tamaño.

En la puerta los golpes se volvieron más acuciantes y violentos. Las maderas pronto cederían, dejando que la multitud de muertos vivientes ingresara a la casa.

—¡Estamos perdidos! —gritó Dirk, fuera de sí.

Lyn corrió a la ventana y cortó con la hoja de la lanza una de las manos de los cadáveres. La extremidad desapareció entre lenguas azuladas de fuego.

Se escuchó un terrible golpe en la puerta. La madera se quebró y reventó hecha pedazos. En la puerta estaba el señor Harlow, con las manos y la frente heridas. Lyn se alegró primero de ver a un aliado con ellos, pero después, tras notar sus ojos lechosos y su expresión deforme, reconoció que en ese cuerpo no habitaba ya el alma del amable cuidador del cementerio. El monstruo se arrojó en contra de Lyn, seguida de varios cadáveres putrefactos. Lyn pudo dar un golpe con la lanza y clavarla en el vientre del señor Harlow, pero ni la punta afilada ni las llamas que emergieron de la herida lo detuvieron. La criatura que ahora era el señor Harlow no se contuvo, y avanzó, clavándose más y más en la lanza, hasta tener al alcance de sus manos a Lyn. Estiró sus brazos y aferró a la chica con fuerza por los hombros.



Dirk tomó una de las botellas de whisky y se la estampó en la cabeza al señor Harlow. Éste, en medio de una andanada de cristales y una explosión de alcohol, cayó de lado, llevándose a Lyn con él.

Dirk fue apresado por uno de los muertos. Ronna miró entonces al arco de la puerta de entrada y pudo ver, colocada ceremoniosamente sobre un par de soportes, la espada del dragón. Era grande, de poco menos de dos metros tan sólo en la hoja. La empuñadura era larga y sencilla, perfecta para blandir la descomunal arma. El pomo era el único detalle fastuoso, pues mostraba la cabeza de un dragón rojo con los ojos engarzados de dos brillante rubíes.

Ronna se abalanzó entre los muertos, soltando violentos codazos y potentes patadas, y se apoyó en el cadáver del señor Harlow. Dio un tremendo salto y logró aferrar la espada por la empuñadura. Cayó y lanzó un descomunal grito, al mismo tiempo que empuñaba el arma con las dos manos y realizaba un espectacular molinete horizontal que partió los cuerpos de varios de los cadáveres por la mitad, soltando cientos de ascuas azules y brillantes que bañaron la pequeña habitación en una explosión de chispas refulgentes.

Dirk quedó cegado por el brillo repentino. Después sólo vio oscuridad. Sintió la mano de alguien tomándolo por el cuello y jalándolo con fuerza. Pudo sentir el frío cuando estuvo fuera y el aliento de la neblina lamiendo su piel.

—¡Dirk, muévete! —Escuchó la voz de Lyn.

—¡Lyn, estoy ciego! —gritó Dirk, cayendo de rodillas—. ¡Estoy ciego!

—Pues abre los ojos —exclamó Lyn, desesperada.

Dirk abrió los ojos y allí estaban, entre las lápidas y la neblina. De alguna forma habían logrado salir de la casa del señor Harlow.

Ronna emergió del interior de la puerta, con el espadón al hombro y una sonrisa de satisfacción en los labios. Pero no les dio tiempo de festejar su milagroso escape, pues ya una compacta muchedumbre de cuerpos brotaba de las espirales de niebla.

Ronna soltó un rugido de batalla que provino de lo más profundo y primitivo de su alma, y se arrojó como un toro rabioso sobre los muertos. Corrió como si fuera una valquiria furiosa, como un ser alimentado por la guerra y la cólera. Blandió la espada y arrojó un potente golpe horizontal, mientras la hoja brillaba con una espectral llama. El encuentro entre sus enemigos y la espada fue espantoso. Miles de brasas azules estallaron en el aire. Las ropas y los cuerpos de los muertos salieron volando por todas partes entre llamaradas cerúleas. La carrera de Ronna fue tan potente, que al reventar a sus enemigos la chica cayó de bruces al suelo, desmadejada sobre la hierba.

Lyn puso a Dirk de pie y juntos corrieron hasta donde estaba su amiga. Ronna parecía estar llorando, y entonces Lyn temió que hubiera resultado herida. Pero al acercarse, notó que en realidad se estaba desternillando de risa.

—¿Qué te pasa? ¿Estás demente? —le preguntó Lyn.

—No, sólo que nunca me había divertido tanto —soltó Ronna con una gran sonrisa.

Lyn sonrió y negó con la cabeza, después tomó a su amiga y la obligó a levantarse. Y echaron a correr por el camino de grava en dirección de la salida del cementerio, mientras más figuras espectrales emergían ya de la niebla tras sus pasos.

Finalmente dieron con la verja. Y, como al principio, estaba cerrada. La huida era imposible.

—¡Lucharemos hasta la muerte! —gritó Ronna a la neblina que habían dejado atrás, levantando un puño de forma amenazadora, mientras que la otra mano sostenía la empuñadura de la espada, cuya hoja reposaba en el suelo.

—¡Ábrela con otra horquilla! —indicó Dirk, presuroso.

—¡No! —cejó Lyn, llevándose la mano a la cabeza para que Ronna no le arrancara otra horquilla.

—Entonces qué sugieres —espetó Dirk—, porque no me gusta la idea de Ronna de luchar hasta la muerte.

Lyn miró primero a la neblina, después a la reja de acero. Finalmente observó su lanza y, como si ésta le dijera un secreto, sonrió. La hoja de su arma comenzó a brillar, dejando manar de su interior una llama cerúlea, como había hecho antes. Lyn apuntó a la cerradura y clavó su arma con fuerza en el metal. Saltaron miles de chispas, como si soldara la reja. Lyn imprimió más fuerza a la llama y logró atravesar el cerrojo entre volutas de ascuas candentes. Abrió la reja de una patada y echó a correr, seguida de un sorprendido Dirk y de una belicosa Ronna.

Las Nigromantes, desde la neblina, los miraron escapar hacia las oscuras calles.

## Capítulo XV

### La daga del unicornio

—¡Esperen tantito! —exclamó Ronna, jadeando.

Lyn y Dirk se detuvieron de golpe, bufando como caballos desbocados. Se encontraban en una calle oscura que terminaba en la avenida principal. Allí, al fondo, se podían ver las luces, los adornos y las personas enfrascadas en la celebración.

—¿Qué, qué pasa?! —preguntó Lyn, aferrando la lanza con fuerza y apuntando hacia la oscuridad del otro lado de la calle.

—Nada, es que ya me cansé... —soltó Ronna, dejando caer la punta de la espada al suelo—. Esta cosa pesa toneladas.

—Y según tú eras la fuerte —espetó Dirk con sorna.

—Ya quiero ver que tú la cargues —repuso Ronna indignada.

—Tú la apartaste, ¿no?

—Y gracias a mí pudimos salir del cementerio, ¿no?

—Gracias a mí logramos entrar a la casa del señor Harlow...

—¡Ya! Párenle los dos —interfirió Lyn—. Tenemos trabajo que hacer. ¿Cuál es el siguiente lugar al que tenemos que ir?

—Al Museo de Wolgarn —respondió Dirk, sin dejar de lanzarle a Ronna una mirada de reproche.

—Entonces será mejor no perder el tiempo. Las Nigromantes nos pisan los talones.

Lyn utilizó la lanza como un cayado y se adelantó hacia el final de la calle. Ronna levantó los hombros y se colocó la espada al hombro y siguió a su amiga. Dirk miró hacia atrás, hacia la oscuridad que dejaban y, con un escalofrío, echó a correr para alcanzar a las dos chicas.

Se internaron en la avenida principal y atravesaron a la festiva multitud. Las personas bailaban, los borrachos cantaban desde las ventanas de los *pubs*, y las chicas, enfundadas en sus vestidos azules, continuaban regalando banderillas coloridas. Los niños corrían por todas partes

disfrazados como caballeros o como Nigromantes, y los extranjeros, ya provistos de gran cantidad de recuerdos, miraban con ojos maravillados el espectacular festejo que era la Noche de las Almas en Wolgarn.

Algunos niños, al ver la espada de Ronna, enorme y poderosa, se juntaron a su alrededor para alabarla. Ronna se detuvo, colocó la punta de arma hacia abajo y se apoyó en ella, sonriente, para que todos la admiraran. Fue Lyn la que tuvo que regresar por ella y rescatarla de la muchedumbre que elogiaba el arma. Ninguno pareció darse cuenta de que aquella era la vieja espada del señor Harlow.

Finalmente llegaron al museo. Subieron las escaleras del porche y encontraron que las altas puertas de madera estaban cerradas. Por sus ventanales podía verse el interior, oscuro y pacífico, que contrastaba con la algazara y la barahúnda que las personas organizaban a sus alrededores.

—Me imagino que no conoces alguna forma de entrar al museo, ¿verdad? —dijo Lyn, mirando a Ronna.

—Pues es que no es como que algún día haya querido entrar voluntariamente —respondió Ronna levantando los hombros.

Dirk miró las altas paredes de la fachada y estudió con cuidado el techo sostenido por falsas columnas dóricas. Caminó a lo largo de la pared, descendió de las escaleras del porche y se perdió tras la esquina.

—Tal vez, si rompemos una de las ventanas... —dijo Ronna, mirando los altos ventanales que flanqueaban la entrada.

—Atraeríamos la atención de todos —reprochó Lyn, negando con la cabeza.

—Entonces haz tu truco con la lanza para quemar la puerta.

—También atraeríamos la atención de todos; no es precisamente lo más discreto en mi repertorio. Tenemos que ser sutiles.

—Pues estaría bien, que se enteren todos que hay unas brujas allí afuera dispuestas a beberles la sangre.

—Sí, claro, y tú les vas a decir, ¿no? —exclamó Lyn con una sonrisa, y sarcástica agregó—: Señores, ¿adivinen qué? Las Nigromantes son reales y andan por ahí buscando sus cuerpos. Nosotros queremos entrar al museo porque allí adentro hay una cuchilla que puede ayudar detenerlas. ¿Quién te va a creer, tonta?

—Los que no sean unos idiotas.

—Tu misma no me creías hace poco.

—Pero es que las cosas eran diferentes en ese momento, Lyn —respondió Ronna con aire de suficiencia y una sonrisa.

—¡Hey! —exclamó Dirk desde la esquina del museo.

Las dos chicas miraron a su amigo. Éste les hacía señas para que lo siguieran. Lyn y Ronna fueron tras él.

Dirk las llevó hasta la parte trasera del museo. Allí había una escalera de servicio que trepaba por la lateral del edificio y se perdía en su techo.

—Bien hecho, Dirk —exclamó Lyn.

—No eres tan inútil como parece —dijo Ronna. Dirk le dedicó una mirada de disgusto.

Treparon por las escaleras y subieron hasta el techo. Desde allí pudieron ver la calle principal a sus pies y el jolgorio que se suscitaba debajo. Las calles brillaban como si fueran ríos de fuego y la música y las risas se elevaban presurosas a los cielos.

En el tejado encontraron una especie de trampilla, cerrada con un grueso candado. Lyn levantó la lanza y estampó su punta en la cerradura. Las chispas volaron y en cuestión de instantes el cerrojo yacía fundido en el suelo. Abrieron la trampilla y descendieron por las escaleras al interior del museo.

Las escaleras los depositaron en un largo pasillo. Todo era oscuridad. Ni una sola luz ingresaba por las ventanas, que estaban cubiertas por pesadas cortinas de terciopelo. Lyn levantó la punta de su lanza y ésta brilló suavemente con una llama azulada, ofreciéndoles una burbuja de tenue luz.

El museo estaba dividido en varias salas conectadas todas a un corredor. Las paredes eran de madera y sobre cada una de las entradas se podía ver una placa dorada que daba el nombre a la sala. Estaba la Sala Prehistórica, la Sala Clásica, la Sala de la Edad Oscura, la Sala Medieval, entre otras. Ingresaron a esta última y recorrieron los angostos pasillos que formaban las vitrinas y los escaparates que contenían piezas de ropa, pedazos de pergamino, libros y herramientas de la época; había armaduras, guardarropas, trajes de seda y encajes y mapas muy antiguos. En las paredes había tapices hermosamente trabajados y pendones y banderas con símbolos heráldicos.

Al fondo se encontraba un aparador bastante grande, flanqueado por dos pesadas y robustas

armaduras de caballeros sosteniendo picas y escudos. En el interior del aparador se encontraban exhibidas varias armas medievales. Había espadas, mazas, escudos, yelmos, dagas y lanzas.

—Allí... —susurró Lyn.

Se acercaron al enorme aparador y observaron las dagas y las cuchillas. Ninguna era igual a la que habían visto en las visiones de Blaer.

—Blaer dijo que estaría aquí, que la reconoceríamos fácilmente —dijo Lyn, estudiando con cuidado las armas.

—A lo mejor se equivocó —dijo Ronna, observando bajo la tenue luz de la lanza de Blaer los yelmos de las armaduras que flanqueaban la vitrina.

—Si no está aquí..., entonces ¿en dónde? —preguntó Dirk.

—¿En otra sala, tal vez? —exclamó Ronna.

Lyn se volvió y miró a su amiga. Entonces quedó ofuscada, con un miedo terrible reptando por su espalda. A la suave luz de la lanza, podía verse una voluta de vapor que emergía de los labios de la chica.

—¿Qué..., qué pasa? —preguntó Ronna, extrañada, soltando otra espiral de vaho.

—Tu aliento... —dijo Lyn, a la par que también emergía de su interior una densa nube de vapor.

—Está haciendo mucho frío —terció Dirk, abrazando sus brazos.

Los tres volvieron los rostros hacia la entrada de la sala. Y allí estaban las tres Nigromantes, observando con las huecas cuencas de sus ojos las vitrinas en donde estaban conservadas las herramientas de su antiguo estilo de vida. Parecían añorantes, casi melancólicas. Habían visto al mundo crecer y transformarse con el tiempo, sin que ellas pudieran hacer nada al respecto. Wolgarn misma debía parecerles sumamente extraña y distante.

En cuanto Lyn las miró, Niara clavó las aterradoras y espeluznantes oquedades de sus ojos en ella.

—Lyn..., esto no tiene por qué ser así —dijo Niara con su calmada voz—. El Lobo Rojo te premiará, como nos ha premiado a nosotras, si te nos unes y nos ayudas a encontrar nuestros cuerpos, si nos ayudas a retornar a la vida.

—Si les haces caso, Lyn —dijo Ronna, alistando la espada para atacar—, si vuelves

siquiera a dudar, te voy a tumbar todos los dientes de una buena cachetada.

—Sólo quieren engañarte, Lyn... —dijo Niara, con tono dulce, dando un paso hacia adelante por el estrecho pasillo. Seanna y Dell comenzaron a trepar por las paredes como espantosas arañas; sus mantos colgaban lánguidos, como alas nocturnas y voraces—. Blaer quiere enmarañar ese hermoso cerebro tuyo... Sólo entrégamelos, entrégame a tus compañeros, y yo te otorgaré todo lo que quieras.

—No —cejó Lyn—. Dirk y Ronna son mis amigos, y ya estoy harta de ti y de tus hermanas...

—Bien, entonces —dijo Niara con voz seseante e irascible, casi con un gruñido—, está decidido...

Niara pegó un salto sobre una de las vitrinas. Seanna y Dell, alargando sus mantos como alas gigantescas, se arrojaron en contra de Lyn, Ronna y Dirk.

Lyn se tiró al suelo, esquivando la embestida de Niara, quien se estampó contra una vitrina con atuendos medievales de fiesta. Ronna se enfrentó contra Seanna, pero el reducido espacio le impidió blandir con libertad el espadón y terminó destrozando los cristales de un par de aparadores y esparciendo por el suelo su contenido. Seanna esquivó la hoja con un quiebre antinatural en el aire y cayó detrás de Ronna, a la que agarró por los cabellos y estrelló contra un armario antiguo. La espada del dragón salió volando por los aires y se perdió bajo una mesa que mostraba monedas antiguas.

Dell se abalanzó contra Dirk. El muchacho apenas pudo colocar los brazos frente a la cara para evitar que el pico de búho le arrancara los ojos. Los dos, Dirk y Dell, se estamparon contra una de las armaduras que flanqueaban el aparador de armas. Con metálico estrépito, las piezas de la armadura llovieron sobre sus cabezas.

Lyn levantó la lanza y apuntó a Niara, pero la Nigromante era sumamente rápida y brincaba de un estante a otro, con los negros mantos de su vestimenta ondeando espantosamente en el aire. Lyn le arrojó un golpe con la punta de la lanza, pero erró y dio de lleno en el cristal de una vitrina, que reventó como si en su interior hubiera contenido pólvora. Niara se abalanzó con las afiladas garras. Lyn intentó dar un golpe con la contera de la lanza, pero el espacio era muy pequeño y sus esfuerzos la llevaron a chocar contra los aparadores. Niara, soltando un chillido aterrador, cayó sobre ella con todas sus fuerzas.

Ronna intentó tirarle un puñetazo a Seanna. Pero ésta, utilizando su antinatural fuerza, la tomó por el cuello de la chamarra y por el pecho del overol, y la levantó en vilo sobre su cabeza.

A Roma ni siquiera le dio tiempo de gritar, cuando ya era arrojada por los aires y caía dolorosamente sobre la pared, en donde reposaba una bandera que mostraba la insignia de lord Crowford. La chica y la bandera se precipitaron al suelo con un golpe seco.

Dirk forcejeaba con Dell en medio de los pedazos de la armadura. El búho intentaba arrancarle los ojos a picotazos y arañaba sus mejillas con sus garras de hueso, mientras que el muchacho gritaba y trataba de arrastrarse fuera del alcance de su enemigo. Dell le aferró la cabeza con fuerza y se la estampó en el suelo. Dirk vio estrellas y sintió una ola de dolor que lo dejó completamente ofuscado.

—¡Tus ojos! ¡Dame tus ojos! —bramó Dell como una demente, mientras su pico intentaba con desesperación llegar a las cuencas de Dirk.

Dirk, completamente aterrado y fuera de sí, estiró la mano y encontró la empuñadura de una daga en el suelo. El arma estaba enfundada en una vaina que había colgado de la armadura derribada. Durante unos instantes observó el pomo de la cuchilla. Allí se encontraba un sello que mostraba la efigie de un unicornio rampante. Estiró las manos y tomó la daga, la desenfundó y se volvió hacia Dell, y sin detenerse a pensar, clavó la hoja, en sus manos una pequeña espada, directo en la cuenca de la Nigromante. Una terrible llamarada brotó del interior del cráneo de Dell. Ésta soltó unos terribles aullidos que casi hicieron que las ventanas y los cristales del museo se rompieran. Dirk desclavó la cuchilla y empujó a Dell de una patada. Se levantó y, con el sabor metálico de la sangre en la lengua, se abalanzó sobre la espalda de Niara, y le clavó la daga hasta la empuñadura. Llamas cerúleas brotaron del manto. Niara, bramando desgarradoramente, se desplomó sobre Lyn. Ésta se apartó y dejó que el cuerpo de la Nigromante impactara contra el suelo.

Sin detenerse a pensar, Lyn alistó la lanza y se arrojó con todas sus fuerzas sobre Seanna, que ya tenía a Roma dominada en el suelo. La punta se clavó en el pecho del monstruo y la ensartó en un escarparate de madera, que se hizo añicos al recibir a la horrenda criatura. Seanna chilló e intentó desclavarse, pero cada vez que sus manos tocaban el asta de la lanza, lenguas de fuego la envolvían y la quemaban violentamente.

Lyn ayudó a Roma a ponerse de pie y enseguida desclavó a la debilitada Seanna, que cayó estrepitosamente al suelo. Roma, tambaleante, comenzó a buscar la espada, pero las sombras y la ofuscación de las que era presa en ese momento le impedían organizar sus pensamientos con claridad. Dirk encontró la espada bajo la mesa y la levantó trabajosamente. Fue entonces que Niara se abalanzó sobre él y lo tendió al suelo, haciendo que la espada se deslizara. Roma reaccionó al momento y arremetió corriendo, tomó la espada del suelo y la levantó sobre su



cabeza, y, con un movimiento fluido, le asestó un golpe terrible a Niara en el hombro. Una explosión de chispas manó por todas partes, iluminando la habitación durante unos instantes. Ronna tomó a Dirk por el cuello y casi lo levantó por sí sola. El muchacho, en cuanto sintió que estaba en vertical de nuevo, echó a correr hacia la salida, seguido por Lyn y Ronna, mientras Dell y Seanna ya se arrojaban tras ellos, soltando espantosos gruñidos, como de gatos embravecidos.

Dirk derrapó en el suelo del pasillo principal. Y durante unos instantes se quedó petrificado, sin saber qué dirección tomar. Ambos extremos del pasillo estaban sumidos en sombras.

—¡Por aquí! —gritó Lyn, a la par que se dirigía hacia el oscurecido fondo del pasillo.

Ronna ni siquiera vaciló y siguió a Lyn. Dirk reaccionó a tiempo y comenzó a correr, justo en el instante en el que Seanna y Dell emergían de la Sala Medieval, aleteando con sus mantos como aves infernales. Las dos Nigromantes treparon por las paredes y se desplazaron como horripilantes arañas, a una velocidad impresionante, rasgando la madera con sus descarnadas extremidades y soltando agudos alaridos que petrificaban el alma.

Lyn apretaba los dientes y aferraba con fuerza la lanza mientras corría. Detrás de ella podía escuchar los arañazos y los terribles gritos de Seanna y de Dell, acercándose cada vez más. Se sentía de pronto como si estuviera en un sueño, en uno de esos sueños en el que se corre pero jamás se llega al final de la carrera. Se movían a través del pasillo, pero no veía el momento en el que llegara hasta las escaleras. Y fue entonces, cuando se percató de que era el final del corredor, que comprendió que había tomado la dirección errónea. No se había dirigido hacia donde quedaban las escaleras por las que ingresaron, sino a las puertas principales del museo. Y allí se encontraron, en la antesala, con las puertas bien cerradas delante y las dos Nigromantes detrás.

Lyn y Ronna se detuvieron de golpe, se volvieron y se prepararon para luchar.

—¡Fuera de mi camino! ¡Fuera de mi camino! —gritó Dirk como enloquecido, sin siquiera dudar un instante, y continuó corriendo. Pasó como un suspiro entre Lyn y Ronna y se arrojó sobre las puertas, completamente desesperado, con la cuchilla en lo alto. Y clavó el arma directamente en la madera. Las puertas reventaron con una explosión de ascuas azules que se esparcieron por todas partes, como si miles de fuegos artificiales fueran vomitados desde el interior del museo.

Lyn tomó a Ronna por la mano y la llevó hacia la salida. Afuera se encontraba Dirk tirado, con la cuchilla del unicornio firmemente aferrada en la mano. Las miradas de todos los viandantes se clavaron con asombro en ellos, tras haber presenciado la impresionante detonación de chispas.

Lyn, Ronna y Dirk se quedaron unos instantes de pie, sin saber cómo reaccionar.

—¿Esto te parece suficientemente sutil...? —susurró Ronna a Lyn.

Y descendieron de los escalones y se perdieron entre la multitud. Del interior del museo emergieron las Nigromantes, las tres. Lucían espeluznantes y sumamente enfurecidas. Todas las personas se les quedaron viendo. Niara se adelantó, levantó los brazos a los cielos y del interior de su asqueroso pico de ave dejó salir un rugido agudo, penetrante y aterrador. Seanna y Dell la secundaron. La multitud se quedó atenta; nadie se atrevía a moverse.

Las tres Nigromantes se transformaron ante la vista de todos, en medio de volutas de oscura neblina, en tres aves gigantescas, y salieron aleteando hasta perderse de vista en la negra noche.

Todos se miraron sorprendidos unos a otros... Y después estallaron en alaridos de emoción, a la par que una andanada de aplausos se esparcía por toda la avenida. ¡La gente jamás había visto algo así!

—¡Qué espectáculo, lord Crowford! —le dijo la señora Gardener a lord Crowford, quien había mudado su armadura por un traje convencional y mucho más cómodo—. Como parte de la Comisión no sabía nada de esto, pero es sin duda una grata sorpresa, milord. ¡Qué ingenio y qué creatividad!

—Así es, mi señora, ya sabe, siempre tratando de mejorar la Noche de las Almas —dijo lord Crowford con una convincente sonrisa, mientras miraba de reojo la dirección en la que habían partido las tres aves. Después observó a la señora Gardener y a su marido, el señor Gardener, y, con cándida actitud, a agregó—: Pero les aseguro que ya no habrá más sorpresas como esta... Sí, se los aseguro.

Sin embargo, lord Crowford no dejó de mirar nerviosamente, y con cierto disgusto, hacia los cielos de la gélida noche.

## Capítulo XVI

### La guarida del halcón

Lyn sintió una gota deslizándose por su frente. Se la limpió con el dorso de la mano y vio que era sangre. Miró a Ronna y a Dirk. Sus amigos también mostraban las heridas del reciente combate con las Nigromantes y de la lucha con los cadáveres en el Nuevo Cementerio. Ronna tenía un enorme moretón en el cuello y Dirk, al que habían tratado más rudamente, tenía las manos llenas de sangre y heridas en las mejillas.

—¿En dónde está Blaer? —preguntó Ronna, mientras descansaban a los pies de un roble que era el centro del parque en el que habían acordado de verse. Allá, del otro lado, más allá de la calle, se encontraba la fachada de la Taberna de los Dunbar; en su interior aún se mantenía fresco el espíritu de la Noche de las Almas. Sin embargo en las calles la alegría y el bullicio comenzaban lentamente a decaer.

Dirk lucía ofuscado, como si todavía no creyera en los eventos que acababan de vivir; miraba la daga del unicornio con ojos perdidos y vidriosos. Ronna, por otra parte, lucía cansada, pero todavía con el espíritu guerrero que la caracterizaba; no dejaba de contemplar la espada del dragón y sonreír de manera casi imperceptible, como si el arma y ella estuvieran destinadas a estar juntas.

—Voy a la Taberna de los Dunbar —dijo Ronna, poniéndose de pie—. Traeré algo para refrescarnos el gañote... —Dio un par de pasos y se detuvo de pronto. Se dio la media vuelta y miró a Lyn—: ¿Tienes dinero? Porque yo no traigo nada.

Lyn rebuscó en los bolsillos interiores de su abrigo marrón y extrajo un saquito con varias monedas. Se lo entregó a Ronna.

—Es todo lo que tengo...

—Con eso bastará —dijo Ronna, sopesando el contenido, y se alejó, con la espada al hombro, hacia el otro extremo del parque.

Lyn respiró hondamente, se recargó en el tronco del roble, se arrebujó en su abrigo y cerró los ojos.

—¿Crees que le guste? —preguntó Dirk de pronto, después de unos instantes.

Lyn abrió los ojos.

—A Ronna, ¿crees que le guste? —volvió a preguntar Dirk.

—Bueno... —balbuceó Lyn.

—Dime la verdad.

Lyn miró a su amigo. A lenguas se notaba que a Ronna no le gustaba Dirk, no al menos del modo en el que el muchacho quería.

—Pues..., es que pueden ser buenos amigos... —dijo Lyn, un poco incómoda—. Para que arruinar una bonita amistad.

—Tú dijiste que me ibas a ayudar —reprochó Dirk malhumorado—. ¿Ya hablaste con ella?

—No, pero es que...

—Me dijiste que me ibas a ayudar.

—Pero Dirk, es que no es magia. Tienes que hacer algo para ganarte su cariño.

—¿Como qué? —exclamó Dirk desesperado.

—No lo sé; haz algo que le guste a ella. Mmmm... ¿Sabes usar una motocicleta?

—No.

—¿Sabes luchar?

—No.

—Mmmm...

—Estoy perdido, ¿verdad?

—¿Pero es que no sé por qué quieres estar con ella? No entiendo, en verdad. Te trata mal y te insulta, y se están peleando todo el tiempo.

—Pero es que es un mujerón.

—¿Un mujerón? —exclamó Lyn, enarcando la cejas y tratando de contener la risa.

—Es decidida y valiente, y es hermosa como las mañanas del verano... Sus ojos me recuerdan a las esmeraldas y sus cabellos al reluciente oro. Cada vez que la veo, mi corazón refulge con fuego inextinguible, como mil volcanes desencadenados, como el relámpago descendiendo desde los inconmensurables cielos de la tormenta.

—Ok... —respondió Lyn, mirando a Dirk con extrañeza.

—Es que no sé qué hacer para que se fije en mí.

—Mira, te voy a ayudar, ¿de acuerdo? Pero tú vas a tener que hacer algo para que ella te vea como algo más que como un niño de mami, ¿sí? No puedo hacer milagros.

—No soy un niño de mami —espetó Dirk indignado.

—Pues tus gritos como un demente y tus carreras ante las Nigromantes no ayudaron mucho.

—Ustedes también estaban corriendo —repuso Dirk, indignado.

Lyn le dedicó una mirada acusatoria y exclamó:

—“¿Fuera de mi camino, fuera de mi camino?”

Dirk bajó la vista, avergonzado.

Poco después regresó Ronna con tres botellas de cerveza de jengibre.

Blaer descendió volando desde los cielos en forma de cuervo. Se plantó en las rodillas de Lyn y la miró dormir durante unos instantes. Después soltó un sonoro graznido que despertó a los tres.

—¿Qué..., qué pasa?! —exclamó Ronna, aferrando la empuñadura de su espada. Dirk soltó un grito chillón, que después trató de convertir, infructuosamente, en un gruñido varonil.

—¿Blaer? —preguntó Lyn, tallándose los ojos, al ver al cuervo en sus rodillas—. ¿Cuánto..., cuánto tiempo dormimos? —Miró alrededor. Las calles ya se estaban vaciando de gente. Algunos se retiraban a sus casas a dormir, mientras que otros comenzaban a prepararse para la culminación de la Noche de las Almas: las hogueras.

Blaer graznó de nuevo, agitó sus alas y salió volando hacia el norte, atravesando el parque.

Lyn se levantó, tomó su lanza y corrió tras Blaer. Ronna y Dirk no tardaron en unírsele.

Blaer voló hasta perderse en una calle que miraba hacia el norte. Su forma de cuervo se metió en los arbustos de un jardín cercano. Lyn llegó justo a tiempo para verla, como humana, emergiendo de entre las ramas, con el cabello lleno de hojas y musgo. Parecía cansada, con ojeras bajo los ojos y la piel sumamente pálida, como si de pronto fuera a desaparecer.

—¿Blaer, qué te pasó?

—Terminé de colocar el círculo de hechizos... Mis hermanas no podrán salir. Pero me costó

mucho..., demasiado —Se inclinó, como si estuviera a punto de vomitar. De su boca no manaron nada más que espesas gotas de saliva. Toda la estampa altiva que era común en Blaer estaba desapareciendo a pasos agigantados.

—Conseguimos las armas —dijo Lyn, señalando la espada de Ronna y la cuchilla de Dirk—. Hieren a las Nigromantes, pero no las matan...

—¿Lucharon contra las Nigromantes? —exclamó Blaer, incrédula y furiosa—. Lynveil, te dije expresamente que no lucharan contra las Nigromantes; es peligroso.

—Pues es que no tuvimos muchas opciones —espetó Lyn, irritada.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Blaer en tono cansino con un gesto de la mano—. Ahora tenemos que terminar con ellas...

—¿En verdad! Blaer, ellas se aparecieron y...

—Suficiente, Lyn —bramó Blaer, dedicándole una mirada amenazadora.

Lyn frunció el rostro y desvió los ojos.

—¿Pero cómo, señora Blaer? —preguntó Ronna, interviniendo en el incómodo momento—. Es verdad lo que Lyn dice, no parece que las armas puedan eliminarlas, si acaso herirlas.

—No, desde luego que no pueden eliminarlas, porque están atacando a sus espíritus —dijo Blaer, mirando de soslayo a Lyn—. Jamás podrán terminar con ellas mientras ataquen a sus espíritus; no con armas físicas. Para asesinarlas es necesario terminar con los vínculos que las unen a este plano. Es necesario terminar...

—Con sus cuerpos. —completó Lyn, malhumorada. Blaer asintió.

—¿Y en dónde están sus cuerpos? —preguntó Dirk.

—Escondidos en la villa —dijo Blaer—. Tenemos que apresurarnos, antes de que llegue el amanecer.

—¿Por qué? ¿Pierden sus poderes cuando las toca el sol? —preguntó Ronna con una sonrisa.

—No; el círculo de hechizos que coloqué nos sellará por siempre. Si para el amanecer las Nigromantes no han sido derrotadas, entonces nadie podrá ingresar a Wolgarn nunca más... ni salir.

—¿Qué?! ¿Por qué hiciste algo así?! —exclamó Lyn, alterada.

—Es la única forma de prevenir que el mal escape... Si morimos, entonces ¿quién quedará para detenerlas? Si logran encontrar sus cuerpos, ¿cómo las detendremos? Lo mejor es sacrificar a toda la villa, es lo indicado. Wolgarn se perderá para siempre en la memoria y en la historia, y nadie podrá encontrarnos de nuevo.

Lyn miró a sus amigos. Tanto Dirk como Ronna se encontraban desconcertados y asustados. Lyn comprendió en ese instante por qué el aspecto de Blaer era tan pésimo. Había utilizado toda su magia para crear el poderoso círculo de hechizos que pronto los mandaría al olvido para siempre.

—Tenemos que apresurarnos —dijo Blaer, marchando por la calle que llevaba hasta la salida del norte.

Tomaron el camino que los llevaba hacia la casa de Blaer, pero torcieron por un sendero que se internaba en el bosque y que poco después enfiló hacia nornordeste, hacia la montaña sobre la que se encontraba el Castillo Wolgarn.

Ascendieron lentamente por la senda que trepaba por la cara de la montaña, flanqueado por la densa floresta. Al llegar a cierta altura, los árboles comenzaron a menguar y el camino empezó a dar cerradas vueltas y casi encaramarse sobre sí mismo. Desde aquella altura, pudieron ver la villa de Wolgarn, rodeada por las tinieblas, la casa de Blaer en el suroeste sumida en el negro bosque, las islas de pradera en la espesura y el camino que se internaba en las montañas en el sur.

Finalmente, tras torcer la última vuelta del camino, llegaron al rastrillo que era la entrada del castillo. No había forma de ingresar. Las altas paredes de la fortaleza eran imposibles de escalar y el rastrillo cerraba la entrada firmemente sujeto al suelo.

Blaer se adelantó y levantó su mano. La colocó en la madera del rastrillo y, después de cerrar los ojos y decir unas palabras en murmullos, un fuego azul y brillante se esparció desde la palma de su mano, propagándose entre volutas incandescentes por toda la madera. Pronto el rastrillo entero estaba en llamas, disolviéndose en ascuas que danzaban hacia la noche.

—Pues eso tampoco es muy sutil... —musitó Ronna hacia Lyn.

—Si no destruimos a las Nigromantes antes del amanecer —respondió Lyn, sintiéndose culpable por ser ella la responsable de la llegada de las Nigromantes—, entonces nada de esto importará.

Dirk pasó un trago de espesa saliva y dijo:

—En mi familia hay un dicho que dice: “No hay mal que por bien no venga”.

Lyn y Ronna miraron con preocupación a Dirk. El muchacho no pudo hacer otra cosa que levantar los hombros, acongojado.

Parte del rastrillo cayó al suelo y Blaer, sin temor a quemarse y mucho más pálida que antes, accedió al interior del castillo. Lyn, Ronna, y Dirk fueron tras ella.

—Escondí aquí, a Seanna... —dijo Blaer, exhausta y ojerosa, de pie en el patio del castillo, mirando las altas paredes, las edificaciones interiores y las altas y robustas murallas—. Era el lugar más obvio, pero también el último en el que buscarían. Está en la Torre de Septentrión, la más alejada del castillo, hacia el norte; es la torre escondida, en donde la señora del castillo se ocultaría con las mujeres y los niños si la aldea cayera en manos enemigas.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo Lyn. Blaer la miró de reojo y asintió, con gravedad.

Dejaron el patio y comenzaron a recorrer los pasadizos y las galerías del castillo. Finalmente llegaron a un gran salón. Allí el suelo era de madera y una de las paredes estaba retacada de hermosas pinturas de paisajes, de gallardos soldados, de sabios anacoretas y de muchachitas desnudas columpiándose en las ramas de los árboles y bailando entre los arbustos. La otra pared tenía enormes ventanales por los que entraba la suave luz de la luna.

Blaer les dedicó una mirada cansada a las pinturas y después fue al fondo del salón, en donde se encontraba un enorme cuadro, enmarcado en oro, que mostraba al antiguo señor del Castillo Wolgarn y a su bien amada esposa. Entre los dos sostenían a un bebé de rollizas mejillas y sedosos cabellos rubios.

—Es Seanna... —musitó Blaer entristecida—. Lo mandé a pintar mucho después, para no olvidarla... Para no olvidar como era.

La mujer del cuadro estaba ataviada con un precioso vestido renacentista. Su rostro era hermoso, con una nariz recta y frágil, una cabellera rubia que caía en cascadas de oro líquido y un par de ojos azules, tan cristalinos que parecían tener vida propia en la pintura. Su gesto era alegre y tierno, de algún modo armónico, como el de quien ha encontrado la felicidad añorada. La mujer en el retrato lucía encantadora y complacida. Feliz. Nada parecido a la criatura monstruosa que había emergido del Arco de Colina Negra.

Blaer levantó su delgado dedo y lo colocó en la pintura. De su punta manó una chispa radiante. El lienzo comenzó a deformarse en donde Blaer lo había tocado, y en un instante comenzó a arder. Las llamas se extendieron con una rapidez extraordinaria. Los rostros del señor del castillo, del niño regordete y de Seanna fueron desfigurados por las llamas azules y después



reducidos a una negrura irreconocible. Detrás del lienzo quemado apareció una abertura rectangular, que daba a un corredor de piedra que se extendía hasta perderse en la oscuridad del fondo.

—Está al final, en la parte más alta de... —comenzó Blaer, pero sus palabras se cortaron y se volvió rápidamente.

Lyn sintió entonces una vibración en su pecho, la misma que había experimentado cuando conociera a las Nigromantes por primera vez. Miró hacia el salón, pero allí no había nadie.

La temperatura descendió abruptamente. Los vidrios de los ventanales reventaron en una tremenda explosión. Durante unos instantes todo el lugar se llenó de polvo de cristal, como miles de diamantes que refugian a la pálida luz de la noche. Lyn, Ronna y Dirk se cubrieron los ojos de la tormenta de fino polvo de vidrio. Cuando los volvieron a abrir, allí se encontraba Seanna, en medio del salón, con su horrenda cabeza de ave emergiendo de la capucha. En los marcos de las ventanas se hallaban posados un enorme y aterrador búho y una descomunal y escalofriante buitre. Sus alas eran largas, y las plumas que las cubrían estaban raídas y ennegrecidas por la sangre.

—¡Rápido, al final del pasillo! —gritó Blaer, dando un paso hacia sus hermanas—. ¡Yo lidiaré con ellas!

—No te dejaremos sola, Blaer —rezongó Lyn, empuñando la lanza.

—¡Lyn, no! —bramó Blaer, volviendo el rostro hacia Lyn, y fue entonces que el buitre y el búho se abalanzaron sobre ella y le clavaron sus afiladas garras en la espalda.

Blaer gruñó llena de furia y se envolvió en un torbellino de llamas de fuego azul, de donde emergió como un enorme cuervo. Aleteó violentamente y atacó a las otras dos aves con su puntiagudo pico y sus punzantes garras. Las tres aves se enzarzaron en combate. Revolotearon en el abovedado techo del salón, soltando plumas y desgarradores alaridos. El cuervo acometió con fuerza al búho, pero el buitre, de gigantescas alas, le asestó un poderoso embate con el pico. Poco después, tras estamparse varias veces en las pinturas y en el techo, las tres aves terminaron por salir por la ventana, para luchar en los fríos vientos de fuera.

—Lyn, vamos —le dijo Dirk a su amiga, ya con un pie en el interior del pasillo.

—¡No podemos dejarla sola! —exclamó Lyn, que echó a correr en dirección de Seanna, que se encontraba mirando las altas paredes con deleite, casi con añoranza.

—¡Lyn! —gritó Ronna.

Seanna miró a Lyn y levantó sus brazos en un acompasado gesto, casi como un paso de

baile. Después comenzó a entonar un suave y armoniosa tonada. La cancioncilla provenía de lo más hondo de su pecho, de la magia podrida y anegada que aguardaba en sus corrompidas entrañas. Las pinturas respondieron a su enigmática cantinela sangrando una especie de negra sustancia que se esparció por la pared y el suelo. Parecía como si todas y cada una de ellas se estuvieran derritiendo. De su interior emergieron las empapadas manos de aterradores fantasmas y de repugnantes espectros, que comenzaron a brotar como larvas vomitadas de la carne putrefacta. Sus horrendos y deformes cuerpos derretidos fueron expulsados del interior de las pinturas y flotaron en el aire como si estuvieran hechos de decadente e incorpóreo éter.

Lyn, al ver a aquellos fantasmas ingrátidos, se quedó pasmada. Uno de aquellos espectros levitó ante sus azorados ojos, revelando su repugnante majestuosidad, y se arrojó sobre ella a una velocidad vertiginosa. La chica intentó interponer la punta de la lanza, pero el cuerpo del fantasma la atravesó, al igual que al asta y que al cuerpo de Lyn.

Lyn sintió un terrible escalofrío cuando el fantasma se internó en su torso y emergió del otro lado, por su espalda, entre espesas espirales de vapor radiante. Lyn dio un par de pasos hacia atrás, tambaleante, esperando a recuperarse del terrible frío que de pronto la había invadido y que se había engarzado en lo más profundo de sus entrañas. Pero el frío no se marchó, así como tampoco la sensación de desesperación que la embargó por completo. De sus labios emergió una gigantesca voluta de vapor. Sus manos temblaron violentamente y toda la piel se le puso de gallina, como si de pronto la hubieran sumergido en un lago congelado a mitad del invierno.

Otro de los fantasmas descendió del aire y se arrojó sobre ella, lanzando un terrible alarido que pareció resonar en todos los rincones del castillo. Lyn lanzó un vacilante tajo transversal con la lanza, esperando alejar a su atacante, pero el resultado fue el mismo. El deforme espectro se metió en su pecho y salió por detrás, llevándose el calor de Lyn entre volutas radiantes. Lyn cayó de rodillas, sintiendo aún más frío que antes y experimentando en su corazón una pesadumbre tan maciza como un sólido bloque de granito.

—¡Lyn! —gritó Ronna, cuando vio a su amiga caer de rodillas. Lyn dejó que la lanza se soltara de sus manos para abrazarse los hombros.

Otro espectro se abalanzó sobre Lyn, y otro y otro más. Todos impactaron con fuerza sobre ella, arrancándole el calor y la esperanza entre espesas nubes brillantes. Lyn temblaba violentamente y espesos lagrimones comenzaron a escurrir de sus ojos.

Uno de aquellos espectros, especialmente grande, se proyectó sobre Lyn para terminar con ella, pero Ronna se arrojó sobre su amiga y la quitó del camino, justo a tiempo para salvarle la vida. El fantasma se apoyó en la pared, quebró su dirección y volvió para acometerlas. Y en esta

ocasión fue Dirk el que saltó, colocándose entre sus amigas y el fantasma. El horrendo espectro no se detuvo. Dirk acometió con su cuchilla, pero el metal no tuvo efecto en la incorpórea constitución de su enemigo, el cual atravesó al muchacho, tumbándolo de espaldas al suelo, mientras soltaba vapores radiantes.

Ronna logró ponerse de pie. Empuñó su espada con las dos manos y lanzó un brioso gruñido de batalla. Los ojos de rubí del pomo del espadón comenzaron a resplandecer con un rojo intenso, y la hoja del arma refulgió con un fuego anaranjado y potente. El espectro se lanzó en su contra, saboreando ya a su presa. Ronna lanzó un poderoso tajó horizontal, a la par que gruñía como un animal salvaje. El fantasma fue cortado por la mitad, y pronto se disolvió en ascuas rojizas y brillantes.

—¡Dirk! ¡Toma a Lyn y llévala al pasillo! —gritó Ronna a Dirk, sin dudar.

—¿Para qué? Todo esto es imposible, ¡inútil! —bramó Dirk desangelado—. ¿Para qué? ¿Para qué? —El espectro le había arrancado el último pedazo de valor que Dirk poseía.

—¡Ahora, maldita sea! —vociferó Ronna como una orden, mientras lanzaba un mandoble a otro de los fantasmas que ya se arrojaban sobre ellos—. ¡Demuestra que eres un hombre, con un demonio!

Dirk, soltó un gruñido desesperado, se puso de pie y se guardó la cuchilla en el cinturón. Tomó la Lanza del Cuervo del suelo y ayudó a Lyn levantarse y caminar. Y ambos se dirigieron hacia el pasillo detrás del cuadro quemado.

Los espectros que convocaba Seanna continuaban manando de las pinturas, todos ellos entes incorpóreos enfangados en la maldad y el miedo. Ronna partió a uno y a otro y a otro más, soltando chispas rojas y ardientes por todas partes, lanzando resplandores que estallaban como fuegos de artificio. Soltaba gritos de bárbaro y golpes con la espada a diestra y siniestra, erradicando a las terribles apariciones que trataban de arrancarle su fuego interno. Pero Ronna continuaba luchando, sin importar cuántos espectros se arrojaran sobre ella.

—¡Ronna, vámonos! —gritó Dirk en el pasillo—. ¡Apresúrate!

Los fantasmas eran tantos, que comenzaban a ser inmanejables. A Ronna no le quedó otra opción que retirarse y salir huyendo. Así que soltó un último espadazo que alcanzó a tantos enemigos como pudo y después echó a correr en dirección del cuadro quemado.

Dirk, ayudando a la desmejorada Lyn, comenzó a andar hacia el fondo del oscuro pasillo. Ronna pegó un salto al interior del cuadro y continuó corriendo, con la pesada espada al hombro y los miles de espectros chillantes detrás de ella.

El pasillo de piedra no parecía tener final. La única luz que tenían era la de la espada de Ronna. Más allá, detrás de ellos, los espectros continuaban avanzando como una sola y voluminosa bestia hecha de sangre y fango, buscando el calor de los cuerpos de sus presas para alimentarse. De vez en cuando, al aproximarse demasiado, Ronna se volvía y asustaba al mazacote de fantasmas que los acosaba dando un par de mandobles hacia la oscuridad. Los espectros, iluminados momentáneamente por el brillo de la espada flamígera, retrocedían aterrados, pegándose a las paredes y al suelo. Pero en cuanto la chica se volvía para continuar la marcha, los fantasmas se arrojaban como un solo ser, taponando la salida y avanzando con manos ávidas y bocas hambrientas.

—¿Y si no hay una salida? —exclamó Dirk, nervioso, mirando a la oscuridad delante.

—Tiene que haber una —bramó Ronna, ayudando a Lyn a caminar.

Lyn ya había entrado en calor, pero seguía sintiéndose débil. Sus pies eran como masas de cemento y su cuerpo le pesaba una tonelada. No sabía cuántos pasos podría dar sin antes precipitarse al suelo y ser pasto de los espectros que prácticamente les respiraban en la espalda.

—¡Allí está! —gritó Ronna.

Lyn sintió que su amiga se adelantaba con la espada flamígera en las manos. Durante un tiempo todo fue un confuso juego de sombras y luces. Escuchó el sonido de una puerta al romperse y después sintió cómo Dirk la arrojó hacia al interior de una habitación.

Lyn, confundida, se puso de pie, tambaleante. Se encontraban en una especie de mazmorra en la que sólo había unas estrechas escaleras de caracol que ascendían. Ronna y Dirk trataron de cerrar la puerta rota con un par de vigas viejas, pero lo abandonaron en cuanto los espectros comenzaron a rezumar a través de las rajaduras de la madera.

—Vamos, Lyn, tenemos que seguir —dijo Ronna, tomando a Lyn por el sobaco y ayudándola a trepar por la escaleras de piedra.

Los escalones los llevaron por tres niveles repletos de oscuridad y viejos trastos olvidados. Finalmente, tras un complicado y cansando ascenso, llegaron a la última habitación. Era redonda y simple. Con cuatro aspilleras por donde entraba el helado frío de la noche. En su centro se encontraba un amplio altar de piedra, en donde descansaba el cuerpo de una hermosa mujer de cabellos rubios y piel blanca. Era Seanna. El cadáver de Seanna. Y no era un monstruo horrendo, ni estaba consumida por el tiempo y la podredumbre. Era bellísima. Sus labios eran rojos como las cerezas, sus mejillas rosadas y llenas de vida, y parecía que sus ojos se abrirían en cualquier instante para dar la bienvenida a sus inesperados invitados.

Lyn, Ronna y Dirk se quedaron maravillados ante la presencia del cuerpo de Seanna.

Fue entonces, con un alarido aterrador, que los fantasmas emergieron de la escalera y se desparramaron por el suelo, vueltos una masa de tinturas y desperdicios. De entre ellos emergió Seanna, la Nigromante. Las cuencas vacías del cráneo de halcón se clavaron en su cuerpo, hermoso y delicado, descansando plácida y encantadoramente en el altar de piedra. Después miró a los tres jóvenes, aterrada. Y se abalanzó sobre ellos, seguida de sus sirvientes espectrales, en una ola imparable de miedo y desconcierto.

Lyn reaccionó a tiempo, se volvió hacia Ronna y la empujó con todas sus fuerza para salvarla. Ronna trastabilló y cayó de espaldas. La Nigromante y sus espectros se desplomaron sobre Lyn y sobre Dirk, ahogándolos bajo su decadente y marchito peso. Una cortina de vapores radiantes se elevó de la masa de espectros, mientras les era arrancado el calor y la esperanza a los dos jóvenes que habían quedado atrapados bajo el fantasmal y helado mazacote.

Ronna no perdió tiempo y se puso de pie. Tomó su arma del suelo y se volvió hacia el altar. Levantó la espada por encima de su cabeza y justo cuando estaba por asestar el golpe, sintió una fría y huesuda garra aferrando su tobillo. Allí estaba, Seanna, la Nigromante, en el suelo, tomando con fuerza a Ronna e implorándole lastimeramente con la otra garra.

—¡No, por favor..., no así! ¡No quiero ir al lado oscuro de la tierra! ¡No con él, por favor!  
—chillaba Seanna desgarradoramente.

Ronna aferró con fuerza y decisión la empuñadura y la dejó caer con gran ímpetu directo al cuello de la angelical mujer que descansaba en el altar. Al sentir la hoja en su carne, la cabeza abrió los ojos y la boca de forma desmesurada, como si la hubiera sorprendido la ofuscación. El arma separó la testa del cuerpo con un sonido húmedo, haciéndola saltar por la habitación, con su hermosa cabellera como la estela de un cometa perdido. El cuerpo comenzó a brillar con magníficas y diminutas llamas cerúleas, y pronto el fuego lo invadió por entero. Las lenguas de fuego se elevaron esplendorosas hasta el techo, iluminando el interior de la habitación por completo. Miles de ascuas blancas manaron como luciérnagas danzarinas. Seanna la Nigromante lanzó un chillido y comenzó a deshacerse como una nube en una tempestad furiosa o como una duna en medio de una tormenta de arena.

Las brasas lumínicas se elevaron imponentes, mientras el hermoso cuerpo se consumía y se perdía en el aire. Un estallido de luz blanca inundó el interior de la habitación. Ronna cayó de espaldas y la espada voló libremente hasta caer con un sonido metálico sobre las losas del suelo.

Lyn se puso de pie. Ya no sentía frío, al menos no el frío acongojante de los fantasmas; sólo el acostumbrado frío nocturno. Podía sentir algo en su interior, como si de pronto pudiera respirar mejor, como si una gran carga se hubiera levantado de sus hombros, o como si el aire estuviera menos viciado.

Dirk se hallaba en el piso, estaba hecho bolita y temblaba incontrolablemente. Ronna yacía de espaldas sobre el suelo, mirando al techo, sin expresión alguna en su rostro. En el altar no quedaba nada más que un montoncito de cenizas negras. Y la cabeza, que antes había estado coronada por la hermosa caballera de oro batido, ahora no era otra cosa que un cráneo feo y ennegrecido.

—Lo conseguiste... —musitó Lyn, primero llena de incredulidad, y después, con una gran sonrisa, agregó—: ¡Ronna, lo conseguiste!

—¿Lo dudabas? —preguntó Ronna aún tirada, con una enorme sonrisa en los labios y dedicándole a su amiga una mirada de suficiencia.

Blaer llegó a una de las aspilleras y graznó con fuerza. Entre llamas se transfiguró en humano y cayó al suelo. Tenía cortes en el cuello, la mejilla y las manos. Su negro vestido estaba desgarrado y sus largos cabellos sueltos le caían sobre el rostro. Se llevó la mano a la boca y se limpió el hilillo de sangre que emergía de su labio reventado.

—Blaer... —susurró Lyn al ver a su antecesora en estado tan lamentable—. ¿Estás bien?

—Tenemos que continuar... —musitó Blaer sin hacer caso a la pregunta de Lyn. Dio un paso vacilante que casi la llevó al suelo. Lyn intentó ir en su ayuda, pero Blaer la detuvo con un gesto de la mano—. No, tenemos que continuar. No podemos perder tiempo.

—¿Y Dell y Niara? —preguntó Lyn, sin dejar de fruncir el rostro por la lamentable estampa de Blaer.

—Huyeron en cuanto sintieron que Seanna había muerto. —Blaer miró el montón de cenizas en el altar y suspiró con pesar—. Vamos, tenemos que continuar.

Ronna tomó su espada del suelo y la examinó con extrañeza. Ahora, por alguna extraña razón, lucía vieja y oxidada, como si de pronto todos los años que tenía se manifestaran en ella. No parecía el arma brillante y hermosa que habían tomado de la casa del señor Harlow.

—Se ha terminado el encantamiento que tenía en el interior —dijo Blaer, adivinando el pensamiento de Ronna—. Ha cumplido su propósito al eliminar a Seanna y a sus sirvientes. Ya no es una espada mágica, ahora es un trozo de metal común y corriente.

Ronna levantó los hombros, un poco decepcionada, y se la llevó al hombro.

Después levantaron a Dirk, que seguía completamente apabullado, y enseguida abandonaron la torre.

## Capítulo XVII

### El ataúd de cristal

La aldea estaba callada. De vez en cuando se podía escuchar el destemplado canto de algún grupo de borrachos en la lejanía o las risas de los últimos turistas retirándose a sus hostales. Las calles estaban bañadas con papelitos de colores y banderines pisoteados. El resto de la gente ya se encontraba en los bosques, preparando las fogatas para recibir el cercano amanecer.

A Lyn le pesaban las piernas y se sentía tan cansada como jamás lo había estado en la vida. Sostenía la lanza en la mano derecha, pero le parecía que estaba hecha de pura roca sólida. Ronna no dejaba de ver su espada, ahora avejentada, como un niño que ha roto su juguete favorito. Dirk, encorvado y exhausto, caminaba sin ánimos y casi a punto de caer desmayado. Blaer, por su parte, parecía la más afectada de todas. Lyn podía ver que sus heridas no sólo eran físicas, sino emocionales. Una de sus hermanas, cuya relación se extendía hasta quién sabe cuándo, había perecido ya. También Lyn lo había sentido, como una especie de ausencia, de vacío. Blaer debía sentirlo también, de manera mucho más honda y terrible.

Caminaron por las solitarias calles hacia el suroeste. Pronto llegaron ante el muro exterior de la iglesia de Wolgarn, en la parte suroeste de la villa. Lyn, Ronna y Dirk ya habían estado allí antes, de día, pero ahora el antiguo edificio lucía mucho más ominoso y oscuro que antes, con sus elevados cristales completamente oscurecidos y sus techos puntiagudos apuntando a los cielos.

Traspusieron el muro de piedra y se encontraron en el jardín de almendros y sauces que rodeaba la iglesia. Todo era oscuridad y frío. Allí, entre los árboles, se encontraban algunas de las lápidas de miembros destacados de la villa que habían sido enterrados en las cercanías de la iglesia.

—¿Es aquí? —preguntó Lyn.

—Sí... —dijo Blaer lacónicamente—. Primero tendremos que asegurarnos de que mis hermanas no se encuentren por los alrededores, esperando para tendernos una trampa. —Miró a Dirk, que era el que parecía más afectado de todos, y le indicó que la acompañara con un gesto de la mano—. Lyn, Ronna; ustedes esperen aquí, ante las puertas, y vigilen que no venga nadie.

Blaer y Dirk se perdieron tras una de las esquinas del edificio de la iglesia.

En el jardín no se escuchaba ya ningún ruido, excepto el del gélido viento moviendo las



ramas de los sauces y silbando en las ojivas del techo y en las puntas de metal del muro que cercaba la iglesia.

Lyn estaba apoyada en la lanza como si fuera una especie de cayado. Ronna no dejaba de mirar su espada oxidada. Ahora pesaba más y era mucho más difícil de empuñar.

—¿Y..., qué te parece Dirk? —preguntó de pronto Lyn. Ronna dio un respingo, como si hubiera visto a un espectro aparecer en la entrada del muro.

—¡Alto ahí! —bramó Ronna a su amiga—. Ya sé lo que intentas hacer. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—¡¿De qué?! Pero si no he dicho nada.

—Sí, claro que sí, prácticamente ya dijiste todo. Lyn, creí que éramos amigas.

—¡Somos amigas!

—Entonces no vuelvas a mencionarlo...

—Bueno... —dijo Lyn, desviando la mirada hacia el horizonte. La iglesia estaba erigida sobre una colina desde la que se podían ver algunos de los techos de la villa y las murallas del noreste, a lo lejos. Miró a Ronna durante unos instantes. La chica continuaba viendo su arma. Lyn no pudo resistirse y con rapidez agregó—: Es que le gustas mucho.

—¡Ah! Ya lo dijiste.

—¡Ya lo sé! —exclamó Lyn con el rostro lleno de decepción—. Pero es que en verdad le gustas y quiere que le des una oportunidad...

—¿Cómo puedes hacerme esto, Lyn, cómo?

—Le dije que hablaría contigo.

—¡Traidora! —exclamó Ronna, mirando a su amiga con los ojos entrecerrados.

—No soy una traidora... Simplemente le prometí que hablaría contigo, que te preguntaría qué te parece. Eso fue todo.

—¿Y éste te pareció el mejor momento para preguntarlo?

—Pues es que puede que después no estemos del todo vivos —reprochó Lyn.

—Mmm... —exclamó Ronna, malhumorada.

—Podrías darle una oportunidad... —añadió Lyn, levantando los hombros como si fuera

poca cosa.

—Pero es que, Lyn, es un cobarde. ¿No lo has visto durante todo este tiempo?

—Es lo mismo que le dije...

—¿Lo ves? Es un caso perdido.

—Y si mostrara un poquito de valor, aunque sea un poquito —dijo Lyn, haciendo un gesto con la mano para indicar un espacio diminuto entre sus dedos.

—Pues..., tendría que ser un poquito de los grandes... —Ronna meditó unos instantes, después se llevó la mano al rostro, llena de contrariedad, y negó con la cabeza—. No, lo lamento, Lyn, pero es imposible. No, simplemente no. Lo lamento, pero es un alfeñique.

Lyn suspiró y asintió con la cabeza.

—Bueno, al menos no se puede decir que no lo intenté.

Blaer y Dirk llegaron por el lado contrario al que habían desaparecido. Al parecer las dos Nigromantes que restaban seguían sin aparecer.

—Todo parece estar en orden —dijo Blaer al llegar junto a Lyn y a Ronna—. No detecté a influencia de mis hermanas aquí.

—¿Será porque te estás haciendo vieja? —exclamó una voz desde las ramas de un sauce cercano. Allí se encontraba Dell, con su horrendo cráneo de búho emergiendo de la capucha como un témpano de hielo brotando de las tinieblas.

—Dell... —musitó Blaer, horrorizada. ¡No había sentido su presencia!

—Niara tenía razón..., mi cuerpo debe estar allí adentro, en donde pasé tantas noches ardientes con el sacerdote —dijo Dell, manifestando en su voz una trémula sonrisa—. Los hombres son siempre iguales, ¿saben? No importa cuántos títulos y uniformes se pongan encima, todos tienen las mismas debilidades, los mismos pies de barro. Mi querido sacerdote, por ejemplo, no se hartaba de mí...

—¡Basta, Dell! ¡Terminemos con esto de una vez! —gritó Blaer.

—Oh..., desde luego, Blaer. Terminaremos con esto, pero... —Dell soltó una risa destemplada—. Me parece que mi querido amante sigue sin hartarse de mí, ¿sabes, hermana? En verdad, yo tampoco lo puedo entender, porque ha pasado tanto tiempo... Pero, mírenlo, allí está,

mi amado.

Dell señaló a un almendro. Detrás del árbol emergió la voluminosa y gigantesca figura de una horrenda criatura. Su cuerpo estaba desproporcionado, con un pecho tremendamente enorme y un par de brazos lanudos con los que se apoyaba en el suelo, como un gorila. La cabeza era parecida a la de un asno, con las orejas colgando y el hocico espantosamente protuberante. Los dientes emergían como cuchillas amarillentas. La criatura parecía haber surgido de las entrañas de la tierra no hace mucho, pues el vello de su cuerpo estaba cubierto de musgo y fango. Algunos retazos de lo que había sido una muy antigua sotana colgaban lánguidos alrededor de su poderoso cuello. El monstruoso ser lanzó un rugido devastador y pavoroso.

—Allí está..., mi ardoroso amado —dijo Dell, llevando las descarnadas garras al pecho, como si fuera una jovencita enamorada—. Él lidiará con ustedes, mis queridos, mientras yo reclamo mi hermoso cuerpo. Suerte para todos. —Y saltando de las ramas del sauce, se transformó, en medio de una nube de espectral humo, en un descomunal búho. El ave aleteó violentamente y salió volando hasta estamparse directo en uno de los ventanales. Y penetró en la iglesia con el estallido de cristales rotos.

—¡No! —bramó Blaer. Después miró a Lyn.

—Ve —le dijo Lyn, empuñando la lanza y arrojándose hacia el monstruo.

Blaer, preocupada por Lyn y a regañadientes, no tuvo tiempo para discutir, y transformándose en cuervo salió volando tras Dell.

La criatura monstruosa se abalanzó sobre Lyn. Ésta esquivó los potentes golpes que le arrojó, moviéndose con la ligereza de una bailarina, a pesar del cansancio que inundaba sus piernas y sus brazos, y clavó la punta de la lanza en repetidas ocasiones en la carne maloliente de la horrenda criatura. El monstruo, enfurecido, dio un giro vertiginoso y de un revés de la mano arrojó a Lyn al suelo mientras la lanza salía volando por los aires.

Dirk, que miraba al deforme ser, estaba completamente paralizado, incapaz siquiera de moverse. Ronna se adelantó con la espada oxidada entre las manos, la levantó y le asestó un potente golpe al torso del monstruo. La criatura se retorció y mugió cavernosamente, pero se volvió con rapidez y le arrojó un descomunal puñetazo. La chica interpuso la espada, pero sin magia, el arma fue incapaz de detener el potente golpe. La hoja de acero se rompió en varios trozos. Ronna cayó de espaldas impulsada por el pesado puñetazo, con los fragmentos de la espada saltando por todas partes.

La criatura lanzó un alarido terrible y levantó los dos puños para hacerlos caer sobre

Ronna. Lyn, ya recompuesta tras el aturdidor golpe, le arrojó la lanza al monstruo. La punta brilló como un relámpago asesino y se clavó en su costado, soltando chispas azules al impactar. El monstruo se retorció de dolor y aferró el asta de la lanza. Lyn sonrió, porque sabía que ninguna de las criaturas de las Nigromantes, ni siquiera las Nigromantes mismas, eran capaces de tocar sus armas sin arder furiosamente. Por eso su rostro se descompuso en una mueca de horror cuando vio al horrendo ser tomar el asta y, entre llamas violentas, desprenderse de la lanza y arrojarla lejos.

El monstruo soltó un berrido desgañitado y furioso. Se golpeó el pecho con sus descomunales manos y soltó espumarajos hediondos por el hocico.

Ronna trató de arrastrarse por la hierba fuera de alcance de la bestia. Pero el monstruo le colocó una de sus enormes manos encima, impidiéndole escapar.

—¡Dirk, haz algo! —exclamó Lyn, buscando su lanza con desesperación entre las sombras del jardín.

Dirk seguía igual, completamente pasmado y asustado. En sus manos tenía la cuchilla del unicornio, pero era tan diminuta, que difícilmente podría tener efecto alguno en contra del gigantesco monstruo que había apresado a Ronna.

—¡Dirk, si no haces algo, Ronna va a morir! —gritó Lyn.

La bestial criatura aferró con desmedida fuerza a Ronna por el brazo, rompiéndoselo. La chica soltó un grito tremendo y desgarrador.

—¡Dirk! —gritó Lyn.

La criatura volvió a lanzar un tremendo rugido, mientras preparaba sus asquerosas y apestosas fauces para morder el cuello de Ronna. La chica, por su parte, gritaba desesperada.

Dirk aferró la cuchilla con fuerza, se desabrochó el cuello de la camisa y, profiriendo un gutural grito, dio un paso hacia adelante, tan decidido como como nunca creyó estarlo jamás...

El cristal de la ventana entintada explotó, bañado el interior de la iglesia con miles de pequeños diamantes destellantes. Después ingresó un enorme búho, aleteando violentamente. Se paró en las bancas y observó con sus oscuros ojos la nave central y las dos alas que se comunicaban con ella.

Pegó un enorme brinco, aleteó y se plantó en el altar. Giró la cabeza hacia el ala oeste y, entre cirios y cordones de fieltro, se reconoció. Allí estaba ella, su cuerpo, al menos, hermoso y terso como siempre, dentro de un ataúd de cristal con una plaquita dorada en la que se podía leer:

*Santa Dellia. La amada de los pobres.* Su rostro seguía siendo hermoso, esculpido por los dioses mismos. Con mejillas risueñas y labios delicados. Sus cabellos se esparcían a los lados, provistos de un castaño vibrante e intenso.

El búho, durante unos instantes, se quedó perplejo, observando la belleza que había perdido. Y estaba tan embebido en la hermosa visión, que no notó al cuervo que llegó volando y le hincó las garras en la espalda.

Ambas aves comenzaron a luchar violentamente, soltando terribles graznidos y chillidos. Las plumas volaban por todas partes, mientras se debatían ferozmente, desgarrándose con los picos y las garras. Sus chillidos se esparcían por los rincones del interior de la iglesia con furia, rebotando en temibles ecos que los devolvían aún más espantosos. Se empujaban contra el altar y contra los cristales; caían sobre las bancas y se estampaban arrebatadamente contra las paredes.

El búho aleteó con fuerza, escapando del agarre de su contrincante. Se elevó en el interior de la nave y se abalanzó sobre el cuervo. El choque fue brutal. Clavó en el pecho del cuervo sus puntiagudas garras y, dando un giro sobre sí mismo, lo arrojó al suelo, sobre el altar. El cuervo cayó con estrépito y desorden, hasta perderse detrás del tabernáculo.

Al levantarse trabajosamente, Blaer ya era humana de nuevo. Tenía unas profundas cicatrices en las mejillas y sus cabellos sueltos parecían los de una bestia salvaje. Sangraba profusamente del pecho y del brazo derecho, y apretaba los dientes, tratando de contener el dolor que estaba a punto de inutilizarla.

Dell, por su parte, había vuelto a su forma de Nigromante, y se hallaba entre las filas de bancos, mirando a su hermana con una sonrisa malsana y victoriosa.

—Hasta aquí llegas, querida Blaer... Pudiste haberlo tenido todo, pudiste haber sido tan poderosa como nosotras, pero nos diste la espalda. ¿Y qué fue lo que obtuviste a cambio? Nada, la eterna misión de mantenernos fuera de la villa para siempre. ¿Y de qué ha servido? De nada..., absolutamente de nada. Tu misma nieta nos permitió regresar, con su sangre..., con “tu” propia sangre. No puedes combatirnos, Blaer, jamás pudiste, no eres capaz... Ríndete ahora y tal vez te mostremos algo de misericordia.

—Estás podrida, Dell, demasiado... No..., no me había percatado cuánto... Lloro por el amor y la belleza que han olvidado, hermana. En todo este tiempo, no me di cuenta de lo perdidas que estaban... Yo..., lo lamento.

—Cállate —bramó Dell furiosa.

—Son mi familia... —musitó Blaer, con una lágrima cayendo por su mejilla.

Dell levantó sus retorcidas garras de hueso, dispuesta a arrojarse sobre Blaer. Pero justo en ese instante las puertas de la iglesia retumbaron con fuerza y reventaron en millones de astillas diminutas que inundaron el interior. Detrás emergió el monstruoso amante de Dell. Encima de él, sobre su cabeza, con la cuchilla en lo alto, se encontraba Dirk. Estaba aferrado con fiereza a la melena de la horrible criatura y la acuchillaba con la radiante daga del unicornio una y otra vez. La daga relumbraba brillante, como una lámpara en la mitad de la noche más oscura. La hoja, envuelta de un vapor luminoso, ascendía y descendía frenéticamente empuñada por la mano de Dirk. El monstruo se tambaleaba y embestía furiosamente, golpeándose contra las paredes, destrozando las bancas y bramando terriblemente.

El gigantesco corpachón atropelló a Dell en su carrera, tumbándola al suelo. La criatura tropezó con el cuerpo de su amante y cayó de bruces al piso, en donde Dirk hundió la cuchilla bien adentro, hasta el fondo, hasta la empuñadura. Y la desclavó triunfante, tras haber arrancado la magia que daba vida a la criatura.

Dell se paró de un salto y a punto estuvo de brincar sobre Dirk, si no es que Lyn, con un grito destemplado y la lanza erguida, llegó corriendo. Se abalanzó sobre ella y la empaló directo en las entrañas. La Nigromante se retorció doliente, pero logró aferrar a Lyn y trató de ahorcarla con sus garras, pero Blaer ya le había caído en los hombros y trataba de someterla.

—¡El cuerpo de Dell! —bramó Blaer, forcejeando con su hermana.

—¡¿En dónde está?! —preguntó Dirk, alistando la cuchilla.

—¡Santa Dellia! —gritó Blaer, cayendo de espaldas ante la fuerza de Dell, que se batía como un toro furioso y estaba a punto de liberarse de Blaer y de Lyn.

La Nigromante intentó saltar sobre el cuerpo de Blaer para ir en busca de sus restos, pero Lyn aferró el asta de la lanza que la empalaba y la tiro al suelo.

Dirk corrió hacia el ala oeste y allí, al final del pasillo, vio el ataúd de cristal de santa Dellia. No dudó ni un instante. Corrió con todas sus fuerzas, llegó ante el ataúd y se trepó sobre él. Con el pomo de la daga rompió el cristal y quedó, finalmente, a ahorcadas sobre el cadáver de santa Dellia. Parecía tan hermoso y pacífico que nadie jamás podría haber creído que la santa de Wolgarn era en realidad una de las oscuras y horrendas Nigromantes.

Dirk levantó la cuchilla y la empuñó con las dos manos, listo para hacerla descender sobre el pecho de Dell. Fue entonces que los ojos de la santa se abrieron y miraron a los de Dirk. La mujer abrió sus tiernos labios y una oscura y gorda serpiente manó del interior de su boca. El grotesco animal siseó y se enredó en el torso de Dirk, aprisionándolo con fuerza.

—¡Esto es por Ronna! —gritó Dirk, envalentonado y haciendo caso omiso de la serpiente que lo constreñía. Y clavó la cuchilla en el pecho de Dell, hasta lo más hondo. El cuerpo se envolvió en lenguas blancas de fuego que dejaron escapar cientos de ascuas brillantes. Una columna de fuego blanco y cegador envolvió a Dell y a Dirk, y estalló con gran fuerza, haciendo reventar los ventanales.

Cuando Dirk pudo ver de nuevo, se encontraba empapado de las cenizas de lo que había sido el cuerpo de Dell. Sólo quedaba, en donde había estado su hermosa cabeza, un cráneo ennegrecido y quebrado.

Dirk regresó por el pasillo y encontró sentadas en la nave central de la iglesia a Lyn y a Blaer, jadeantes y muy cansadas. De la Nigromante no quedaba el menor rastro.

—¡Bien hecho! —le dijo Lyn a Dirk. El muchacho le sonrió, limpiándose las cenizas negras que se habían quedado en su mejilla con el dorso de la mano.

Los tres salieron rápidamente y encontraron Ronna tendida en el suelo, aferrando su brazo roto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Lyn, mirando a Ronna.

—Aquí tomando el fresco de la noche..., ya sabes... —bromeó Ronna, apretando los dientes y con la frente perlada de sudor.

—Puedo curarte, Ronna —dijo Blaer, hincándose al lado de la joven—. Llevará unos momentos, pero necesito que te quedes quieta.

Blaer colocó sus manos sobre el brazo de Ronna y de sus palmas comenzó a manar una suave luz azulada. El rostro de Ronna se relajó un poco, aliviada por el dolor.

—Niara, ella debe estar buscando su cuerpo, si no es que ya lo encontró —dijo Lyn, poniéndose de pie y alistando la lanza.

—Tenemos que ir juntos, Lyn —dijo Blaer, con las manos todavía en la herida de Ronna.

—No podemos perder tiempo, Blaer, tu misma lo dijiste. ¡Tenemos que ir ya!

—Es peligroso...

—Si Seanna estaba en el castillo y Dell en la iglesia, eso quiere decir que Niara debe estar en su casa, en el bosque, ¿cierto? Como en la visión que nos mostraste en las llamas. Iré yo, me

enfrentaré a ella —exclamó Lyn, decidida, marchando hacia la entrada del muro del jardín. Se sentía culpable por despertar a las Nigromantes y porque por ella toda Wolgarn estaba en riesgo de quedar sumida en el olvido, así que no se detuvo a reflexionar y añadió—: No te preocupes, Blaer, terminaré esto de una vez por todas...

Blaer trató de ir tras ella, pero en cuanto separó las manos de Ronna, la chica gimió adolorida.

—¡Lyn, detente! —gritó Blaer, sumamente preocupada, cuando Lyn ya se perdía de su vista—. ¡No, Lyn! ¡Regresa! ¡No puedes ir sola! ¡Lyn, es peligroso!

—Descuide, señora Blaer, yo la acompañaré —dijo Dirk, guardándose en el cinturón la avejentada cuchilla, ahora carente de magia.

—No, Dirk, es peligroso... —exclamó Blaer, con los ojos enormes como platos—. Es una estupidez.

—Por mis amigas, estoy dispuesto a cometer cualquier estupidez —dijo Dirk, muy seguro. Miró a Ronna. La chica lo miraba sorprendida, como si no tuviera frente a sí al mismo Dirk de siempre sino a una versión intrépida de él—. Después de todo, tras enfrentar a un monstruo gigantesco, ¿a qué más le puedo temer?

Dirk se acercó a Ronna y, mirándola a lo más profundo de sus ojos, agregó:

—En mi familia hay un dicho que dice: “Nunca abandones a la chica guapa”.

—Para mí que te inventas tus dichos... —musitó Ronna, incrédula y con las mejillas sonrojadas.

—Todos, excepto ese... —respondió Dirk. Se aproximó a Ronna y le plantó un beso en los labios.

Dirk se levantó y se marchó en busca de Lyn. Ronna, como si de pronto despertara del ensueño en el que la había metido el beso de Dirk, parpadeó y buscó al muchacho con la mirada.

—¡No, Dirk! Ten..., ten cuidado... —Se sorprendió a sí misma diciendo. Y se sonrojó como un tomate al ver la sonrisa que se dibujaba en el cansado rostro de Blaer.



## Capítulo XVIII

### Eterna oscuridad

El silencio era terrible. Lyn sólo podía escuchar el tambor que era su corazón, retumbando poderosamente en su pecho. Había dejado las murallas de la villa detrás y se había adentrado en el bosque. Hacía un frío penetrante y en el cielo se habían ocultado las estrellas y la luna.

Caminaba por un sendero bordeado por altos árboles. Apenas podía ver el camino y tuvo que hacer un gran esfuerzo para notar el cartel clavado en el suelo que señalaba la legendaria casa de las Nigromantes a un par de metros de distancia.

Continuó renqueando, lentamente, hasta que logró salir a un claro. Se trataba de una pradera sumergida en una especie de cuenca. Alrededor, como los bordes de un gran tazón, los robles, los sauces y los abetos se elevaban majestuosos y místicos. Una espesa neblina cubría la hierba del suelo y el aire se había vuelto más helado que antes. Niara, seguramente, se encontraba escondida en alguna parte.

En el centro de la cuenca se hallaba la antigua casa de las Nigromantes, ahora convertida en una ruina desolada a la que los turistas más avezados se aproximaban para poder observar desde fuera. Era un edificio simple, muy antiguo, de techo que caía casi hasta el suelo y con paredes de piedra y barro. Se encontraba en un estado lamentable, con agujeros y rajaduras por todas partes.

Lyn aferró la lanza con fuerza y avanzó por entre la niebla, acercándose lentamente a la ajada puerta frontal. Pero justo cuando estaba por llegar a ella, pudo ver que en uno de los costados se hallaba unas portezuelas abiertas que daban acceso al sótano. Alguien las había utilizado recientemente. Alistó la Lanza del Cuervo y se adelantó. La punta de su arma comenzó a flamear suavemente con delicados destellos cerúleos.

Las portezuelas daban a unas escaleras que se internaban en una negrura profunda, casi tan densa como melaza. Descendió con lentitud. La punta de la lanza iluminó la oscuridad del pasillo, las paredes de piedra y los viejos sacos de patatas y cebada que estaban arrumbados a los costados. Lyn caminó lentamente, en las tinieblas, soltando por su nariz espesas nubecillas de vapor blanco.

Finalmente el pasillo la llevó hasta una especie de catacumba. Las paredes eran de piedra en algunas partes, pero en otras eran de tierra simple, con raíces emergiendo como gusanos

retorcidos. En el fondo, del otro lado, se encontraba un alto ataúd de piedra, colocado de manera vertical y cubierto por una vieja tapa de madera. Allí tenía que estar el cuerpo de Niara, la última de las Nigromantes.

Lyn se adelantó, con la lanza lista. Estiró la mano hasta la tapa. Los goznes que sostenían la madera chillaron y cedieron lentamente. Y fue entonces que sintió una mano posándose en su hombro. Se dio la vuelta con rapidez tremenda y propinó un bastonazo ciego y contundente con el asta de la lanza.

Dirk cayó de espaldas, salvándose por poco del potente varazo de Lyn. Los dos se quedaron mirando unos instantes, asustados.

—¡Casi me matas! —exclamó Dirk, después de unos instantes.

—¡Pues es que cómo se te ocurre asustarme así! —respondió Lyn, jadeando. Cuando pudo tranquilizar su respiración, agregó—: ¿Y Blaer y Ronna? ¿En dónde están?

—Se quedaron en la iglesia. —Dirk miró a Lyn con el ceño fruncido—. No debiste venir sola, Lyn. No es seguro.

—No podíamos perder el tiempo...

—Deberías de hacerle caso a Blaer, Lyn; esto es peligroso.

—Es que es tan frustrante, es tan testaruda. Jamás me escucha —reprochó Lyn—. ¿Por qué debería de escucharla yo a ella?

—En eso se parecen, ¿sabes? —dijo Dirk, levantándose del suelo.

—Yo no me parezco en nada a Blaer —exclamó Lyn, indignada.

—Sí, claro, cómo no... —dijo Dirk, con una sonrisa en los labios—. Ambas son tercas y obstinadas, como mulas.

Lyn le miró enfadada.

—Como sea, mejor terminemos con esto —agregó Dirk, y señaló el ataúd de piedra.

Dirk abrió la tapa de madera y Lyn preparó la lanza para asestar el golpe directo en el pecho de Niara. Pero lo que encontraron los dejó desconcertados...

No había nada.

—No está... —dijo Niara a sus espaldas con voz queda.

La Nigromante se encontraba a menos de dos metros de ellos, de pie, con su horrendo y voluminoso cuerpo cubierto por los ajados mantos negros. De la capucha emergía el desagradable y protuberante cráneo de buitre.

Dirk sacó la cuchilla vieja y se arrojó sobre Niara con un tremendo salto. Pero la Nigromante utilizó sus largos brazos para quitarlo del camino y azotarlo en el suelo con estrépito.

—¿En dónde está mi cuerpo?! —bramó Niara con furia. Después trató de calmarse, al ver la punta brillante de la lanza de Lyn, y añadió—: Aún no es tarde Lynveil... eres una de nosotras, aún puedes venir con conmigo. Aún puedes desencadenar todo tu poder, como lo hicimos nosotras. —Niara estiró la huesuda garra hacia Lyn, ofreciéndosela—. Sólo tienes que decirme en dónde está mi cuerpo, querida, y jamás tendrás que escuchar a nadie de nuevo... ni a tu madre, ni mucho menos a la tonta y soberbia de Blaer. ¿No es eso lo que quieres, cariño? ¿No es la total libertad lo que más desea tu corazón? Dame mi cuerpo y serás una de nosotras por siempre.

—No sé en dónde está... —musitó Lyn, aterrada.

—¡Entonces morirás! —chilló Niara, y se abalanzó sobre Lyn con el pico y las garras listas para atacar.

Lyn dio un brinco hacia adelante y lanzó un golpe con la punta de la lanza. El arma se clavó en el vientre de Niara. Las llamas azules se prendieron de sus ropas, pero la Nigromante no cejó y aferró el asta con sus dos garras. Lyn la vio arder furiosamente. Entonces Niara, soltando un desgarrador grito, aumentó la fuerza de su agarre y rompió el asta, haciéndola reventar en miles de pedazos. Lyn cayó de bruces al suelo, entre los pedazos de la Lanza del Cuervo.

Niara se desclavó la punta de la lanza y la arrojó lejos. Tomó a Lyn por el cuello del abrigo y la levantó varios centímetros del suelo, abriendo su horrendo pico y mostrando la terrible oscuridad que invadía sus entrañas y envolvía sus huesos.

—¡Déjala en paz! —gritó Dirk, al mismo tiempo que clavaba la cuchilla en la espalda a Niara con todas sus fuerzas.

La hoja se hundió hasta la empuñadura, pero al carecer de magia no hizo realmente gran daño. La Nigromante se dio la vuelta de manera vertiginosa y le tendió a Dirk un revés poderoso, que lo hizo volar hasta impactarse contra de una de las paredes de tierra.

Niara volvió a mirar a Lyn, a quien continuaba aferrando en lo alto con una garra. Ésta le proporcionó una tremenda patada directo en la cabeza, pero el golpe no hizo nada más que enfurecer a la Nigromante.

—¡Pudiste tenerlo todo! ¡Ahora sólo tendrás la negra muerte! —bramó Niara como una desquiciada, alistando sus afiladas garras de hueso para clavarlas en el vientre de Lyn—. ¡Obtendré tu sangre y con ella haré libaciones al Lobo Rojo..., y él me dará un nuevo cuerpo!

—¡Yo sé en dónde está! —gritó Blaer, llegando por el oscuro pasillo. Ronna estaba detrás de ella. Su brazo estaba sujeto por una férula improvisada con un pedazo de tela del vestido de Blaer.

Niara y Lyn miraron a Blaer desconcertadas.

—Te diré en dónde está, Niara... —dijo Blaer, suplicante—. Pero déjala ir..., por favor. Ella..., ella tiene mi sangre..., es como mi hija... Por favor.

Niara, conmovida, miró a Lyn...

—¿En dónde está? —preguntó Niara, inexpresiva, sin dejar de clavar sus cuencas vacías en Lyn.

—En donde desterré a tu espíritu de tu cuerpo... En el Arco de Colina Negra.

—¡No! —chilló Lyn, desconcertada.

Niara clavó las garras en el vientre de Lyn con un movimiento inesperado. La sangre manó a raudales y Lyn sintió una frialdad que se extendió por todo su cuerpo como si la arrojaran al vacío.

Niara dejó brotar de lo más profundo de su interior una carcajada destemplada y horrenda. Se transformó en un horripilante buitre entre volutas de espeso vapor negro, y se marchó, mientras Lyn caía al suelo completamente desmadejada.

No había frío ni calor. No había viento ni sonido. Sólo una luz en la inmediación de la eterna oscuridad. Se trataba de una pequeña flama, sutil y pálida, de color blanco.

Lyn se acercó a ella lentamente. Sabía que tenía sus botas puestas, recordaba habérselas puesto, pero, extrañamente, éstas no hacían ningún ruido al pisar la negra sustancia que lo envolvía todo.

La flama era pequeña y delicada, a punto de extinguirse. Y Lyn pudo notar, cuando estuvo lo suficientemente cerca, que la diminuta flama no estaba en el vacío, sino que era sostenida por una mujer. Se trataba de una mujer de más de dos metros de altura, embozada en una manta de color azul oscuro adornada con polvo de diamantes. El rostro era pálido e insípido, macabramente

familiar. Su nariz era respingada y sus pómulos eran tan finos, que parecían no existir. Sus ojos eran negros, totalmente, carentes de expresión y emoción, negros como una pulida superficie de cristal. Sus labios eran una delgada línea de oscuridad perfilada, como un botón diminuto. Su cuello era tan delgado, que un niño pequeño habría podido romperlo con facilidad. Y su cuerpo parecía tremendamente delgado, como si un perchero portara aquella magnífica manta diamantada.

El rostro de la mujer giró lentamente para mirar a Lyn con su rostro carente de expresión. En sus pálidas y delgadas manos, que a Lyn le recordaron a las de Blaer, sostenía la flama blanca y delicada.

—¿Hola? —dijo Lyn. Su voz le sonó extraña; grosera, en un lugar como ese—. ¿Quién eres tú? ¿En..., en dónde estoy?

Lyn se percató entonces que ella misma no sabía cómo había llegado hasta allí o qué estaba haciendo antes de llegar allí. Había en su mente retazos de información de quién era ella y de dónde venía, pero cuando trataba de recordarlos con claridad, se desenfocaban hasta tal punto que le parecían irreconocibles.

—¿Qué es esa flama? —preguntó Lyn, entre la curiosidad y la preocupación.

La enorme mujer miró la flama con extrañeza y después volvió a mirar a Lyn, pero de sus labios no emergió ni una sola palabra.

Lyn miró alrededor. No había nada a la lejanía, es más, no estaba segura de que existiera lejanía en un sitio como ese.

Entonces vio que la luz blanca de la llama se transformaba paulatinamente en una luz azul, de hermosos y radiantes destellos. Ya no era la moribunda llama que había visto al inicio, sino una hermosa antorcha que ardía esplendorosa y con una belleza abundante.

Lyn sintió una mano tomando la suya. Volvió el rostro y allí estaba Blaer.

—¡Blaer...! —musitó Lyn.

Blaer la miró y le sonrió con ternura. Su rostro ya no estaba herido y su piel era blanca e inmaculada.

—Hola, Lyn.

—¿Qué..., qué hacemos aquí?

La enorme mujer se volvió y miró a Blaer con cuidado. Y en sus diminutos labios de botón pareció apreciarse una débil y casi inexistente sonrisa.

—Estoy lista para partir, madre —dijo Blaer.

—¿Madre? —preguntó Lyn, desconcertada. Y miró a la enorme mujer. Sus ojos estaban pulidos como un cristal negro, lustrosos como la obsidiana, como los de Blaer..., como los de ella misma.

—Tienes que prometerme, Lyn —dijo Blaer con una sonrisa—, que terminarás con esto, sin importar lo que pase. Permanezcan unidos y lo lograrán. Tienes que prometérmelo.

—Lo..., lo prometo...

—Las palabras son importantes..., sobretodo en nuestra familia.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Lyn, con el rostro constreñido por la tristeza. De pronto sentía una terrible congoja en su corazón, aunque no podía entender el por qué.

—Perdón, Lyn... —dijo Blaer, con las lágrimas cayendo por sus mejillas—. Debí decírtelo todo... Perdón. Pero es que tienes que entender que quería protegerte. Y fue mi culpa, todo fue mi culpa... Cuidé tanto de mis hermanas, que perdí a mi verdadera familia... Descuidé el poder que corre por tus venas... Y por eso te pido perdón. —Blaer bajó los ojos, mientras las cristalinas lágrimas caían de su afilada barbilla—. Me habría gustado tener más tiempo... Pero ahora ya no lo tengo.

Lyn, desconsolada, tomó las dos manos de Blaer y la miró a los ojos.

—Perdóname a mí, por no escucharte... —De los ojos de Lyn brotaron espesas y angustiadas lágrimas.

—Es que somos muy parecidas... —Blaer sonrió tristemente. Y las dos se unieron en un tierno abrazo.

—Es momento... —susurró la gran mujer de blanca piel. Su voz sonó como el murmullo del viento o como el delicado borboteo del agua en un riachuelo.

Le entregó el fuego azulado a Lyn y todo se desvaneció en tinieblas...

Cuando despertó, Lyn sintió sus mejillas empapadas en lágrimas. A los lados se encontraban Dirk y Ronna. Los dos la miraban sumamente preocupados.

—Blaer... ¿Blaer? ¿En dónde está Blaer? —preguntó Lyn, irguiéndose.

Junto a ella se encontraba Blaer, tirada en el suelo. Se encontraba rígida y muy pálida. Sus

manos estaban colocadas en su pecho y sus cabellos habían sido peinados descuidadamente. Se parecía a sus hermanas, a los cadáveres de sus hermanas. Parecía como si en cualquier instante fuera a abrir los ojos y a ponerse de pie, pero Lyn sabía que no lo haría.

Se arrojó sobre ella y comenzó a llorar terriblemente acongojada, porque comprendió que Blaer había dado su vida por la de ella.

Ronna y Dirk se miraron apesadumbrados.

—Lyn..., tenemos..., tenemos que continuar —dijo Ronna, avergonzada de interrumpir a su amiga—. Niara ya está de camino a Colina Negra.

—No... —logró murmurar Lyn, totalmente abatida, con lágrimas brotando del dolor de su corazón—. ¿Para qué? Niara ganó...

—Aún no es demasiado tarde, Lyn —dijo Dirk.

—Dio su vida por mí, dio su vida porque vine hasta aquí y traté de enfrentar sola a Niara. —Lyn miró a Blaer. La imagen le resultó demasiado fuerte—. Y la engañé y le mentí..., y ella sólo quería..., sólo quería... Me dijo que quería protegerme. Y no la escuché... ¡No la escuché y ahora está muerta! —Lyn se deshizo en sollozos.

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó Ronna, dedicándole una mirada a Dirk.

—Del otro lado..., en la oscuridad, cuando la gran señora vino por ella... —musitó Lyn.

—¿Gran señora? —preguntó Dirk, confundido.

—¿Y qué más te dijo? —preguntó Ronna.

—Me hizo prometerle que terminaríamos con esto..., que nos mantendríamos unidos...

—Entonces escúchala ahora, Lyn —dijo Dirk, sonriendo tristemente.

—Sí, escúchala ahora —concordó Ronna.

Lyn levantó los ojos y miró a sus dos amigos.

—No podrás derrotarla tú sola —dijo Ronna—. Pero todos juntos, tal vez. —Por vez primera, Lyn notó que su amiga tenía en su mano sana la punta de metal de la Lanza del Cuervo. Ronna se la entregó a Lyn y agregó—: No podemos dejar que las Nigromantes ganen, Lyn, no podemos, eso lo dejó bien claro Blaer. O las eliminamos o todo Wolgarn se quedará encerrado en el olvido, ¿recuerdas?

Lyn asintió, meditabunda y ofuscada.

—Arriba —dijo Dirk, poniéndose de pie para ayudar a Lyn a levantarse.

—Estamos muy lejos. Niara... —dijo Lyn en susurros.

—¿Lejos? Nada queda lejos cuando tienes a Romna a tu lado —exclamó Romna con una enorme sonrisa de suficiencia.

En esta ocasión fueron Lyn y Dirk los que se miraron el uno al otro, desconcertados.



## Capítulo XIX

### Sangre de Nigromante

En los cielos, a la distancia, podían verse las primeras trazas del amanecer. La oscuridad aún reinaba en el mundo, pero en el este, muy débilmente, ya aparecían los tenues filamentos de violeta y rosa. En el bosque, en los claros y en los desniveles de las colinas que rodeaban Wolgarn, podían verse las llamas anaranjadas de las fogatas, desprendiendo espirales de ascuas que bailaban en los fríos vientos de la noche. Era como ver al fuego cobrar vida, como si las chispas incandescentes fueran hadas perdidas en las tinieblas.

En el Viejo Cementerio todo era silencio, mientras Niara caminaba por entre las antiguas y olvidadas lápidas reclamadas por la hierba, la hiedra y el musgo. Sus mantos se arrastraban por el suelo, congelados por la escarcha y el frío que su presencia desprendían.

Y allí, en el norte, apareció, el Arco de Colina Negra. La impresionante estructura de los gigantes se encontraba igual, justo como la recordaba hace tantos años en el pasado. Tenía sentido que Blaer hubiera colocado allí su cuerpo, pues la magia de los gigantes, seres primigenios y poderosos, aún era sumamente fuerte en el mundo. Ellos habían construido, tratando de honrar a los dioses, algunas de las más espectaculares hondonadas, cascadas y gargantas de río.

Niara trepó trabajosamente hacia la cima. Lyn les había hecho la invitación a las Nigromantes, pero no recuperaría todo su poder hasta que tuviera finalmente su cuerpo. Cada cuchillada y empalada que había recibido la habían debilitado. Necesitaba sangre, sangre fresca que escurriera por su boca, pero no la boca huesuda y horrenda de la forma que tenía ahora, sino por sus dulces y carnosos labios humanos. Necesitaba sentir el líquido caliente gotear por su cuello y entre sus pechos. Así y sólo así podría sentirse viva de nuevo, tras haber existido en aquel purgatorio entre la vida y la muerte. Pronto, pronto tendría sangre, tanta sangre como pudiera ingerir..., y el Lobo Rojo estaría satisfecho y le otorgaría de nuevo el poder de reinar sobre los destinos de los hombres. Ya no serían las cuatro hermanas, ni las tres Nigromantes, pero al menos estaría ella... Sola.

Llegó a la cima y observó la majestuosidad del arco construido con enormes piedras. La magia de los gigantes era fuerte. Miró detrás de una de las columnas y allí estaba, como lo había dejado al inicio, el muchacho rollizo y rubicundo que había gritado como loco y que junto con Lyn les había hecho la invitación a ella y a sus hermanas. Lo habían hechizado para que durmiera

plácidamente hasta que lograran obtener sus cuerpos de nuevo y pudieran alimentarse una vez más. De él sería la primera sangre que probaría. Niara sonrió con malicia ante la idea.

Se colocó justo debajo del arco y comenzó a escarbar con sus garras, sacando la tierra a puñados. Finalmente dio con una superficie de madera. La arrancó utilizando todas sus fuerzas y entonces quedó descubierto su cuerpo. Era hermosa, justo como se recordaba a sí misma. Poseía una larga cabellera negra que le llegaba hasta los talones, una piel tan nívea que parecía estar hecha de hielo y unos labios tiernos como pétalos rosados. Estuvo a punto de sollozar de alegría, pero se contuvo, ya habría tiempo para eso después. Acercó la garra al pecho de los hermosos restos y la introdujo suavemente, hundiéndose como si no hubiera carne. Entonces comenzaron a brotar imponentes espirales de vapor rojizo. Una columna de neblina escarlata rodeó a la Nigromante y a su cadáver, y todo, durante unos instantes, fue oscuridad y el sonido del vapor, como retazos de seda empujados por el viento del norte.

Cuando la niebla rojiza se disipó, todo lucía apacible, como si nada hubiera ocurrido. De pronto, unas manos surgieron del ataúd bajo el arco de piedra. Eran manos blancas como el hielo, casi brillantes. Y les siguió el hermoso cuerpo de Niara, de cabellos ondulados y sedosos, de piel clara y diáfana, y de mejillas hermosas y ojos oscuros como la obsidiana.

Levantó sus manos ante sus ojos y sonrió, llena de gozo. ¡Estaba viva de nuevo!

A lo lejos se escuchó un leve murmullo. Niara miró a la distancia. Entre las tumbas se podía ver una luz que se aproximaba, mientras el murmullo se convertía en un bramido creciente. No podía ser alguien con una linterna, pensó Niara, porque avanzaba a toda prisa, tal vez algún espíritu descarriado o alguna alma en pena que habían llegado para convertirse en su sirviente. Pero lo que la llenaba de dudas era ese bramido ininterrumpido... ¿Qué podía ser?

Ronna, aderezada con unas gafas de protección de piloto, manejaba el manubrio con su mano buena, mientras que Dirk, sentado detrás y abrazando a Ronna, realizaba los cambios. Lyn iba sentada en el sidecar de la motocicleta, protegiéndose los ojos del viento con una mano y aferrándose el cuello del abrigo con la otra.

La motocicleta iba a toda velocidad, esquivando las lápidas y saltando y rebotando por el desigual terreno. Torcía a izquierda y derecha y se deslizaba para evita impactar con alguna ruinoso cruz de piedra o con algún túmulo olvidado, y después volvía a acelerar, con toda su potencia en dirección de la Colina Negra.

—¡Allí está! —gritó Ronna, para hacerse escuchar sobre el estruendoso ruido de la

motocicleta del tío Fulton.

—¡Y ya regresó a la vida! —exclamó Dirk, sorprendido.

Lyn no dijo nada. Se limitó a mirar a la figura que los veía llegar en la cima de la colina.

La motocicleta derrapó con maestría al pie de la colina. Saltaron de ella y comenzaron a ascender hasta llegar a la cumbre, bajo el arco oscuro. Y allí estaba Niara, esperándolos, con una sonrisa macabra en sus delicados y bien formados labios.

La Nigromante se sorprendió al ver a Lyn con vida, pero entonces torció el rostro en un gesto de astuta malicia, comprendiendo lo que había hecho Blaer por su descendiente.

—He regresado, Lyn —dijo Niara, feliz—. Mirame, mira a Niara la Nigromante en toda su gloria. ¡He regresado, para siempre! Y ninguno de ustedes puede detenerme ahora.

—No estamos muertos —bramó Ronna desafiante, frunciendo el ceño.

—No, todavía... —musitó Niara, con el rostro pletórico de perversa felicidad.

Dirk sacó la cuchilla vieja, pero Niara levantó sus blancos dedos, que brillaron con un resplandor rojizo, y el arma, carente de todo conjuro mágico, se derritió en las manos del muchacho, como si estuviera hecha de mercurio. Dirk la soltó, asustado.

Niara emitió una risa, clara, hermosa y triunfal.

—Ven conmigo, Lyn —exclamó Niara, sonriente—. Tienes el potencial para ser como yo. Mira, ahora estamos solas en el mundo, ya no existe Seanna, ni Dell, y mucho menos Blaer. Sólo somos tú y yo. Por tus venas corre la sangre del cuervo, la sangre de una de las Nigromantes... Ven conmigo, no tendremos que responder ante nadie, no tendremos que escuchar a nadie. Seremos poderosas y viviremos juntas por siempre. —Estiró la hermosa y blanca mano en dirección de Lyn.

Lyn miró a sus amigos..., y, avergonzada, dio un paso hacia adelante.

—¡¿Qué?! ¡Lyn, no! —gritó Ronna, sorprendida.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclamó Dirk, azorado.

—Lo siento, chicos, pero ella me entiende... Es como yo... —musitó Lyn, desviando los ojos.

Niara sonrió y alentó a Lyn con un gesto de la mano.

—Juntas libaremos sangre al Lobo Rojo y gobernaremos los destinos de los hombres, juntas desataremos todo el poder que corre por nuestras venas. Juntas domeñaremos al mundo entero, y los dioses y los hombres se inclinarán ante nosotras.

—¡Pero qué demonios, Lyn! —vociferó Ronna, enfurecida.

Lyn tomó la mano delicada de Niara y se acercó.

—Sólo tengo una cosa que decir... —musitó Lyn, mirando los hermosos ojos de la Nigromante.

—¿Y qué es, hija mía? —dijo Niara enternecida de tener a su nueva pupila a su lado.

—*En las zarzas y la noche vagarán...* —musitó Lyn. El rostro de Niara se desencajó, lleno de sorpresa y horror. Lyn sacó del interior de su abrigo la punta de la Lanza del Cuervo, y añadió —: *El fuego primordial en lo alto llama...* —Niara trató de echarse para atrás, asustada, pero Lyn, tomada de su mano, se lo impidió—. *Al corazón y la carne regresarán...* —Empuñó con furia la punta de la lanza y la clavó en el vientre de la Nigromante—. *Hasta que llame quien te ama* —terminó Lyn, con el rostro lleno de decisión.

Niara salió expulsada de su cuerpo, barrida por un viento violento. El espíritu flotó unos instantes en el aire, desconcertado y lleno de pavor.

Lyn extrajo la punta de la lanza y la volvió a clavar en el pecho del cuerpo de Niara. El cadáver estalló en imponentes llamas azules y reventó en miles de chispas destellantes que cayeron de la colina como un torrente de agua luminosa.

El espectro de la Nigromante soltó un terrible alarido y alargó la mano hacia Lyn, mientras se disolvía en la nada. Lyn la miró desafiante, estiró la cuchilla y exclamó:

—Soy una de las descendientes del cuervo y no necesito de ti y de tu estúpido Lobo Rojo para desatar mi poder; la Sangre de Cuervo corre por mis venas. Soy hija de Blaer, y no permitiremos que dañes a nadie más. ¡Márchate! ¡Para siempre!

Niara se disolvió al mismo al mismo tiempo que las chispas estallaron en miles de ascuas fulgurantes. La cascada de fulgores inundó el viejo cementerio, como si miles de fuegos de artefacto cerúleos se desparramaran por entre las lápidas, los túmulos y las cruces.

Ronna y Dirk quedaron cautivados ante el sorprendente espectáculo. Se miraron el uno al otro y sonrieron. Dirk estiró la mano y tomó la de Ronna. La chica se sonrojó y desvió la mirada.

Lyn cayó de rodillas cuando las ascuas se hubieron disuelto. La cuchilla que había sido la punta de la lanza se había convertido en una piedra puntiaguda, sin magia en su interior.

Ronna y Dirk se acercaron a Lyn y la ayudaron a ponerse de pie.

—Todo ha terminado —dijo Dirk.

—¡Y de qué forma! —exclamó Ronna, sonriente—. Fuiste demasiado convincente, hasta pensé que de veras te ibas a unir a ella.

—Todo ha terminado... —musitó Lyn, cerrando los ojos y esbozando una sonrisa.

—Lo mejor es que regresemos a Wolgarn —dijo Dirk.

Entonces Lyn se desprendió de las manos de sus amigos y miró hacia el bosque. Y lo vio, allí estaba, en el lindero de la floresta: el Lobo Rojo. La observaba con insistencia, exigiendo tributo.

—No pienso darte ningún poder —dijo Lyn—. Ahora vete. Ya has hecho suficiente mal.

El lobo entornó los ojos, bufó y se marchó de nuevo a la parte más oscura del mundo.

—¿Cornelius? —exclamó Ronna, mirando al muchacho que estaba tendido al pie de uno de los pilares del arco.

—Parece que está dormido —apuntó Dirk—. Será mejor llevarlo a la villa.

—O mejor lo dejamos aquí..., y que se lleve el susto de su vida —dijo Ronna, con una sonrisa malévol—. Que se orine otra vez en los pantalones.

—¡Ronna! —exclamó Lyn, con el ceño fruncido. Después se dibujó una sonrisa en sus labios y fue a donde el cadáver de Niara se había transformado en una pila de ceniza coronada por el cráneo ennegrecido de la Nigromante. Lo tomó y después se lo colocó a Cornelius en las piernas—. Ahora sí se va a llevar el susto de su vida.

Lyn, Ronna y Dirk sonrieron y bajaron por la pendiente de la colina hasta la motocicleta. Y mientras regresaban a la villa, fueron testigos del hermoso y radiante nuevo día de anaranjados y violetas pálidos, mientras caían de los cielos los copos del invierno y ascendían hacia el firmamento las miles de ascuas ambarinas de las hogueras que daban la bienvenida al nuevo amanecer.

## Capítulo XX

### Whisky y destino

—Lynveil... ¿Lynveil? Despierta.

Lyn abrió los ojos. Afuera estaba nevando abundantemente, y por las ventanas ingresaba una suave y blanca luz invernal, llenando la habitación de una atmósfera serena y tranquila.

Allí, a un lado de la cama, se encontraba Briar, la hermana de Ronna. Estaba ataviada con su uniforme de sirvienta y miraba a Lyn con cierto desconcierto en los ojos.

—¿Briar? —musitó Lyn con la boca pastosa.

—Ronna no te dio problemas anoche, ¿verdad? —preguntó Briar—. El muchacho que encontramos durmiendo abajo nos dijo que se la pasaron juntos toda la Noche de las Almas.

—¿Ronna...? Sí..., sí..., claro, todo bien. —Lyn miró a su amiga, que dormía a pierna suelta atravesada en la cama, roncando como si fuera su motocicleta. Lyn miró a Briar y, tras despejar su mente, preguntó—: ¿Qué haces aquí, Briar? Pensé que estarías en la villa...

—Todo el servicio está abajo. La señora Blaer nos dijo que después de la Noche de las Almas quedábamos contratadas para trabajar de tiempo completo en su mansión; dijo que como te gustó nuestro servicio, pensó que sería buena idea mantenernos aquí. Y así será, nos ha pagado para trabajar durante todo un año. —Briar sonrió emocionada—. Y es maravilloso, porque justamente ayer Flynn me pidió que fuera su esposa. ¿Puedes creerlo? ¡Es maravilloso!

—¿Qué?! ¡¿No me digas que te vas a casar con el tonto de Flynn?! —exclamó Ronna, que había despertado de pronto.

—Va a ser tu cuñado Flynn dentro de poco, y te exijo más respeto —puntualizó Briar con altivez. Ronna levantó los hombros. Briar suspiró. Enseguida miró a Lyn y, algo avergonzada, agregó—: ¿Crees que a tu tía le moleste que hagamos la ceremonia aquí? Sería hermoso, ya sabes.

Lyn recordó de súbito a Blaer y desvió la mirada, entristecida.

—Quizá abusé, lo siento. —Briar se sonrojó y bajó los ojos.

—No, sería genial —dijo Lyn, cuando pudo recomponerse—. Yo me aseguraré de que la casa esté lista para la ceremonia.

—¿En verdad? ¡Gracias! Pero no te apures, será hasta dentro de seis meses. —Briar palmoteó feliz y se dirigió a la puerta. Se detuvo y se volvió—: La señora Turnbull ya preparó el desayuno; creo que ese muchacho, ¿Diederik? Creo que ya comenzó sin ustedes. Pero no las apuro, pueden bajar cuando quieran. Ah..., por cierto... Esta carta. —Extrajo de su delantal un sobre cerrado—. Apareció en el salón esta mañana. Tiene tu nombre. —Dejó la carta en una cómoda cercana y después se marchó.

—Una carta. ¿Qué dirá? —preguntó Ronna, levantándose de la cama y tomando el sobre. Leyó las letras en la superficie y exclamó—: Dice que es de Blaer, para ti.

Le tendió el sobre a Lyn. Ésta la tomó, era pesado, y lo abrió con manos temblorosas. En el interior venía un fajo de libras y un pequeño papelito en el que se leía:

*El dinero por el que viniste, y un poco más, para tus estudios; porque, recuerda, no se puede abandonar a la familia.*

*Atte: Blaer.*

Los ojos de Lyn se llenaron de lágrimas, su labio inferior empezó a temblar y se soltó a llorar incontrolablemente. Ronna se acercó a ella y la abrazó, con el rostro lleno de tristeza.

—Un poco de té y algo de comida caliente te caerá bien al estómago —dijo Ronna, después de varios minutos.

Lyn asintió y se limpió las mejillas con el dorso de la mano, y ambas salieron caminando lentamente de la habitación.

El suelo estaba duro y frío, repleto de copos de las nevadas que no habían cesado de caer sobre la aldea, pero aun así lograron abrir un buen agujero. Enterraron en el jardín de la parte trasera de la mansión la punta de piedra que había sido la cuchilla de la lanza y un par de plumas de cuervo que encontraron en la catacumba de la casa de las Nigromantes.

La nieve caía suave sobre sus cabezas cuando echaron la tierra encima. Llenaron cuatro vasitos del whisky especial del ático y lo bebieron. Ronna hizo caras, Dirk se puso verde y Lyn tosió sonoramente y carraspeó durante varios minutos. Después vaciaron el cuarto vasito en la tumba de Blaer.

—Entonces, ¿nos veremos para la Navidad? —preguntó Ronna, soplando vaho a sus manos mientras regresaban a la casa, con la botella de whisky bajo el brazo.

—Sí —contestó Lyn, acomodándose la bufanda negra alrededor del cuello—. Los nuevos exámenes para Winterbottom no inician hasta la primavera. Así que, estaré aquí para la Navidad y el Año Nuevo.

—¡Bien!

—¿Y tú, Dirk? —preguntó Lyn.

—También —respondió Dirk con una sonrisa, acomodando su gorro velludo—. No partiré hasta después del invierno. Iremos a América.

—¿En verdad? ¿Quiénes?

—Yo y Ronna... —musitó Dirk, sonrojado.

Lyn miró a los dos con los párpados entrecerrados y una sonrisa de complicidad, después abrió enormes los ojos y la boca, sumamente alegre. Ronna enrojeció y desvió la mirada.

—No es... —balbuceó Dirk—. Vamos con mi tío, que vive en Boston... Yo..., no... Sólo es..., es por negocios...

—Ya cállate —masculló Ronna abochornada y roja como un tomate, dándole un codazo a Dirk.

—Regresaremos a tiempo para la boda de Briar —se apresuró Dirk a señalar.

Lyn sonrió, excepcionalmente alegre.

Y después ingresaron en la casa.

La motocicleta rugía a lo largo del camino. Ronna iba pilotando con maestría y Lyn iba en el sidecar, protegiéndose la cara del gélido viento con las manos y el cuello del abrigo. Habían dejado a Dirk, tras una emotiva despedida, en la Tienda de Quesos Coburn.

El camino hacia la estación se les hacía demasiado corto. Los árboles espolvoreados con nieve pasaban rápidamente a los lados. Lyn no podía creer que ése fuera el mismo camino que había tomado cuando llegara a Wolgarn. Le parecía casi irreal ahora, incluso más que aquella vez en las tinieblas de la noche. Miró hacia atrás y pudo ver los tejados de Wolgarn y las robustas murallas perderse entre las copas nevadas de los árboles, casi como si estuvieran despidiéndose



de ella. Lyn sintió que el corazón se le constreñía.

La estación apareció pronto ante la motocicleta. El tren aguardaba pacientemente, soltando espirales de vapor a los cielos. Muchos turistas también retornaban a sus hogares y muchos mercaderes y viajeros llegaban y partían de nuevo.

Aparcaron la motocicleta, descendieron y accedieron al andén. El tren saldría en cinco minutos.

—Sube, Lyn —dijo Ronna, con las manos metidas en los bolsillos de la gruesa chaqueta de cuero.

—Sí... —musitó Lyn, suspirando.

—Hey... Toma —Ronna se quitó las gafas que usaba para cubrirse los ojos y se las acomodó a Lyn en la cabeza—. Listo, luces bien.

—Pero son tus gafas.

—Así tendrás un recuerdo de Wolgarn.

—Pero voy a regresar para Navidad, que no es mucho tiem...

—Shush, mi pequeña Lyn, sólo llévatelas —dijo Ronna, con un gesto sereno y casi beatífico. La abrazó con fuerza. Después sonrió y le dio una palmada en la espalda para que se apresurara.

La mayoría de los pasajeros estaban en sus lugares y listos para partir. El compartimiento que le tocó a Lyn estaba vacío. Ronna la miró por la ventana desde fuera y levantó los pulgares y le brindó una gran sonrisa.

Poco después el tren se puso en movimiento. Lyn abrió la ventana y miró la estación y a Ronna volverse pequeñitos y desaparecer en una vuelta. Cerró la ventana y se acomodó en el sillón de su compartimiento. Estaba sola y aprovechó para trepar los pies al asiento, y sacó de su maleta el hermoso libro del poema de la *Iliada* que había tomado de la biblioteca de la Casa del Cuervo. Creyó que a nadie le importaría que faltara un libro. Además, le gustaba mucho.

Suspiró y miró el paisaje nevado de afuera. Era realmente hermoso, lánguido y triste. Abrió el libro, paseó las hojas y metió el dedo en una parte cualquiera. Leyó el pasaje que la punta de su dedo señalaba:

*No te acongojes, desventurada, por mi suerte. Ningún guerrero podrá enviarme a la mansión del Hades contra mi destino. Ningún hombre, sea cobarde o valiente, podrá oponerse a su destino.*

Lyn sonrió y se reclinó en el asiento. No supo cuándo, pero de pronto ya se encontraba completamente dormida...

El graznido la despertó. No llegó a saber si provenía de sus sueños o de la realidad. Pero enseguida se irguió y se sentó correctamente, porque en el asiento de delante del compartimiento se encontraba sentada una señora leyendo un voluminoso periódico francés. Detrás del diario emergía un aparatoso sombrero de plumas negras y ala ancha.

Lyn notó, por el frío que ingresaba, que la ventana estaba abierta. Seguramente la había dejado así, aunque se acordaba perfectamente de que la había cerrado.

Se levantó y la cerró.

—Mejor así, estaba haciendo un frío tremendo —exclamó la mujer detrás del periódico—. Y eran sorbos, como te dije, no tragos, no eres un escocés. ¿Es que no has aprendido a escucharme?

Lyn se volvió, sorprendida.

—¿Disculpe?

—Al beber el whisky en mi honor... Te lo tomaste de un trago. —La mujer bajó el periódico, revelando el rostro de Blaer bajo el sombrero. Todas las marcas de la batalla se habían esfumado de su níveo rostro. Sus ojos, negros y luminosos, miraban a Lyn con una luz radiante.

—¡Blaer! —exclamó Lyn casi en un grito.

—Me imaginé que tomarías la *Iliada*; vi cómo la mirabas. Es tuya, te la regalo —dijo Blaer como si nada.

—¡¿Cómo es que estás aquí?! ¡¿Pero qué clase de...?! ¡¿Cómo le hiciste para...?! —Las palabras emergían de la boca de Lyn a raudales, como de una presa rota.

—Te va a dar un ataque, querida niña, y después de haber derrotado a las Nigromantes, eso sería una pena; sí, en verdad una pena terrible. Y me parece que no queremos convertir esto en una

tragedia.

Lyn parpadeó, sorprendida. Blaer sonrió, conmovida, y buscando entre los pliegues de su elegante abrigo negro, sacó un sobre y se lo entregó a su sobrina.

—Pero..., ya tengo el dinero... Briar me dio el sobre —logró articular Lyn.

—No contiene dinero. —Blaer le colocó el sobre en las manos a Lyn y agregó—: No he vivido tanto tiempo sin hacer uno o dos amigos de importancia en los colegios de esta amplia tierra nuestra.

Lyn, con el rostro lleno de intriga, abrió el sobre y descubrió en su interior una recomendación dirigida al decano del Colegio de Estudios Superiores Winterbottom.

—Es una mera formalidad, pero Thadeus ya tiene reservado tu lugar —añadió Blaer como si nada—. Ya sabes cómo son estas cosas.

—¿Thadeus?

—Bueno, tú lo llamarás señor decano. Para mí es Thadeus. —Blaer le guiño un ojo—. Y si no es suficiente, que creo que lo es, entonces iré yo misma a hablar con él.

—Pensé..., pensé que no podías salir de Wolgarn. —Lyn abrió enormes los ojos—. ¡Es verdad! ¡Las Nigromantes..., ya no están!

—Así es, ya no están. Ahora soy libre, y me pienso tomar una merecidas vacaciones. ¿Te gustaría acompañarme? Después de todo, tenemos bastante tiempo de sobra. Estaba pensando en un viaje por la campiña francesa y después me gustaría visitar, no lo sé, ¿España? ¿América? Algún clima más calientito, eso es seguro. Ya lo veremos después. Aunque, bueno, antes que nada, la prioridad será entregar el dinero a tu madre, esa es la prioridad, claro que sí. Tengo muchas ganas de conocerla, ¿sabes?

—S-sí..., sí..., claro, sí... —farfulló Lyn, alegre. Ella también quería ver a su madre, no sólo para darle el dinero de Blaer, sino para arreglarlo todo con ella. Ahora reconocía que había sido una testaruda incorregible, y que su madre lo único que le había pedido era un poco de ayuda para la familia, para su padre y para su hermano. Su madre había estado allí para ella, siempre, y ella era la que se había negado a escuchar. Quería retornar y corregirlo todo.

—No tardaremos mucho entregando el dinero, quiero regresar pronto a festejar la Navidad en Wolgarn; si te gustó la Noche de las Almas vas a amar la Navidad. Y tú quedaste con tus amigos para pasarla con ellos, ¿no es cierto?

—¿Pero cómo fue que regresaste?! —explotó de pronto Lyn.

—“Ningún guerrero podrá enviarme a la mansión del Hades contra mi destino” —citó Blaer sonriente.

—Pero, ¿y la mujer del velo de diamantes? ¿Y cómo fue que...? ¿Quién era ella? ¿Qué pasó después? ¿Y la llama azul? ¿Y..., y..., y...?

—Tienes que tranquilizarte, Lyn, ya tendremos tiempo para explicar todo en nuestro viaje. ¿Qué te parece?

Lyn sonrió y asintió.

—Me parece perfecto.

—A mí, también —sentenció Blaer, con una gran sonrisa en los labios. Miró el interior de los ojos de Lyn, iguales a los de ella, negros y pulimentados, pero ahora había una diferencia enorme. Ya no había congoja y miedo, sino una gran paz y una enorme felicidad, justo como los de Alba hace tantos años.

De los ojos de Blaer manó una lágrima que escurrió por su mejilla y que procedió a limpiar con un delicado pañuelo. Lyn se sentó junto a ella y la abrazó.

Y el tren continuó su marcha, traqueteando rítmicamente hacia el sur, con los copos de nieve descendiendo serenamente desde los encapotados y majestuosos cielos invernales.

FIN